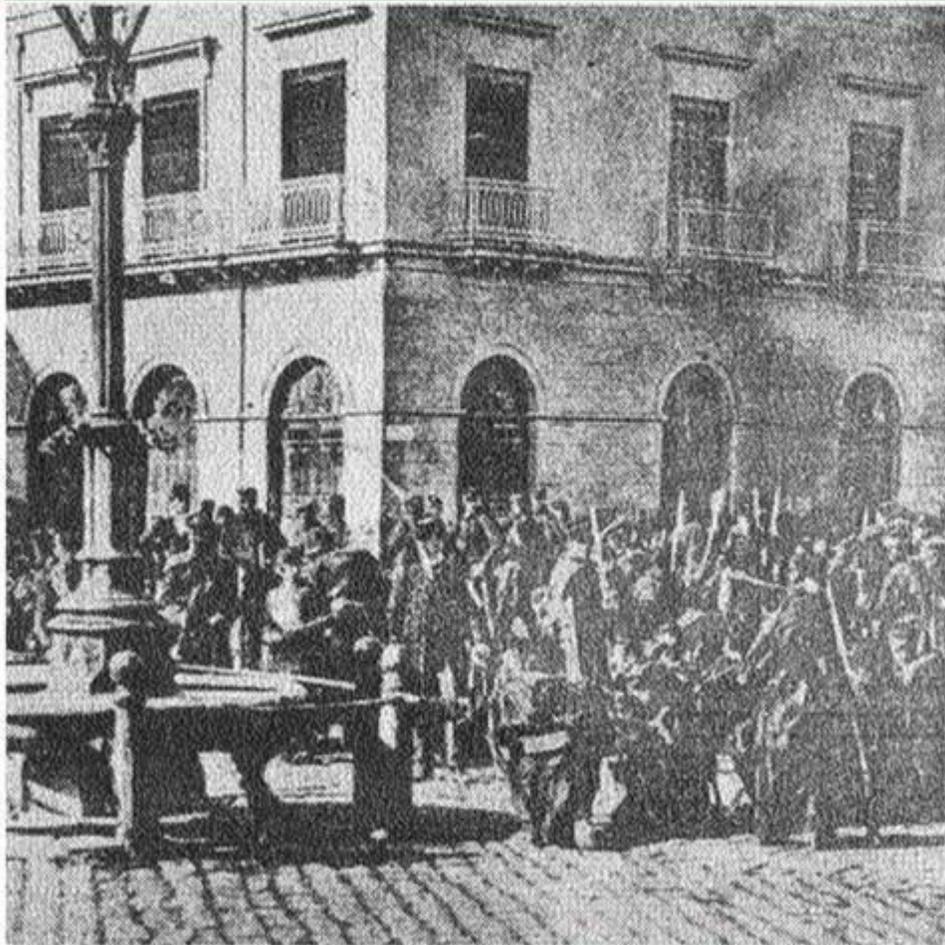


BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Juan Balestra

# EL NOVENTA



se

Político y abogado, Juan Balestra fue testigo presencial de los acontecimientos que culminaron en el estallido revolucionario del 26 de julio de 1890, una de las conmociones más violentas que experimentó el orden institucional de aquel entonces. Cuarenta años más tarde, Balestra emprendió la tarea de escribir *El Noventa*, hoy considerada una obra clásica sobre la Argentina finisecular.

El «Unicato» juarista, la profunda crisis financiera que comenzó en 1889 y las infructuosas medidas que el gobierno procuró oponerle, el surgimiento a la luz pública de una oposición unificada, al menos en apariencia, a partir del mitin del Frontón Buenos Aires, la conspiración civil y militar que remató en el levantamiento del Parque de Artillería y los ambiguos compromisos con los que se saldó el episodio revolucionario son objeto de una cuidadosa descripción en el libro de Balestra, tamizados por una óptica que el lector actual puede encontrar no carente de preconceptos, pero que por ello mismo resulta reveladora de un modo de ver la política que también forma parte de la realidad de la época.

Juan Balestra

## **El noventa**

### **Una evolución política argentina**

**Biblioteca argentina de historia y política - 026**

**ePub r1.0**

**et.al 30.05.2019**

## CAPITULO 1

I. Introducción. — II. La República en 1890: aspecto económico. — III. La fiebre de progreso. — IV. Los ferrocarriles. — V. La moral social. — VI. El presupuesto. — VII. El presidente Miguel Juárez Celman.

### I

Intento describir los sucesos del año 1890; una instantánea del momento indicativo de los cuarenta años que han seguido.

Vi los hechos de cerca y hasta podría decir que de ellos *pars parva fui*. No voy, empero, a escribir memorias, que suelen ser la visión acortada por la cercanía, de los hombres y las cosas. Me propongo mirar en perspectiva y aprovechar de los testimonios y enseñanzas que acumula el tiempo, único revelador de secretos y capaz de despojar a los hombres de pasiones y a la verdad de crueldades.

Hasta hoy sólo se ha mirado aquella época con el ojo miope de sus contemporáneos. Después de la revolución en que culminaron los conflictos, los triunfadores se apropiaron del poder y los vencidos de la gloria. Ni unos ni otros se preocuparon de desentrañar el sentido de los hechos y de hacer o de hacerse justicia. La literatura inflamada de los vencidos ha sido la única fuente de información para los venideros. Ninguna actualidad tiene, entretanto, conciencia de su hora:<sup>[1]</sup> sólo entre cuatro y cinco millones de habitantes. El censo de 1869 había dado 1 877 496. En 21 años la población casi se había triplicado. La ciudad de Buenos Aires tenía 530 000 habitantes, de los cuales eran extranjeros 300 000. El año 1889 vinieron al país 260 000 inmigrantes y cerca de 40 000 pasajeros: total 300 000 nuevos pobladores. Tal cifra duplicaba la de 1888 y marcaba una proporción desconocida aun en los Estados Unidos.

El apotegma de Alberdi, evangelio de dos generaciones, y los «pantallazos de la nave capitana» de Sarmiento, febricantes del progreso, que por ambicionar lo extraño vilipendiaban lo propio, estaban realizados e iban a resultar falsos, como toda idea unilateral, pasada su ocasión. La afluencia repentina de tantos

extranjeros amenazaba constituir un emporio, más que una nación. A medida que nos agrandábamos, decaían las virtudes creadoras de la nacionalidad. Después de poblar era necesario, más que nunca, gobernar. A la par de inmigrantes llegaban capitales. La Europa, pletórica, derramaba sus ahorros en la Argentina, el paraíso de las ganancias fáciles. El último año se habían inscripto en la matrícula de comercio 134 sociedades anónimas, con un capital de 400 millones de pesos papel, 13 millones de libras esterlinas, 20 millones de pesos oro, 7½ de francos, 6 de marcos y 2¼ de florines. En total más de 500 millones de pesos papel.

## II

En la Bolsa de Comercio —entonces sobre la Plaza de Mayo— las transacciones habían ascendido a 1500 millones de pesos por mes. Los títulos cotizados representaban 1000 millones, de los cuales 400 correspondían a cédulas hipotecarias, 180 a acciones y títulos bancarios y el resto a sociedades anónimas.<sup>[2]</sup>

Las transacciones sobre bienes raíces que el año 1886 habían sido de 40 millones, el 87 de 85 y el 88 de 125, alcanzaban en 1889 a 300 millones. Los diarios publicaban páginas enteras de remates de tierras: esa era la lectura predilecta, casi exclusiva, del público.

Se estaba en el punto máximo de la curva ascendente iniciada en 1880, con la conquista del desierto, la capitalización de Buenos Aires y el programa de Paz y Administración, cumplido por el presidente Roca: en adelante sólo se podía detener o declinar; pero nadie lo sabía, ni quería imaginarlo, porque todo presente se ignora a sí mismo, y forma parte de las aberraciones el no sentirse pasajeras. Se retornaba a un nuevo descubrimiento de Buenos Aires; los descubridores ya no eran el enclenque don Pedro de Mendoza y su grupo de infanzones tronados: pero venían, como aquéllos, a recoger el oro a paladas; eran los hombres de capital, de empresa o de lance de todas partes, atraídos por cálculos que no por ser exactos para el futuro, dejaban de ser fantásticos en el presente: ¡la hectárea de tierra valía menos de la mitad del fruto anual que produciría! Emisarios de la banca europea cruzaban el país ofreciendo empréstitos a los gobiernos de provincia y hasta a las municipalidades de lugares apartados. Se habían creado más de cincuenta bancos que difundían las embriagueces del crédito en los últimos reductos de la modestia provinciana. El dinero, sin utilización en los villorrios, no tardaba en volver a la Bolsa, como la sangre vuelve al corazón.

### III

El fenómeno no era, como se lo había de clasificar en la hora de echar el error de todos a la culpa de algunos, de perversión gubernativa, ni de mala fe: era un contagio de ilusiones que por ser prematuras no dejaban de ser generosas y hasta patrióticas.

La inexperiencia general razonaba con lucidez, como suele acaecer en muchas manías. ¿No estaban acaso baldíos nuestros campos, los más feraces de la tierra? ¿Qué representaban las cifras de los negocios frente a esos 300 000 inmigrantes, que calculados como capital, a 1000 libras esterlinas por cabeza, representaban 1500 millones de pesos oro por año? ¿Gobernar no era poblar?

En cuanto a la inflación de los negocios, ¿no se vela a diario que la tierra comprada o hipotecada con escándalo, el mes anterior, en 100, se vendía, al contado, el mes siguiente, en 300? ¡El éxito de los favorecidos vencía los últimos escrúpulos de los prudentes y exasperaba a los rivales!

¿Que todo eso tocara los límites de lo prodigioso; que se estuviera descontando en horas, lo que debía ser obra de siglos? La respuesta era abundosa y convencida. ¿No se había visto realizar en dos años la conquista de las veinte mil leguas ocupadas por los salvajes, que el pensador más sincero de la República dijo en la tumba de Alsina, fracasado en la empresa, que tardaría en realizarse tres siglos? ¿No éramos ya exportadores de ganado en pie y cereales a Europa cuando quince años antes importábamos trigo de Chile para nuestro pan? ¿No había aumentado la exportación del último año en 35 por ciento? ¿El avance de la ciudad sobre el río, para hacer el primer puerto de la tierra, del cual se acababa de inaugurar la Dársena Sud, no nos haría ganar millones de metros que representarían cientos de millones de pesos?

¿El intendente don Torcuato Alvear no había hecho desaparecer la Recova vieja en una noche y abierto la Avenida de Mayo casi gratis, enriqueciendo a todos los propietarios del trayecto? ¿No acababa una firma inglesa de convertir los *hard dollars* de 8 por ciento, en títulos de 3½ por ciento?<sup>[3]</sup> Si desconfiábamos del porvenir era porque no nos conocíamos. Los que tenían razón eran esos extranjeros, que graznando una pocas palabras en castellano, andaban de un lado al otro especulando sobre nuestro suelo. ¿No era acaso otra firma inglesa la que acababa de obtener una concesión, onerosa y sin prima ni garantía, para hacer en la

ciudad un subterráneo que ligara las estaciones de los ferrocarriles del Norte, la Recoleta, el Once, la Plaza de Mayo, Constitución y los Mataderos, y «pasando por debajo del Riachuelo, después de articularse con los ferrocarriles del Sud, llegara al Mercado Central de Frutos»?<sup>[4]</sup>

Podíamos desconfiar de nuestro juicio inexperto pero ¿cómo dudar de la sensatez del capital europeo?

#### IV

Todavía quedaba el renglón de los ferrocarriles que «iban a crear la población y con la población la riqueza y las industrias». Según la inspección de ferrocarriles, a fines de 1889 se hallaban en explotación y construcción 27 líneas, con una extensión de 11 688 kilómetros, por valor de 127 682 867 pesos oro. Pero estaban concedidas y a construirse 92 líneas más —56 nacionales y 36 provinciales— con un recorrido de 38 000 kilómetros y un capital garantizado por el gobierno de 312 541 900 pesos oro. La garantía a pagar anualmente importaría 22 millones de pesos oro; pero ¿qué representaba eso ante la utilización del inmenso desierto?

Y el Congreso acuerda concesiones para todo. Ni las ciudades, ni los campos, ni las entrañas de la tierra o de las montañas, ni los ríos y los mares; ni las industrias, las artes y las ciencias dejan de ser materia de sociedades anónimas, cuyas acciones se precipitan en la vorágine de la Bolsa.

Se habla de participaciones cuantiosas de los funcionarios públicos, mediante las cuales se obtienen o se facilitan las concesiones. No se llega al delito burdo; la administración es demasiado magra y el gobiernos todavía muy a la antigua para dejar que se apoderen de sus dineros.

Se opera sobre las concesiones, que crearán riqueza: eso, a la moral enturbiada del momento, ya no parece ilícito, desde que se va a sacar el dinero de la nada.

La honestidad transa con la codicia; ha llegado la hora de la coima: robo con hipocresía y encanallamiento, la peste más persistente de las democracias. No se denuncian públicamente los casos, pero no se habla de otra cosa en las acres maledicencias de la calle y el club, que no contienen ni el pudor de la letra de molde ni la responsabilidad de lo escrito. El gobierno ha puesto el timón en la

proa: en vez de contener con su ejemplo, es el primero desviado por el oleaje: de allí las complacencias y ocultaciones, cuando no las complicidades.

En los dos últimos meses de 1889 se sancionaron más de treinta concesiones de ferrocarriles: van de cualquier parte a cualquier parte; no han sido estudiadas; eso no importa: el axioma del día es que «todo ferrocarril es bueno; los únicos malos son los que no se hacen». Si las concesiones son solicitadas como un tesoro y se las obtiene para venderlas, es porque tienen valor: ¡la obra está asegurada!

Además muelles, puertos, líneas de navegación a Europa, una Exposición Universal concebida como negocio y hasta 3 avenidas y cinco plazoletas en el centro de la ciudad.<sup>[5]</sup>

Buenos Aires debe ser, ya es, en la ilusión —acaso en la adivinación— reinante, París o Londres. La especulación se irradia al campo: la tierra sube de valor, a saltos: los viejos propietarios quietistas y retardados se encuentran millonarios de golpe: muchos quieren igualarlos. De allí los negocios de hipotecas, centros agrícolas, fundación de villas, transformación de aldeas en puertos de ultramar o en cabeceras de ferrocarril. Las proyectan o dirigen lo mismo aventureros que personas decorosas, que no entienden apeligurar su dignidad por arriesgar su dinero. Están convencidos de servir al país —y acaso lo sirven— siendo las únicas víctimas de sus ilusiones. En la hora del desastre, en efecto, todos se arruinan: pero al país le quedarían ciudades, villas, puertos, obras públicas; y planeada, cuando no iniciada, la grandeza del porvenir.

En nuestra raza, hasta entonces frugal y recatada, había prendido como un virus la fiebre del dinero, no con los caracteres sórdidos de los pueblos viejos, sino como un ímpetu de juventud e irreflexión que se traducía en soberbia y prodigalidad. Más que la riqueza misma, se perseguía la ilusión de la riqueza, o sea una riqueza eximida del trabajo para adquirirla, y de la previsión para conservarla. Pero lo singular es que el capital extranjero se asociara tan resueltamente a las locuras. Se supo lo que perdió el país y los bancos oficiales; pero nunca se pudo calcular lo que costaron al extranjero las concesiones, títulos y empresas en que derramó sus capitales, con el mismo aturdimiento que los inexperimentados.

La fiebre económica conmueve la moral social. Los hábitos pausados y solemnes, al par que sencillos, y la conformidad con un modesto pasar, heredados de la colonia y no alterados en los tiempos posteriores, dedicados más a la virilidad que al deleite, son sacudidos por el vendaval. Se aprendió a vivir de prisa y a mirar la dignidad como estorbo y los escrúpulos como majaderías: la riqueza se tuvo por honor, la modestia por disimulo y la austeridad como hipocresía. Bajo la magnificencia corría oculto el cable conductor: el juego. Los 1500 millones de las pizarras de la Bolsa no son negocios reales, sino en pequeña parte: son «pura tiza», según la frase del día. Se juega a las diferencias: se hace con locura la cotización de las locuras. Algún incidente escandaloso revela que los corredores de Bolsa no son sino agentes de antiguos virtuosos cansados de serlo. A diario se producen diferencias de 40 a 50 puntos, que enriquecen o arruinan. Pero nadie quiebra: la confianza, o la fiebre, mantienen inflado el globo. Las diferencias se pasan de un mes a otro; en último término van a saldarse con el dinero de los bancos, que prestan a mano abierta.

El dinero ya no sirve para representar el trabajo o las necesidades: es un naipe y un elemento de placer: ¿sobre qué se juega más que sobre el valor de la moneda? Ser rico es gastar en vez de guardar, como se creía antaño. ¿Acaso no se seguirá ganando cada vez más? ¡Ahorrar es desconfiar del porvenir!

Aparte del juego público, que por eufemismo se llama especulación, está el juego nocturno, del que jamás se llevó estadística, ni se habló sino murmurando. La noche ha guardado siempre secretos de la carpeta y la lujuria, de los cuales en público no se conocen sino las sorpresas.

La vieja Buenos Aires, la gran aldea, como la denominara despectivamente Lucio López, empieza su ascensión a segunda capital latina de la tierra, con la intrepidez despiadada para lo antiguo de todas las transformaciones históricas. Los caserones tradicionales de Catedral al Norte y Catedral al Sud, heredados, por varias generaciones —*bona paterna*— se lotean y son entregados a la especulación. El barrio aristocrático se desplaza hacia el Norte, donde se está formando la avenida Alvear, que va a dar al paseo de la Recoleta, la primera revelación de don Torcuato. El interior doméstico hasta entonces más decorado por el recuerdo de los antepasados, y por la virtud y lo útil, que por lo sensual, se vuelve ostentoso; cuadros, mármoles, bronces, tapices, decoran los salones; las victorias, landós y cupés de la época, con troncos de caballos de la raza Orloff, monopolio de los zares de Rusia, cruzan calles y paseos. Todo lo que imita el refinamiento de los viejos pueblos es adquirido más por novelería que por comodidad o buen gusto, bajo la incitación de comerciantes voraces que explotan la candidez lugareña.

Se multiplican los restaurantes, bazares, joyerías y mueblerías de lujo. A los teatros vienen tres compañías líricas con los artistas más famosos de la tierra; la música italiana, generosa y heroica, los vinos franceses y los cigarros de La Habana, dan entusiasmo, alegría y aroma a la opulencia. Se suceden los festines y recepciones pomposos. Los hábitos francos y los jugosos gustos criollos son desplazados por lo exótico y amanerado. Y como resaca de tamaño oleaje, la corrupción, las cortesanas, la juglería de los jovenzuelos, el descoco de los viejos y todas las extravagancias del vicio, ostentadas para escarnio de las viejas costumbres.

«Todos sentimos la influencia del vértigo» —decía un periódico—. «Cuando vamos en esa carrera la naturaleza del hombre cambia: sus ojos parecen cerrados para lo que no sea lo desconocido, la fortuna y los placeres».<sup>[6]</sup>

Y es de admirar que en aquella Babel se conservara intacto y luminoso, como lámpara del templo, el espíritu argentino; tanto era el poder de la tierra, tan hondas las raíces de la vieja familia española sedimentada sobre la virtud de las mujeres y el honor de los hombres, en los callados siglos de la colonia; y tan sabia la estructura de la patria, concebida por la fe y el amor de nuestros mayores, para asimilar a todos los fuertes y audaces del mundo que vinieron a buscar un destino mejor.

## VI

En medio de la baraúnda, forma contraste el presupuesto de 1890 que las Cámaras estudian detalladamente, regateando centavos. En pleno festín se han oído crujidos de derrumbe. Nadie sabe ciertamente dónde flaquea el edificio: pero el Ejecutivo y el Congreso se esfuerzan en hacer economías en el presupuesto, lo único, acaso, que jamás había salido de la prudencia. Cuando el gobierno surgido de la revolución trate de reformarlo, se encontrará con que sólo puede repetirlo. En medio de tantos vicios, no se había iniciado aún el de conquistar partidarios con puestos públicos. El monto de los gastos ordinarios de la Administración es de 44 millones. Los sueldos son modestos: el presidente, tiene 3000 pesos mensuales; el vice 1500; los ministros 1400; los ministros de la Suprema Corte, los tenientes generales, el director de Correos y el jefe de Policía, 1000 pesos; los generales de División, el ingeniero director de Obras Públicas y el director de Rentas, 800 pesos; los diputados y senadores, 700; el secretario de la Presidencia y los subsecretarios de Ministerio 500; los oficiales mayores 350; los directores de sección 200; los

subdirectores 125; los auxiliares 90; los escribientes 60 pesos.

Son especialmente bajos los sueldos de los militares. Los coroneles tienen 400 pesos; los tenientes coroneles 300; los mayores 200; los capitanes 150; los tenientes 112; los tenientes segundos 98; los subtenientes 82; los sargentos primeros 14; los segundos 11; los cabos 10; los soldados enganchados 8 pesos.

Con el oro a 230 por ciento, son raciones de hambre.

El presupuesto extraordinario suma sólo 16 millones, de los cuales corresponden cerca de cuatro a las garantías de los ferrocarriles, y cerca de cinco a diferencias de cambio en el servicio de la deuda externa. Esta última cifra empieza a ser alarmante: pronto se volverá pavorosa. Lo demás está destinado a obras públicas en las provincias.<sup>[7]</sup>

## VII

Presidía la República desde 1886 el doctor Miguel Juárez Celman, hombre más joven por el carácter que por la edad, que rayaba sobre los cuarenta años. Era barbirrubio, gastando perilla triangular, de estatura mediana y aspecto simpático. Pertenecía a una tradicional familia cordobesa y había formado un hogar distinguido. Su vida privada era ordenada y jovial. Sin empaques ni arrogancias, afable sin ser efusivo, ya agudo, ya frívolo, daba la impresión de un hombre gentil, desaprensivo hasta parecer ingenuo en ocasiones.

Era leal y generoso en la amistad y fugaz en el rencor; celoso de aparecer más que de ser prepotente: ni bastante duro para hacerse temer, ni bastante recto para hacerse respetar: hábil para dejarse querer. Su criterio era liberal y utilitario, y con la propensión de los abogados de no encerrarse en convicciones ni percatarse de que es falso lo que les conviene tener por verdadero.

Tenía el patriotismo práctico y tenaz de los cordobeses, convencidos, no sin motivos, de que forman el corazón político del país; pero no se veía el país sino a través de su partido, ni su partido sino a través de sus íntimos. No sabía simular ni disimular: deficiencia máxima en un político: el escándalo del desnudo. Hablaba con sobriedad elegante en público y en la intimidad gustaba de referir anécdotas intencionadas de las que tenía gran copia. Se apasionaba por lo progresista y lo osado, ya fuera el dique de Córdoba o la ley de Matrimonio Civil, dos audacias en su hora. Elegía como ministros a los hombres más eminentes; y su círculo íntimo

era de jóvenes talentosos o atrevidos, criados a su lado, cuyas impacencias parecía estimular más que prevenir. Movedizo e irascible en lo pequeño, sobre todo si tocaba su amor propio, enérgico en los peligros, dócil al afecto, resabiado en las dificultades y mimoso en el éxito, era en el fondo tolerante y comprensivo. Un día que su círculo despellejaba a Roca, les dijo, como de paso: «pero qué bueno resultaría si fuese nuestro amigo». Al contestar los discursos excesivos de su proclamación, dejó el papel para improvisar: «No incitemos a injuriar injuriando: pensemos que si los adversarios extreman el ataque, es posible que nosotros exageremos el elogio». Al recibir las noticias del mitin del 13 de abril exclamó: «Cuando estén en la Casa Rosada recién comprenderán cómo a los que gobiernan no les queda ninguna virtud y a los opositores ningún defecto».

Pero todo su liberalismo e ironía se habían ido diluyendo en el mando y en la época. La adulación —asidua compañera de gobernantes— le había infiltrado las deleitosas ponzoñas del optimismo y la molición: políticos y comerciantes, diestros en mañas remunerables, montaron la brecha. Se aseguró que le regalaran un terreno que ambicionaba, adyacente a su casa. Poco a poco prefirió ignorar lo que debía corregir, para no deslustrar sus éxitos, ni disgustar a los amigos o hacer su juego a los enemigos. Se creyó el iniciador de una nueva era en que la austeridad fuera tenida por egoísmo y la podigalidad por virtud. Su casa edificada a manera de departamentos para renta, en los tiempos de dureza provinciana, se trocó en palacio; su comitiva en corte y el día de su santo en besamanos con obsequios de cuadros, bronce, mármoles y joyas que la vanagloria de los obsequiantes, la exageración de los opositores y la rapacidad de los comerciantes, hacían ascender a millones. Se produjo entre sus allegados un increíble contagio de obsequios; fueron notados —y no aplaudidos— los muy pocos que no le hicieran regalos.

Era tal la rumbosidad, que parecían disputarse los obsequiantes —a veces antiguos opositores— algo como un título de nobleza por el cumplimiento de sus deberes cortesanos, chifladura frecuente de los enriquecidos.

El presidente, por su lado, daba lo que le pedían y aceptaba públicamente lo que le daban, regocijado de la generosidad propia como de la ajena, y sin parar mientes en la malicia del soborno, ni en que otorgaba lo público. El elogio de que se habría burlado su natural agudeza lo encontró crédulo como magistrado; abandonó la buena inspiración propia para que no se lo sospechara sometido al parecer ajeno; la crítica le supo a ofensa y el ruego o el chisme que se amparaban en su omnipotencia, tuvieron el conocido efecto de trocar al amo en siervo para sacar verdad la alabanza cuitada.

Muchos de estos rasgos, que hubieran sido calidades en un hombre privado, causaron su pérdida ante la tornadiza austeridad de la República: pagó con su suerte la que prodigó a sus allegados. Pudo aplicársele aquel juicio de Tácito: «tuvo sencillez y liberalidad, lo que practicado sin cálculo es dañoso: y en cuanto a los amigos que se conquistan por el favor y no por la constancia, más mereció tenerlos, que los tuvo». Completó, por fin, la discordancia de lo privado con lo público, empequeñeciéndose en el poder y agrandándose en la desgracia. Después de caer, en efecto, calló, hasta su muerte, toda defensa y toda ofensa, aún teniendo en sus manos pruebas no sólo en su favor sino también en contra de quienes lo juzgaban sin respetarlo y sin respetarse. Tal fue el hombre, favorito y triunfador primero, responsable y víctima después, de una época que no creó pero representó, con sus calidades y sus defectos.<sup>[8]</sup>

## CAPITULO 2

I. Aparición de la crisis en 1889: primeras medidas gubernativas. — II. El ministro de Hacienda don Rufino Varela. — III. El ministro de Hacienda doctor Wenceslao Pacheco. Un mensaje fundamental. Avance de la crisis.

### I

Al abrir las sesiones del Congreso el año anterior (mayo de 1889) después de dar cuenta de los progresos deslumbrantes del país, durante los primeros tres años de su gobierno, decía el presidente, asesorado por su ministro de Hacienda don Rufino Varela:<sup>[1]</sup> «El tesoro nacional tiene, reducido el oro a moneda de curso legal, a 155 por ciento, en depósitos a la vista 79 044 333 pesos; en acciones vendibles en el día (acciones del Banco Nacional y del Ferrocarril Central) 56 940 000; y en sumas a recibir en efectivo por obras públicas vendidas (Obras de Salubridad y Ferrocarriles Central Norte y Andino), 46 500 000 pesos; sumando todo lo cual representa la cantidad de 182 494 633 pesos, o sea 31 000 494 pesos más que todos los billetes de banco emitidos, que sólo suman 151 000 000. Los réditos de la suma en depósito y los dividendos de las acciones alcanzan anualmente a 9 500 000 pesos, suma que bastará para pagar el servicio de la deuda externa e interna en circulación. Por primera vez hay un tesoro nacional sobre el cual el gobierno puede girar, por 182 494 733 pesos nacionales o sea por mucho más que todo el valor de la moneda que circula en la República o, si se prefiere, por un valor de 60 000 000 arriba del monto total de la deuda externa e interna en circulación». (La deuda externa era de 87 905 807 pesos y la interna de 31 544 975 pesos, según el mismo mensaje).

Era la sensación de plenitud que precede a los desastres. ¿Quién podía en tales circunstancias temer una crisis? Pero no faltaban, sin embargo, síntomas premonitorios. La Bolsa se venía transformando desde el año anterior en un monstruo amenazante. Era la historia de ayer, pero nadie la recordaba. En la liquidación de julio de 1888, al cotizarse el oro a 153 por ciento se habían producido caídas individuales de 200, 300 y hasta 500 000 pesos. «Se citan casos, decía un periódico, de menores y empleados de 80 pesos de sueldo que adeudan a los corredores saldos de 100 000 pesos. Por este medio es como pululan y operan en la bolsa multitud de niños y gentes sin oficio ni beneficio».<sup>[2]</sup>

¡Gente sin oficio! Mucho peor: gente de los peores oficios. Había empezado a caer, en efecto, sobre Buenos Aires, la manga, desconocida hasta entonces, de fraudulentos, contrabandistas, y demás gente truhanesca que ambula por todo el mundo y se precipita a los lugares de derroche como las efímeras a los focos de luz.

Al principio no se asignó importancia al síntoma bursátil; las enfermedades más graves se toman en sus comienzos por indisposiciones. Hasta se trató de formar una cooperativa entre los corredores de Bolsa para distribuir las pérdidas. ¡Un garito en que nadie perdiera! ¿Acaso días después no se volvería a ganar? «Entretanto —dice, en esos días, un periódico sesudo y opositor— podemos consignar con toda verdad que el progreso sigue desenvolviéndose con increíble actividad en sus más fecundas manifestaciones y aunque nuestro papel inconvertible oscile y se cotice en más de 150 por ciento, continuamos sin detenernos por ello en el movimiento ascendente».<sup>[3]</sup> La confianza era plena.

Pero al empezar el año 1889 el pólipo ya había crecido hasta invadir todo el organismo. El mismo presidente es quien lo narra al Congreso en su mensaje de apertura. Refiriéndose a lo sucedido a fines de 1888, dice: «Los grandes diarios se llenaban de avisos en que se llamaban capitales para las operaciones de *pase y diferencias*, garantizándoles un interés del 30 al 33 por ciento al año. El crédito se encarece por la demanda de capitales para el juego: no hay dinero para el comercio y la industria: todo el dinero, todos los capitales de la República son atraídos por la vorágine de “la Bolsa”». «El juego y las ganancias fáciles suprimen el trabajo: el contagio se extiende: en el Rosario ya tienen Bolsa también y se juega por decenas de millones. Se anuncian nuevas Bolsas en Córdoba, Mendoza y otras provincias: la Administración no encuentra hombres preparados para determinados empleos, porque en la Bolsa corredores y clientes ganan más y con más facilidad».<sup>[4]</sup> Es un cuadro que sobrepasa la realidad: reclama el romance y un joven y malogrado ingenio lo escribe, dotando a las letras argentinas de la mejor novela de su tiempo.<sup>[5]</sup>

El oro que a principios de 1889 empezó valiendo 147 pesos papel había llegado rápidamente a 240 por ciento; el encarecimiento de la vida se hacía insoportable. «En los momentos más álgidos, los bancos restringieron los créditos y se produjo un principio de pánico en la Bolsa. Era tal la nerviosidad que los valores mobiliarios parecían atacados de mal de San Vito: los papeles pasaban de mano en mano como una brasa».<sup>[6]</sup> Se paró la edificación y se produjeron huelgas de albañiles y carpinteros. Varias casas de comercio suspendieron pagos. Las tentativas para conseguir empréstitos en el extranjero fracasaban. El drenaje del

oro seguía en proporciones pavorosas. La Europa en vez de prestar, cobraba; y había que pagarle en oro.

## II

El presidente empieza a oír cargos violentos: la prensa sube de tono. Dejando a un lado, entonces, sus ideas propias, tanto de que el mal es pasajero, como de que las medidas artificiales son inútiles y de que no debe tocarse el oro atesorado, que la ley manda conservar por dos años, desaloja del ministerio de Hacienda, en febrero de 1889, al doctor Wenceslao Pacheco, uno de sus íntimos, que pasa al ministerio del Interior: allí se lo ve refunfuñando como un ogro de que le vayan a tirar el oro que ha conseguido guardar en el Banco Nacional. No dice empero nada en público: guarda la disciplina del Unicato. El presidente había llamado entretanto al indicado por la opinión para encauzar las finanzas, don Rufino Varela —el Manco Varela, pues le faltaba un brazo—, el más novedoso y elocuente señalador de errores y preconizador de panaceas fáciles; hombre probo y versado en negocios, pero con más fantasía y verbalismo de lo que conviene a un financista. Todas las esperanzas lo acompañan, inclusive las de los bolsistas: los que se están fundiendo y ayudando a fundirse a los demás, no es porque lo deseen.

El ministro Varela empieza por disponer de 40 millones del oro atesorado, para hacer bajar los cambios: pero el mercado absorbe el metálico como el arenal tórrido un vaso de agua; el oro sigue subiendo; entonces, castigando la causa en el efecto, prohíbe las operaciones de bolsa en oro; y como se sigue vendiendo el oro subrepticamente, acude a la medida heroica, que la calle pregona: cerrar la Bolsa, con lo que entiende «cortar de raíz el mal del juego y valorizar la moneda fiduciaria».

No retrocede ante la necesidad de someterse a las desconfianzas, que se murmuran cada vez con más fuerza. La ignorancia de la verdadera causa de la suba del oro empieza a ser imputada al latrocinio de los gobernantes, manjar siempre grato al vulgo. Crea entonces el Tesoro Nacional<sup>[7]</sup> y un fondo de 50 millones oro para garantizar la emisión.<sup>[8]</sup> Presiden ambas instituciones directorios autónomos. Ya se está en plena dictadura de la calumnia.<sup>[9]</sup> Pero con todo, apenas si se enfría momentáneamente la piel: el termómetro sigue revelando la aguda fiebre interior. Se comprueba que si el año anterior se habían remitido a Europa cuatro y medio millones de oro, en los nueve primeros meses de 1889 ha sido necesario remitir veinticinco millones y un tercio.

El ministro ha fracasado y renuncia. Pero los cuarenta millones de oro ya no existen: el papel ha quedado en el aire; ha quedado también en el gobierno un único responsable: ¡el presidente!

### III

Entonces había vuelto al Ministerio el doctor Pacheco, pertinazmente incrédulo en los remedios caseros de Varela. Pacheco era una financista diestro, parco y amigo de lo seguro, con la mezcla de estadista y avaro contra la voracidad democrática que conviene a todo ministro de Hacienda: sólo creía en el oro metálico, como medio de valorizar la moneda papel y así había llegado a reunir y defender los cuarenta y tantos millones provenientes de los fondos públicos vendidos en oro sonante a los bancos garantidos, cuya emisión quedaba garantizada a su vez con esos fondos públicos.

Pero el viejo ministro contaba con más talento que confianza pública, no por sus actos, sino por su manga ancha para dejar hacer. Ya no tiene ahora el metálico y recurre a las teorías, en las que cree poco. El nuevo plan de Pacheco para traer el oro a la par —esperanza que aún persiste— estriba en reducir a 100 millones el total de la emisión, y constituir un fondo de garantía de 80 millones oro. El extenso mensaje con que remitió al Congreso este proyecto, en octubre de 1889,<sup>[10]</sup> mensaje que se afirmaba fue inspirado y hasta redactado en parte por el presidente; y que leído a la distancia resulta el documento más intenso de la época, es una explicación de la crisis más que una defensa del proyecto. «La dificultad monetaria actual no reside en el exceso de emisión: circulan 158 millones de billetes: sólo los bancos y sociedades anónimas giran 600 millones. No puede atribuirse tampoco al estado de inconvención: porque desde 1867 el país hacía sus pagos en metálico, lo que no impidió que la crisis lo hiciera volver a la inconvención. Puede abusarse del crédito y del concurso de capitales tanto bajo la inconvención como en la convención».

«La perturbación proviene de que para llegar precipitadamente a la asombrosa prosperidad actual se requiere el concurso de grandes capitales: los cientos de miles de inmigrantes alteran el mercado de consumos antes de producir; los ferrocarriles, los puertos, como el de Buenos Aires, La Plata y el Rosario, los instrumentos de agricultura, la construcción de obras públicas, la edificación, embellecimiento e higiene de las ciudades, representan cantidades considerables de capital, inmovilizadas e improductivas por el momento, pero representativas

del desarrollo futuro».

Y abordando resueltamente la causa más visible: «debe añadirse aún la suba artificial de los valores de la propiedad urbana o rural; las exageraciones de una especulación desmedida en los valores mobiliarios; la pasión del juego y el agio que distraen estérilmente capitales importantes; la emisión excesiva y frecuente de cédulas hipotecarias, el afán de lujo y los gastos superfluos, causas principales de las necesidades de oro y por consiguiente de depreciación del billete que, por otra parte, nunca ha tenido mayores garantías reales que hoy». Y concluía: «no es precisamente el desequilibrio entre la exportación y la importación; ni el saldo que el país paga al exterior por sus deudas o por la renta que retiran las empresas o los particulares residentes en el extranjero, la causa que impide el mantenimiento de una conversión duradera de nuestra moneda. Lo que la podrá impedir es que la República es un vasto mercado que atraerá durante mucho tiempo ingentes capitales del exterior, hasta el momento en que el trabajo y la riqueza constituyan un capital nacional propio y lo radiquen en el país».

Trazaba luego el cuadro de los progresos y economías realizadas en los cuatro años de gobierno del doctor Juárez. La inmigración había ascendido de 112 000 a 250 000 inmigrantes por año; la importación de 96 a 143 millones de pesos; la exportación de 70 a 125 millones; la renta de 46 a 66 millones; los ferrocarriles de 4 mil a 11 700 kilómetros. A la vez habían sido rebajados los 20 millones del servicio de la deuda en circulación a menos de 8 millones; las letras de tesorería de 8 432 000 a 1 900 000; la deuda exigible y flotante de 30 a 3 millones.

El gobierno tenía recursos a la mano —y los enumeraba, con más aplomo que análisis, por 93 millones papel y 78 millones oro—. «Si el curso legal de los billetes fuese el mal generador de las dificultades, los poderes públicos podrían suprimir en un día los billetes de banco pagándolos con el oro a la orden del gobierno». Fuera de estas sumas, añadía, «el gobierno tiene en Europa los recursos que aseguran el servicio de la deuda externa y de las garantías de los ferrocarriles hasta enero de 1891».

Además el Poder Ejecutivo había sido autorizado en octubre de 1889 a vender a Europa 24 000 leguas cuadradas de la tierra pública a 2 pesos oro la hectárea: total 60 millones oro.<sup>[11]</sup> Tales medidas hacen amainar momentáneamente el vendaval. Todos siguen con la ilusión o el reclamo de que el oro vuelva a la par.

Pero el oro a pesar de todas las medidas, explicaciones y garantías, continuaba impertérrito a fines de 1889, a 230 por ciento. Además, el papel que ha

cambiado de manos pero seguramente no ha desaparecido, se esconde. La propiedad baja de precio: los papeles y los productos se desvalorizan. Es la crisis, en fin, de cuyas complejidades entonces se creía saberlo todo, cosa característica de cuando aún no se sabe nada. Después de cuarenta años, sólo hemos adelantado que se estaba desarrollando desde el curso forzoso de 1885 el proceso incontenible, fatal, como un fenómeno de la naturaleza, de la segunda quiebra de la moneda argentina: la primera redujo los cien centavos del peso fuerte a los cuatro centavos del peso moneda corriente de la provincia de Buenos Aires: esta segunda reducirá los cien centavos del peso oro de la ley de Monedas de 1881 a los cuarenta y cuatro centavos de la ley de Conversión de 1889.

La persistencia de la desvalorización durante los diez años posteriores, de administraciones parsimoniosas, habría de demostrar que la economía nacional dependía no sólo de la voluntad y honradez de los gobernantes, sino de nuestra condición de pueblo habilitado por el capital extranjero. Pero en aquella hora nadie mira hacia Europa; la prensa apenas si publica telegramas del exterior; la navegación de ultramar es tardía, el cable submarino caro: nadie hace el estudio de la balanza de pagos, no porque se ignore su teoría, sino porque faltan estadísticas.

La Aldea abatida por el ciclón cree que la cólera divina se ha desatado sólo para castigar sus pecados. En realidad no ha ocurrido más que la casualidad de encontrarse en el trayecto del meteoro, originado a miles de leguas y que acaso ha dado varias vueltas a la tierra, indiferente a las tribulaciones humanas. Así el 90. La Europa está barrida por el segundo ciclón económico del siglo pasado: sus efectos trascienden a la atmósfera económica de toda la tierra: la República Argentina, debido precisamente a sus progresos, ya ha entrado, sin saberlo, en la ruta del torbellino. Cree todavía, encandilada por su independencia política, haber dejado de ser económicamente un país colonial, tener un mercado monetario propio, cuando en realidad depende de los mercados extranjeros que antes le han prestado, pero hoy no sólo no le prestan sino que le cobran. Los efectos del vendaval aparecen en la moneda, vaso comunicante universal. Y todo induce a creer, en último análisis de estos fenómenos intrincados, que las crisis monetarias han de seguir repitiéndose, complicadas con fenómenos tan contradictorios como la abundancia o la escasez de la producción y con el exceso o la restricción de los gastos, mientras los economistas no lleguen a encontrar un patrón invariable para los valores. Se ha logrado encontrar un patrón inmutable para cosas tan sutiles como la extensión, el calor y el tiempo, con el metro, el termómetro y el reloj. Pero para el valor de las mercaderías no se ha encontrado sino otras mercaderías —el oro y la plata—, tan sometidas como las demás a la ley de la oferta y la demanda. Y siempre será imposible decidir —aparte de la complejidad que introduce el factor

psicológico, que obra sobre los valores fiduciarios, miles de veces mayores que las emisiones y la: reservas metálicas— si cuando el oro sube, es porque la mercadería es excesiva o la moneda escasa, o cuando el metal baja es porque la mercadería falta o el metal abunda.<sup>[12]</sup>

Cuando en una época, seguramente lejana, se haya encontrado un patrón invariable, ¿quién duda que se mirará nuestros tiempos, en que hasta el valor de los cereales alimenticios es medido por medio de metales inútiles y raros, con la misma extrañeza con que hoy recordamos los tiempos en que se medía la extensión con el pie o el palmo del medidor, el tiempo con el reloj de arena y la fiebre con el calor o el frío de la mano del médico!

## CAPITULO 3

I. Repercusión del fenómeno económico en la política. Relajamiento de los partidos. — II. El Unicato. — III. Una diátesis nacional. — IV. La responsabilidad del Único. — V. Síntesis histórica. Los presidentes civilizadores. — VI. El pueblo y el ejército. — VII. La transformación social. — VIII. La crisis política de 1890. — IX. La corrupción política.

### I

Donde había repercutido más el fenómeno económico era en la política. El interés pecuniario, malgrado toda su pujanza, es egoísmo; la política, a pesar de sus rencores, es altruismo: el primero aísla y disgrega hasta a los amigos; la segunda relaciona y vincula hasta con los enemigos.

Nadie quería saber nada de otra política que la de estar bien con el gobierno, fuente de tantos provechos. Servir a su país, arriesgando en un bando sus ambiciones, sus esfuerzos, su dinero y hasta sus preocupaciones y odios, para oponerlos a los de otro bando, parecía una simplicidad. Así se había desnaturalizado el mecanismo de la vida republicana. La vida política, como la vida física, es el resultado de un conflicto, o deja de ser vida. El bien público no se realiza por la aspiración simple y espontánea que concibe la masa: es una resultante del choque de los egoísmos: «cada cual concurre al interés común, creyendo servir su bien particular». Los grandes hechos son la suma de pequeños intereses, como los grandes estuarios son el conjunto de pequeñas gotas.

«En la actualidad argentina —había dicho el último mensaje del presidente— no existe otro partido que aquel a que pertenecen las mayorías parlamentarias y todos los gobiernos de la nación y sus estados». Y eso era exacto: los partidos Nacionalista y Autonomista habían terminado su ciclo, después de contradecir, como todos los partidos argentinos, sus rótulos con sus obras: la federalización de Buenos Aires, obra del Partido Autonomista, fundado treinta años antes para combatirla, dejó sin bandera a vencedores y vencidos. Las derrotas militares de las revoluciones del 74 y 80 y las exclusiones y desconsuelos consiguientes habían mellado la vieja arrogancia partidaria. Muchos hombres del Partido Nacionalista se habían plegado a la candidatura presidencial del doctor

Juárez: a esa conjugación se la llamó Partido Autonomista Nacional. Sus enemigos lo apodaban traviesamente PAN. La época llamaba a la conquista de la riqueza y a los descansos y artes de la paz. El mismo general Mitre, creyéndose sin duda en los días finales, pues había cumplido 69 años, de la existencia más intensa vivida por un americano, se dedicaba con el encarnizamiento de un sabio y la paciencia de un monje a completar sus historias de San Martín y de Belgrano. Quería dotar al país de su tradición heroica, dispersa e ignorada, tarea que sin duda juzgaba superior a la desalentada política del momento.

No habían dejado de sentir y tratado de prevenir los peligros de semejante laxitud el presidente y su Ministerio, del que formaban parte Norberto Quirno Costa, Filemón Posse, Estanislao Zeballos, Wenceslao Pacheco y el general Racedo, hombres de concepto y sagacidad, aparte del amigo más íntimo y consejero áulico del presidente, el joven doctor Ramón J. Cárcano, que, al revés del doctor Juárez, era más maduro por la inteligencia y el carácter, que por la edad. Pero llamado el pueblo a inscribirse en el Registro Cívico, que entonces sólo duraba cuatro años, casi nadie había concurrido. La tentativa de formar un partido de oposición había fracasado. A una reunión promovida el 1.º de septiembre en el Jardín Florida (una manzana baldía ocupada por un recreo, entre las calles Florida, Maipú, Córdoba y Paraguay), por un grupo de jóvenes, reunión en la que hablaran Alem, Del Valle, Vicente Fidel López, Delfín Gallo y Pedro Goyena, cumbres intelectuales, excusaron su presencia por enfermedad el general Mitre y el doctor Bernardo de Irigoyen, únicos con capital político: el mismo doctor Alem, en cuya figura ensombrecida, solitaria y audaz, el instinto popular empezaba a parar la mirada, había dicho un discurso desmayado, casi de compromiso. Nadie sospechó, como siempre, que allí empezaba una revolución. El gobierno, a quien todo se le podía exigir menos que crease un partido de oposición, sacó la consecuencia, a que es tan inclinado el poder, de que estaban con él los que no se alistaban en su contra; y siguió halagado con su prestigio y él de su partido. Mas cuando en una república hay un solo partido, sólo existe el poder, que falto de límites, se dilata como los gases en el vacío. Suprimido un platillo de la balanza, no es que siga pesando mal: ya no hay balanza. Al dispersarse el partido opositor había relajado al partido gobernante. El poder no necesitaba para sostenerse y perpetuarse ni del esfuerzo de sus partidarios: le bastaba con sus empleados y los que aspiraban a serlo y en última instancia con el ejército: esto fue lo que siempre se llamó oficialismo, o sea la absorción de la función política por la burocracia. Mas cuando la pasión del dinero, absorbente y desmedida, como que la escasez la aumenta y la abundancia no la sacia, desplazó a las rivalidades políticas, desaparecieron también dentro del mismo partido oficial la disciplina y los méritos, para primar la audacia y el servilismo. La política se hizo empresa, el presidente patrono y los secuaces

accionistas.

Así se aumentó el número de las degeneraciones clásicas del gobierno republicano con una nueva, que fue fulminada con el nombre de *Unicato*. Esta palabra resumía el concepto público; era blandida por la prensa, repetida por hombres, mujeres y niños con rara uniformidad y corría por las vidrieras y calles en las caricaturas tan perversas como artísticas del Don Quijote.

Esto nos incita a decir lo que fue el *Unicato*.

## II

Esta bastardía del idioma, salida de la entraña popular para motejar el bastardeo del gobierno, definía lo que imputaba. El presidente había sido proclamado jefe único del partido gobernante: a las facultades de la Constitución se sumaban las del caudillo: lo que no podía hacer como presidente, tal como elegir gobernadores de provincia y miembros del Congreso, lo podía hacer como único. No era el caso, asaz conocido, del gobernante convertido por su propia ambición en todopoderoso; era la voluntad pública de que fuera todopoderoso para dar prebendas. Añadido el fausto, los obsequios, la humillación ostentada como título y premiada como servicio, la altanería de los íntimos y el auge de los parientes, el poder cobraba los rasgos de las satrapías. Esto indignaba a la vibrante conciencia republicana de los que habían vivido los viejos tiempos. Pero, en realidad, el fenómeno representaba más que la implantación de una dictadura la impaciencia de los jóvenes, que no saben crecer sin desalojar, y la oligarquía de los parásitos. Proclamar único al doctor Juárez tendía no a agrandarlo, sino a monopolizarlo. Se procuraba aislarlo de la opinión independiente representada por el general Mitre y de la plana mayor del partido —Roca y Pellegrini en primer lugar— con el pretexto de que no se menoscababa su autoridad y el fin real de evitar y acaparar la influencia de los desplazados.

El vacío dejado por las personalidades consagradas en el partido gobernante durante tantos años de duras luchas, era grande: se precipitaron para llenarlo las aguas turbias, y se inició el sistema de ganar con arterías, lo que antes se obtenía sólo con los esfuerzos o se negaba por ilícito. Desaparecieron las rígidas jerarquías que, como el esqueleto en el cuerpo, son las que lo conservan enhiesto. Desde entonces el presidente no vio sino caras de postulantes. Hasta sus actos de justicia parecieron favores de la suerte. Se le alejaron o callaron aquellos provincianos

amargos a fuerza de experiencia y los «hombres de latín» que tanto habían procurado atraer Sarmiento, Avellaneda y Roca.<sup>[1]</sup>

Unos para disculpar al presidente y otros para inculparlo, atribuían todo a un círculo o camarilla y a la candidatura oficial del doctor Cárcano. Pero el fenómeno persistió después de renunciadas todas las candidaturas, lo que induce a pensar que la culpa no era de algunos sino de todos, aunque cada cual no imputara sino la ajena. Los ministros, aunque de calidad consular, se limitaban a sus carteras con inteligencia y tesón; pero en lo político se podía decir que compartían el sistema en que flotaban y que habían flotado porque lo compartían. En el parlamento, transformadas las representaciones en dádivas presidenciales, dejaban de ser deberes a cumplir altivamente para convertirse en mercedes a retribuirse con sumisiones; cuando no en ocasiones de enriquecimiento. Una unanimidad mansa suprimía la contradicción y las iniciativas, a pesar de las incitaciones del presidente, cuyo espíritu liberal e inquieto amaba las novedades. Pero el Unicato era más poderoso que el *único*: formaba un ambiente colectivo y un sistema al que nadie escapaba, como no se escapa a las estaciones ni a las modas. El que dentro del sistema pretendía resistirlo era como el viajero de tren que camina en contra de la marcha del convoy: desanda pasos mientras avanza kilómetros. La obstinación en los errores fue tenida por lealtad, el escrúpulo o la enmienda, por cobardía. La inutilización de capacidades era, quizá, el rasgo más melancólico de tal régimen; y cuando se leen los anales parlamentarios, pasma que hombres que desde el día siguiente de suprimido el Unicato ganaron renombre por sus talentos y su entereza, permanecieran en silencio o hablaran con pauta, cuando el país necesitaba de sus espontaneidades y rebeldías, no ya para engrandecerse sino para salvarse.

Erigido el ídolo, siguieron las ofrendas: en la pendiente fatal de todos los fanatismos, no bastaron ya las alabanzas y se trató de aumentar la estatura del fetiche con la postración del devoto. Hasta hubo quienes se llamaran *incondicionales*; menos por el deseo de serlo, que en son de desafío a los adversarios. Las exageraciones de la arrogancia suelen codearse con las humillaciones de la sumisión.

### III

Los contemporáneos consideraban al Unicato como una corrupción momentánea; pero los que habían aprendido la libertad en los escarmientos de la

tiranía recordaban las facultades extraordinarias de Rosas, de origen netamente popular, lo que inducía a sospechar de la existencia de una diátesis en la complejidad nacional. La repetición de tal hecho, en efecto, ya había sido prevista en términos trágicos por los Constituyentes, varones sabios. No se había repetido, empero, en las presidencias de caudillos tan prestigiosos como Urquiza, Mitre y Roca: mas, no acaso por falta de incitación de los partidarios, sino porque estos varones superiores despreciaron la adulación. Así llamaron al gobierno en las ocasiones graves, a sus adversarios, realizando empíricamente la observación de que «uno no se apoya sino sobre lo que resiste». Pero llegado a la presidencia el doctor Juárez, en situación tan próspera y con más suerte que experiencia, bastó que se olvidara de que en nuestra democracia es más difícil esquivar a los que dan como amigos que contrarrestar a los enemigos, para que estallara de nuevo, atenuada por la incruentía, pero agravada por la codicia, la propensión a cansarse de la libertad y exagerar la obsecuencia, hasta reemplazar las viriles tareas del gobierno propio por el arbitrio de un hombre. Tal fenómeno era atribuido por unos a la discordancia entre las instituciones y las disciplinas de los caudillos, forma nativa de nuestro gobierno; por otros a las exageraciones de la raza, más fácil de ser sometida que de ser contentada; sin que faltara quienes, mirando desde más lejos la marcha humana, recordaran que desde los tiempos bíblicos, cuando Moisés bajó de la montaña trayendo la palabra de Dios mismo, encontró al pueblo adorando un becerro de oro.

#### IV

Pero el Unicato, al confundir en el presidente las calidades de autoridad y de caudillo, lo entregaba inerte al asalto de los políticos. No podía castigar los abusos como autoridad, quien debía encubrirlos como aparcero: ni podía negar el presidente lo que el caudillo tenía que prometer. Así llegó a transformarse en una providencia grotesca, encargada de tramitar las ambiciones, ocultar las rencillas y hasta arreglar las trampas de sus amigos. Bajo la apariencia de un amo se había creado un prisionero: tras de cada entusiasmo estaba un pedido; y tras de cada favor irregular, se preparaba, como es humano, un desagradecido y muchos descontentos; el prestigio del sistema se mantenía así con el desprestigio del presidente. Se hablaba de descuentos irregulares en los bancos por recomendaciones oficiales, y cuando alguna vez se conocieron detalles, por lo general secretos, hubo motivos para admirarse, tanto de lo enorme de las sumas, como de algunos de los deudores, no siempre gubernistas. Pero, sobre todo, al único se le reservaba toda la responsabilidad. Los pueblos se enmiendan; pero no

se inculpan ni se castigan; los mismos que solicitan y aplauden los excesos de que aprovechan, suelen estar incubando un reo para la hora del juicio. El partido oficial también acusaría al Unicato de haberlo desorganizado cediendo a los apetitos de los últimos llegados.

De tal suerte unos por ambición, los más por patriotismo, otros por novedad o contagio, por esperanza o desesperación y hasta algunos por redimir la complicidad pasada con la severidad presente, convertirían al doctor Juárez Celman en la víctima tradicional del error común. El *único* en el poder debía ser el único en la culpa. Sino era lo justo, tenía que ser la despiadada lógica del Unicato.

## V

¿Cómo había llegado a tales extremos un pueblo sano y joven? Esa era la no escrita historia de nuestros partidos, vivida por los viejos y recibida por los jóvenes, cuya breve síntesis intentaremos hacer. Agotado por la propia esterilidad de sus excesos, el sistema de la tiranía, con que se inicia el aprendizaje del orden en los pueblos anarquizados, empezaron a desaparecer poco a poco de la política, la intransigencia, el endiosamiento propio, y la excomuniación del adversario, características de la política de muchedumbre, con un primitivo trastornado por el poder supremo, como intérprete.

De golpe renació en vencedores y vencidos el retrasado propósito, síntesis de nuestra índole nacional, de levantar «a la faz de la tierra la nueva y gloriosa nación» soñada por nuestros padres. El vencedor de Caseros, señor de horca y cuchilla de Entre Ríos, resultó con el genio y hasta las crueldades de los grandes organizadores de naciones. Quedó de hecho como patrono de los federales y proclamó que no había vencedores ni vencidos, frase al parecer banal, pero que por su significado ante las exageraciones atávicas, merecería inscribirse sobre las manos entrelazadas del escudo. Proclamó la Constitución y la hizo aceptar y practicar por los antiguos sicarios del tirano. ¡Tan cierto es que los hombres no son buenos ni malos por sí mismos, sino según la dirección que se les imprima! En Buenos Aires se formó el Partido Liberal —en contraposición al vencido partido mazorquero—. Surgieron dos varones de leyenda: el general Bartolomé Mitre y el doctor. Adolfo Alsina que parecían retornar a la olvidada tradición de Moreno, Belgrano y Rivadavia. Ambos modelaron el nuevo tipo de los hombres públicos, a base de austeridad, talento y coraje. No se había visto antes ni se volvió a ver después nada parecido a la devoción y el respeto patrióticos que inspiraron. A

Mitre, militar con vocación civil, le tocó ser el campeón de la doctrina y el ideal; a Alsina, civil con vocación militar, de la eficacia y el poder: la acción del primero trascendería más en el futuro: la del segundo triunfó en sus días. La pendiente histórica llevó a ambos partidos al eterno cauce de la libertad el uno y el orden el otro. El partido mitrista llegó a ser opositor y revolucionario como los viejos unitarios; el alsinista a ser autoritario y disciplinado; pero ambos enseñaron a sus partidarios a gobernar y a gobernarse, pues hasta entonces no se había sabido sino de mandar o someterse. Las denominaciones de nacionalistas y autonomistas que se dieron, a propósito de la cuestión de la capital de la República, cedían, sin embargo, a la realidad. Eran por imposición de la época, sólo partidos personales, apasionados y exclusivistas, aun en contra del propósito de sus jefes. Pero ambos tenían un estado mayor que rechazaba las sensualidades, subordinando la ambición de los puestos a una estricta justicia. Difundidos estos dos partidos en toda la República, cupo a la Nación, la suerte de ser gobernada de 1862 a 1880 por tres presidentes, que habrían sido eminentes como estadistas, hombres de letras y oradores a la vez, en cualquier nación de la tierra: Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda. Durante esta última presidencia alcanzó el intelecto nacional una hora meridiana; escribían en el libro o la prensa, enseñaban en las cátedras, juzgaban en los tribunales o hablaban en los parlamentos y ante las multitudes una pléyade de hombres, hoy renacidos, casi todos en el mármol o en el bronce: Mitre, Sarmiento, Vicente Fidel López, Adolfo Alsina, José Benjamín Gorostiaga, Guillermo Rawson, Bernardo de Irigoyen, Carlos Tejedor, Eduardo Costa, José María Moreno, Juan María Gutiérrez, Victorino de la Plaza, Manuel Quintana, Benjamín Victorica, José Clemente Paz, José María Gutiérrez; además de una generación de jóvenes que adquirieron después tanto renombre: Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Eduardo Wilde, Estanislao Zeballos, Miguel Cané, Tristán Achával Rodríguez, Pedro Goyena, Lucio López, José Manuel Estrada. Llenaban de armonías la atmósfera romántica las líras de Olegario Andrade, Ricardo Gutiérrez, Carlos Guido Spano, Rafael Obligado, Calixto Oyuela y José Hernández, el cual al cantar con realismo nativo y el verbo agreste de las pampas, al indio y al gaucho —dos realidades que al ir desapareciendo se trocaban en mitos— daría la nota más perdurable de nuestra poesía vernácula. El presidente mismo se mezclaba en los torneos de la elocuencia y el talento. Con razón se le pudo llamar el Pericles argentino. Algún día no fue simple metáfora llamar a Buenos Aires la Atenas del Plata.

Aquellos hombres públicos barbados al natural, de galera de felpa y levita, solemnes de aspecto y joviales de trato, entregaban su vida toda, sin esparcimientos ni vacaciones al servicio de su país. La indiferencia, el escepticismo y la sensualidad eran palabras sin sentido. Regían el tono caballeresco, el empaque dogmático y los principios absolutos: lo verdadero, lo bello y lo bueno. Mostrarse permeable a la duda o a la idea adversa era tenido por debilidad; parecían poner empeño en no comprenderse para superarse. Siempre listos para el lance caballeresco, el torneo parlamentario *ab alto thoro*, o la polémica despiadada, sólo les preocupaba la patria, que se confundía con su causa. A la riqueza y la pobreza las descontaban con su sobriedad: entendían ser más ricos no creándose necesidades que acumulando bienes. Un orgullo lleno de probidad se sobreponía a toda conveniencia. Los mismos periodistas, llegado el caso, «tiraban la pluma para empuñar la espada».<sup>[2]</sup> El viejo hidalgo español en suma, nacido en tierra amplia y generosa capaz de fundamentar su arrogancia, y humanizar sus excesos.

Entretanto la masa que había impuesto por su genialidad la república a los monarquistas de los primeros tiempos, no había aprendido a votar, aprendizaje en todas partes necesario, largo y accidentado. Las elecciones, desde que pasaron de ser simples simulacros se regían por las leyes del combate y las travesuras del fraude, y no por las del cómputo: no se aspiraba a ser los más sino los más valientes, o los más vivos. Llegó a ser principio no defendido, pero sí practicado, que en materia de elecciones lo único malo era perderlas. Los políticos dirigentes eran republicanos de verdad, pero mal avenidos con la eficacia del voto para elegir a los mejores: desde el llano reclamaban la libertad electoral y la dejaban o la hacían violar desde el poder. Les interesaba más el buen gobierno de los menos que el mal gobierno de los más. Tenían de la democracia —palabra no usada por la Constitución— el concepto despectivo de Aristóteles, a quien no se citaba pero se leía, al revés de citarlo sin leerlo, como ha sucedido después.<sup>[3]</sup> Se llegaba al poder para perpetuarse. Tal intento trajo dos procedimientos que resultarían trágicos: el fraude oficial y las intervenciones.

El pueblo, por instinto —esa «forma ciega de la razón»— se enamoraba entretanto cada vez más de su libertad y sus derechos. La Constitución al darle el voto no lo había idealizado, sino comprendido. El sufragio libre ya había encontrado su tribuno: el general Mitre, el único acaso que creía en el pueblo, por ser el pueblo mismo. Era el ex presidente que no impuso sucesor. Los demás políticos se absolvían con la transacción de Alberdi: «estamos en la República posible y marchamos a la verdadera», y trataban de compensar con los más grandes esfuerzos por el adelanto del país, la inculpación de usurpadores.

Una república en tal situación de guerra latente sólo podía subsistir por el instinto de su pueblo y por las virtudes de sus dirigentes. No constituían éstos, como después se ha sabido decir, una oligarquía, porque no formaban clase, desde que estaban abiertas todas las filas para todas las capacidades. Era más bien un patriciado del valor y de la inteligencia. La masa, ignorante, igualitaria y bravía, no votaba pero decidía con lo único que le restaba: su acatamiento, y en último caso, su pujanza. El disentimiento era la revuelta. No fue otra la organización de la Roma de los cónsules.

El ejército era el pueblo: la «guardia nacional», legado de la Revolución francesa, para evitar la formación de castas militares. Los oficiales se iniciaban por vocación y se consagraban en los combates. La tropa permanente —de línea— era reclutada por un magro enganche entre esos mocetones pecaminosos que por temperamento o por infortunio, viven descarrilados por el orden social y sólo encuentran su ajuste en la vida rígida pero despreocupada del cuartel, o en la exasperación de los entreveros. Formaban legiones de hierro, que sirvieron para todo: lo mismo para sostener gobiernos impopulares evitando la anarquía total, que para la guerra exterior, para someter al indio y para poblar el desierto, haciendo, en ocasiones, hasta ladrillos y ranchos, defendiendo la tierra de las inundaciones o de la langosta y hasta auxiliando a los coléricos en alguna población desvalida. ¡No quedó un rincón del país donde no dejara su huella el viejo *ejército veterano!*

## VII

Tan habían sentido la discordancia entre el gobierno del pueblo por el pueblo, a que aspiraba la Constitución y la realidad, los grandes presidentes, que su fundamental vocación fue la Instrucción Pública: la historia más remota los ha de llamar los Civilizadores.

Pero ya hacía más de treinta años que habían reanudado, después de la tiranía, su obra silenciosa las Universidades y Colegios Nacionales de Buenos Aires y Córdoba y el Colegio Nacional del Uruguay, con directores y maestros que transmitían no sólo su ciencia sino su ejemplo. El nivel intelectual del pueblo se iba elevando.

No había sido menor la función educadora del Congreso. La modesta sala de la Plaza 25 de Mayo tenía resonancias de academia. La juventud se precipitaba

como a un espectáculo máximo, para oír a Mitre, López, Rawson, Sarmiento, Vélez Sársfield y tantos otros que hablaban con la elocuencia y ampulosidad que hablaban en esos mismos días Gladstone, en Inglaterra, Thiers, en Francia y Castelar en España. Hubo discurso que valió una batalla. ¡Los ya arcaicos caudillos provincianos, domesticados con diputaciones y senaturías, asistían azorados al magno espectáculo!

Sarmiento había creado en 1875 el Colegio Militar de Palermo, en la antigua casa de Rosas, donde hoy está su estatua. Los oficiales ya no saldrían del vivac sino de la academia: ¡no sólo sabrían pelear sino pensar!

La sociedad también se transformaba: las familias de la época heroica iban desapareciendo, sin dejar herederos: la familia argentina ha resultado de corta duración. Nuevos hogares sin arraigo en el pasado llegaban al primer plano. El inmigrante sano —no lo había de otra clase—, después de librarse de las penurias que lo sacaron de su tierra, había sobrepasado el bienestar propio y asegurado el de sus hijos; aspiraba ahora a que éstos ascendieran al primer plano y también gobernasen. De allí el dotarlos de un título universitario, menos como profesión que como dignidad; era la continuación de la usanza de las familias de conquistadores: mandar sus hijos a doctorarse en Madrid o en Charcas. Así se iba ampliando la gente capaz de gobernar.

La democracia entendida de tal suerte, se parecía más a la libertad de aspirar a ser aristócratas que al concepto de solidaridad y cooperación de la democracia ideal, tan difícil, sino imposible de radicar en cualquier sociedad. Pero no era menos cierto que al aumentarse el número de solicitantes se valorizaría el voto del pueblo.<sup>44</sup> Una nueva clase civil y militar iba avanzando, de tal suerte, con audacias de inexperiencia y paso de conquista. Los que no encontraban su camino quedarían para engrosar las reservas de la protesta. Sin haber sido soldados se declararían, llegado el caso, generales. La corrupción política de la juventud que empieza la vida pública es el problema más trascendental y el más descuidado en las democracias.

Desde 1874 en que tuvo lugar una falsificación sin ejemplo que adulteró con desvergüenza la voluntad del pueblo el país empezó a ser opositor a sus gobiernos. Estos a su vez recelaban de la aptitud electoral del país: un dilema —por disimulado, no menos siniestro— quedó planteado: los unos querían primero cimentar el orden y la grandeza del país para alcanzar luego la libertad; los otros empezar por la libertad para hacer la grandeza y el orden. Era, en realidad, la pasión del mundo y de la gloria, la más fuerte de los humanos, la que dividía al

país en gobernantes usurpadores y reivindicadores revoltosos. Los cargos de sensualidad resultaban una ironía: nunca hubo una clase más pobre que la de los políticos, en un país donde todos los demás se enriquecían. Se vivió por años en estado de sitio, de abstención, conspiración o revolución, y amnistía, hasta que Mitre y Alsina en hora luminosa hicieron la conciliación. Se repetía el «no hay vencedores ni vencidos» de Urquiza, que salvó por segunda vez al país. La muerte intempestiva de Alsina truncó la nueva política.

Pero otros desequilibrios iban a aparecer, menos por la intención de los hombres que por las anomalías de los crecimientos demasiado rápidos. Ser jóvenes es no ser todavía lo que se va a ser.

## VIII

Cuando en la elección presidencial de 1880 el gobernador de Buenos Aires doctor Tejedor —un Catón con las virtudes, terquedades e ineficacia del romano— provocó de nuevo el antagonismo de provincianos y porteños, el presidente Avellaneda utilizó el inevitable choque, para hacer sancionar la capital definitiva de la República. Eso importaba arrasar de un golpe treinta años de odios, localismos y prevenciones, de uno y otro lado. Lo acompañaron en primera línea en la magna tarea, llevada a cabo con ímpetu de atropello, como se resuelven siempre los conflictos crónicos, seis hombres que tendrían luego gran figuración: el general Roca, tucumano, el doctor Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle y Dardo Rocha, porteños, Tristán Achával Rodríguez y Manuel Dídimo Pizarro, cordobeses.

Será la página más dramática de nuestra historia política la de aquel presidente Avellaneda, hombre joven, pequeño y endeble, de modales amanerados, carácter plácido y palabra dulce, planeando con alas de águila sobre las nubes borrascosas para imponer su tremenda visión de estadista y serenar los ánimos, con la resolución de «ahorrar sobre el hambre y sobre la sed», y con las perspectivas del porvenir o la apoteosis del pasado. La victoria de las provincias y la derrota de Buenos Aires fueron así transformadas en la Consolidación de la República, con su capital definitiva.

El nuevo presidente, general Roca, a quien se quiso creer en sus comienzos sólo un militar afortunado, resultó, para más, una figura nueva y extraordinaria. Muy joven, de temperamento frío, sobrio y silencioso, diestro en el uso de la fuerza y de la astucia, capaz de dominar las pasiones propias y manejar las ajenas, se

rodeó de los colaboradores más eminentes —cinco presidentes y un timonel, como él mismo dijo— y abandonando las arrogancias e idealismos románticos puso en práctica a toda labor, una concepción realista de la grandeza patria, con el programa de «Paz y Administración». Había adivinado a la Europa, que no conocía: Europa lo comprendió: de entonces data el desarrollo definitivo de la ganadería, la agricultura y el comercio. Desarmó los partidos y caudillos, profesionales de la guerra civil. Con pocos escrúpulos por las formas, acentuó el poder nacional sobre las provincias, que dejaron de jaquear al gobierno nacional, prefiriendo aprovechar su ayuda. Empezó la secularización de la legislación, que había quedado donde Rivadavia la dejó. De entonces datan las leyes de registro civil y educación laica. Fue su colaborador en la áspera lucha con el espíritu santurrón de la época, el ministro Eduardo Wilde, otro hombre joven, de corte nuevo. Médico eminente y descreído, escritor admirable, orador con modalidades flemáticas y pensador materialista con ribetes de cínico, sería nuestro primer filósofo de la incredulidad, más por originalidad nativa que por sistema.

## IX

Un vasto y no deliberado movimiento centralista iba a la vez surgiendo como una corriente histórica superior a la voluntad y a los cálculos de los hombres: un deseo de tranquilidad y bienestar se dilataba por todo el país: el eterno apresto para el peligro había cansado: las familias pudientes de las provincias abandonaban el antes decantado terruño para instalarse en la hermoseedada Capital Federal, hogar común; los ferrocarriles y telégrafos suprimían el aislamiento, verdadero origen de los recelos provincianos. Las veinte mil leguas de los salvajes, entregadas a la colonización, habían transformado la fisonomía rural: las más famosas estancias —nuestros tradicionales feudos, creadores del gaucho y el caudillo— se encontraban superadas por los nuevos campos alambrados y alfalfados, que brotaban como por ensalmo en la ubérrima pampa, cuya legua de tierra dada en premio a los militares, se vendía a quinientos pesos. Por todas partes reventaba la riqueza. Pero al mismo tiempo que afloraban la paz y las comodidades, se iban desvaneciendo las virtudes tradicionales. La altivez, la modestia y el desinterés se trocaban en acomodados, ostentación y derroche. Era posiblemente la primera transición de la vieja sociedad estoica hacia la liberalidad, sensatez y bienestar de las sociedades más evolucionadas. Pero en aquellos momentos la vieja sociedad juzgaba a la nueva con la misma severidad o menosprecio que el viejo juzga al joven y el joven al niño. Desde Europa llegaban ráfagas del escepticismo científico y el realismo literario del fin del siglo, licores

más embriagadores que tónicos para un pueblo nuevo. Era la muerte del romanticismo que antes elevaba la vida, como el gas al globo. Predominó entonces el sensualismo y la codicia no saciada de los recién llegados. La caída desde los ensueños a lo práctico y lo útil no se detuvo en lo sensato: se precipitó hasta la inmoralidad: los convertidos se trocaron en renegados. Una impaciencia materialista lo infectó todo, hasta la curtidura política. Lo que en lo social pudo considerarse sólo un cambio, en lo gubernativo —el manejo de lo ajeno— se volvió corrupción. Entonces se oyó hablar por primera vez del *negotium*. Hubo motivos para añorar la ridiculizada inflexibilidad de los viejos partidarios.

El primer gran foco de la infección estalló en la provincia de Buenos Aires, donde la riqueza era mayor. Su gobernador el doctor Dardo Rocha, hombre probo y con grandes servicios y calidades, pero más influido por su ambición que contenido por sus virtudes, dejó usar de los bancos oficiales para su candidatura presidencial. La construcción de la nueva capital de la provincia —espectacular como pujanza— produjo, con la natural conmoción económica de una capital que emerge en el desierto, un oleaje politicoeconómico de tipo californiano. Los advenedizos aventureros y cansados de ser honestos, de todos los rumbos, se precipitaron al festín. ¡La Plata durante varios años justificó su nombre! El Banco de la Provincia, que era un coloso mundial, y el Banco Hipotecario de la Provincia quedaron heridos en la entraña. Malgrado los esfuerzos de los gobernantes correctos posteriores, Máximo Paz y Julio Costa sólo concurren a los sucesos del 90 para aumentar el número de los heridos con el de los inválidos.

El general Mitre descalificó la candidatura de Rocha como una calamidad.<sup>[5]</sup> El presidente Roca trató de no dejar avanzar la infección: y para contrarrestarla, prohió más que impuso —como era práctica decir entonces— la candidatura presidencial del doctor Juárez Celman que hasta entonces había actuado principalmente en la atmósfera sencilla y honesta de las provincias. Era visible que repetía la gestación de su propia candidatura, que se había iniciado en Córdoba.

¡Así, por una ironía del destino, el candidato de los prudentes de 1886 debía ser el protagonista del 90!

Es que el golpe de timón no había sido calculado según la corriente. Cualesquiera fuesen el propósito y la prudencia del general Roca, lo cierto es que la mayor propaganda de la candidatura del doctor Juárez fue, por razón del ambiente, que era obra de su conuñado el presidente, el gran elector según el concepto de entonces. Era, por tanto, la que exigía menos esfuerzos y ofrecía más probabilidades. El número de los aprovechadores fue por lo menos igual al de los

partidarios.

Después del fracaso de Juárez no faltó quien atribuyera a Roca la «*comparatione deterrima ubi gloriam quaesivisse*» que Tácito sospechó a Augusto por haber designado sucesor a Tiberio. Pero eso, como lo del socorrido parentesco, fue una injusticia. El doctor Juárez era, en efecto, el político más vinculado en el interior, un abogado prestigioso, un parlamentario reformista y eficaz y un carácter enhiesto, de quien el general Roca, muy sensible a los valores intelectuales, a pesar de su descreimiento, debía esperar la continuación y hasta la superación de su gobierno, sin que pudiera calcular sumisiones, como lo reveló el hecho de que fuera la primera víctima. El error estaba en mantener y servirse, en vez del sistema probado de las leyes, de una maquinaria institucional falseada, cuyo funcionamiento apenas era eficaz mediante los prestigios y la destreza de quien la manejaba.

Entregada a un hombre impresionable, en una época falaz, por falta de contradicción y exceso de progresos que se traducían en tentaciones, época que habría requerido un carácter recio y una mentalidad superior, amparada por las instituciones, para encauzar la inundación o desafiar la corriente, la máquina debía desarticularse y se desarticuló.

¡Tanto es el peligro del gobierno personal en las democracias!

## CAPITULO 4

I. La prensa del 90. — II. Una fiesta del ejército. Sinuosidades de la crisis. — III. Avance del desastre. — IV. Medidas de salvación. — V. Estallido final de la crisis.

### I

Los primeros que se apercibieron de la inminencia y la gravedad del peligro, al empezar el año 90, fueron los dos grandes vigías de la vida nacional: *La Prensa* y *La Nación*. «Vamos demasiado ligero, no deteniéndonos a meditar en los efectos del mal uso que hacemos de la riqueza ni en los peligros que envuelve el extravío de la vida institucional» decía *La Prensa* del 1.º de enero de 1890. «Se llamó al pueblo a organizar un partido y fueron muy contados los que se presentaron para ello. Se lo llamó para inscribirse en el Registro Cívico y se mostró sordo a todos los intereses y a todas las aspiraciones. Ni los hombres de la situación ni los opositores pudieron despertar la masa, aunque estuvieran a su frente los que en otrora eran ídolos y caudillos populares».

Y *La Nación* a su vez decía: «A nuestra Buenos Aires, suntuosa, ateniense, bulliciosa como es, no le quedan más que las funciones vegetativas. En esta suntuosa exterioridad, en todo este vigor industrial, que asombra a propios y extraños, no interviene el espíritu público. La metrópoli está así por debajo de la última aldea». Y el 3 de enero añadía: «Una crisis comercial nos golpea la puerta. El oro sube marcando el alto nivel de la desconfianza; la vida pública se deprime... las deudas se saldan con deudas».

Estos dos periódicos, fundados uno por el doctor José Clemente Paz y el otro por el general Bartolomé Mitre, venían representando, desde los días de la unión nacional, un papel en cierto modo institucional.

Las democracias modernas, en efecto, parecen fruto de la prensa: lo que se llamó democracia en la antigüedad griega y romana, tenía por base el trabajo de los esclavos que permitían a los libres vivir en el ágora o el foro. En los pueblos modernos en que todos trabajan, la prensa hace de foro: en vez de ir el ciudadano a la plaza pública, la plaza pública va al ciudadano.

Esto nos incita a describir los dos más grandes órganos de la prensa del 90, cualquiera sea el obstáculo que ofrezca su continuación hasta el presente. Representaban el advenimiento de un nuevo espíritu público, distinto del de los partidos y las personas. Apartándose del carácter personal, agresivo y novelero, que tiene tanto mordiente en los pueblos jóvenes, habían introducido la forma anónima en el escritor, doctrinaria en el juicio y verídica en la información. Generaciones de intelectuales protocolizando la vida colectiva y modelando día a día la opinión, habían pasado por esas casas destilando anónimamente toda la esencia de su espíritu.

Su concepción económica y la severidad de su administración, sin la cuales tantas publicaciones resultaron efímeras, no eran menos significativas: invirtiendo el principio de los cómicos de Cervantes, de ganar el pan con los muchos y no opinión con los pocos, habían sabido ganar opinión con los muchos para ganar el pan con los pocos: el número de lectores determinaría el de los anuncios, fuente económica del periódico: de tal suerte no dependerían, como fue práctica hasta entonces, de subvenciones de gobiernos o partidos.

Ambos eran equivalentes en la función y habilidad periodísticas, pero de distinto modo: *La Nación* cultivaba la prudencia del pensamiento y la frase intencionada; *La Prensa* la espontaneidad y el lenguaje expresivo; la primera era más refinada y sutil, la segunda más franca y contundente; aquella preferida por los intelectuales y políticos, ésta por los imparciales y comerciantes. Pero estas diferencias —acaso sólo observables por los iniciados— no impedían que todos reconocieran el esfuerzo y el coraje de ambos órganos en defensa del bien público y el honor que reflejaban hacia el país dentro del periodismo universal. Naturalmente ambas se ceñían al cartabón intelectual de la época; en primer lugar la doctrina, el *artículo de fondo*; aparte la crónica, escueta, sin comentarios, casi vergonzante. El suelto era un postre raro, pero casi siempre exquisito.

Además existían los periódicos de batalla de la tarde: *Sud-América*, foco de la juventud oficialista, y *El Diario* de Manuel Láinez, opositor: el primero que enseñó a pensar riendo. El doctor Cárcano fundó en abril del 90 *La Argentina*, que procuró imitar a *La Nación* consiguiéndolo sólo en cuanto a la información y el tamaño.<sup>[1]</sup> El poeta Joaquín Castellanos editó en julio de 1890 *El Argentino*, órgano netamente revolucionario.

Para el público callejero, que no concibe el enojo sin burla, y prefiere ver a leer, compendiaaba la oposición el *Don Quijote*, periódico de caricaturas deliciosamente perversas.

## II

El 4 de enero se realizó una fiesta de camaradería del ejército en honor del presidente. El bosque de Palermo reventaba de sonidos militares: banderas, clarines, tambores, uniformes brillantes; el cielo sereno y luminoso; el Plata a la vista; la fronda espléndida; todo predisponía a la ufanía y a la confianza gloriosa en el porvenir. «Cuento con el ejército —dijo el presidente— para hacer preponderar mi política contra el pequeño grupo de los que miran todo al través de la pasión política, agujoneados por la prensa extraviada».

Entretanto continúan las sinuosidades de la crisis. Aparecen algunos síntomas favorables.

El oro que en diciembre de 1889 había rozado 240 por ciento, el 15 de enero estaba a 230; el 16 baja a 227; el 19 a 221; en los primeros días de febrero a 218 por ciento. Las acciones del Banco Nacional, que habían bajado de 250 a 140, suben a 180 por ciento; las cédulas hipotecarias nacionales valen 90 por ciento. Se habla de la tramitación de un empréstito extranjero al Gobierno Nacional, de dos millones de libras esterlinas; y otro de veinte millones de pesos oro a la Municipalidad. ¡Eso sería la salvación!

Un soplo de esperanzas reanima el ambiente. Mas el 1.º de marzo varios corredores de Bolsa, a quienes ya no se considera los causantes de la suba del oro sino meros agentes de la locura general, aparecen en la liquidación mensual con un descubierto de 2 540 000 pesos oro; es un indicio muy limitado, aunque sugerente; ¡cuántos más se habrán arruinado! La cotización del metal sube a 245; y al día siguiente a 250 por ciento. Un estremecimiento de alarma sacude a la ciudad. «Todo el mundo se preocupa: el millonario que asiste al derrumbe de su fortuna; el comerciante que ve oscurecerse el campo de sus transacciones y el obrero que duda de la suerte de sus ahorros. Hay empero una región feliz y serena donde no se siente preocupación: la del gobierno».<sup>[2]</sup> Por supuesto la imputación está destinada a halagar las preocupaciones de los más que el periodismo suele servir y no a expresar la verdad; nadie está más aterrado que el gobierno; pero cumple su deber democrático: ser atacado y callar. La fiebre sigue subiendo: el 4 de marzo el oro está a 255 por ciento; la Bolsa es un hervidero; síntomas de delirio; toda clase de noticias y alarmas. «A causa de la baja de los títulos han perdido en el día dos honorables caballeros, uno abogado y otro general, cuatro millones de pesos». «En la 2.ª rueda de la Bolsa se vio comerciantes con lágrimas en los ojos cuando el

apuntador marcaba la cotización de 272 por ciento».<sup>[3]</sup>

Para más el presidente, resabiado por su impotencia ante el desastre, ha ido a desquitarse, con los mismos provincianos, de los ataques que lo asedian y de las burlas que lo mortifican. Desde Córdoba responde a los cargos por medio de sus visitantes, convertidos en reporteros. Atenúa el desastre, refugiándose en cargos a los adversarios y en un optimismo fácil; mira al pasado y al porvenir, para eludir el presente. No ha llegado aún a Sud América la costumbre de que los estadistas digan honradamente la verdad, cuando ella no confirma sus atributos providenciales. «El presidente me ha mostrado telegramas y cartas que recibe de las personas más influyentes y deduce —dice uno de sus reporteros— que fuera del Municipio de la Capital no se encuentran individuos tan cegados por sus pasiones que crean que la solución de estas cuestiones pueda estar en la retirada del presidente o en aventuras revolucionarias, sino en la irrigación de los campos, en la multiplicación de las vías férreas, en el aumento de la inmigración y en la implantación de nuevas industrias, que por hoy nos permiten ya presentar al extranjero esta estadística: en el año 1886, 400 000 hectáreas cultivadas; en 1889, 3 000 000, es decir, 2 600 000 de más cultivadas durante su administración».<sup>[4]</sup> Cuanto más empeño pone el presidente en aparecer providencial y meritorio, más atrae la tormenta sobre su cabeza: «El presidente atribuye el malestar económico a un espíritu intolerante de oposición, dice un periódico. Muy lejos de eso está la verdad. No es política: es un movimiento social. Es el comercio, son los propietarios, los elementos conservadores, los que están a la cabeza de las multitudes que piden se atiendan sus intereses permanentes con la dedicación que merecen».<sup>[5]</sup> Nadie cree o, por lo menos, nadie dice que se trate de una situación económica fatal: es preferible atribuirlo a causas personales y por tanto reparables.

El oro ha bajado hasta 254; pero el 11 de marzo vuelve a 265 por ciento; es un estallido. Nadie sabe lo que hay que hacer, ni se explica lo que sucede. Se cruzan los proyectos más contradictorios; unos piden economías, otros una emisión de cien millones. Un grupo de los comerciantes más espectables resuelve reunirse en la casa de Mitre para pedirle el remedio de la situación: el gran patricio si bien alcanzaba, como espíritu singularmente ilustrado, todas las ramas de la administración, no era un especializado en finanzas: les aconseja que formulen por escrito sus peticiones al gobierno.

El vicepresidente Pellegrini, en ejercicio, guarda silencio; se dice que está enfermo; pero los que conocen su intrepidez se dan cuenta de que si supiera lo que hay que hacer, lo diría aun enfermo.

El 16 de marzo regresa el presidente; la prensa se jacta del «triunfo de la opinión del país despertando la conciencia adormecida del gobierno»; tantas quejas necesitan un culpable a quien enderezarlas; si el presidente era omnipotente, providencial, ¿cómo podía justificarse de no salvar las calamidades del momento?

Desde la llegada del presidente se anuncian grandes proyectos sobre la Bolsa de Comercio, sobre importación de metálico, sobre emisión, sobre economías. «La cuestión económica preocupa de tal suerte que ningún asunto, por importante que sea, basta a apartar de ese objetivo la atención pública».

Entretanto lo real es que en esos días la provincia de Buenos Aires vende el Ferrocarril del Oeste por treinta y cinco millones de pesos, cuando se habían anunciado propuestas por sesenta millones de pesos, con el optimismo de las últimas esperanzas.

### III

Los acuerdos de ministros se suceden. Al fin salen, el 22 de marzo, los decretos salvadores. Son ideas vagas, precipitadas, una adulación a los ecos de la calle, más que planes de gobierno. Para estudiar la situación legal de la Bolsa de Comercio, su constitución interna y los medios legales de evitar el agio, se nombra una comisión. La componen los profesores don Manuel Obarrio, de Derecho Comercial, don Amancio Alcorta, de Derecho Internacional, don Antonio Malaver, de Procedimientos y don Rufino Varela y don Belisario Roldán, comerciantes. Fuera de Varela, ya fracasado, los demás nunca se han ocupado de agio y de bolsas; pero figuran entre los hombres más honorables del país: se trata de satisfacer a la opinión y no de arreglar la Bolsa. Acaso ya se piensa en el gobierno que atacar a la Bolsa es imputar la tormenta al barómetro. Se nombra interventor oficial de todas las Sociedades Anónimas (que eran centenares) al doctor Leopoldo Basavilbaso, jurisconsulto y magistrado de corte consular, no sospechado, de financiero. Se reduce, nominalmente, el presupuesto en diez millones; se resuelve no escriturar ningún contrato de ferrocarriles u otra obra pública que exija garantía u otra erogación.

Pero estas aspersiones de agua bendita parecen no influir sobre la fiebre; el oro sigue oscilando entre 250 y 265 por ciento. La Comisión de la Banca y el Comercio se decide por fin a dirigirse al gobierno mismo. Decía en su memorial:

«el país se encuentra en una situación económica penosa debido evidentemente a una epidemia moral que llamaremos fiebre de progreso. Un sentimiento patriótico, sin duda, ha lanzado a la comunidad y al gobierno en un movimiento vertiginoso de empresas y negocios que en su mayor parte han tenido por móvil el engrandecimiento de la patria; pero repentinamente nos falta el concurso del capital extranjero y nos encontramos en una situación gravísima llamada a resolverse dentro de nuestros propios elementos. Confesamos que alucinados por el éxito que alcanzaban todos los negocios y por el crédito abundante que nos acordaban los mercados extranjeros, no nos hemos detenido a medir nuestras fuerzas, ni hemos previsto lo que ahora sucede. Es que hemos sido víctimas de un contagio moral al cual nadie ha podido sustraerse. Los errores son enormes y los esfuerzos también deben de serlo».

#### IV

No faltaba, como se ve, ni sinceridad ni exactitud para señalar las pasadas causas; pero lo que se necesitaba no era eso sino remediar los efectos actuales; y a tal fin lo que candorosamente proponían era «el retiro de 58 millones de emisión; la supresión de toda nueva emisión; la fijación de la época cierta de la conversión; el cese de la emisión de cédulas en la provincia de Buenos Aires; la caducidad de todas las concesiones de ferrocarriles y todas las economías posibles en el presupuesto». El presidente, por medio de la pluma incrédula y no sin cierta sorna de Pacheco, contestó que todos los puntos ya habían sido resueltos con anterioridad en el sentido indicado; y que respecto al retiro de los 58 millones «si no había billetes para los descuentos menos podía haber para retirarlos de la circulación y quemarlos; el gobierno desea también la conversión pero ahora limita su acción a lo que es posible y práctico». ¡Como para retirar la emisión o convertir la moneda eran los momentos, en que la falta de dinero por el desbarajuste bancario y el formidable drenaje de las diferencias de cambio, hacían ya imposible el servicio de la deuda externa, el pago de los sueldos de la Administración y hasta de los depósitos de los bancos garantidos y del Banco Nacional! En tal situación había empezado a producirse en la capital y en varias provincias la emisión clandestina de los billetes de las emisiones retiradas anteriormente para ser quemados. La activa perspicacia del comercio lo había sentido y el día 28 de marzo las acciones del Banco Nacional se derrumbaban hasta 105 por ciento. Este fue el primer trueno recio de la tormenta que llegaba. Lo que significaba en los hechos lo expresaba un periódico:<sup>[6]</sup> «Hay infinidad de corredores arruinados; pocos habrían imaginado lo que sucede con este título, unos meses atrás, cuando se veía a los

corredores atropellarse para comprarlos a 340 pesos; lo que representa para aquellos compradores una pérdida de 240 pesos por acción. Y si se toma en cuenta la totalidad de las acciones en circulación —230 000— resulta que los especuladores han perdido en pocos meses 55 200 000 pesos. Si se toma en cuenta la depreciación de los demás papeles, algunos en más de 100 puntos, resultan sumas enormes».

Naturalmente atribuir la pérdida sólo a los corredores, simples mandatarios, es un eufemismo muy de la época. Se trata del último golpe de la ruleta: ¡centenares de millones han sido perdidos en el juego: la pobreza bate sus siniestras alas sobre todo el país!

## V

En aquella atmósfera caliginosa se produce un incidente, al parecer pequeño, que exhibe escandalosamente el sistema de los tapujos, típico de los gobiernos ensoberbecidos. El 3 de abril renuncia el presidente de la Oficina Inspector de Bancos Garantidos, don Marco Avellaneda, ciudadano probo, de carácter entero. Malgrado toda su prudencia, es un secreto a voces que la causa de su renuncia es haberse negado a entregar al Banco Nacional 2 millones que solicitaba, cuando los 18 millones de billetes de la antigua emisión que ya le habían sido entregados para ser quemados habían vuelto a ser lanzados a la circulación.<sup>[7]</sup>

¡Se llegaba a las trapisondas de los quebrados para demostrar que no han perdido su riqueza! Pero tras de ese incidente hay un rumor sordo, sombrío: ¡se ha producido una corrida a los bancos! Los periódicos aún no dicen nada, pero el comercio lo sabe y un estremecimiento de pánico conmueve el organismo económico.

El oro sube a saltos: el día 9 de abril está a 278, 285, 292 por ciento. El día 12 llega a 305, 310. Los acontecimientos se precipitan. Una revolución anda por las calles buscando quien la dirija. Han renunciado todos los ministros, pero las renunciaciones se mantienen en secreto y no se conocen sus causas concretas, que en realidad no existen, como se verá más tarde por su texto: es una sensación de contagio, de atmósfera, de hundimiento en un pozo de aire, más que una contradicción o un choque con el presidente. El ambiente electrizado los ha penetrado, acaso, o la sensación de su impotencia los acobarda. Circula una invitación para un mitin en el Frontón Buenos Aires, dirigida a los ciudadanos que

simpaticen con los principios proclamados en el mitin de la juventud independiente del 1.º de septiembre. Nadie se preocupa de tales principios: es un mitin opositor: basta. Allá van todas las esperanzas. La juventud que figura es, como toda juventud, casi desconocida; pero la acompañan como presidentes honorarios Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, José B. Gorostiaga, Vicente Fidel López, el doctor Estévez Seguí, el general Gelly Obes y Antonio Malaver, consulares de todas las viejas tendencias; y un grupo de hombres en la edad de las grandes energías: Leando N. Alem, Aristóbulo del Valle, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Luis Lagos García, venidos de todos los rumbos con grandes y variados prestigios. Eso ya no es un partido político que se yergue: es el país que estalla.

## CAPITULO 5

I. El mitin del 13 de abril. La concurrencia del Frontón Buenos Aires. — II. Discurso leído por el general Mitre. — III. El doctor Francisco Barroetaveña. — IV. Un artículo histórico.

### I

«El pueblo es siempre demasiado activo o demasiado lento para obrar. Unas veces con sus cien mil brazos lo derriba todo: otras veces con sus cien mil pies anda como los insectos».<sup>[1]</sup> Ahora empieza a dejar los pies de insecto. Una inmensa multitud ha acudido al Frontón: no cabe en el recinto y desborda por los alrededores. Jamás se había visto nada igual. Era un pueblo distinto al de las antiguas aglomeraciones: una burguesía consciente y una juventud de nuevo tipo, con muchos reproches y pocas ideas: se trata de destruir y no de crear. La mayoría de las generaciones posteriores al 53 no se resigna a la marcha prosaica entre los rieles institucionales; repiten las frases inflamadas de las épocas del heroísmo y de la libertad; sienten llegado su turno de hacer una nueva independencia, de ser «regeneradores». Es el brote de la savia juvenil, siempre rebelde, porque tiene que romper la endurecida corteza. Banderas, gallardetes, músicas. Ráfagas de aplausos, atmósfera de tempestad. Pero los anuncios de desorden y agresión no se cumplen: no hay un solo grito sedicioso.<sup>[2]</sup> La policía, a su vez, se conduce con una corrección que reconocen hasta los que habrían deseado que se excediera: su jefe, el coronel Capdevila, blanco de ataques crueles y sistemáticos, pero invariablemente caballeresco, la dirige en persona. Mas no es necesaria: la multitud permanece serena. Allí están la tradición, la banca, la universidad, la prensa, el foro, los clubs sociales, hasta el clero. Hay además, bajo la superficie, un gran dolor que lastra las efervescencias de la superficie; son los millares de propietarios, bolsistas y comerciantes en vías de arruinarse; menos que la riqueza a perder, los escuece la perspectiva de no poder pagar sus deudas: salvar el crédito ha sido siempre una obsesión argentina. Una buena parte son extranjeros, pero no se los distingue: tienen las mismas pasiones; la tierra los ha renovado; además concurren con la más auténtica carta de naturalización: sus hijos. Se ha ascendido hasta los móviles superiores: la patria, el honor. La agrupación de los hombres no sólo modifica el número: eleva su calidad.

La vibración ha llegado a los hogares: en cada madre, esposa, hermana o novia, hay una palpitación: es la mujer argentina, la verdadera conservadora de la tradición y nacionalizadora del extranjero, escondida habitualmente en el hogar, según la tradición arábigo-española, que, como las antiguas vestales, se moviliza en las grandes tribulaciones. La prensa eleva el tono hasta el himno: «bajo un sol victorioso, un sol de Mayo, la heroica ciudad despertó, por fin, de su letargo, grande, potente, triunfadora como en los días heroicos; la que guardó en su seno la libertad de un mundo, irguió su talla... nacionales, extranjeros, niños, mujeres, los primeros hombres del país, todas las clases sociales han acudido a hacer acto de presencia o de simpatía».<sup>[3]</sup>

Las dejadeces y locuras privadas vienen a purificarse en la antes desdeñada política, como las aguas de los arroyos cenagosos se limpian al caer en la corriente de los grandes ríos. Nadie recuerda que hace años no se ha inscripto para votar, ni asistido a un comité: que ha derrochado, jugado en la Bolsa; ya se está al amparo redentor de las grandes palabras: civismo, libertad, pureza: esperan de ellas el cambio que los devuelva a la prosperidad.<sup>[4]</sup> La política se ha vuelto la última esperanza. «No hay buenas finanzas sin buena política». La pobreza —la dádiva desagradecida del poeta— está obrando el prodigio del patriotismo.

Como en tales tiempos no era práctica hablar en público de intereses materiales, los oradores no hablarán sino incidentalmente de la crisis y de los modos de resolverla; el asunto capital son los derechos y las libertades.

## II

El primero que avanza, quitándose el habitual chamberguito, es el general Mitre. Hay algunos que no lo conocen sino a través de su celebridad: ¡hace tantos años que no hay reuniones políticas y que de los periódicos sólo se lee la crónica comercial! Pero ante su figura, que tenía algo de las que los artistas inventaron para Sócrates y para Cristo, estalla una ovación y todos lo imitan, descubriéndose. Su primer gesto confirma al dominador de muchedumbres. «Orden general», dice con voz resonante e imperiosa: «Todos cubiertos, menos el orador que se dirige al pueblo soberano». Ha resuelto la situación engorrosa, ratificando su destreza de caudillo y de orador. Aclamaciones por largo rato. Luego manifiesta que va a leer «para que conste la fórmula concreta y colectiva del pensamiento o del sentimiento que en este día reúne al pueblo de Buenos Aires como un solo hombre que piensa y siente del mismo modo».

Al caudillo popular ha sucedido el estadista. Lee: «Conciudadanos: no hay necesidad de declararlo; la composición de este mitin y el espíritu que lo anima lo dice: un mitin de oposición popular y de saludable agitación política.

»No es una reunión de partido, ni tampoco una coalición de partidos. Es una asociación de voluntades, que responde a una necesidad imperiosa. Aquí están representados todos los hombres del pasado y del presente, sin más aspiraciones que el bien público: aquí está la juventud, aquí están todos los que no abdican incondicionalmente su conciencia de hombres libres y levantan los principios conservadores que salvan a los pueblos y consolidan a los buenos gobiernos. Estamos reunidos para dar un punto de apoyo a la opinión, sobre la base del programa de principios de la Unión Cívica; para hacer un llamado patriótico a los gobernantes en el sentido del bien público, para organizarnos políticamente; para asumir decididamente una actitud de protesta y resistencia contra los que abusan del poder y contra la corrupción política que ha falseado las instituciones.

»La misión encomendada a la nueva generación en esta obra es de lucha y de labor: normalizar la vida pública, encaminando al país por las vías constitucionales, para conciliar el hecho con el derecho y fundar el gobierno de todos y para todos.

»Pisamos el único y el último punto del terreno constitucional de que no hemos sido expulsados. Mantengámonos en él con el firme propósito de reconquistar el terreno perdido, pugnando por nuestros derechos. Con esta bandera constitucional y estos patrióticos propósitos afirmemos una vez más nuestra decidida actitud de resistencia y de protesta».

La palabra grave y sonora ha dejado de vibrar: largos y delirantes aplausos y aclamaciones al hombre; su sola presencia vale una oración; pero no al discurso, demasiado intencionado para la comprensión de los más y demasiado recatado para los jóvenes y los comités.

Los más advertidos observan que el general ha leído, siendo el orador más consagrado en la arena popular. En algunos quedan sonando aquellas palabras «encaminar al país por las vías constitucionales», «normalizar la vida pública», «mantenerse en el terreno constitucional». Hay quien recuerda su carta a los jóvenes cuando la reunión del 1.º de septiembre de 1889, enteramente concordante: «la juventud argentina se encuentra en el límite que separa la vida caduca de la vida nueva: en este punto debe marcar un paso... hay que *conciliar el hecho con el derecho*, para mejorar *pacíficamente* el gobierno: la fórmula es *entrar todos en el orden*

*constitucional*».

Pero los que así discurren son pocos. La inmensa mayoría no está iniciada en semejantes atisbos; y en la juventud y la gente de los comités bulle el sentimiento atávico, simplista y contundente, para salvar dificultades: ¡una revolución! Lo de una «misión de lucha y labor» es algo incierto, fatigoso: la revolución, en cambio, es instantánea, gloriosa.

¿Y para qué la revolución? Para derrocar al gobierno. ¿Y luego? Nadie se formula ni contesta tal pregunta. Pero dos hombres entre los iniciados o advertidos, parece han previsto y temido la respuesta: el general Mitre, cuyo desinterés y jerarquía nadie discute, ha *exigido* para incorporarse formar parte *con voz y voto*, de la «Junta Ejecutiva» que se proclamará en el mitin; y don José Manuel Estrada ha reclamado netamente un acuerdo previo sobre la futura candidatura presidencial.<sup>[5]</sup>

### III

Avanza luego el presidente de la Unión Cívica de la Juventud, don Francisco A. Barroetaveña, vástago original de la nueva formación nacional. El ha sido el heraldo; él escribió el primer artículo *Tu quoque juventud, en tropel al éxito*, en agosto de 1889, y ha suscitado, con actividad incontenible, la conjunción de todas las oposiciones.

El joven entrerriano tiene facciones duras, talla mediana y voz acerada. Su palabra es descuidada pero no sin cierta elocuencia explosiva. No es el revolucionario vulgar, hombre de acción y de lances. Es, por el contrario, una reputación universitaria, un espíritu laborioso, metódico, sin romanticismos ni aventuras; pero lleva en el pecho una «revolución francesa». En el Frontón se encuentra en el *Jeu de paume* de los Estados Generales de la Francia de 1789. Lo dice él mismo, incontenible, después de dar larga cuenta (pues no acostumbra abreviar) de los trabajos de organización.<sup>[6]</sup>

Ya ha sido un héroe del esfuerzo oscuro: ahora viene a serlo de la política estrepitosa. Hijo de una humilde pero sana familia vasca, de la campaña de Guleguay, ha cuidado vacas y ovejas hasta los quince años, edad en la que recién ha aprendido a leer al pie del caballo, enseñado por un hermano. De allí su aspecto escueto de campesino, que sugiere algo de los «ñandubays» achaparrados de sus

pagos. Destinado a agrimensor por el anhelo paterno, ha llegado a fuerza de tesón y sacrificios a recibirse de abogado. En el Colegio del Uruguay ha conocido a los tremendos librepensadores franceses del 48, que lo dirigen —Alejo Peyret en primer lugar— y han llegado a sus manos las novelas de Dumas padre. El tipo novelesco de los muchachos del arroyo, Gilbert, Angel Pitou, elevados por su esfuerzo, en medio de las trifulcas callejeras, lo ha seducido; él también será un día revolucionario, combatirá a la Iglesia, a la nobleza y a los tiranos, defenderá los derechos del pueblo.<sup>[7]</sup>

Este sentimiento recóndito no le impide, acaso lo incita, a ser el mejor y más disciplinado estudiante de la Facultad de Derecho de Buenos Aires; sus condiscípulos lo miran con respeto paseando silencioso por los claustros, bajo un grande y enigmático chambergo. No toma parte en las travesuras ni agremiaciones estudiantiles. Tenaz, minucioso, incansable, da la impresión de un futuro archivero, erudito, o sabio. Por sus aristas secas y su porte solitario el buen humor estudiantil lo apoda el Carancho. Pero al terminar su carrera, la Academia, sospechada de santurrona, descalifica su magnífica tesis sobre matrimonio civil, por excesos contra el clero. Así pierde el título de laureado que le correspondía. Para más, el lauro universitario es acordado a un condiscípulo tan liberal como él. ¡Ahora sí que puede creerse víctima de la Iglesia!

Una vez recibido de abogado ha pasado varonilmente seis duros años iniciales, orgulloso de su pobreza y de su austeridad. Sus condiscípulos en las alturas, con todos los mirajes de opulencia y todas las apariencias de vasallaje que imprimen los partidos oficiales. Eso le roe las entrañas. Se siente el «mérito desconocido». El espectáculo de las sensualidades públicas, a la vez, subleva su honradez, su ascetismo y exalta su hondo amor patrio. Todos, prensa, parlamento, personajes, callan; la indecisión, la impotencia, la complicidad, acaso, atajan las lenguas; él, que no tiene compromisos, ni partido, ni jefes, ni abolengo, se siente con la fe de los misioneros y con un sentimiento de perfección, más sincero que vanidoso en quien aún no ha hecho nada; y resuelve hablar. Va a decir fuerte lo que todos murmuran; y lo dirá sin miedo ni al error, ni a la pobreza ni a los peligros. Fue en agosto de 1889. Un grupo de jóvenes distinguidos —Ayarragaray, Villanueva, Méndez Casariego, de Toledo, Matienzo, Osvaldo Piñero, Leopoldo Díaz, Gregorio Chaves—, presididos por el doctor Lucas Ayarragaray, que llegaría a ser uno de los más intensos pensadores argentinos, y por Benito Villanueva, talento económico que venía a gastar en la política lo ganado en los negocios, habían celebrado una fiesta con el propósito de «incorporarse al Partido Nacional y en homenaje a su jefe el presidente de la República». El propósito íntimo era el habitual en los novicios: abrirse camino y conquistar la voluntad presidencial para

la candidatura del doctor Cárcano, a quien rodean con entusiasmo como intelectual, como liberal, como joven y como amigo. Allí se ofreció con desenfado una adhesión *incondicional* al presidente. Se trataba del lenguaje político corriente, más que de cualquier abdicación; pero la gastada frase sonó a blasfemia y tuvo una repercusión enorme, porque concentraba la dejadez política de todos.

#### IV

Entonces había escrito Barroetaveña en *La Nación* su *Tu quoque juventud, en tropel al éxito*. Los bolsistas fueron los primeros en felicitarlo. Nadie acusa con más fuerza que los cómplices arrepentidos. A pesar de su abigarrado título, el artículo no era una invectiva ni una catilinaria. Era una pieza de noble intención y de factura común, de cuya moderación se congratularía más tarde su propio autor.<sup>[8]</sup> Pero era un acto de coraje y había tocado, acaso sin saberlo, la campana de alarma. Ese artículo agrupó a su lado varios jóvenes intelectuales que no habían actuado en política —Gouchón, Montes de Oca, Torino, Le Bretón, Mujica, Arévalo, Alvear, Ibarguren, Elizalde— y agitó la opinión de un modo sorprendente. Era todo un despertar. De golpe se encontró su autor con la popularidad y el prestigio: por todos lados brotaban comités entusiastas, decididos, contra el *incondicionalismo*: no era necesario sembrar; bastaba recoger. Se sintió el único autor de todo. Desde entonces dejó los reatos y cautelas de las disciplinas intelectuales para convertirse en un apóstol de actividad febriciente y palabra sin medida. Prefirió la virulencia al pensamiento ponderado y responsable. El programa inicial de la Unión Cívica de la Juventud: «ejercitar libremente el sufragio, sin intimidación y sin fraude y provocar el despertamiento de la vida cívica nacional», ya ha quedado lejos; los jóvenes que lo han trazado con sentido de responsabilidad y de eficacia el 1.º de septiembre, como Gouchón, Montes de Oca y Damián Torino —que llegarán a ser hombres de gobierno—, quedan en segundo plano. La hora es de los impulsivos, de los exaltados, de los revolucionarios y su más alta expresión es Barroetaveña.

Ahora sí que está en plena Revolución francesa. El presidente es el tirano de «perversos instintos»; la casa de Gobierno, la Bastilla; los partidarios del gobierno, la «corte fenicia». No falta ni la amenaza extranjera. «Hizo desfilar ante la mirada de todos —es él mismo quien lo narra— el espectro de los pueblos tiranizados, vegetando en la miseria y el oprobio, hasta que una mano extranjera vigorosa los suprima del mapa de las naciones». Siente la aspiración al martirio; «nos esperan emboscadas y persecuciones innobles dondequiera que vayamos: el ultraje y la burla guaranga en las gacetas situacionistas; el oficialismo cerrándonos el paso en

todas direcciones».

¡Y está hablando ante el jefe de Policía que lo escucha tranquilo! La respuesta de los jóvenes que preside Ayarragaray tampoco resulta la burla guaranga. «Pensamos —dicen— que somos elementos nuevos que si no hemos hecho hasta hoy nada bueno, tampoco hemos hecho nada malo». Y en cuanto al ultraje de las gacetas oficiales, se reduce a una cita de Hamilton: «Entre los extremos de estigmatizar la adhesión al poder y profesar un credo ilustrado por la afirmación del gobierno, la historia nos demuestra que lo primero ha sido un camino mucho más seguro para la introducción del despotismo; y que entre todos los hombres que han conculcado las libertades republicanas el mayor número ha iniciado su carrera haciendo una corte obsequiosa al pueblo; comenzando por demagogos han terminado en tiranos».<sup>[9]</sup> Pero Barroetaveña ya no polemiza: es pura acción. Se siente apóstol; pasa desordenadamente de la política a la filosofía estoica. «La inmortalidad histórica está reservada a los sublimes menesterosos. La justicia histórica no pregunta cuántas riquezas poseyeron Jesús, Marco Aurelio, Sócrates y Platón».

Ha ido a consultar sus planes de coalición con Mitre; el general naturalmente le repite las ideas serenas y de largo alcance que ya ha expresado por escrito. Pero el viejo patricio también le resulta insignificante: «su lenguaje fue confuso —dice—; sus ideas contradictorias y los argumentos evasivos». Se siente jefe, independizado de toda influencia, aunque sea la del saber, el desinterés y la experiencia.

¿Qué joven creyó jamás en la experiencia, colaboradora que recién llega cuando la juventud termina?

Acaso el único que lo iguala es Joaquín Castellanos, el último poeta, cojo como Tirteo y airado como Juvenal. Pero el poeta es intermitente, soñador, desordenado. Barroetaveña es impertérrito, concreto, sistematizado.

## CAPITULO 6

I. El doctor Leandro N. Alem. — II. Discurso del doctor Alem. — III. Discurso del doctor Del Valle. Discurso de los oradores católicos. — IV. El desfile hasta la Pirámide de Mayo. En casa del presidente.

### I

Mas, con toda su altivez cerril, incapaz de transar ni con lo razonable, tiene Barroetaveña un inspirador que lo sugestiona desde la sombra y está listo para reemplazarlo. En el antiguo Club del Progreso (Chacabuco y Victoria), centro elegante de los viejos porteños, a donde va Barroetaveña a husmear un poco de elegancia (anda de novio), y de hablillas, ha conocido a un hombre impresionante, también de chambergo, siempre de luto. Es el doctor Leandro N. Alem. Va allí en busca de los jóvenes, decepcionado de sus contemporáneos. Está en la hora meridiana; ha cumplido cuarenta y seis años; su barba blanquea prematuramente. Alto, bien formado, con cuerpo y agilidades de atleta, con tupida cabellera y una enorme pera militar. Lo rodea una aureola de intelectual distinguido y de bravo hasta la temeridad y desinteresado hasta la miseria. Su fisonomía tiene algo de trágico y de dominador. Desde el 80, en que quiso recoger la bandera autonomista y se opuso a la federalización de Buenos Aires, no actúa en ningún partido. Ha ido a la guerra del Paraguay, ha sido secretario de la legación en Río de Janeiro, caudillo oficialista de Balvanera, cuando se arrebataba a balazos las urnas; diputado provincial y nacional; ha sobresalido en el foro; ha tenido varios duelos; pero en todas partes lo ha ganado el descontento, el asco de la realidad, acaso. Hay en él una aspiración mística hacia algo superior, indefinido: entretanto es un rebelde, imperioso, arbitrario. No lo halagan ni la fortuna, ni la mujer, ni los puestos, ni la vida misma. Se dice que está afectado de una tuberculosis crónica cuyas depresiones combate con frecuentes aunque moderadas dosis de alcohol. No ha formado un hogar. Ha cerrado su estudio, refugiándose ocasionalmente en el Del Valle. Es un tipo profundamente psicológico, con pasta de poeta, de caudillo y de mártir. Sólo por excepción frecuenta la primera sociedad; se cree perseguido, o por lo menos desdeñado; prefiere el contacto con la gente suburbana a la que sabe dominar. De allí cierto renombre de matón, que lo perjudica pero que no rehúye. En la intimidad es singularmente seductor: «sutil y sencillo hasta la enfermedad» dice Barroetaveña, «hacía versos de amor, lloraba en los velorios; daba su sopa sin

pensar en sí mismo». Su sinceridad, su nobleza se transparentan y atraen. Sus arrebatos imponen: «de repente todo su ser ardía en ráfagas de odio; hubiérase dicho que el alma se le salía a los ojos y los puños». El joven entrerriano ha coincidido con él, primero en las rebeldías, intransigencias y aspiraciones y luego han llegado a la confianza íntima. Se han contado sus vidas, esfuerzos y sacrificios. Barroetaveña, bajado del trípode, es un alma sencilla, candorosa. Alem le ha referido —con palabra de hijo piadoso y de poeta— la horrible tragedia que lo obsesiona: ¡a los nueve años ha visto en la Plaza Independencia descolgar de una horca el cadáver de su padre!

«El doctor Alem conservaba en su corazón la huella de aquel *crimen*. Su espíritu creció como el de Hamlet en un caliente clima de tragedia».

Se ha desarrollado en la indigencia física y moral. Los chicos del barrio corrían a cascotazos al «hijo del ahorcado». «Mi madre —decía el doctor Alem—, para mantenernos, hacía pastelitos y dulces que yo mismo llevaba a vender a los hoteles».<sup>[1]</sup>

¿Qué más necesitaba para despertar en el alma recta, compasiva y crepitante de reivindicaciones del joven tribuno, el propósito de premiar tanta virtud y redimir tanta injusticia? ¡Allí está el jefe ideal de la revolución soñada!

Desde ese momento el neófito queda ligado estrechamente al político. Lo admira, lo quiere, lo obedece con fe, casi con fanatismo. El político a su vez siente renacer sus ilusiones al contacto de tanto fervor, de tanta firmeza, de tanta inocencia, acaso. Planean la reunión del 1.º de septiembre del año anterior. Alem asistirá como espectador, más que como dirigente. Se trata de explorar. Se han aliado a los católicos más intransigentes, partido importante entonces, que detesta al doctor Juárez más que por sus errores, por su liberalismo. El interés político ha primado sobre las ideas del liberal Alem y del ultraliberal Barroetaveña. Quien ha impuesto la maniobra es Alem, que llegara a hablar del «culto bastardeado» para halagar a sus aliados. El «bastardeo» es la ley de matrimonio civil, que han sancionado los partidarios de Juárez. Con todo la reunión del 1.º de septiembre resulta insuficiente, sino contraproducente para el doctor Alem, que, exigido, habla con desgano. El general Mitre, que no asiste por enfermedad, ha escrito a los jóvenes este mensaje pacifista: «La misión encomendada a la nueva generación es de lucha y de labor, de fortaleza militante y de paciencia cívica». Alem ha presentado el ejemplo de la juventud que fue a la guerra del Paraguay. ¿Pero qué valdría su incitación guerrera en frente del consejo del mismo general que dirigió tal guerra?

Alem termina diciendo a los jóvenes: «Si alguna vez necesitáis la ayuda de un hombre joven de largas barbas blancas, pronunciad mi nombre y correré presuroso a ocupar mi puesto con el ardor, la fe y la esperanza de los primeros años».

Pero desde ese mismo día traza en secreto el plan de una revolución de la que será el único jefe. Ese plan inicial queda oculto y sólo puede conjeturarse hoy al través de las revelaciones, más honradas que discretas, del doctor Barroetaveña. A eso responde la apresurada organización de los comités parroquiales sin ocasión de ningún acto electoral. «Se prefirió para formarlos, dice Barroetaveña, a los cívicos más decididos y probados, vale decir a la gente de acción».<sup>[2]</sup> Pero han transcurrido ocho meses; el avance terrorífico de la crisis ha alcanzado hasta las clases más conservadoras; el amor a la novedad, eterno miraje de los desesperados, se infiltra en todas partes; Buenos Aires trepida. En tal situación ha surgido el mitin del 13 de abril. La Junta Ejecutiva de 10 miembros, a nombrarse en el mitin, convenida después de largas y difíciles tramitaciones de las que es el alma Barroetaveña, tendrá como presidente al doctor Alem. Todas las resistencias que se presentaron han cedido a la necesidad de un jefe capaz de jugarse íntegramente.

El largo, doloroso y candente ensueño del proscripto está realizado. Ya va a estar al frente del pueblo de Buenos Aires: puede llegar a presidente de la República.

## II

Cuando el doctor Barroetaveña con palabras cálidas presenta a la Asamblea al presidente que dirigirá la Junta Ejecutiva de la Unión Cívica, doctor don Leandro N. Alem, se produce un estremecimiento, más profundo que estrepitoso. Se atropellan para escucharlo. Al fin van a ver y oír al hombre del momento, al personaje misterioso que pocos conocen y de quien en todas partes se habla, el *ignotus pro magnifico* lo agrandará más que la propaganda: los que no alcanzan a oírlo, que son el mayor número, serán quienes más lo ensalcen.

El caudillo avanza erguido: su gesto revela pujanza y dominio; y con una voz que tiene de himno, de llanto y de mando, pronuncia esta oración que ponemos con la interpretación que hizo la prensa del largo trueno de aplausos con que fue acompañado, ya que de algún modo es necesario materializar el efecto de las palabras.

«Se me ha nombrado presidente de la Unión Cívica y podéis estar seguros que no he de omitir ni fatigas ni esfuerzos, ni sacrificios, ni responsabilidades de ningún género para responder a la patriótica misión que se me ha confiado (*Grandes aplausos y vivas al orador*).

»La misma emoción que me embarga ante el espectáculo consolador para el patriotismo de esta imponente Asamblea, no me va a permitir, como deseaba y como debía hacerlo, pronunciar un discurso. Así, pues, apenas voy a decir unas pocas palabras, pero palabras que son votos íntimos, profundos, salidos, señores, de un corazón entusiasta, y dictados por una conciencia sana, libre y serena. Una vibración profunda conmueve todas mis fibras patrióticas al contemplar la resurrección del espíritu cívico en la heroica ciudad de Buenos Aires (*Aplausos y vivas*). Sí señores: una felicitación al pueblo de las nobles tradiciones que ha cumplido en hora tan infausta sus sagrados deberes. No es solamente el ejercicio de un derecho, no es solamente el cumplimiento de un deber cívico; es algo más: es la imperiosa exigencia de nuestra dignidad ultrajada, de nuestra personalidad abatida; es algo más todavía señores: es el grito de ultratumba, es la voz airada de nuestros beneméritos mayores que nos piden cuenta del sagrado testamento cuyo cumplimiento nos encomendaron (*Prolongados aplausos*).

»La vida política de un pueblo marca la condición en que se encuentra; marca su nivel moral, marca el temple y la energía de su carácter. El pueblo donde no hay vida política es un pueblo corrompido y en decadencia o es víctima de una brutal opresión. La vida política forma esas grandes agrupaciones, que llámeselas como ésta, populares, o llámeselas partidos políticos, son las que desenvuelven la personalidad del ciudadano, le dan conciencia de su derecho y el sentimiento de solidaridad en los destinos comunes.

»Los grandes pueblos, Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, son grandes por estas luchas activas, por este roce de opiniones, por este disenso perpetuo que es la ley de la democracia. Son esas luchas, esas nobles rivalidades de los partidos, las que engendran las buenas instituciones, las depuran en la discusión, las mejoran con reformas saludables y las vigorizan con entusiasmos generosos que nacen al calor de las fuerzas viriles de un pueblo (*Aplausos*).

»Pero la vida política no puede hacerse sino donde hay libertad y donde impera una constitución. ¿Y podemos comparar nuestra situación desgraciada con la de los pueblos que acabo de citar? Situación gravísima, no sólo por los males internos sino por aquellos que pudieran afectar al honor nacional cuya fibra se debilita. Yo preguntaría: en una emergencia delicada, ¿qué podría hacer un pueblo

enervado, abatido, sin el dominio de sus destinos y entregado a gobernantes tan pequeños? (*Aplausos*).

»Cuando el ciudadano participa de las impresiones de la vida política, se identifica con la patria: la ama profundamente, se glorifica con su gloria, llora con sus desastres, y se ve obligado a defenderla porque en ella cifra las más nobles aspiraciones. Pero ¿se entiende entre nosotros así de algún tiempo a esta parte? (*Aplausos*).

»Ya habéis visto los duros epítetos que los órganos del gobierno han arrojado sobre esta manifestación. Se ríen de los derechos políticos, de las elevadas doctrinas, de los grandes ideales; befan a los líricos, a los retardatarios que vienen con disidencias de opinión a entorpecer el progreso del país... ¡Bárbaros! Como si en los rayos de la luz (*salva de aplausos*) como si en los rayos de la luz pudieran venir envueltas la esterilidad y la muerte (*Grandes aplausos*). Y ¿qué política es la que hacen ellos? El gobierno no hace otra cosa que echar la culpa a la oposición de lo malo que sucede en el país. Y ¿qué hacen estos sabios economistas? Muy sabios en la economía privada, para enriquecerse ellos: en cuanto a las finanzas públicas ya veis la desastrosa situación a que nos han traído.

»Es inútil, como decía en otra ocasión: no nos salvaremos con proyectos ni con cambio de ministros; y expresaré en una frase vulgar: ¡esto no tiene vueltas! (*Grandes aplausos*). No hay, no puede haber buenas finanzas donde no hay buena política. Buena política quiere decir respeto a los derechos; buena política quiere decir aplicación recta y correcta de las rentas públicas; buena política quiere decir protección a las industrias lícitas y no especulación aventurera para que ganen los parásitos del poder (*Aplausos*), buena política quiere decir exclusión de favoritos y de emisiones clandestinas (*Prolongados aplausos*).

»Pero para hacer esta buena política, se necesitan grandes móviles, se necesita fe, honradez, nobles ideales; se necesita en una palabra, patriotismo. Pero con patriotismo se puede salir con la frente altiva, con la estimación de los ciudadanos, con la conciencia pura, limpia y tranquila pero también con los bolsillos livianos. Y con patriotismo no se puede tener troncos rusos a pares, palcos en todos los teatros y frontones, no se puede andar en continuos festines y banquetes, no se puede regalar diademas de brillantes a las damas, en cuyos senos fermentados gastan la vida y las fuerzas que debieran utilizar en bien de la patria o de la propia familia (*Prolongados aplausos y nutridos vivas al orador*).

»Señores; Voy a concluir, porque me siento agitado. Esta asamblea es una

verdadera resurrección del espíritu público. Tenemos que afrontar la lucha con fe, con decisión. Era una vergüenza, un oprobio, lo que pasaba entre nosotros; todas nuestras glorias estaban eclipsadas; nuestras nobles tradiciones olvidadas, nuestro culto bastardeado; nuestro templo empezaba a desplomarse; y señores, ya parecía que íbamos resignados a inclinar la cerviz al yugo infame y ruinoso: apenas si algunos nos sonrojábamos de semejante oprobio. Hoy ya todo cambia: éste es un augurio de que vamos a reconquistar nuestras libertades y vamos a ser dignos hijos de los que fundaron las Provincias Unidas del Río de la Plata (*Prolongadas salvas de aplausos. Aclamaciones repetidas al orador*)».

Este discurso, adocenado de ideas, pero vigoroso y desenfadado en la invectiva, era, acaso deliberadamente, inferior a la inteligencia de su autor y del pequeño núcleo selecto reunido. Pero era el más apropiado para la gran mayoría que reclamaba acción y no ideas. Representaba el retorno al gesto vulgar, tosco pero contundente, desterrado de las tribunas por los grandes oradores de las tres últimas décadas.

Dicho más con los movimientos del cuerpo, el temblor de la barba, los puños crispados, el aliento jadeante y a veces entrecortado, causó la conmoción que la palabra de los «hombres magnéticos» y de las voluntades de hierro producen en las multitudes predispuestas. Parecía tocarse la sinceridad, el coraje, la resolución. El doctor Alem quedó consagrado por el pueblo; pero a su vez el doctor Alem empezó a ser conquistado.

Era la primera vez que hablaba no ante los comités oficialistas sino ante un pueblo de verdad en el que hasta entonces no había creído. Recobró la confianza en sí mismo: el contacto de su alma intrépida con la ingenua nobleza de la masa despertó sus sueños de virtud y de honor aletargados y sus ambiciones de poder y de gloria. Se sintió caudillo popular. Saulo emprendía el camino de Damasco.

### III

Después del doctor Alem habló el doctor Aristóbulo del Valle. Era senador nacional y el primer orador parlamentario de su tiempo: pertenecía al círculo rochista, opositor al gobierno nacional. Pero no era un orador de plaza pública. Su palabra fina, su lógica artística, su voz armoniosa, su ordenamiento clásico, que originaban sus éxitos parlamentarios, resbalaban más que incidían en la multitud. Templado el auditorio al grito en la voz, y lo rojo en la idea, era difícil volverlo a

las delicadezas de la Academia.<sup>[3]</sup>

Luego llegó el turno a los tres oradores católicos. Fue el primero el doctor Navarro Viola, ilustrado y agrio publicista, quien leyó, con voz cascada por la edad, un discurso acre y rencilloso, de cerca de una hora. Al final dijo: «El presidente ayer se quedó sin ministros: es lo mismo, la crisis no es ministerial sino presidencial: lo repito, lo repite el país entero, que maldita la esperanza que tiene de que el oro baje, si el presidente no baja con él».

Luego habló don José Manuel Estrada. Era un príncipe de la Universidad: hombre joven con las más altas virtudes y talentos. Su original oratoria arrastrando las *erres* y rebuscando las palabras, que resultaba en la cátedra y resultaría más tarde en el parlamento, mediante su prestigio, su saber y su admirable disciplina clásica, pareció, ante el complejo público, afectada y con más intenciones de deslumbrar que de convencer.<sup>[4]</sup>

Entretanto ya iban tres horas de discursos: la inversión de la regla dramática de no agotar el interés en el primer acto, y el mal gusto de la época de que se repitiera de muchos modos la misma cosa —hábito que Mansilla ya había satirizado en la oratoria de los Ranqueles— empezaban a producir su efecto.

Por eso cuando le tocó hablar a Pedro Goyena, el Horacio de su generación, por la intención, la sencillez y la ironía de su palabra, sin perjuicio de su fervor católico, empezó diciendo sonriente que «la hora era algo avanzada», y salió del paso con cuatro palabras.

#### IV

En seguida se organizó un desfile hasta la pirámide de Mayo. Al frente iban todos los grandes ancianos que entonces tenía la República; de las azoteas, balcones y zaguanes llovían flores arrojadas por manos femeninas. La marcha pausada y la compostura de todos daban al cortejo una solemnidad casi religiosa. La gran masa popular, al desarrollarse por las calles, resultaba el más grande de los discursos. ¡En aquel ambiente sosegado e intenso sobre el cual parecía flotar un halo luminoso de esperanzas y recuerdos, habríais podido sorprender las fuerzas que guarda el pueblo argentino, aun en sus intermitencias de desidia, para las horas en que cree amenazado su porvenir!

En la Plaza de Mayo, al disolverse la manifestación fue tal la aglomeración

alrededor del general Mitre, que tuvo que escapar de la asfixia en un coche de plaza. Asimismo una columna fue hasta su casa. Allí se produjo el único incidente de la tarde. Un sujeto vestido de particular rompió su bastón en la cabeza de un agente de policía, que intervenía en un desorden minúsculo. Llevado a la comisaría el agresor, resultó ser el general Manuel J. Campos a quien tocaría más tarde ser jefe de la revolución.

En la casa del presidente se habían reunido algunas decenas de personas, entre las cuales el vice presidente Pellegrini y varios de los ministros dimitentes. El ambiente era de curiosidad y expectación, sin alarmas ni animosidad, como se propaló. Por el contrario, habla una atmósfera de simpatía hacia el mitin. Hasta se refirió que el vice presidente Pellegrini al llegar las primeras noticias de la magnitud y esplendor de la reunión, exclamó campechanamente: «Qué lástima ser gobierno y no poder andar en estas patriadas»; y después de recordar algunas andanzas con Alem, en los tiempos de alsinistas y mitristas, concluyó: «Cómo me gustaría verlo a Leandro de regenerador». Al caer la tarde llegó el jefe de Policía y preguntado sobre la concurrencia contestó: «Allí ha estado todo Buenos Aires»; a lo que el presidente añadió: «Por fin ahora tendremos una oposición responsable», frase que después repitió en un documento. Cuando se le refirió el incidente del general Campos el presidente ordenó su inmediata libertad.

Por la noche no se hablaba en los sitios públicos y en todos los hogares de la ciudad sino del mitin. Una sensación de deber cumplido había sucedido a la nerviosidad. Los políticos y pensadores juzgaban restablecido el juego de la vida republicana y constituido el gran «partido de oposición»; y los comerciantes y propietarios creían salvada la crisis.

Pero lo que veía la mayoría era el fenómeno externo. El mitin sólo había sido una exploración para preparar una revolución de nueva especie. Ya no sería el alzamiento popular previa proclama heroica, ganando campo afuera, a visera levantada y espada en mano, como en 1874 y 1880. Ahora se trataría de una conspiración, de un golpe de mano del ejército. Tal era la nueva concepción del doctor Alem, más olvidada que nueva en el país.<sup>[5]</sup>

Desde ese momento los sucesos se bifurcan: uno es el fenómeno de superficie; otro el subterráneo.

## CAPITULO 7

EL 13 DE ABRIL AL 26 DE JULIO.

### LOS SUCESOS DE LA SUPERFICIE

I. El nuevo ministerio. El general Levalle y don Francisco Uriburu. — II. Restablecimiento de la confianza. Crónica de los sucesos: los restos de Rawson; el discurso de Sáenz Peña en Washington; la apertura del Congreso: ideas económicas del gobierno; la hacienda pública. — III. La reincorporación del general Mitre. — IV. El general Mitre hacia el año 90.

#### I

Al día siguiente del mitin la atmósfera parece despejada y fresca como después de una tormenta de verano. «El mitin nos ha revelado —dice un periódico— que el pueblo argentino existe y que el derecho de reunión es respetado. Hubo completa libertad; todos los partidos se han unido para proclamar el propósito de volver a la vida cívica».<sup>[1]</sup> El efecto tonificante alcanza al presidente, que olvidado momentáneamente del Unicato, parece desahogarse respirando las nuevas brisas. Acepta las renunciaciones ministeriales pendientes, y nombra ministro del Interior a Salustiano Zavalía, viejo magistrado de corte consular y a la sazón senador por la Capital; de Relaciones Exteriores a Roque Sáenz Peña, delegado al Congreso Panamericano de Washington; de Hacienda a don Francisco Uriburu; de Instrucción Pública a don Amancio Alcorta, jurisconsulto y publicista, a la sazón rector del Colegio Nacional y de Guerra y Marina al general Nicolás Levalle.

Son todas figuras de primera fila, ni superiores ni inferiores a los dimitentes, aunque menos gastadas: la opinión cree que cambiando hombres se solucionará la crisis.

Naturalmente la atención se reconcentra en los ministros de Guerra, porque ya se susurra de conspiraciones, y de Hacienda, por la crisis. El general Levalle era el exponente de la parte del ejército cuya política consistía en no hacer política: no

quería ser ni era otra cosa que un soldado. Sin embargo era popular. La multitud lo aplaudía cuando en las revistas se destacaba, a caballo, su maciza figura, cuajado el pecho de condecoraciones y ondeando como una banderola su enorme pera militar.

Desde niño inmigrante (pues era nacido en Italia; posible tataradeudo de algún rubicundo centurión de Mario) había llegado a general de la República, a una o varias batallas por galón. Sin letras, intrigas, ni influencias, sólo entendía (o aparentaba sólo entender) de disciplina, coraje y lealtad. Debía empero de haber dentro de su envoltura imponente pero tosca, un sagaz entendimiento de la fuerza, además de la estrella de los bravos, porque siempre había vencido. Lo que más mentaban sus conmitones era su valor comunicativo. Se transformaba en la refriega: el riesgo le daba inspiración y hasta elocuencia; se chanceaba con el peligro con un humorismo entre acriollado y petulante, muy parecido al heroísmo, que electrizaba a las filas. Muchas anécdotas que circulaban de los vivaques a los clubes, lo aureolan y definen. Nombrado en el Paraguay comandante de un cuerpo al que la chismería castrense apoda «el batallón media vuelta», en el primer entrevero en que se le ordena retirarse, manda «paso atrás» y retrocede sin tirar un tiro, pero cara a cara al enemigo que lo ametralla. Fue fama que no se volvió a nombrar al «batallón media vuelta» sino al *quinto de Levalle*. Consultado si se podía mantener al fortín que ha instalado en Carhué, pues los indios han incendiado, en pleno invierno, los campos circunvecinos, contesta: «no tenemos carne, galleta, yerba, ni tabaco; pero tenemos deberes que cumplir; hay que quedarse». En una batalla de las guerras de López Jordán, en Entre Ríos, desde el puesto de observación que le ha asignado un jefe accidental, ve el claro propicio y carga a la bayoneta. Como un ayudante lo alcanza con la orden de no avanzar, le responde en alta voz: «Dígale al ministro que es más fácil detener a una bala en su curso que al comandante Levalle cuando carga». En ese mismo instante una bala le atraviesa la pierna y añade: «en cuanto a los cuatro tiros por la desobediencia, avísele que el enemigo ya me ha pegado uno y acabado esta función iré a que me haga pegar los otros tres». Y un rato después de haber decidido la victoria con su carga, se hace bajar del caballo, ensangrentado, ante el Superior, y haciéndole la venia le dice: «Aquí me tiene mi general para saldar la cuenta con la ordenanza». El ministro le respondió mandando tocar dianas. El efecto de su ascensión a ministro colma las aspiraciones de los veteranos, que se sienten comprendidos: las demostraciones con que lo obsequian parecen demostrarlo. Pero su nombramiento es también un aliciente para la nueva oficialidad que ha empezado a conspirar. El viejo general, imperturbable en la sorpresa y el peligro y sagaz para adivinar al enemigo, no sabe desconfiar en la paz; no cree en peligros ni en maquinaciones. Se siente acaso demasiado seguro de aplastarlos.

En cuanto al ministro de Hacienda don Francisco Uriburu, todos aplauden su nombramiento: los políticos porque no es político, el comercio porque es comerciante; la opinión porque es independiente.

Era el señor Uriburu, en efecto, un hombre íntegro y sereno, sin ataduras políticas, y sólo vinculado a la banca nacional y aun a la extranjera, que lo tiene por consejero; acaba de llegar de Londres; pero no es sólo un financista: bajo su aspecto de gran señor que habla inglés con tonada salteña, y de su oratoria algo plañidera, hay una sagacidad de político de estirpe, que no se disimula las realidades: es el primer ministro que habla de «salir vencido». Sabe demasiado de las ásperas realidades del dinero y no ignora que se lo llama a librar una batalla con moralejas pero sin municiones. Lo revela su aceptación:

«Conozco —dice— en toda su extensión la grave responsabilidad y peligros que encierra el Ministerio. Si para limitar siquiera la crisis se necesita lealtad para el jefe del Estado, pureza en la Administración, honradez en la aplicación de la ley, prescindencia absoluta de la política de partido, respeto inviolable a la fe pública, economía severa y trabajo infatigable, puedo asegurar que ése será mi propósito». La habilidad iguala a la firmeza: al decirlo para sí, ha dicho al presidente lo único que puede hacerse para «limitar siquiera la crisis».

No es hombre de promesas fulminantes. Pero además parece ha insinuado la conveniencia de que se eliminen las candidaturas presidenciales existentes o probables, y así aparecen el día 16, sendas cartas al presidente, del general Roca, del doctor Pellegrini y del doctor Cárcano, retirando sus candidaturas presidenciales. La maniobra era hábil: el general Roca y el doctor Pellegrini no eran tales candidatos; el último, vicepresidente a la sazón, ni siquiera podía serlo; al renunciar sólo figuraban como señuelos para sacar del redondel al doctor Cárcano, único candidato verdadero. Con perseverancia, discreción y talento este joven, aprovechando la privanza presidencial, había concitado a su alrededor todas las tendencias nuevas del partido oficial. Algunos de los recientes políticos, como el gobernador de Córdoba, hermano del presidente, con sus pujos de preponderancia y sus imprudencias sanchescas, le habían traído más desmedro que prestigio. A esa candidatura se habían dirigido todos los ataques. Decía un periódico opositor: «las candidaturas, por no decir una candidatura, ha sido un parásito que ha devorado durante tres años la sustancia de la autoridad nacional, hasta reducirla a la condición de esqueleto».<sup>[2]</sup>

El presidente ya ha sacrificado sus afectos y el doctor Cárcano sus aspiraciones. Nadie se ha preocupado de consultar al partido. ¿Para qué sino para

eso es el Unicato? El monstruo empieza a devorar sus hijos. Y bien: la incredulidad en el sufragio, tanto como la pereza cívica que la tomaba de pretexto, permitían a las oposiciones, en aquellos tiempos, ejercer una especie de derecho de veto de los candidatos gubernistas, en vez de crear un inútil candidato propio. Naturalmente tal derecho se ejercía con el criterio de Bertoldo: no encontrar árbol en qué ahorcarse. El presidente encuentra en la contestación a las renunciaciones, ocasión para proclamar tenazmente su futura conducta electoral: «Empeñado en cumplir lealmente mis deberes de presidente de la Nación, dice, en mis mensajes al Congreso, en mis discursos oficiales, en mis comunicaciones a los gobiernos de provincias, y hasta en mis conversaciones íntimas, he declarado el propósito, nunca abandonado, de no hacer pesar la influencia oficial en la designación del magistrado que ha de sucederme. He de asegurar la pureza del sufragio libre, de manera que aquel que llegue a ocupar la presidencia de la República sea verdadera y honradamente aquel que hayan elegido los argentinos».<sup>[3]</sup>

## II

El efecto de todos estos actos es inmediato: hay como un gesto de tolerancia en la naciente oposición. «El presidente ha leído, ha escuchado, ha visto lo que pasa, sin los falsos lentes que hasta aquí, y ha reconocido que no podía continuar por el camino que seguía».<sup>[4]</sup> El oro desciende el 16 de abril a 260; el 20 a 247 y sigue descendiendo durante todo el mes hasta llegar a 245 y 242. Se ha suprimido el humo con que contribuía a la crisis la política; pero la hoguera continúa encendida: el desmedro crónico del oro lo revela.

Entretanto la vida vuelve a tomar su ritmo ordinario, monótono y complejo a la vez; la historia se vuelve crónica. Pellegrini dirige una carta al presidente estudiando las causas de la crisis; es la primicia del economista hasta entonces desconocido, que habría de liquidarla. La atribuye a que «los bancos hipotecarios fueron puestos al servicio de la especulación, con lo que se exageró el valor de la tierra y se mantuvo la tierra sin cultivar»; y a que «los bancos garantidos se fundaron con mayor capital que el necesario y se apresuraron a colocarlo y lo colocaron mal, por las influencias perniciosas que pesan siempre sobre los bancos de Estado; el oro importado al país para garantía de la emisión fue lanzado a la plaza en persecución de una quimera; y el papel producido por su venta fue igualmente entregado a la plaza para fomentar la misma especulación que se trataba de combatir».

Nuevos sucesos diversifican la atención. El 27 de abril llegan desde París, repatriados por el gobierno, los restos mortales del doctor Guillermo Rawson. Intensa emoción. La sombra augusta impone tregua a las pasiones, como su admirable palabra la impuso en vida. Mitre dice la oración fúnebre, «del Franklin argentino, el más modesto y el más sincero servidor de la República, por instinto sano y por virtud nativa: sabio, constitucionalista, orador». Muere tan pobre que el Congreso vota una modesta pensión para su esposa.

En los primeros días de mayo se inaugura en Palermo la Exposición Rural e Industrial. Se le imprime por primera vez el carácter de un magno acontecimiento económico-social, práctica que había de perdurar: forma la guarnición de la capital; concurren las autoridades y el ex ministro Estanislao Zeballos, a la sazón presidente de la Sociedad Rural Argentina, consagra el acto con un discurso de grandes vistas.

El oro, que se ha mantenido el resto de abril de 238 a 245, sigue oscilando durante mayo: el día 1.º, 238 a 243; el día 4, 215 a 218; el día 10, 228 a 230 por ciento.

El día 9 de marzo se publica en *La Nación* el discurso de Sáenz Peña en Washington: «América para la humanidad». Es la primera vez que la República expone ante las naciones su concepto sobre el intercambio mundial.

Además es la revelación de un nuevo estadista. En las clases intelectuales hay palabras de admiración; y los situacionistas se sienten orgullosos de que el orador de Washington sea el ministro de Relaciones Exteriores recientemente nombrado.

El día 11 de marzo se abre el Congreso. El presidente lee su mensaje: «Las dificultades financieras han aumentado[...] No han disminuido las fuerzas productivas. Esta crisis, esperada, tiene por causas errores fatalmente multiplicados por todos los que se han lanzado en la especulación, el abuso del crédito público y privado y el abultamiento de los valores». Recordaba luego la renuncia de los ministros y de las candidaturas presidenciales, como actos de abnegación para mejorar el ambiente, y repetía «el propósito inquebrantable de observar la conducta prescindente que me imponen la Constitución, el patriotismo y el juramento que tengo prestado de hacer respetar en toda la República la libertad de sufragio».

Termina: «El año pasado lamentaba la existencia de un solo partido político...

»Hoy puedo anunciaros con satisfacción el hecho plausible de un nuevo partido en formación, que aunque levanta como programa la oposición al gobierno, podemos saludarle como al bienvenido. Tengo derecho a esperar la colaboración de todos en bien de la patria ya sea que se me preste en forma de adhesión ya en la de crítica serena, haciendo que el funcionario y el hombre se aperciba de sus errores para repararlos».<sup>[5]</sup>

Anunciaba a la vez la presentación de un proyecto de ley electoral, reemplazando la elección por lista por la elección uninominal, a efecto de impedir el hecho visible de que un solo partido absorbiera la representación nacional. En tales momentos la parte del mensaje correspondiente al Ministerio de Hacienda era la que debía atraer mayor atención por lo palpitante del asunto y por la notoria sinceridad del ministro Uriburu, autor del mensaje presidencial en lo relativo a su cartera como era de práctica. Pero no sin cierto asombro, entre los que buscaban hasta el buen y el mal tiempo en la política el señor Uriburu en lo sustancial repetía al doctor Pacheco sobre las causas de la crisis y la vitalidad del país para vencerla. Pero había algo nuevo: «Huyó violentamente el oro —decían— y se contrajo de tal manera la circulación fiduciaria que en algunas provincias no había dinero ni para las necesidades indispensables; presentándose por primera vez en el país el fenómeno de una moneda que escasea al mismo tiempo que se deprecia». Luego venía un párrafo que tenía miga: «Se produjo la desconfianza entre los depositantes de algunos bancos, colocándolos en peligro inminente; pero reconociendo la importancia de estos establecimientos [el Banco Nacional y el de la Provincia] estrictamente unidos a los primordiales intereses de la Nación, les presté todo el apoyo necesario que en la forma de un mensaje especial os haré conocer». Esta declaración, casi sigilosa, era lo que describiría días después el senador Del Valle con el trágico mote de «las emisiones clandestinas».

Y pasando a los números, el señor Uriburu establecía, bajo el rubro «comercio», que la importación había sido en 1889 de 176 millones disminuyendo dos millones de la de 1888; mientras que la exportación había sido de 151 millones lo que representaba 43 millones de aumento, o sea un 35 por ciento sobre el año anterior. En el primer trimestre del año en curso la exportación era de 80 millones y la importación de 40. Había una ventaja de 40 millones.

Bajo el rubro «rentas y gastos» observaba que las rentas generales estimadas para 1889 en sesenta millones habían producido setenta y un millones y medio. Respecto a la renta de Aduana que «creció desmesuradamente en 1889, a punto de que ella sola casi igualó a todas las rentas de la Nación» hacía constar que «el descenso no era tan notable en el primer trimestre de 1890».

Bajo el rubro «deuda pública» recordaba la conversión del año anterior de los títulos de 6 por ciento por otros de 4½ por ciento, lo que daba un ahorro en los servicios de más de dos y medio millones oro.

El total de la deuda pública era de 122 millones oro y 1 153 000 papel. Por fin bajo el rubro «tesoro» decía: Consigno a continuación las partidas principales que constituyen el Tesoro, representadas por caudales depositados en los bancos y en la Tesorería; por acciones del Banco Nacional y del Ferrocarril Central Argentino; por tierras adquiridas para colonización y por pago de obras públicas que como las del puerto de la Capital podían pagarse en títulos pero que el Gobierno ha preferido satisfacerlas al contado". Las sumas del tesoro eran: Pesos oro: 47 563 203. Pesos m/n, curso legal: 82 140 187.

Datos tan brillantes no le impiden ver la necesidad de limitar la depreciación que ha experimentado la circulación fiduciaria, que daña al crédito en el extranjero, disminuye la renta, encarece los consumos e introduce el malestar en todas las clases, haciendo aleatorios los negocios. Se muestra enemigo de nuevas emisiones, vieja cantilena de todos los tiempos, destinada no a abolirlas sino a disimularlas bajo nuevas formas. «La escasez de numerario no nace de que haya poco papel, sino de la liquidación general en que han entrado todos los negocios de especulación; y de las perturbaciones de la crisis que lo han sustraído de su movimiento normal».<sup>[6]</sup>

El efecto sedante de estas manifestaciones hace oscilar la cotización del oro, con tendencias más bien de baja, durante todo el mes de mayo. El día 15 está a 236-231; el día 20 a 236-238; el día 24 a 241-245; el 29 a 231-234 y el 31 cierra a 224, 225, 233.

Hay una sensación de que ya se ha pasado lo más grave y empieza la reacción. Es éste siempre el síntoma más insidioso de las crisis: se las cree terminadas, cuando siguen avanzando ocultamente; el error incita a la imprevisión y prepara la sorpresa. Dos meses más tarde la depreciación de los medios de pago y la ocultación del numerario llevarán a una situación en que no haya con qué pagar ni la Administración ni el servicio de la deuda externa.

### III

El día 24 de mayo, «aniversario de la batalla de Tuyutí», la más grande que

hayamos librado, el general Mansilla presenta en la Cámara de Diputados un proyecto reincorporando al ejército nacional al general Mitre. «Cuando ese ciudadano eminente —dice— se ausenta de la patria, cuando quizá le esté destinada la suerte que le cupo a Rivadavia, a don Mariano Moreno, a don José de San Martín, morir en suelo extranjero, creo que debemos votar este proyecto». La Cámara lo vota en el acto, a pesar de su ilegalidad, pues es una facultad del Ejecutivo, el que a su vez se apresura a ejercitarla. ¡Las galerías prorrumpen en aplausos! Mas, no para ahí el efecto de la noticia de que el general Mitre va a Europa: como esas ondas sucesivas que se forman en las aguas por la caída de un cuerpo, la noticia se dilata hasta las más lejanas regiones y llueven a millares saluciones y votos auspiciosos. Es toda una explosión, espontánea, estremecida, fervorosa, de la que forman parte amigos, adversarios, nacionales y extranjeros. Parece que recién se descubriera el verdadero valimiento del general, como se aprecia la altura de las montañas recién cuando se alejan de nosotros. Se efectúa una manifestación para despedirlo, al pie de la estatua de San Martín, en cuya ocasión se tuvo el buen gusto de designar un solo orador: el doctor Eduardo Costa, el jurisconsulto más ponderado y sabio y el espíritu más plácido de su tiempo; se designa una comisión para acompañarlo hasta Montevideo; *La Prensa* dedica su artículo editorial al general Mitre.

Ante tales hechos trataban de explicarse los contemporáneos «por qué razón había alcanzado el general Mitre una popularidad de que no gozaron ni Rivadavia, ni San Martín, ni Bolívar».<sup>[7]</sup>

Y la explicaban por la elevación moral de su carácter. «Todas las obras del general Mitre —decía *La Prensa*— llevan el sello del batallador, del partidario. Sus ideas son casi siempre absolutas, excluyentes. Hay en su espíritu algo de profeta. Rara vez o nunca ha transado con sus adversarios. ¿Cuál es entonces el secreto de su popularidad? Los que no buscan ni esquivan el encumbramiento hallan el camino de la gloria siguiendo el del deber». Elogiaba luego su alta prudencia y ecuanimidad. La explicación contemporánea, completada en su época por la visión directa, ha de resultar insuficiente para la posteridad. No se transforman en respeto y admiración todas las pasiones contrarias, ante un hombre sin poder, sin influencia, y sin riqueza, ni por agradecimiento, función de la posteridad, ni por raciocinio, raro en las multitudes. Los griegos hasta castigaban con el ostracismo los excesos de virtud. Por eso sin pretender describir figura tan notoria, ya que la oportunidad lo reclama, vamos a dar nuestro limitado punto de vista, con la ingenuidad del que ha visto de cerca y la libertad de quien en ocasiones figuró entre sus adversarios.

#### IV

El año 90, el general Mitre —don Bartolo, como lo llamaba la confianza pública— ya había recorrido la mayor parte de su órbita: su figura se agrandaba en el ocaso de su vida, como los astros al ponerse. El tiempo le había dado la razón: sus triunfos habían consagrado sus ideas y sus derrotas su virtud. Único sobreviviente del grupo de los organizadores: Vélez Sársfield, Alberdi, Urquiza, Rawson, Sarmiento, sobresalía entre las nuevas generaciones desde los hombros arriba, como el Saúl de los hebreos. Habían tallado su figura la naturaleza, la suerte y la virtud; la primera le dio larga vida y alta inteligencia; la segunda detuvo la muerte sobre su frente, grabándole una cicatriz que pregonara su valor a despecho de su modestia; y la tercera lo convirtió por la constancia y el trabajo en un caso extraordinario de equilibrio moral. Dedicado a las armas desde su primera juventud con ensueños de poeta e ímpetus de heroísmo, endureció el cuerpo, primitivamente endeble, en las privaciones del campamento, y modeló su espíritu en el estudio tenaz del autodidacta. Así llegó a un dominio de sí mismo y una sobriedad de costumbres que le permitían sobreponerse sin esfuerzo a las sensualidades, la fatiga y los contrastes. En la edad del *bonum otium*, seguía practicando el concepto de que sólo los muy ocupados tienen tiempo para todo: su capacidad de trabajo excedía de lo creíble. Su médico aseguraba no haberlo visto nunca bostezar ni desperezarse. Trabajaba diariamente dieciséis horas, no empleaba secretario; escribía su periódico y sus obras históricas, mantenía correspondencia con los pensadores de América, que le tenían asignado algo como un patriarcado intelectual; dirigía o inspiraba la política interna e internacional y aún le sobraba tiempo para traducir los clásicos, formar colecciones numismáticas y organizar archivos destinados a herencia de su país. Su erudición, especialmente en cosas americanas, era asombrosa. Contaban sus visitantes, entre ellos algunos nada complacientes como Miguel Cané, que nunca pudieron hablarle de un libro nuevo, europeo o americano, que el general ya no hubiera leído. Como un bibliófilo le remitiera una obra conteniendo una lista de las ocho mil primeras impresiones coloniales —sin excluir novenas, pragmáticas, bulas, catecismos, etc.— el general le contestó a los ocho días completándola con ochocientas obras más.

En cualquiera de sus tareas secundarias, su esfuerzo habría hecho una reputación o producido una fortuna.

Pero el hombre superaba al erudito y al laborioso. Parecía haber recibido del

cielo el don que impetraba el rey sabio: «corazón dócil para juzgar a su pueblo y para discernir entre lo bueno y lo malo». Ordenado, económico, modesto, no se permitía dejar de tener juicio por tener talento, ni se toleraba caprichos por tener grandeza. Sencillo pero no raro en el vestir, pues el chamberguito liviano que usaba era una imposición de su herida en el frontal; frugal en la mesa; alejado de fiestas y esparcimientos, ni gastaba coche, consistiendo sus paseos en caminatas dentro de su casa, que aprovechaba para meditar. No se le percibía otro anhelo que el de dedicarse por entero a su pueblo, sirviéndolo de obrero y de ejemplo, dentro de un ideal de estoicismo sin acritud y jactancia. En la difícil situación de estadista e ídolo del pueblo a la vez, supo mantener su libertad para dirigir a sus conciudadanos sin engañarlos ni adularlos, forma con que los caudillos suelen simular una autoridad que en el fondo es servidumbre. Debía su popularidad a sus esfuerzos y no al favor ajeno.

No rivalizaba en éxito con los ambiciosos, ni en intrigas con los hábiles; seguía su camino en línea recta, continua e inflexible. Sabía hablar con elocuencia y callar con fortaleza. Durante veinticinco años guardó estoicamente el secreto de Curupaity. Su serenidad sin empaques ni familiaridades y su honradez patricia, inspiraban un respeto que la frecuencia del trato aumentaba en vez de disminuir, como es lo común. El doctor Pellegrini, que solía gastar algo de irreverencia histórica de Dorrego, impuso silencio cierto día a un corrillo travieso de la antesala del Senado, porque llegaba *la Señora*. Como un mitrista ortodoxo reclamara airado del calificativo, le respondió: «¿Quiere decirme de qué sexo es la madre patria?». Fue el mismo Pellegrini quien dijo en la tumba de Mitre que sólo sería segundo de San Martín en nuestra historia. Alcanzó tal ascendiente en sus últimos años, que mereció ser llamado el primer ciudadano por el mismo presidente de la República, en acto solemne.

Humilde con majestad, impasible ante el peligro, el dolor o la pobreza, nunca exhibió vacilación, ira ni burla. No desconocía empero las tolerancias de la sonrisa y las finezas de la ironía. Sometido a un consejo de guerra que iba a condenarlo a muerte por haber defendido el sufragio con las armas, se limitó a nombrar defensor a un teniente desconocido y se hizo llevar libros al calabozo para proseguir sus estudios históricos.

Resultaba, de tal suerte igualmente indemne ante el ataque de sus adversarios y el endiosamiento de sus parciales, manteniéndose equilibrado y humano hasta en las debilidades que a todo mortal alcanzan.

Se refirió que, cuando ya viudo, después de un matrimonio singularmente

ejemplar, un cónclave de partidarios le advirtió de las murmuraciones corrientes por sus andanzas en sitios más propios de la juventud, les contestó que podían elegir entre el risible casamiento de Catón el Censor a los 70 años, el deshonor de una mujer honesta, o el desmedro que a él sólo lo alcanzaba por flaquezas que la Mitología toleró al mismo padre Júpiter y la Biblia a los patriarcas. ¡Fue fama que el cónclave no halló respuesta!

De tal suerte, le tocó a aquella época tan compleja ver de cerca entre tanto abalorio de pueblo joven, a un grande hombre de verdad y uno de los tipos más completos del repúblico-demócrata, como se dice ahora—, mezcla de héroe, sabio y misionero. Parece, en efecto, que el tiempo, al hacer primar el juicio sobre los excesos afectivos, va acrecentando tal concepto.

Así, cuando el mundano Mansilla pidió en el Congreso la reincorporación del general «que había llevado durante cuarenta años la espada ceñida al cinto», la República pareció advertir recién que el generalísimo de la Triple Alianza y el ex presidente que dejó el mando tan pobre como para verse obligado a rematar los muebles de su hogar, hacía largos años que «ganaba el pan de cada día en el trabajo honrado del obrero que lucha por la vida».<sup>[8]</sup> En medio de tanto vicio parecía soplar una racha de las viejas virtudes. Se vislumbró de golpe al salvador del futuro que se acercaba tan tempestuoso. Las últimas y sugestivas palabras del patricio fueron:

«Si viniesen días de pruebas, mi puesto será al lado del pueblo a quien me debo y a quien debo todo».

## CAPITULO 8

### LAS EMISIONES CLANDESTINAS

I. Denuncia en el Senado de las emisiones clandestinas. — II. El debate en la Cámara de Diputados. — III. Antecedentes de la circulación fiduciaria en la República. — IV. Las renunciaciones de Uriburu y Alcorta. Comienzos del alzamiento parlamentario. V. La discusión en el Senado. Discursos del senador Rojas y el ministro García. — VI. La oratoria del doctor Del Valle. El discurso del senador doctor Derqui. — VII. Las medidas financieras del ministro García. — VIII. Nuevo giro de los problemas públicos. El complot militar. Movimiento de fuerzas del gobierno.

#### I

En la sesión de la Cámara de Senadores del 29 de mayo, el ministro Uriburu mantuvo este diálogo con el senador Del Valle:

*Ministro Uriburu.* El señor senador decía acusando al gobierno de los extravíos que nos han conducido a la crisis, que *las emisiones clandestinas* eran...

*Senador Del Valle;* Habían concurrido.

*Uriburu:* Una de las razones principales. Señor presidente: se ha hablado tanto de las *emisiones clandestinas* que apenas llegué al ministerio, mi primera idea fue conocer qué era lo que había sobre esto... Hasta ahora lo único que he podido conocer evidentemente es que se trata de las emisiones antiguas que los bancos tenían en cada una de las provincias, emisiones que por una cantidad de causas, que no debemos ahora entrar a juzgar, no han podido ser recogidas de la circulación.

*Del Valle:* ¿Y no ha encontrado el señor ministro rastros sobre emisiones nuevas?

*Uriburu:* Sí señor, he encontrado rastros y los he de traer al Congreso y con toda la responsabilidad que tengo, con toda la honorabilidad que el señor senador me ha hecho el favor de reconocerme, yo aprobaré la medida...

*Del Valle:* Yo jamás.

*Uriburu:* Yo sí señor; no solamente lo aprobaré a nombre del P. E., sino como hombre de conciencia, como ciudadano honrado que aprueba una medida salvadora, indispensable.

*Del Valle:* La emisión clandestina es una falsificación de la moneda y no hay razón humana que obligue al hombre honrado a sancionar la falsificación del sello nacional... (*Grandes aplausos*).<sup>[1]</sup>

La palabra fatal —*emisiones clandestinas*— que salida de los círculos políticos, había invadido los financieros y ya corría por las calles, como una demostración definitiva del latrocinio de los gobernantes, había resonado en el Congreso de una manera incidental, pero que anticipaba la sensación del incidente: de un lado el gran orador, flexible, intencionado, sonoro, sirviendo al secreto plan revolucionario; del otro el financista, más sólido que ágil, empleando la verdad y la buena fe, un tanto cándida, contra la habilidad: el viejo asalto del diestro y el Hércules. Pero cuatro días después, en la sesión del 3 de junio, el senador Del Valle volvía a la carga, pidiendo el nombramiento de una comisión investigadora. Su oratoria, como siempre, era serena y magnífica: «circulan tres clases de emisiones clandestinas y falsas —dijo—: una para ayudar a los bancos oficiales en momentos de corrida; otra de los billetes de la antigua emisión, canjeados, que han vuelto subrepticamente a la circulación; y otra hecha para garantizar el movimiento ordinario del Banco Nacional».

Entregado luego al admirable arte de su palabra para plegar y desplegar el argumento, añadía: «Yo no necesito demostrar la abierta y flagrante violación de la ley con relación a estas diversas emisiones clandestinas; pero sí necesito poner de manifiesto, ante el Senado y ante el país, que esto que se llama emisión clandestina no es otra cosa que falsificación de moneda, quienquiera que sea el falsificador.

»¿No tiene el Senado una misión constitucional que llenar, no tiene una función parlamentaria que desempeñar, por lo menos para demostrar ante el país que no acepta esos procedimientos, que no se asocia a estos hechos criminosos, que la moral tiene aún defensa en la República Argentina, y que no nos hemos entregado al gobierno de los arbitrios sin control, que se pueden salvar todas las

barreras, la de la Constitución, la de la ley, la más eterna e inmutable, la de la moral?».<sup>[2]</sup>

El Senado votó inmediatamente la comisión investigadora, designando al mismo Del Valle, al doctor Rocha y a los senadores Derqui, Zapata y Gil.

El efecto de tal iniciativa fue enorme en el mundo político, pero nulo en la Bolsa, a la que sin duda iba dirigido el golpe. Hacía tiempo que las emisiones excesivas estaban descontadas: a ellas se debía la enorme suba del oro.

Mas el presidente y el ministro Uriburu, ansiosos de contener los efectos del escándalo, remitieron a la Cámara de Diputados al día siguiente —4 de junio— un mensaje y un proyecto de ley. Explicaba el primero y legalizaba el segundo los préstamos hechos por los acuerdos de gobierno de 28 de marzo y 8 y 10 de abril, «en virtud de los cuales la oficina inspectora de los bancos garantidos fue autorizada a entregar a los bancos Nacional y de la Provincia, en calidad de préstamo y con cargo de devolución, 19 millones en billetes». A esos acuerdos era a los que se había referido, en términos hasta entonces enigmáticos, el mensaje presidencial. El ministro decía en el mensaje: «habría deseado llevar este asunto a la Cámara en que se ha lanzado la acusación más grave que pueda dirigirse contra un alto funcionario, pero sería necesario esperar tres días; y la acusación exige que sea levantada inmediatamente para serenar el espíritu público y hacer desaparecer los grandes males que puede producir esta acusación». El apresuramiento era intencionado: en la Cámara de Diputados el gobierno tenía unanimidad: esto le aseguraba el resultado, pero le restaba prestigio. El exceso de fuerza oficial, o sea la unanimidad, resultaría una debilidad.<sup>[3]</sup>

## II

La Cámara de Diputados trató el asunto sobre tablas abriendo el debate el diputado general Mansilla, «leader» a la sazón de los juaristas y aspirante a la presidencia de la Cámara, que alcanzó poco después. Respecto al senador Del Valle, Mansilla representaba la cuña del mismo palo, pues habían sido electos ambos como rochistas. Con la bizarría pendenciera que Mansilla no dejaba de poner en sus discursos, llegó a decir: «Yo no le concedo más que el derecho de mentir con solemne elocuencia desde que es una dote que siempre le he reconocido. En otros momentos yo me encontraba actuando con los hombres que se permiten, sin hacer salvedades, englobarme en la nómina anónima —

permítaseme la aparente antítesis— de los bribones. No se atrevería a ratificarlo en ningún terreno. No porque le faltan los bríos del hombre, sino porque antes de proferir esa impostura la lengua se le caería de vergüenza». Y, como le era habitual, recorrió en un largo y elocuente discurso, pero sin orden ni plan, la variada gama de su filosofía mundana y pintoresca, sin tocar concretamente la cuestión. En cambio sus predicciones políticas fueron incisivas:

«La atmósfera está llena de puñales. ¿Es que hay una conspiración? ¿Es que se trama en estos momentos una conspiración? [...] Pero en vez de estas maquinaciones que han durado tanto tiempo ya, yo preferiría el estallido». (Este era probablemente el consejo que había dado el general al gobierno, barruntando que los discursos de Del Valle formaban parte de un plan revolucionario). Otros jóvenes oradores clasificaron la denuncia como una «astucia malevolente de los que hacen especulación política de las cuestiones económicas». Cuando llegó el turno del ministro, pronunció un discurso angustioso, no de político, ni de orador, sino de hombre de bien, sorprendido en su confianza de salvador financiero por la falta de escrúpulos de los políticos. Tenía que defender actos del ministerio anterior y lo hizo sin ambages ni precauciones. «Los acuerdos cuya aprobación se pide están en la mesa —dijo—. El nuevo ministerio los aceptó, entregando el dinero a esos bancos, convencido de que tales actos habían sido indispensables, necesarios y justos. La ruina esperaba a los bancos Nacional y de la Provincia; el Ejecutivo no tenía más recursos que los billetes que estaban en la inspección de bancos: los tomó de allí; si esto es un crimen, el Poder Ejecutivo tiene un juez constitucional; pero su juez no puede ser su fiscal».

Después de describir la ley de inconvertibilidad inglesa del «viernes negro», añadía: «nunca los efectos del curso forzoso podrán producir efectos tan perniciosos como la ruina de los bancos: ¿Cuánto tiempo habríamos necesitado para reaccionar? No hay argentino que hubiera asumido la responsabilidad tremenda de llevar al país a la bancarrota y la ruina por la inflexibilidad de la ley. ¡Se necesita algo más que valor! Un día en que una corrida amenazaba *por horas* hacer quebrar al Banco de la Provincia, sus respetables directores consultaron al doctor Vélez Sársfield, el que ideó y engrandeció a ese banco. Vélez Sársfield pidió la llave de determinada caja; y como le objetaran que “disponer de esos billetes sin un decreto sería violar la ley; que eso no era emisión, sino papeles guardados”, les contestó: “no hay tiempo para nada más que para salvar al banco”. Fue, sacó esos papeles y salvó al banco. En cuatro días estaba reintegrado todo lo que se había sacado de moneda no legal; y el banco llegó a ser el coloso que conocemos ahora. Hace 25 días que el Poder Ejecutivo de la Nación habría deseado hacer conocer al Congreso no sólo los decretos en discusión, sino el estado de la circulación en la

República, previa una inspección que se está realizando. Inmediatamente de conocerla, el Poder Ejecutivo elevará al Congreso y al país un conocimiento exacto de la circulación, ya se trate de emisiones legales ya de emisiones irregulares, sean quienes fueran los que las hubiesen lanzado».

Respecto a la acusación de que pocos días antes se había hecho una emisión de 4 500 000 pesos para entregarlos al Banco Nacional, el ministro dijo enfáticamente: «a nombre del Poder Ejecutivo declaro no sólo ante el honorable Congreso, sino a la faz de la República Argentina, que esta afirmación es inexacta, absolutamente inexacta». Y explicó que el hecho consistía en la devolución entre los bancos de billetes con el rubro de uno, que estaban en poder del otro.

En su peroración llegó a lo patético. «Yo he vivido cincuenta y tres años en mi país, no me he manchado jamás ni me mancharé con un crimen, con una falta de semejante naturaleza. Yo tengo derecho señor presidente de hablar la verdad a mi país».

Después de pronunciarse otros diputados, con la falta de interés del unísono, se votó la aprobación de los acuerdos. Un diputado pidió se hiciera constar la votación por unanimidad. Eso, que en tales momentos se creyó un triunfo, importaba en realidad un contraste: un ejército sin enemigo puede realizar maniobras, pero no obtener victorias.

### III

Aunque no escribimos la historia financiera de la República, se hace indispensable para la cabal comprensión, recordar algunos antecedentes de la circulación fiduciaria argentina. Hasta el año 1887, varias provincias, imitando a la de Buenos Aires, y al amparo de los decretos nacionales de inconversión de 1885, ejercían el poder de emitir moneda de circulación provincial. Había seis bancos con billetes inconvertibles: el Banco Nacional, el Banco de la Provincia de Buenos Aires y los bancos provinciales de Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta; más tarde el de Entre Ríos. Dichos bancos tenían a la sazón una emisión total de 88 millones de pesos de la moneda nacional creada por la ley de 1881, y una reserva metálica de 35 millones de pesos oro. La riesgosa facultad de imprimir billetes había sido mantenida en sus justos límites por la honradez de los gobiernos y la austeridad de las costumbres. La depreciación de la moneda, que en Buenos Aires llegó, en lo que se llamó *moneda corriente*, al 2500 por ciento (el peso papel valía 4 centavos del

antiguo peso fuerte o *patacón*), no había obstaculizado el enorme desarrollo del Banco de la Provincia, que llegó a ser uno de los primeros de la tierra y a ejercer una acción histórica en el desarrollo de la Nación. Existían operaciones de cambio entre las monedas de las diferentes provincias, como si fuesen naciones extrañas.

La ley N.º 2216, de 3 de noviembre de 1887, llamada de *bancos garantidos*, unificó, por primera vez, la circulación monetaria en la República, ordenando que los billetes de los bancos establecidos o a establecerse tuvieran la garantía de la Nación y fuerza cancelatoria en todo el país.

A efectos de garantizar la emisión se estableció el siguiente mecanismo: los bancos debían depositar, en garantía de las emisiones que hicieran, en la «Oficina Inspector» que se creaba (art. 45), fondos públicos nacionales de deuda interna de 4½ por ciento de renta y 1 por ciento de amortización acumulativa (art. 6.º). Esos fondos públicos debían ser vendidos por el gobierno a los bancos al 85 por ciento de su valor nominal. Ese precio *en oro* debía depositarse a interés en el Banco Nacional, durante dos años, después de los cuales podría ser destinado al retiro y amortización de la deuda externa (art. 6.º y 46). Respecto a los billetes inconvertibles de la circulación anterior, se establecía que una vez acogidos los bancos a la nueva ley, tendrían el plazo de 7 años, contados desde el 1.º de enero de 1888, para adquirir los fondos públicos, a razón de 14<sup>2</sup>/<sub>7</sub> de su emisión, por año, para sustituir, en igual proporción, la vieja emisión inconvertible con una nueva emisión garantida.

Esta ley, al parecer tan útil y prudente, fue uno de los principales instrumentos del desastre. Las provincias hicieron empréstitos para conseguir oro con que adquirir fondos públicos para fundar bancos: al año había quince bancos con 51 millones de circulación legal, en toda la República. El oro obtenido por la venta de los fondos públicos y depositado en el Banco Nacional fue el que lanzó a la Bolsa el ministro Varela, quedando la Nación deudora de los fondos públicos. Los bancos de provincia tampoco se ocuparon de retirar o sustituir la vieja emisión sin garantía: por el contrario, la aumentaron; de allí que circularan conjuntamente la emisión convertible y otra inconvertible. Se afirmó y pareció oficialmente probado —pues en estas cosas casi siempre no se publica toda la verdad— que el Banco de Córdoba que en 1886 sólo tenía una circulación de 800 000 pesos, había llegado en 1889 hasta una circulación de 35 millones, de la cual 20 millones eran de emisión sin garantía; que el Banco de Santa Fe tenía una emisión de 15 millones de los cuales 5 millones eran de emisión convertible; y que el Banco Nacional tenía un exceso de emisión de 26 308 000 pesos. Este era el secreto que estaba en vías de aclarar el ministro Uriburu.

Los fondos públicos no siempre fueron entregados contra su precio en oro: una gruesa suma fue entregada contra letras, al amparo del art. 39 de la ley que permitía al gobierno entregarlos si «le ofreciesen garantías a satisfacción».

En las provincias se improvisaron directorios bancarios con hombres — comerciantes retirados, abogados sin pleitos y estancieros mansos— que nunca sospecharon el estricto y áspero arte de banquear. La primera clientela fueron los políticos. Así, al impulso de la megalomanía reinante, tales bancos «comprometieron imprudentemente toda su emisión, todo su capital y hasta casi la totalidad de sus depósitos, en operaciones de descuentos, hasta quedar imposibilitados de continuar prestando sus servicios».<sup>[4]</sup> «Las provincias no acostumbradas al uso del crédito, ni a medir responsabilidades, ni menos a administrar instituciones bancarias, han advertido, poco tiempo después de llevar a cabo sus proyectos, que los bancos no eran para ellas sino un simulacro: que sus billetes, no reclamados por su comercio y su industria, en breve fueron absorbidos por el gran centro de la actividad y la especulación; y que se hallaban con una deuda considerable cuyo servicio se cubriría con el interés de los fondos públicos».<sup>[5]</sup>

Naturalmente, el desparpajo pecuniario había producido su contragolpe político. El dinero no tiene adversarios: ésa era la principal causa del silencio o la desaparición de las oposiciones.

Recién cuando la pobreza —la dádiva desconocida del poeta— volvió el juicio a las conciencias, el gobierno nacional pudo apercebirse de que forma parte de su función de timón el resistir a la corriente, aun a riesgo de descontentar; y el pueblo de que hay que compensar las horas de derroche con las reacciones dolorosas del día siguiente.

#### IV

El momentáneo vendaval parlamentario había sido capeado, entretanto; mediante la actitud tan decidida y el amplio concepto de que gozaba el ministro Uriburu. El oro osciló en esos días más bien en baja, entre 235 y 242 por ciento. Se comprendió, por los pocos que aún querían comprender, que la maniobra del Del Valle consistía en dar actualidad al pasado e inventar una habilidosa inexactitud respecto al presente. «Nadie puede hacer que lo que ha sido no haya sucedido», se dijo. «Ahora se trata de curar y no de evitar; el presente quedaba amparado bajo el

manto de oro del porvenir; todo se había perdonado, a condición de que se entrase de lleno a la obra de reparación».<sup>16]</sup> Para más el ministro había prometido estudiar y encauzar la circulación fiduciaria, sin contemplaciones para nadie. Pero no fue esa la opinión de la gran masa de los arruinados, que encontraron evidente, con el terrible egoísmo de la ruina, que la causa de su desastre no era su participación en las locuras, sino el robo de que se les había hecho víctimas con las emisiones clandestinas, de las que acaso habían aprovechado.

Parecía que las cosas iban volviendo a su quicio cuando el lunes 9 de junio corrió, o mejor dicho estalló, la noticia de que habían renunciado los ministros Uriburu y Alcorta.

Las renunciaciones, que se publicaron íntegramente, eran agrias.

El ministro del Interior; doctor Zavallía, al comunicarles su aceptación, concretaba, acaso sin proponérselo, la causa tan minúscula como enconada del entredicho. Se trataba del sacrificio de un amigo del presidente. «El retiro del señor Pacheco (presidente del Banco Nacional) —decía el ministro del Interior al ex ministro de Hacienda— fue acordado en el concepto de que dicho señor había aceptado una misión financiera ofrecida por usted, según sus propias manifestaciones en el acuerdo, lo que no ha sucedido; y el señor presidente no ha creído entonces que debía inferir un desaire a uno de sus mejores amigos cuyos talentos y eminentes servicios al país nadie puede desconocer».

«El Banco Nacional —replica en una entrevista el señor Uriburu— es el órgano funcional de la economía del país. El ministro remaba hacia adelante y el banco hacia atrás».

El doctor Pacheco por su parte se defendía con firmeza. «El señor Uriburu —decía en otra entrevista— bien sabe que yo no tenía interés alguno en conservar la presidencia, porque no soy comerciante, ni especulador, ni deudor del banco, ni lo he sido nunca. Cómo explicarse entonces que llegara a establecer este dilema: ¿O yo o el doctor Pacheco?».

Lo que había en el fondo era la incompatibilidad entre dos ministros independientes, vale decir opositores, que miraban más hacia el país y hacia sus personas; y el partido oficial, concentrado en el presidente, que miraba sólo hacia sus parciales. El señor Uriburu había empezado a poner orden y claridad, despiadadamente, en la circulación, exigiendo el envío de sus balances a los bancos. El Banco de Córdoba y los de otras provincias eran un caos, según él,<sup>17]</sup> y se

negaban o esquivaban mandar esos balances. Estos datos, lanzados por el ministro, después de su separación, causaron estupor. Pero en rigor el conflicto había quedado planteado desde el día del nombramiento de esos ministros, que obedeció no a una contricción, sino a una escaramuza. Desde entonces, en efecto, empezaron las quejas de los partidarios, recordando al presidente sus fueros de jefe únicos. El doctor Juárez, por su parte, exhibió en esta ocasión las modalidades típicas de su carácter: consecuencia obstinada para con sus amigos; la vanidad del Unicato, y la ligereza de juicio, prefiriendo la incredulidad o la sátira a la responsabilidad.<sup>[8]</sup> Sin dar importancia al incidente, se limitó a calificar al doctor Alcorta de «sabio de tiro pesado» y nombró y tomó juramento en el día, como ministro de Hacienda al presidente del Banco Hipotecario doctor Juan Agustín García y como ministro de Instrucción Pública al doctor José María Astigueta, director de la Asistencia Pública. Eran dos hombres de un alto concepto y honorabilidad intachable; pero en la ocasión tenían el defecto supremo: eran partidarios del presidente. «Hombres como el doctor García, como el doctor Astigueta —decía un periódico— están siempre más dispuestos que a servir al país, a secundar los deseos y los propósitos del jefe incondicional». ¡Era otro efecto insospechado del Unicato! Pero los resultados del incidente dejaron un saldo muy desfavorable para el gobierno. Desde luego, con la separación de Uriburu bajó el oro 30 puntos. Se produjo además la sensación pública de la incapacidad del presidente para reaccionar: «los caprichos de una voluntad veleidosa, las influencias personales y los intereses partidistas —decía un periódico—<sup>[9]</sup> valen más que los intereses generales; el doctor Juárez no transige con nada de lo que puede perjudicar a sus amigos políticos y las influencias valen más que los intereses del país». Pero donde causaron más sensación las revelaciones que se produjeron en el curso de los sucesos, fue en el partido oficial, cuya inmensa mayoría ignoraba hasta entonces la extensión del desorden. Ya lo había advertido Del Valle: «La primera denuncia que hice a la Cámara tuvo lugar el día 3 de este mes. Yo pude darme cuenta entonces del efecto de mis palabras: vi la sana reprobación de la conciencia reflejada en el rostro de todos mis colegas».<sup>[10]</sup>

Sucede siempre en los partidos oficialistas, que si el príncipe absorbe al partido, un círculo absorbe al príncipe. Ese círculo, cada vez más cerrado, tiene como norma la avaricia y la irresponsabilidad: de sus excesos sólo retiran el provecho; la deshonra y las deudas quedan para los demás. Pero la reacción de la masa partidaria inocente suele recaer únicamente contra el príncipe, porque los círculos culpables lo primero que hacen, en las horas de prueba, es desbandarse.

Entretanto habían pasado al Senado los proyectos sancionados en Diputados y en la sesión del 28 de junio se expidió la Comisión de Hacienda del Senado compuesta por el doctor Dardo Rocha, Absalón Rojas y Toribio Mendoza, aprobando los acuerdos del Poder Ejecutivo ya votados por la Cámara de Diputados; y añadiendo un proyecto de ley por el cual se autorizaba una emisión de 35 millones de pesos en fondos públicos «para garantizar el exceso de emisión entregado a los bancos». Se establecía al mismo tiempo el modo como reintegrarían éstos las sumas adelantadas.

En la discusión el senador Rojas, miembro informante, y el ministro García, cuyo prestigio no era igual pero su habilidad parlamentaria y preparación jurídica eran muy superiores a las de su antecesor, redujeron el caso, con exactitud y cierta franqueza, a sus estrictas proporciones; pero siempre resultaba lo mismo: la aparición de pavorosas deudas después de la orgía. «De las averiguaciones que ha hecho la comisión —decía el senador Rojas— resulta cierto que algunos bancos del interior, principalmente los de Córdoba y Santa Fe, circulaban emisiones antiguas en *sumas considerables*; hasta que llegó un momento en que producida la alarma en la opinión, se trató de buscar la conversión de esos billetes; y entonces el Banco Nacional, que *por el hecho de ser nacional creyó debía cargar también con pecados ajenos* [todos entendieron la alusión al presidente], tomó a su cargo el retiro de esa emisión y retiró 15 millones del Banco de Córdoba y 5 300 000 del Banco de Santa Fe. Esas son las emisiones quemadas en estos días. Pero para eso el Banco Nacional ha tenido que distraer sus recursos propios para salvar la existencia de otros bancos, y por eso no ha podido devolver a la Oficina Inspectora 17 824 000 de su emisión antigua, que aún circula. Los fondos públicos que se mandan emitir por el actual proyecto servirán para garantía de las emisiones irregulares que circulan».<sup>[11]</sup>

Respecto al retiro de las antiguas emisiones de los bancos provinciales, el ministro García repitió a Rojas, no sin cierto eufemismo. «Dictada la ley de bancos garantidos —decía— persiguiéndose el propósito de unificar la moneda nacional, era necesario que desaparecieran los billetes de los bancos que funcionaban anteriormente. El Banco Nacional fue el encargado de hacer ese retiro y esta circunstancia le inmovilizó gran parte de sus capitales que tuvieron que convertirse en créditos contra los bancos provinciales. Retiró por esa causa billetes de Córdoba, de Santa Fe, de Tucumán y de Salta *por cantidades muy considerables*»,<sup>[12]</sup> Lo que habría correspondido era someter a la justicia a los que lanzaron emisiones abusivas, usaron del dinero falso o malversaron los fondos públicos. Pero nadie pensó en eso: no se había llegado aún a la época de los jueces: se estaba en la de los

gobernantes caudillos que buscaban prestigio perdonando las faltas, antes que obtenerlo cumpliendo las leyes. En cuanto al doctor Juárez esclavo de su propia prepotencia, jamás pensó hacer asumir a sus amigos una responsabilidad con la que él pudiera cargar.

## VI

Fue en aquella ocasión que el senador Del Valle pronunció en el Senado una oración que duró toda la tarde y que publicada en una página íntegra de *La Nación* del 1.º de julio, contribuyó, más que cualquier otra propaganda, a formar la conciencia revolucionaria. La oratoria parlamentaria del doctor Del Valle, la más completa quizá escuchada en el Congreso argentino, recordaba la de los grandes modelos griegos y romanos, completados con el razonamiento práctico y eficaz de los oradores ingleses, de todos los cuales Del Valle era fervoroso cultor. Exponía con admirable sencillez, sin declamación ni vulgaridad. Carecía, es cierto, del golpe rápido de la concisión, o de la invectiva; y el concepto de su conducta no igualada al de su talento; pero sus amplificaciones, calculadas con sagacidad psicológica, iban a buscar la convicción del adversario más que el aplauso de los suyos. Añadida la armonía de la voz, la falta de ira y de hiel, la nobleza del gesto, el valor de la acción por ser el único opositor en el Senado, y el prestigio de su talento, puede comprenderse la emoción que produjo. Su tesis no era exacta, o por falta de información o por plan político, en cuanto a presentar como hechos recientes las locuras pasadas; pero ¡cuánta habilidad para enhebrar los datos y argumentos, hasta producir sino la convicción, la sensación del incontenible despilfarro y la sospecha del delito, que suele dañar más que la evidencia!

El miembro informante y el ministro habían explicado minuciosa y cabalmente los hechos; pero quedaba palpitante la cuestión de aprobar los acuerdos del Ejecutivo, asunto que por lo de moral e institucional que tenía, suscitaba, en la época, muchos escrúpulos. La impresionante argumentación del Del Valle había sido ésta: «El Congreso puede declarar el curso forzoso y puede emitir papel moneda. Pero ¿podría el Congreso por un acto secreto y cauteloso decir: emítase moneda que no tenga la garantía de los fondos públicos y póngasele al billete la leyenda de que tiene tal garantía? El sello de la nación puesto sobre una moneda quiere decir que esa moneda se ha emitido con las garantías y formalidades que la ley exige. Quienquiera que emita billetes sin las garantías de la ley comete el delito de falsificación de moneda». Era visible la perplejidad del Senado entre su deseo de aprobar y su deber de corregir.

En tales momentos pidió la palabra el senador por Corrientes doctor Derqui, hombre probo y modesto, de estirpe política y raro talento, malgastados hasta entonces en la política de su provincia. Su discurso, dicho con ademán sencillo, en resumen fue éste: «Sólo me he resuelto hablar en vista de que si las conclusiones del señor senador Del Valle quedaran en pie, no me consideraría habilitado, no lo estaría el Senado de la Nación, por su propio decoro, ni tendría facultad constitucional para votar la aprobación de los acuerdos del Poder Ejecutivo. Dos puntos esenciales comprende el gran discurso del señor senador: las facultades legales con que ha procedido el Poder Ejecutivo y con que puede aprobar sus actos el Congreso; y el carácter de falsos de los billetes emitidos. ¿Tenía el Poder Ejecutivo facultad para lanzar billetes sin el depósito previo de fondos públicos, exigido por la ley? Ciertamente no la tenía; y así lo reconoce el mismo Poder Ejecutivo al pedir al Congreso la aprobación de esos actos, realizados bajo el imperio de circunstancias extraordinarias. Esos billetes emitidos sin garantías son falsos, dice el señor senador; y el Congreso no puede legalizar un acto criminal, una falsificación de moneda que él mismo no podría ejecutar. Pero yo pregunto: ¿podría el Congreso decir, sin necesidad de modificar la ley: entréguese a los bancos Nacional y de la Provincia, en calidad de préstamo, tantos millones en billetes garantidos por la Nación?

*Del Valle* lo interrumpe: Es claro que sí, pero no habría podido mentir diciendo: este billete tiene garantía no teniéndola.

*Derqui*: Pero el Ejecutivo tampoco ha mentido; no viene a decirnos: he depositado los fondos públicos que garanten este billete; sino que se ha visto en la necesidad imprescindible de hacer un préstamo a los bancos. No estando depositado el fondo público, el billete es falso, sostiene el señor senador; pero olvida que si detrás de ese billete no está el fondo público depositado, está la responsabilidad de la Nación, que es lo que constituye la verdadera garantía no sólo de la moneda sino del mismo fondo público. Resulta, pues, evidente que si el Congreso puede hacer a los bancos la concesión que les acordó el Ejecutivo, puede aprobar los actos de éste. Todo poder tiene la facultad de aprobar los actos que él mismo puede realizar». Una salva de aplausos subrayó la fuerza del argumento. El orador continuó.

«Pero quiero detenerme sobre la falsificación de billetes falsos. El señor senador paragonaba estos billetes sin la garantía de los fondos públicos con la emisión de monedas metálicas de cualquier metal vil con un baño de oro, a las cuales se les pusiera arbitrariamente el sello de monedas realmente de oro. El argumento es hábil pero inconsistente: en la moneda metálica el gobierno no hace

otra cosa que certificar la cantidad de metal que ella contiene y su ley: si el sello certifica una calidad o cantidad de metal que en realidad no contiene, es evidente que expide un certificado falso. Pero cuando un gobierno entrega una cantidad de billetes que él y el banco que los emite garantizan, no hay nada parecido a la acción del que en una pocilga fabrica billetes en los que aparecen obligados los que no los han emitido. Aquí el banco y el gobierno aparecen como los únicos obligados por sus actos propios. Habrá exceso en el monto de las obligaciones contraídas, pero jamás falsificación, desde que quien públicamente contrajo la obligación es el mismo que debe solventarla. El Senado puede no legalizar los actos del Poder Ejecutivo que están librados a su criterio; pero si se reconoce que han sido impuestos por exigencias imperiosas en que estaba comprometida la riqueza del país, podemos y debemos aprobarlos».

El efecto de este discurso fue extraordinario: los senadores rodearon y felicitaron al orador: en las galerías no se oían sino encomios de la destreza y novedad de los argumentos. Y tal impresión se acentuó, no sólo por la declaración del senador Del Valle de que «era el primero en reconocer y proclamar los milagros de su poderosa dialéctica»,<sup>[13]</sup> sino principalmente por la pobreza de la refutación que intentó.

La cuestión estaba terminada: los acuerdos fueron sancionados y el proyecto de emisión de fondos públicos votado; pero el gobierno salió del largo incidente disminuido ante sus propios partidarios: se habían conocido por primera vez hechos tan deplorables como ocultados; de allí empezó el desabrimiento del Congreso que se convertiría más tarde en una verdadera rebelión: todas las miradas del partido oficial se volvieron a Roca y Pellegrini, que no disimulaban una impresión de zozobra por el desbarajuste y los procedimientos expeditivos del Unicato. En el pueblo que necesita síntesis más que razones, se añadió un sonsonete más a los del «unicato» y del «incondicionalismo»: «las emisiones clandestinas».

## VII

La primera medida propuesta por el ministro García (que no quería llamarla plan financiero) fue un empréstito de 10 millones de libras con la casa Baring Brothers, Murrieta y Morgan de Londres. Ese empréstito había sido iniciado por el ministro Uriburu y a su salida del Ministerio se lo creyó fracasado, en vista de sus vinculaciones con la casa prestamista: a eso fue debida la violenta suba del oro.

Pero el doctor García prosiguió la negociación más para contener la suba del oro y demostrar que su situación ante la casa Baring no era inferior a la de su antecesor, que por convencimiento.

La esperanza del empréstito mantuvo, en efecto, las oscilaciones del oro, durante toda la segunda quincena de junio, entre 231 y 248 por ciento. El empréstito de que se venía hablando hacía un mes, estaba proyectado al 5 por ciento de interés y el 1 por ciento de amortización. Los banqueros proponían tomarlo al 86 por ciento lo que representaba una deplorable baja en el crédito argentino; desde que anteriormente se habían colocado títulos del por ciento de interés al 90 por ciento. Además contenía el proyecto una cláusula humillante, por la que se prohibía todo aumento de emisión, y la instalación de nuevos bancos emisores. Tal cláusula produjo inusitado revuelo en la Cámara de Diputados y el ministro tuvo que pedir el aplazamiento del proyecto en la sesión del 2 de julio.<sup>[14]</sup> El otro proyecto del ministro García —presentado el 7 de julio— consistía en una emisión de 100 millones de pesos hecha por el Banco Hipotecario debiendo distribuirse los préstamos entre todas las provincias en una proporción que se fijaba.<sup>[15]</sup>

La explicación de esta extraña medida que venía a crear dos clases de monedas en el país la daba el mensaje en esta forma: «Existe una manifestación inmediata que afecta profundamente todo el organismo social: es la carencia de medio circulante producida por desconfianzas injustificadas, pero explicables, que han restringido el crédito y producido la ocultación de la moneda, la cual no sólo se ha vuelto insuficiente para las transacciones ordinarias, sino que en muchas provincias ha desaparecido totalmente».

La Cámara de Diputados volvió a mostrarse displicente con el proyecto, pronunciándose en contra los diputados más prestigiosos: Manuel Gonet, Magnasco, Víctor Manuel Molina, Gilbert.<sup>[16]</sup> Pero el proyecto se convirtió en ley, aunque nunca se ejecutó.

## VIII

A todo esto desde el 1.º de julio los problemas públicos tomaban un nuevo sesgo. El debate sobre las emisiones clandestinas, el alzamiento parlamentario contra el empréstito, y el no haberse pagado el dividendo de las acciones del Banco Nacional, al fin del semestre, lo que las hizo caer de 168 a 120 pesos, repercuten en

la moneda que se cotiza el 1.º de julio de 265 a 275 por ciento. Esa cotización media persiste por una semana; pero del 8 al 10 de julio el oro salta violentamente a 280, 295, 299, 308, 317 por ciento, y sigue oscilando entre 290 y 310 hasta el día de la revolución. ¿Qué ha ocurrido? El fenómeno subterráneo empieza a aflorar. La policía ha comunicado al presidente, el 18 de julio, que un complot militar estaba por estallar: el ministro de la Guerra no lo cree: piensa a la antigua; no ve el jefe prestigioso que, como antaño, pueda llevar a la indisciplina a los veteranos; mas el jefe de Policía, coronel Capdevila, que tiene la inteligencia, perspicacia y malicia de que carece Levalle, ha llegado a concretar datos y vigila a la oficialidad de varios cuerpos. Pide al presidente desaloje al ejército de la Capital como condición para garantizar el orden. De allí etiquetas y resentimientos con el ministro de Guerra, que el presidente tiene que aplacar; la prensa revolucionaria naturalmente hace coro al ministro: «no se puede dudar del ejército; no pertenece a ningún partido». El coronel Capdevila, sin embargo, logra conmover la pesada confianza del general Levalle, quien hace una reunión de altos jefes en su casa, en la que parece se revelaron todos los detalles de la conspiración y se trazaron los lineamientos de una posible acción militar. El presidente, a su vez, llama al general Roca y produce su acercamiento con el doctor Cárcano y —esperanzados aún en las medidas de paz— proyectan una convención de ex ministros y parlamentarios desde 1870, a fin de designar el candidato para la próxima elección presidencial. La policía vive acuartelada. El sábado 19 de julio aparece la noticia de las primeras prisiones: han sido detenidos o son buscados como conspiradores el general Manuel Campos, el coronel Julio Figueroa y los mayores Eusebio Garaita y Felipe Vázquez. Garaita se confiesa francamente conspirador, con asombro de Levalle. Los movimientos de tropas se suceden. Llegan de Zárate el 2.º de infantería y el 6.º de Caballería, mandados por Krasenstein y Cabot (yerno de Levalle), respectivamente.

Con el esfuerzo que se acaba de recibir la guarnición de la Capital ya consta de ocho batallones de infantería (1.º, 2.º, 4.º, 5.º, 6.º, 8.º, 9.º y 10.º) de 250 plazas cada uno; dos regimientos de caballería (6.º y 11.º) sumando 500 plazas; uno de artillería (el 1.º) de 250 plazas; una batería de ingenieros de 300 plazas; 3161 vigilantes; 120 cabos y sargentos; 300 bomberos. Total, 7011 soldados. «No tenemos oro, pero lo que es acero...», decía al dar esta información *La Nación* del día 20 de julio. Se va a jugar a cartas vistas: es la estrategia que se asegura han resuelto emplear Capdevila y Levalle, más como valientes que como gobernantes. Todos los militares lo saben, menos los oficiales revolucionarios.

El mundo oficial está conmovido: en todas partes conciliábulos, mensajes al oído, pasos precipitados. Al Congreso y al partido, empero, el gobierno no los noticia de nada. Lo mismo hacen los revolucionarios con la población, casi

totalmente opositora. Fuera de unos centenares de iniciados, nadie sabe lo que pasa. Se ha puesto especial sigilo en ocultar el plan. Lo que pudo haber sido un alzamiento del pueblo, se va a convertir en un estallido militar; y lo que pudo ser una apelación a su partido de parte del gobierno, se ha trocado en una faena de cuartel. Son los procedimientos de la época.

## CAPITULO 9

DEL 13 DE ABRIL AL 26 DE JULIO

### LA CONSPIRACIÓN<sup>[1]</sup>

I. La conspiración en el ejército. — II. La conspiración civil. — III. El doctor Alem conspirador. — IV. La logia militar. — V. El fenómeno psicológico de los conspiradores. — VI. La reunión en casa de Copmartín. La policía. La prensa. — VII. Zozobras de la junta revolucionaria. — VIII. La reunión del 17 de julio. — IX. Actitud del gobierno. — X. La sublevación del 10 de línea y la libertad del general Campos.

#### I

La conspiración se había iniciado entre los elementos jóvenes del ejército. Se refirió que empezaron siendo 33 oficiales, de alférez a capitán, apalabrados para «volver al país a la Constitución y al respeto de la voluntad popular».

Este complot de oficiales subalternos, que existía siete meses antes de crearse la Unión Cívica,<sup>[2]</sup> representaba un síntoma nuevo en el país y en el ejército: la revolución militar desde abajo. Era un resultado indiscutible del Colegio Militar. No existían en ella caudillos, tendencia ni ostentación; prescindiendo de lo anormal y lo ingenuo, era una abnegación y una espontaneidad de los jóvenes consagrados al culto de la patria y del valor. Pobres muchachos que ganaban respectivamente 82, 120 y 150 pesos mensuales, habían pasado al través del lujo y los derroches, sin intentarse, como muchos de sus superiores. Aquel cercano y perturbador ejemplo era, acaso, lo que más los sublevaba. Los oficiales complotados pertenecían al Estado Mayor y al 1.º de artillería, al 1.º de infantería, al batallón de Ingenieros y al 4.º y 5.º de infantería. Este grupo (pues la tropa era de enganchados que obedecían como máquinas, según la frase del doctor Alem) fue el que ejecutó, casi exclusivamente, la parte militar de la revolución. Las únicas modificaciones consistieron en la ausencia del 1.º de infantería mandado al Chaco por el gobierno y el ingreso a la revolución del 9.º y 10.º de infantería, sublevados

por el coronel Figueroa, el primero, y por sus oficiales el segundo. En total no alcanzaban a 1000 hombres.<sup>[3]</sup>

Si la fuerza militar era escasa, la fuerza popular era enorme. El impulso renovador de la juventud había incendiado un reguero de pólvora. Todo el mundo era opositor, no tanto a los hombres como al sistema, a lo sucedido, a la crisis, representados por el Unicato, especie de monstruo antediluviano cuyo esqueleto subsistía después del cataclismo. No había quien íntimamente no sintiese la necesidad de equilibrar la falta de dinero con la reasunción de sus abandonados derechos: de curar la crisis moral y política, ya que no podía curarse la crisis económica.

Pero los revolucionarios —los partidarios a ultranza de un cataclismo— eran pocos; faltaban pasiones y agravios por más que se los simulase; nadie ignoraba, aunque lo aparentase, que la culpa era de todos.<sup>[4]</sup>

Los adversarios del gobierno lo ridiculizaban más que lo aborrecían. La principal falta que le imputaban consistía no en ser malo, sino en no ser grande, defecto no pequeño en un pueblo enamorado de su futuro y orgulloso de su historia.

## II

El primer foco de la conspiración civil se condensó en el estudio del doctor Del Valle, del que también formaba parte el doctor Mariano Demaria —señorial, opaco y laborioso—, sin más figuración política hasta entonces que ciertos ribetes de católico. El doctor Alem, bohemio sin alegrías, también frecuentaba, entre refugiado y adscripto, el estudio del viejo amigo y condiscípulo. Mas ni la pobreza ni la desesperanza habían abatido su altivez. Eran tiempos en que el honor aún no dependía de la riqueza. Adalid sin empresa, político sin partido, abogado sin pleitos, se mantenía cada vez más enhiesto y orgulloso de su hombría y su estoicismo. Era juez de honor indiscutido en los frecuentes lances de la época. Después de su despectivo apóstrofe en la Legislatura, cuando la cesión de Buenos Aires: «Yo he hablado para todos, menos para esta Cámara», había retado a duelo a un jefe de policía, y abofeteado a un juez del crimen que le intimó la devolución de un expediente. Como Del Valle representaba el talento y el prestigio, Alem representaba el carácter y el arrojo. No es que Del Valle no fuera un valiente ni Alem un intelectual; pero a los hombres se los suele definir por la calidad en que se

superan. Del estudio de Del Valle hablan partido los mitines exploradores del 1.º de septiembre y 13 de abril. Pero ante la magnitud del mitin del 13 de abril que reveló, según el doctor Alem, «que el pueblo respondía a las exigencias supremas de la patria»; y anunciado el próximo viaje a Europa del general Mitre, lo que dejaba libre el campo, la Junta Ejecutiva que se votó en blanco en el mitin, fue aumentada, sin forma popular alguna hasta el número de diez, con Juan José Romero, gobernador de Buenos Aires en el 80, de inteligencia sólida, gran posición y carácter sin contemplaciones; Miguel Goyena, talentoso y escéptico, jefe de la asoladora intervención del 80 en Corrientes; Hipólito Yrigoyen, sobrino de Alem, sin más actuación anterior que la de comisario de la policía del 74; y Lucio Vicente López, de abolengo patricio, admirable talento, ex juarista, de carácter inquieto y malevolente. Además tres militares de tendencia mitrista, conocidos por su exaltación opositora: el general Manuel Campos, el coronel Julio Figueroa y el comandante Joaquín Montaña.<sup>[5]</sup> Todos resultaron partidarios de una inmediata revolución popular para derrocar al gobierno.

Cuando se votó para presidente de la República en el gobierno a crearse, todos votaron por el doctor Alem, con excepción de los militares Campos y Figueroa, que votaron por el general Mitre. El mismo Del Valle, cuyo candidato había sido don Vicente Fidel López (lo cual hubiera evitado posiblemente la efusión de sangre), votó también por el doctor Alem. El carácter dominaba una vez más al talento. Pero, dentro del criterio revolucionario, lo que se hizo era lo lógico. La revolución que para los demás hombres, de múltiples actividades, era una probabilidad o un incidente, para Alem, solitario y reconcentrado, era toda su vida. Se entregó a ella con la voluntad de mandar y la ambición de honor y de gloria, de desquite acaso, que bullían en su tremenda alma. Abandonó su casa, sus asuntos; no cuidó siquiera de su salud, siempre precaria: día y noche vivió la vida de comité. Como no ignoraba las resistencias que ofrecía por su tradición y su alejamiento político y social, puso en juego aptitudes de seducción y simpatía que no se le habían sospechado. Se prodigó en banquetes y discursos. «La palabra vibrante del doctor Alem —decía un cronista, describiendo un banquete dado en su honor— conmovió profundamente al auditorio; cuando al terminar ofreció todo lo que valía, su nombre, la savia de su corazón, su hogar, su porvenir, para cumplir dignamente la misión que se le había conferido, se expresó con tal calor, con tal sinceridad y con tal entusiasmo que todos se pusieron de pie y lo aclamaron durante largo rato».<sup>[6]</sup> El orador áspero y desmayado de las controversias parlamentarias, se inflamaba en la atmósfera de la complicidad y la camaradería patrióticas.

Mas el doctor Alem no era un organizador, vale decir un descubridor de aptitudes y creador de jerarquías. Era personalísimo, inorgánico: prefería fascinar o someter a guiar o doctrinar. Su único método consiste en «dar en la tarea todo lo que un hombre puede dar humanamente». Tampoco es un hombre de acción, pese a su bravura y sus arrebatos. No hace seguir el hecho a la resolución; se complace en un estado de conspiración crónica, de imaginación, de proselitismo, más conducente en un profeta que difunde su doctrina que en el jefe que prepara un movimiento. Desdeña las tareas concretas o menudas. A Del Valle lo encarga del ejército; a Goyena de la armada; él se reserva algo general, impreciso: «estar en todo y verlo todo, allanar inconvenientes y cuidar de la organización civil y de los cuerpos comprometidos». En suma: gobernarlo todo. Así llegará al Parque exhausto de alma y de cuerpo. Se entiende de preferencia con un cónclave de jóvenes exaltados: Barroetaveña, Castellanos, Francisco Ramos Mejía Davison, Fermín Rodríguez; juntos no deliberan, deliran. De los hombres hechos, no le agradan ni la compañía ni el consejo. Donde los demás sólo ven un hecho del momento, él ausculta el porvenir. Está escarmentado del pasado: los federales de Urquiza, sus amigos de la infancia, se rindieron al nacionalismo de Mitre; sus autonomistas entregaron Buenos Aires a Roca y Avellaneda. Es en las nuevas capas sociales, que con la multiplicación de medianías disminuye la altura de las superioridades tradicionales, donde ha entrevisto la caducidad del patriciado reinante y una democracia más amplia, más justa, de la que él será el exponente. Fruto de su temperamento o de la atormentada experiencia de su vida, esa concepción sería la idea más vivaz y prolífica de su época. La cultura lleva a la vanidad y el descreimiento: es la hora de volver al humus, al pueblo, que conserva la fe y el vigor nativos, groseros pero fecundos. Así su doctrina íntima consiste — se la oímos alguna vez— en la creación de un caudillo que recoja e imponga las aspiraciones de la masa. Las instituciones serían sólo un mecanismo para la realización.

Nunca expuso en público tales ideas: habrían parecido una herejía a los intelectuales que lo rodeaban, convencidos, como todos, en su tiempo, del poder supremo de la cultura y del progreso continuo.

Pero la historia de muchas partes se encargaría de demostrar que lo que entonces hubiera parecido un retroceso, con el tiempo resultaría una anticipación; mas nos hemos alejado de nuestro asunto, volvamos al relato.

A los cuatro días del mitin del 13 de abril los oficiales complotados ofrecieron su concurso revolucionario al doctor Del Valle. Era un acto tan propio de su impetuosidad como de su inexperiencia. El gobierno acababa de nombrar el Ministerio Zavalía, Sáenz Peña, Uriburu, Alcorta, Levalle, insuperable en el país; habían renunciado todos los candidatos a la presidencia; la prensa declaraba una tregua. Preparar revueltas en tales días no era responder al deseo de «volver el país a la Constitución», sino entregarse a la tendencia atávica: la revolución a todo trance para adueñarse del poder. Pero lo extraordinario fue que la Junta Ejecutiva, en la que figuraban agudas inteligencias, en vista de este ofrecimiento, cambiará el plan primitivo de «preparar el espíritu del pueblo para la revolución y buscar el apoyo del ejército»,<sup>[7]</sup> por el de una rebelión principalmente militar, con el apoyo de unos pocos ciudadanos y ocultación para la gran masa.

¿Cuál fue la causa de ese cambio? ¿Desconocimiento del mecanismo de la opinión pública, a pesar de que con sólo ella acababa de triunfarse? ¿El tradicional culto de la fuerza? ¿Ambiciones personales? ¿La esperanza de que todo el ejército se plegara y el presidente, ya en vías de ceder, no se resistiera? Todo pudo suponerse: nada se supo. Pero los hechos y declaraciones posteriores<sup>[8]</sup> no dejan duda de que las organizaciones ciudadanas, tan ufanas de sí mismas, ya no se ensancharon, pasando las existentes a ser sólo un disfraz de la rebelión militar,<sup>[9]</sup> desde que el 17 o 18 de abril el doctor Del Valle tomó la dirección de la Logia de Oficiales. El movimiento a la luz del sol, fácil y ya con comienzos de victoria, pasaba así a ser una simple conspiración como todas las de su especie. La prensa no sospechó.<sup>[10]</sup> Continuó creyendo en la formación de un gran partido.

## V

Conspirar —barajar a escondidas la suerte de una nación— es una tarea que tiene de las deleitosas mortificaciones de la obra de arte, de las zozobras del delito y de las travesuras de las estratagemas. En el conspirador hay, desde luego, un convencido salvador de la patria. La figura del invencible desfacedor de entuertos (sin caer en cuenta de los entuertos que por desfacerlos causa) apunta su lanzón; sus planes se vuelven infalibles desde que todos los medios se vuelven buenos; la cuenta de las sorpresas al adversario no tiene límites: se cree invisible por verse sólo a sí mismo. Se agranda en la medida que achica al enemigo. Ahogado por la angustia del secreto no nota que lo viola para ganar prosélitos; hasta que de tanto

debatirse, ya en completa alucinación, opta por lo más aventurado. Recién despierta en el poder o en la cárcel, en la gloria o en el ridículo.

El doctor Alem resultó un conspirador genial, pero no sin las debilidades del oficio. Su insomnio crónico le hace preferir la conspiración nocturna. En medio de las sombras, el secreto y el peligro —más grande cuanto más imaginario— se borran las rígidas aristas de lo real; ¡predomina la pesadilla! Ese es su elemento. Usando de la facultad de halagar, o de la de dominar —ya confidente, ya augur— pero sin perder su línea adusta, no sólo conquista o exalta a los conjurados, sino que les deja un sentimiento de amor y respeto hacia aquel misterioso derviche, con ensueños de poeta, severidades de pensador y rebeldías de gaucho.

Del Valle, con más talento y simpatías, pasa a un segundo plano: será sólo primer actor y escenógrafo del gran drama concebido por Alem. Las emisiones clandestinas fueron su mejor decoración: un genial golpe escénico para avivar con virtutas del pasado el incendio que languidecía. Prestó un servicio al país, procurando prestarlo a la revolución.

## VI

Los oficiales no mostraban simpatías por Alem, ya fuera a causa de la respuesta de septiembre, ya por el carácter que le atribuían unos y le suponían otros. Del Valle le suprime asperezas, le acerca uno a uno los miembros de la Logia, y cuando éstos exigen el nombramiento de un jefe militar de la revolución, cuyas facultades venía ejerciendo Alem de callada, evita una discordancia formal con el nombramiento del general Campos, llegado de Europa hacía poco.

Tal nombramiento no era quizá lo más conducente, pero fue sin duda lo más honrado en el proceso de un movimiento impersonal.

Campos no era, ni había sido, un político ni un revolucionario profesional: era sólo un soldado disciplinado y bravío, de inteligencia simplista. Creía a la patria mancillada y ofrecía su esfuerzo y su vida: he allí toda su ideación. Pertenecía a una familia de bravos de una pieza. Era hermano del general Luis María Campos, célebre por su valor y disciplina, y del coronel Julio Campos, espíritu reflexivo y sereno, revolucionario desde 1880 en que comandó en jefe las fuerzas de Buenos Aires. Este antecedente lo habría indicado como jefe militar de la nueva revolución. Mas para los jóvenes oficiales era un desconocido; y fue fácil

al doctor Alem frustrar ese nombramiento, temiendo acaso tanto a sus calidades como a su antipatía. Aceptó, en cambio, a pedido de Del Valle, a don Manuel, cuyo espíritu arrebatado y poco dado a penetraciones y análisis, permitiría dejarle las responsabilidades, sin temer su preponderancia. Además Alem entendía limitar a Campos con el general Joaquín Viejobueno, revolucionario a escondidillas, pero superior en grado.<sup>[11]</sup>

En tal estado de cosas, y corridos ya dos meses y medio de conciliábulos, resolvieron, a mediados de junio, celebrar una reunión general de todos los oficiales «para dar cohesión a los elementos y hacerles conocer el nuevo jefe». El local elegido fue la casa del señor Copmartín en la calle Belgrano, a media cuadra del Departamento de Policía. A esa reunión concurrieron Alem, Del Valle, el general Campos y de 60 a 70 oficiales.

El resultado fue el que era de preverse: los revolucionarios quedaron de acuerdo con el jefe y convencidos de su sigilo; y la policía perfectamente noticiada de la revolución.<sup>[12]</sup>

## VII

La situación de la Junta revolucionaria debía ser a la sazón embarazosa. Aparecían las consecuencias de su error. Aparte de que al prescindir del pueblo se había puesto en manos del gobierno, que podía trasladar las fuerzas comprometidas, tenía que sigilar en vez de uno dos secretos: el del complot militar, al gobierno y el del avasallamiento de la Unión Cívica, al pueblo.

La exaltación política hervía en los comités, en la prensa, visiblemente comprendida en el secreto impuesto por los militares, en las reuniones públicas y hasta en las calles: el ventarrón que sigue a las depresiones. Los discursos de Castellanos, Barroetaveña, Gouchón, Enrique Pérez, Davison, Carlos Estrada, inflamaban a los partidarios; la Legión Ciudadana, compuesta de jóvenes de la buena sociedad en su mayoría, difundía la reivindicación popular en todas las capas sociales; había quienes juntaban armas, trazaban planes y se daban organizaciones. Pero todo eso era opinión pública, factor que la Junta había subalternado a la confabulación militar. Lo más grave aún era que el movimiento militar no había crecido: no se contaba sino con los pequeños grupos de oficiales, que ofrecían sublevar 900 hombres en los cinco batallones iniciales: ningún jefe de cuerpo había entrado en el movimiento. El resto de la guarnición —es decir el

enemigo— constaba en esos momentos de 4688 plazas. «Los mismos oficiales, reconocían que tendrían que vencer grandes dificultades si los jefes se encontraban en los cuarteles en el momento de sublevarse». Estas ásperas realidades que recién se conocieron públicamente por la exposición del doctor Del Valle<sup>[13]</sup> empezaron a ser orilladas por los conspiradores, con planes fantásticos, a cuyo incumplimiento se culparía más tarde la derrota. En primer término se proyectó comenzar por prender al presidente, al vice Pellegrini, al presidente del Senado general Roca y al ministro Levalle. ¡Así la batalla empezaría por la victoria! Y ¡cómo se holgaron con esta imaginación los esperanzados revolucionarios! El doctor Alem, que se hizo cargo de la empresa, llegó a designar los grupos de la Legión Ciudadana que la realizarían: eran jóvenes abogados, médicos y comerciantes, vírgenes en achaques de guerra, pero que bajo la sugestión del momento creían obra fácil prender a las más defendidas autoridades y los más bravos generales. Hubo motivos para creer que el mismo doctor Alem no compartía el candor de sus neófitos.<sup>[14]</sup>

Después venía el capítulo de los valores imaginarios: la provincia de Buenos Aires, la escuadra. En la primera decían tener hombres: sólo les faltaban armas; la verdad era que el gobierno local, único con fuerzas, respondía al gobierno nacional. La escuadra era una caricatura: fuera del indiscutible valor de sus hombres, la pericia y el material no valían la pena: en las últimas maniobras no había podido echar a pique un pontón varado al efecto en Martín García. Nadie lo sabía mejor que los marinos. Pero todo eso debía olvidarse: la escuadra podría bombardear al Retiro y a la Casa Rosada, donde habían resuelto «dejar que se reconcentrasen las fuerzas del gobierno; el bombardeo echaría a la calle, despavoridas, a esas fuerzas que se rendirían sin pelear». El general Campos ratificó públicamente este bizarro plan,<sup>[15]</sup> que lo hacía sonreír más tarde, curado ya del virus conspirador.

Donde la tarea se volvía más absorbente era en el «manejo y cuidado de los cuerpos comprometidos», algo así como una administración de la infidencia.

La ejercían exclusivamente Alem y Del Valle; y fue donde la revolución tuvo el más cumplido éxito. Cada cuerpo era un problema; cada oficial un caso; había que informarse de su carácter, sus hábitos, sus parientes, sus amigos. Los batallones estaban ubicados en todos los ámbitos: Maldonado, Palermo, Once, Constitución, Caballito, Retiro; las comunicaciones resultaban engorrosas. Todo fue salvado. En cada emergencia se inventa un recurso distinto. Al peligroso gubernista coronel Gil de la artillería, se lo llevará al campo su antiguo jefe Joaquín Viejobueno. Al 9.º de infantería que tiene su cuadra a diez metros del 11.º de caballería, se le facilitará la sublevación con una salida al tiro. Para dos indeseables

oficiales de la artillería, y el mayor Toscano del 10.º, se proyecta nada menos que un narcótico «para inutilizarlos oportunamente». ¡Para los conspiradores se hizo lo de «el fin justifica los medios»!<sup>[16]</sup>

Y así en los cien casos de peligro, de rivalidades, de sospechas, de temor de imprudencia o delación.

## VIII

Hacia el 17 de julio, urgidos los oficiales tanto por su propia impaciencia como por la zozobra en que vivían, celebraron la última reunión en casa del capitán Castro Sumblad para recibir las instrucciones definitivas. Concurrieron más de 60 oficiales, el general Domingo Viejobueno, el coronel Figueroa y los tenientes de navío O'Connor y Lira. Concurrieron también Alem, Del Valle y Campos. Allí se resolvió que la revolución estallara el día 21 de julio a las 4 de la mañana. El general Campos —magnífico oficial de fila, generalísimo improvisado y revolucionario sin vocación— trazó sobre un plano de la ciudad, el plan estratégico, con la misma soltura y seguridad que si se tratase de una parada militar.<sup>[17]</sup> Como siempre, todos se retiraron convencidos del triunfo y del secreto.

Mas al día siguiente (18 de julio) el ministro de Guerra mandaba prender y sumariar por conatos revolucionarios al general Campos, al coronel Figueroa y a los mayores Garaita y Vázquez; ordenaba la partida al Chaco del 1.º de infantería; disponía la venida del 6.º de caballería que alojaba en el cuartel del Retiro y del 2.º de infantería que ocupó la Aduana Vieja sobre la plaza de Mayo. Encargaba asimismo al general Viejobueno de una comisión militar fuera de la capital «que no habría podido retardar sin dar lugar a sospechas»,<sup>[18]</sup> y disponía que el general Suspisiche, insospechable partidario del gobierno, jefe de la brigada que formaban el 9.º de infantería y el 11.º de caballería, se instalase permanentemente en el cuartel de Maldonado. La policía, por su parte, redoblaba su vigilancia sobre los cuerpos de línea.<sup>[19]</sup> Tales medidas conmovieron a la ciudad. Corrían las noticias más raras. Entre los revolucionarios se produjeron dos efectos contradictorios: la Junta, más serena o más responsable, suspendió la fecha del estallido; la oficialidad y gran parte de la juventud reclamaron que se efectuase antes de que partiera el 1.º de línea, vale decir de inmediato. Era una locura, con el jefe militar preso y el gobierno alerta. Se mostraban especialmente ofuscados los jóvenes oficiales que llegaron a amenazar con el retiro de sus compromisos. Preferían al triunfo el sacrificio. Raro, pero no desconocido caso, en que la virtud ayuda a la derrota. Así

los romanos Bruto y Casio prefirieron la muerte para demostrar su honor, antes que la perseverancia para conquistar la libertad.

## IX

Fue más fácil a la Junta calmar al pueblo<sup>[20]</sup> que tranquilizarse a sí misma. El hecho de no haberse prendido a ningún civil y la lenidad de la prisión en el cuartel del 10.º del general Campos, al que se le había levantado la incomunicación, se habrían prestado para sospechar el plan combinado entre Levalle y Capdevila, de dejar producirse el movimiento en la seguridad de vencerlo; creyéndolo, es cierto, mucho menor de lo que resultó. Se aseguró que Roca y Pellegrini no fueron extraños a ese consejo.<sup>[21]</sup> La confianza de los jefes militares, la circunspección de los oficiales revolucionarios y la novedad de una rebelión de subalternos habían despistado por el momento al ministro y al jefe de Policía, y la Junta habría podido aprovecharse de tal circunstancia.

Pero la Junta ya no estaba en condiciones de optar: los acontecimientos la empujaban. La revolución era conocida por todos. Los mismos esfuerzos por ocultarla la publicaban. La prensa, partidaria de los revolucionarios, pero más partidaria de su crédito noticioso, se había apoderado del tema y no lo abandonó más.<sup>[22]</sup>

No por eso abandonaban los conspiradores la esperanza de la sorpresa y las quimeras de lo imprevisto: ¡las fuerzas del gobierno podrían rebelarse! La exasperación general por el oro arriba del 300 por ciento, los batallones traídos y llevados destruyéndose de un golpe el nido tan trabajosamente tejido; las exigencias de la juventud civil y militar; el peligro de que se hiciera efectivo el alejamiento total del ejército; todo, en suma, ya favorable, ya adverso, creaba un dilema: levantarse o disolverse. Bajo la presión de tales circunstancias, la Junta, agotada por tan largas y tantas andanzas y tribulaciones, resolvió por fin entregarse a la corriente; y sin modificar el antiguo plan, fijó definitivamente el día 26 de julio para el estallido.

Pero ya era el día 22 y no había jefe militar, ni suficientes jefes superiores. Entonces se pensó en Espina. Eso era agarrarse del fierro ardiente.

Del Valle fue encargado de verlo.<sup>[23]</sup> Espina, que no entendía de diplomacias, haciendo gala habitualmente de aparecer como un magnífico bárbaro, se cobró el

olvido en que lo venían teniendo; exigió cuadradamente el comando en jefe, lo que, dado su carácter, equivalía a convertirse en dueño absoluto de la revolución. Fueron inútiles las persuasiones de Del Valle y la misma intervención de Alem que fue a verlo el día 24, sin llegar a otra cosa que a un rompimiento.

Entonces se pensó en el coronel Julio Campos, quien citado a una reunión de la Junta, se retiró disgustado.<sup>[24]</sup>

Fue en tan atribuladas circunstancias cuando el doctor Del Valle, el único que acaso por su robusta complexión física conservaba todas las energías, concibió la idea de libertar de cualquier suerte al general Campos. Allí fue el menguado plan de intoxicar a Toscano. Pero como eso resultaba imposible, el doctor Del Valle emprendió la más audaz y más feliz empresa realizada durante la revolución: sublevar en el mismo momento del estallido al batallón 10.º, para que saliera de su cuartel (Azcuénaga entre Melo y Peña) con el general Campos al frente. Así ganaba un cuerpo y devolvía su jefe a la revolución. Formaban parte del batallón el mayor Soler, los capitanes Rosa y Racedo y Osorio y el teniente Miraglia, cuyas simpatías por la revolución no ignoraba Del Valle. Provocó una reunión con dichos oficiales en la que fue aceptado el plan. Era tan asidua la vigilancia ejercida sobre el general Campos, que en la noche del 25 de julio el mayor Toscano lo acompañó hasta la una de la mañana y el jefe de día, coronel Juan G. Díaz, hasta las tres y media. Pero tan luego como quedó solo, el teniente Miraglia se le aproximó y le hizo saber que el movimiento debía producirse a las 4, es decir media hora después. Era la primera noticia que recibía el general Campos de lo resuelto cuatro días antes.

De tal suerte el jefe militar saldría de su prisión para ir a librar una batalla no conociendo la composición definitiva del ejército que iba a comandar, ni la del enemigo que iba a combatir. Eso no era óbice suficiente para contener a un hombre de la intrepidez del general Campos, pero no por eso dejaría de ser causa de la inacción que fatalmente se produjo en los primeros momentos.

## CAPITULO 10

### LOS COMBATES

I. Concentración revolucionaria en el Parque de Artillería. — II. Concentración gubernista en el Retiro. — III. La Junta revolucionaria delibera. — IV. Impresiones de la ciudad. — V. El manifiesto revolucionario. — VI. Acuerdo de ministros en el Retiro. — VII. La ciudad se eriza de cantones rebeldes. — VIII. El avance de la columna de Levalle. — IX. El combate de plaza a plaza. Llegada del doctor Pellegrini: la perforación. — X. Un momento crítico para el gobierno. — XI. El general Roca en la Casa Rosada. — XII. La ciudad durante la noche. — XIII. Los asaltos de la madrugada. — XIV. El flanqueo de la plaza Libertad. — XV. El bombardeo de la escuadra. — XVI. Llegan refuerzos al gobierno: regreso del presidente. — XVII. El doctor Dardo Rocha y la Comisión mediadora. — XVIII. Reacción pública: la expresa el general Victorica. — XIX. Resistencia de Espina. Fin de la rebelión.

#### I

Desde las 4 de la mañana del sábado 26 de julio, empezó la marcha sigilosa de los cuerpos a través de la ciudad dormida. Llevaban faroles con vidrios rojos y verdes para reconocerse en la oscuridad. Era el Parque de Artillería un edificio de tipo colonial, con algunas piezas de altos hacia la plaza y un muro chato y liso que contorneaba toda la manzana ocupada hoy por el Palacio de Justicia. El barrio del Parque quedaba en los suburbios; casi todos sus edificios eran bajos; el crecimiento de la ciudad lo invadía rápidamente por el norte, pero hacia el sur continuaba siendo el barrio maldito de las mancebías lujosas, burdeles sórdidos, figones de maleantes, cambalaches y otras lacras de las ciudades grandes.

La única entrada del cuartel daba a la plaza. En el fondo del ancho portal se destacaban, como trofeos de guerra, el Criollo y el Cristiano, dos cañones tan enormes como primitivos, fundidos por los indomables paraguayos en las últimas horas de la guerra, uno con el metal de los utensilios de cocina y el otro con el de las campanas de las iglesias. El Parque, decaído de su antigua importancia de plaza de armas, por la construcción del arsenal y varios cuarteles, estaba actualmente destinado a unas pocas oficinas militares en el frente y a cuadras para maestranzas y depósitos de fusiles, cañones, vestuarios y municiones. Un cuerpo interior con altos, que cruzaba el patio, era la habitación de los jefes.

Esa noche lo guarnecía un destacamento de 50 hombres del batallón de ingenieros. El capitán de guardia esperaba a los revolucionarios en sus dependencias. Poco después de las tres llegó el doctor Alem, y por grupos pequeños fueron llegando los conjurados civiles hasta el número de 300 a 400.<sup>[1]</sup>

Los cuerpos militares sublevados eran cinco: el batallón de ingenieros, el 5.º, el 9.º y el 10.º de infantería y el 1.º de artillería. Además se contaba con la compañía del 4.º de línea de guardia en la Casa de Gobierno, y con los cadetes mayores de Palermo. El 5.º de línea fue el primero en llegar al Parque. Había atravesado la ciudad desde su cuartel, Brasil y Santiago del Estero; traía por delante un pequeño grupo de los revolucionarios que habían ido a acompañarlo y de los transeúntes y vigilantes apresados en el trayecto para que no esparcieran la noticia.

El batallón de ingenieros, después de reconcentrar los destacamentos con que cubría varios lugares, marchó desde su cuartel, en las inmediaciones de la plaza del Once, hasta el Parque, adonde llegó luego la columna del Norte. Esta había venido por la avenida Alvear, y estaba compuesta por el 9.º de infantería, el 1.º de artillería, treinta y tantos cadetes de Palermo y la compañía de ingenieros de guardia en la Penitenciaría. Dicha columna se había formado bajo el mando del coronel Figueroa, quien estando preso en el cuartel del Retiro había obtenido licencia para ir a su domicilio, mediante lo cual pudo concurrir, llevando como ayudante al teniente Señorans, del 4.º, y al subteniente José F. Uriburu, del 1.º, a sublevar el 1.º de artillería. El cuartel de este cuerpo hacía cruz con el Colegio Militar, que, a su vez, ocupaba la antigua casa de Rosas, en el sitio en que hoy se levanta la estatua de Sarmiento.

Las ruedas de los cañones venían envueltas con paja y arpillera. También acompañaba a esta columna una pequeña delegación civil de la que formaban parte Del Valle, Lucio V. López e Hipólito Yrigoyen.

A la altura de la Recoleta, por fin, se le había incorporado el batallón 10.º de infantería, que iba de su cuartel en la calle Azcuénaga, llevando a su frente al general Campos, que acababa de sublevarlo. Campos tomó el mando de toda la columna con la cual penetró por la calle Libertad. Llegados al Parque, cuando empezaba a clarear, los batallones formaron alrededor de la plaza y se mandó tocar dianas y el Himno Nacional. Formaban un total de mil y pico de hombres.<sup>[2]</sup>

Las explosiones de entusiasmo del elemento civil se oían a la distancia y contrastaban con la cautela observada en todo el trayecto por las tropas regulares.

## II

En el campo opuesto, si bien sobresaltado por lo extraordinario y la incertidumbre, no reinaban la desmoralización ni el desorden, como se publicó entonces y después. El mecanismo del ejército había funcionado normalmente. El jefe de día, coronel Juan G. Díaz, que había permanecido con el general Campos hasta las tres y media, quedándose luego a dormir en el mismo cuartel, no sin sospechas, tan luego como notó la sublevación por un tiro que se escapó o fue disparado intencionalmente al salir el batallón, se trasladó al Retiro, donde hizo poner sobre las armas al 6.º de caballería, que estaba a pie, y averiguó el estado de los otros cuerpos de la guarnición, comprobando la sublevación del 5.º sobre la cual se abrigan dudas. Envió al mismo tiempo a su ayudante a informar al jefe de la guarnición, general Suspisiche, instalado desde varios días en el cuartel de Maldonado; y fue llamado luego a casa del ministro.<sup>[3]</sup>

El general Levalle ya sabía lo ocurrido en Palermo por el subdirector del Colegio Militar, comandante Enrique Luzuriaga, jefe disciplinado e inflexible, que recibió la orden de ponerse en marcha al Retiro, con el resto de los cadetes y con algunos soldados y la banda de música del 1.º de artillería, que habían quedado en el cuartel.

Por su parte, la policía desde el primer momento había advertido todo: los comisarios estaban prevenidos por una nota «reservadísima» del jefe de policía, coronel Capdevila,<sup>[4]</sup> de que «de un momento a otro estallaría una revolución»; a la que había seguido otra nota cerrada, que sólo debía abrirse en el caso anunciado en la primera. Cuando notaron que el 5.º de línea marchaba hacia el centro arreando

los vigilantes de las paradas, no dudaron de que había llegado el caso de abrir la segunda nota. En ella se ordenaba la concentración de las comisarías del oeste en el Departamento Central de la calle Moreno; las del sur, en la Plaza de Mayo, y las del norte, en el Retiro. La orden fue en consecuencia ejecutada, y al llegar el coronel Capdevila al Departamento, vestido de gran gala y montado en su caballo de guerra, encontró ya formados cerca de ochocientos vigilantes.

Al presidente de la República se dijo que le había llegado la noticia antes que a nadie, por una circunstancia singular.<sup>[5]</sup>

Poco después le hablaban por teléfono el jefe de policía y los ministros Zavalía y Sáenz Peña, a quienes habían noticiado en los primeros momentos, con propósito más hidalgo que prudente, el juez federal doctor Virgilio Tedín, yerno del primero, a la vez que figura prominente de la revolución, y el doctor Del Valle, amigo íntimo del segundo. En tales circunstancias, el presidente salió a la calle, y negándose a aceptar una escolta que le ofreció la comisaría cercana, se dirigió en un coche de alquiler al cuartel del Retiro, situado sobre el lado norte de la plaza actual, donde en tiempos de la colonia había estado la plaza de toros. Desde días antes había sido indicado ese cuartel como punto seguro y estratégico de concentración para el evento de una sublevación, por ser su jefe yerno de Levalle y por dominarse desde allí las estaciones de ferrocarril al interior.

Al llegar el presidente ya encontró al ministro de Guerra acompañado del jefe del Estado Mayor, general de división Donato Alvarez. Levalle mostraba una impresión desolada por lo que para él era una deslealtad del ejército, con el que confundía su persona y su vida, y especialmente por la sublevación del 5.º que representaba su tradición y su rudo cariño; pero eso en vez de disminuir aumentaba lo minucioso de sus previsiones y lo rígido de sus órdenes. A cada instante recibía partes de la policía y de sus ayudantes sobre los movimientos de la revolución y tomaba las medidas del caso. Así, sin las vacilaciones y desconfianzas a que tanto se prestaban los momentos, ordenó, ya por medio del teléfono o de ayudantes, se reconcentraran en el Retiro el batallón 2.º de infantería, que había situado pocos días antes en la Aduana vieja, al lado de la Casa de Gobierno; el 11.º de caballería, que estaba en el cuartel de Maldonado, y los batallones 4.º y 6.º que estaban —incompletos— en las cercanías de la plaza Once de Septiembre. Al batallón 8.º de infantería le ordenó que ocupara el Arsenal de Guerra y trajera toda la munición posible. Dispuso, asimismo, la venida inmediata del batallón de artillería de costas que estaba en Zárate y la del 2.º de artillería que se encontraba en Córdoba. También ordenó telegráficamente el regreso del 1.º de infantería, que por desconfianzas, acababa de ser enviado al Chaco, en dos buques de la escuadra.

Ni siquiera olvidó mandar un piquete a traer tres cañones para salvos que tenía la Subprefectura en el Riachuelo y que fueron, junto con un cañón que se trajo en un carro del Colegio Militar, las primeras piezas con que contestó o simuló contestar a las terribles baterías del 1.º de artillería.

Mientras Levalle se preparaba de tal suerte a un sostenido combate contra un enemigo cuya importancia tenía averiguada, el coronel Capdevila incorporaba los vigilantes reconcentrados en la Plaza de Mayo, formando una columna de unos mil doscientos hombres, con los que siguió por el Paseo de Julio (hoy avenida Leandro N. Alem) hasta la casa del presidente, a quien suponía amenazado. Allí supo que los bomberos, con el teniente coronel Calaza al frente, que había mandado antes, no encontrando ya al presidente, habían marchado al Retiro. Siguiendo entonces por Viamonte y doblando por Artes (hoy Carlos Pellegrini) llegó hasta el Retiro, y después de hablar con el presidente y el ministro de Guerra, regresó por Artes y fue montando cantones en esta última calle, para aislar la revolución por el este, hasta que cayó herido; una bala le había destrozado la rótula; así vedó el destino la consagración del héroe que hacían presumir sus calidades y antecedentes. El jefe del Estado Mayor, Donato Alvarez —militar de tantos méritos como modestia—, tomó el mando de la línea de la calle de Artes y con los comandantes Aberastain Oro, jefe del detall, Lobo y Adalid, hizo avanzar los cantones hasta la esquina de Tucumán. Desde allí se logró divisar a través de las azoteas al cantón de la Intendencia, que acababa de actuar tan eficaz como impunemente.

### III

Para las ocho de la mañana estaba totalmente operada la reconcentración en el Retiro: el cuartel y sus alrededores eran custodiados con las precauciones del campo de guerra a la espera de un ataque. En el Parque, en cambio, el desorden era tan entusiasta como absoluto; el ex ministro de Juárez, general Racedo, que, según se dijo, fue a ofrecer sus servicios a la revolución, se retiró desmoralizado. Fuera de las tropas de línea que permanecían rígidamente formadas desde varias horas, todo era una delirante algazara: se entraba y se salía con entera libertad, y era tal la falta de precauciones que el mismo jefe de día, enemigo, mandado por Levalle, a observar, pudo llegar a las cercanías.

Nadie se preocupaba del enemigo. La junta revolucionaria permanecía deliberando a puertas cerradas, sin ordenar nada al jefe militar, ni el jefe militar a la tropa. ¿Por qué no se atacó como había sido proyectado? Eso es algo que no se supo entonces y difícilmente pudo conjeturarse después, salvo por los aficionados a demostrar con palabras que se debió ganar la batalla que se perdió con las armas, tarea fácil y tentadora cuando ya han desaparecido las mil circunstancias fugaces por que están condicionados los sucesos.

¿Se apercibió la junta revolucionaria de que, perdidas las ventajas de la sorpresa, estaba fracasado el movimiento, pues el gobierno contaba con mayores fuerzas y atacar era más desventajoso que ser atacados?

¿Se palpó el error de haber prescindido de la masa del pueblo, renovándose en los civiles el temor al militarismo, en que al principio había insistido el doctor Alem, y en la dirección militar la desconfianza en las ambiciones y el desorden de los civiles? ¿La inacción fue resultado del optimismo de que por simple acción de presencia se obtendría sin lucha la caída del gobierno? Esta era, sin duda, la ilusión popular, que prefiere siempre menospreciar a los que se proponen vencer; pero tal no podía ser la idea de la junta revolucionaria y del general Campos, que conocían bien la disposición y el significado militar de sus adversarios.

Todas estas hipótesis se discutieron vivamente entonces y hasta se citaron hechos, imprecisos, para corroborarlas; pero lo único cierto es que se produjo uno de esos fenómenos de conjunto en que todos contribuyen inconscientemente sin saber con qué y nadie puede explicar luego desde su exclusivo punto de vista. Así, las inculpaciones que se lanzaron y los motivos que se expusieron en la polémica agria que, como siempre, siguió a la derrota, parecieron a los contemporáneos, más que sinceridades, ficciones para explotar prejuicios, o acomodo de los hechos, según un partido tomado.<sup>[6]</sup>

## IV

Pero volvamos al terreno. Los jóvenes oficiales, inmóviles al frente de sus compañías, ardían de impaciencia. La junta revolucionaria comenzó por fin a gobernar, con el mismo desenfado con que Don Quijote daba por pasado en autoridad de cosa juzgada el cercenamiento de las cabezas de los gigantes a

quienes recién iba a buscar. Nombró jefe de la policía al señor Hipólito Yrigoyen, que no fue a ocupar el puesto, y jefe del Parque al coronel Martín Yrigoyen, ambos sin mejor título, frente a muchos otros, que el de ser sobrinos del doctor Alem, lo que hizo sospechar que éste se ocupaba más en precaverse de los amigos que en vencer a los enemigos. A la vez dirigió sendas notas a los batallones no adheridos y al jefe de policía, intimándoles su sometimiento «a la revolución triunfante», en el término de dos horas; y quedó esperando la contestación. Cuando salían del Parque las comunicaciones, ya los batallones y el coronel Capdevila estaban en marcha al Retiro. Hasta se mandó un emisario para echar a vuelo las campanas de la iglesia de San Nicolás, llamando al pueblo, tardío remedo de la Revolución de Mayo, que no llegó a realizarse por la oposición cauta del párroco.

Entretanto la noticia «la revolución está en el Parque», corriendo de boca en boca, despertó a la ciudad. En memoria de hombre vivo no se había visto una batalla en las calles de Buenos Aires. Un movimiento de sorpresa, de entusiasmo y de peligro se dilató como una ola, predominando la intrépida y alegre curiosidad porteña; se formaban corrillos en las calles; se discurría en alta voz, extrañándose algunos de que los diarios opositores de la mañana, que habían sido repartidos, no trajeran noticias.<sup>[7]</sup> Muchos, por mera curiosidad, llegaban hasta el Parque.

Los que se mostraban más sorprendidos eran los miembros de los comités. Uno de los secretarios de la Unión Cívica, a quien llegó la noticia en la calle Florida, prendió en la madrugada al ministro de Hacienda, doctor Juan Agustín García, que se dirigía al Retiro;<sup>[8]</sup> llevado al Parque, la Junta lo puso en libertad, yendo nuevamente al Retiro, donde tomó parte en el acuerdo de ministros. El secretario, José María Mendía, quedó en el Parque, asignándose sin empacho el carácter de ayudante y secretario del general Campos; y fue más tarde —mediante haber recogido el corto archivo de la Junta— el primer cronista de la revolución.<sup>[9]</sup> Pero poco a poco el efervescente sentimiento cívico empezó a sobreponerse al desaire experimentado, viendo que se había producido el estallido cuando todos dormían. El Parque se fue llenando de gente, la mayor parte animosa y resuelta, que pedía armas y jefes. Ya formaban fuertes grupos de exaltados que revolvían nerviosamente las oficinas y cuadras, buscando armas y lanzando vítores convulsivos. Mas entre tal multitud de revolucionarios entregados a la embriaguez del patriotismo y de la libertad, se había mezclado una cantidad de gente del hampa, que además de satisfacer su odio a la policía, encontraron ocasión para sus inclinaciones, más fuertes que su civismo. Las dependencias particulares del Parque resultaron después totalmente saqueadas, y el número de armas desaparecidas fue grande.

La confusión aumentaba por instantes; en el revuelto trajín naufragaban todo orden, jerarquía y eficacia. Entonces la Junta, ya sea por seguir disimulando su inacción con una medida de apariencia militar, ya por contener el tumulto, decretó la movilización de la guardia nacional y la formación de dos batallones bajo el mando, el primero, de Joaquín Montaña y Domingo Rebuición —dos jefes mitristas famosos por su valor—, y el segundo a las órdenes de Pedro Campos y Nicolás Menéndez. La única prenda de uniforme con que se dotó a los flamantes soldados fueron unas boinas blancas adquiridas en un negocio cercano.

Se intentó hacer la clasificación y armamento de los batallones, pero como casi todos carecían de nociones militares, sólo se alcanzó a llevar a las azoteas, como lugar despejado o estratégico, algunos centenares de ciudadanos, descongestionando así la planta baja. Allí fue a parar también el coronel Morales, el célebre «negro Morales», jefe de color, y uno de los soldados preferidos del general Mitre, por su valor espartano, su modestia y sus hazañas. Acabó siendo el jefe real de esas fuerzas, que estuvieron expuestas a todos los peligros, pero no tuvieron enemigos a la vista, sino accidentalmente. En las cavilaciones que siguieron a la derrota se dijo que con lo de los batallones en la azotea se había querido inutilizar a los mejores elementos mitristas.

## V

Poco después se repartía en el Parque el manifiesto revolucionario.

«El movimiento revolucionario de este día —decía— no es la obra de un partido político. Esencialmente popular e impersonal, no obedece ni responde a las ambiciones de círculo ni hombre público alguno. No derrocamos al gobierno para derrocar hombres y sustituirlos en el mando; lo derrocamos porque no existe en su forma constitucional; lo derrocamos para devolverlo al pueblo, a fin de que el pueblo lo reconstituya sobre la base de la dignidad nacional y con la dignidad de otros tiempos, destruyendo esta ominosa oligarquía de advenedizos que ha deshonrado ante propios y extraños las instituciones de la República. El único autor —añadía— de esta revolución sin caudillo, impacientemente esperada, es el pueblo de Buenos Aires... Las armas del ejército se levantan para garantizar el ejercicio de las instituciones. La Constitución es tanto como la bandera y el soldado que la dejara perecer sin prestarle su brazo, alegando la obediencia pasiva, no sería

el ciudadano armado de un pueblo libre, sino el instrumento y cómplice de unos déspotas». Y concluía: «El período de la revolución será breve, no durará sino el tiempo necesario para que el país se organice y el gobierno establezca la elección. El elegido para el mando supremo será el que triunfe en comicios libres y únicamente quedarán excluidos como candidatos los miembros del gobierno revolucionario, que espontáneamente ofrecen al país esta garantía de su imparcialidad y la pureza de sus propósitos». Tales palabras entusiasmaban a los jóvenes, pero los experimentados las creían sospechables de disfrazar ambiciones turbias, pues ni Urquiza después de Caseros ni Mitre después de Pavón habían disimulado su legítima aspiración al gobierno de la República.

Firmaban el manifiesto, como «gobierno revolucionario», Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Mariano Demaria, Miguel Goyena, Juan José Romero y Lucio V. López. Todos eran autonomistas y algunos habían sido ejecutores o voceros de las más extremadas empresas oficialistas del 80. Los mitristas, inclusive el mismo general Campos, que era un admirador más que un partidario del general Mitre, y hasta los ministros nacionalistas indicados anteriormente, Juan Eusebio Torrent, Bonifacio Lastra y el mismo general Viejobueno, dueño de casa, indicado para ministro de Guerra, resultaban excluidos del «gobierno revolucionario». No se mencionaba, por fin, ni al general Mitre, ni al doctor Vicente Fidel López, la patria y el himno.

Todo esto, que la mayor parte supo recién por el manifiesto, había sido conocido desde su llegada al Parque por el general Campos, que con la sinceridad patriótica explosiva y sin miramientos, que era de su carácter, no ocultó una impresión desastrosa. Desde ese momento parecieron, tanto él como su hermano el coronel Julio Campos, más dispuestos a jugarse la vida para mantener sus compromisos y su tradición de coraje y honor, que a tomar iniciativas. Así explicaban algunos que jefes tan aguerridos no hubieran dictado disposiciones no ya para el ataque, pero ni siquiera para conocer los movimientos del enemigo; y que el coronel Julio Campos, designado para ir a sublevar la provincia de Buenos Aires fuera, en lo más recio del fuego, como por distracción, a observar una pieza de artillería que se batía con la torre de las Victorias, desde la esquina de Talcahuano y Viamonte. En ese sitio una bala atravesó su corazón impávido. Se refirió que el general se paseaba bajo una granizada de balas en la acera del Parque cuando recibió, con ademán estoico, el cadáver de su hermano.

## VI

El gobierno, por su parte, también celebró en el Retiro, de ocho a nueve de la mañana, un acuerdo con la presencia de todos los ministros y del general Roca y el doctor Pellegrini. Estos, entre el empeño de todos por contar las menores andanzas de esa madrugada, dieron la mejor explicación sobre las suyas, pues no dieron ninguna. Alejados personalmente del presidente, parecían obedecer al deber de sus puestos y a la defensa de la autoridad, adoptada como norma inflexible de su vida política. En ese acuerdo, cuidadosos ante todo de la Constitución, se decretó el estado de sitio y la movilización de la guardia nacional y se resolvió que el general Levalle iniciara el ataque a la revolución, ya que ésta no lo traía; que Pellegrini fuera al campo de Levalle; Roca se hiciera cargo de la Casa de Gobierno y el presidente se alejara al interior. A este efecto se mandó preparar un tren del Central Argentino que debía esperar al pie de la barranca en que estaba el viejo cuartel. Esta resolución, que suscitó reparos del doctor Juárez, pero que pareció tan indicada en tales momentos al espíritu palaciego que lo rodeaba, y se fundó o se cohonestó con la inminencia de un ataque y la posibilidad de que fuesen cortadas las líneas férreas y telegráficas, había de resultar fatal al presidente, cuando los acontecimientos hicieran mirar las cosas desde otro ángulo. Entretanto iban llegando al Retiro algunos diputados y senadores y gran parte de los jefes superiores del ejército. Estaban también todos los amigos íntimos del presidente.

Al salir del acuerdo, Levalle mandó formar su columna de este modo: a la cabeza el 2.º de línea con el comandante Krasestein, luego el 4.º con el comandante Reyes, el 6.º con el comandante Parkinson, y los bomberos con parte de los vigilantes, al mando del teniente coronel Calaza. En el Retiro se dejó a los cadetes menores, el resto de los vigilantes y el 6.º de caballería, tanto para guardia momentánea del presidente como para tener un fuerte en la retaguardia. Pocas horas después la mayor parte de la fuerza que quedó en el Retiro fue llevada a la calle de Artes. La columna en marcha constaba de poco más de 800 hombres. Levalle dio en seguida la orden de avanzar por las calles Santa Fe y Cerrito hasta la plaza Libertad. Después que partieron las tropas, subió a caballo y, dirigiéndose al grupo de civiles y militares que lo rodeaban, gritó, como inflamado por un repentino furor bélico: «a pelear y a vencer»; y galopó a juntarse con su pequeño ejército. Contaban los civiles que presenciaron la escena, que no era nueva para los viejos militares, que al oír aquellas palabras, que la incertidumbre asemejaba a una fanfarronada, dichas con tanto fuego y aplomo, comprendieron el significado del repetido «valor comunicativo» del general Levalle.

Mientras esto pasaba en el Retiro, llegó al Parque el coronel Espina. Venía

del Retiro y contó a la Junta Revolucionaria lo que acababa de ver. Refirió también que había ofrecido su carruaje al general Roca, que trataba de ir a la Casa Rosada para traerlo prisionero, historieta que en tiempos normales habría parecido, dada la cautela y coraje de Roca y la jactancia habitual de Espina, una añagaza de éste para avalorar o desfigurar sus andanzas por el campo enemigo; pero la Junta no sólo se mostró dispuesta a creerlo todo, sino que pareció encontrar en Espina al hombre del momento y puso a sus órdenes, como para disipar los malentendidos anteriores, al jefe del parque Martín Yrigoyen con todas sus fuerzas. Después Espina se complacía en mostrar la comunicación. Desde ese instante y más por impulso propio que por órdenes de nadie, Espina con el coronel Figueroa, que no le era inferior en coraje y lo superaba en capacidad y concepto, y el mayor Day, notable artillero, que se había presentado espontáneamente, se dedicaron con una energía y actividad extraordinarias a preparar no ya el ataque sino la defensa, pues el enemigo estaba encima. Figueroa se hizo cargo de distribuir las fuerzas regulares y algunas civiles en cantones y trincheras hacia el norte de la plaza, y Espina hacia el sur, mientras el mayor Day ubicaba baterías y ametralladoras, protegidas por compañías de infantería, en las seis bocacalles de la plaza del Parque.

## VII

Al mismo tiempo empezaron a salir del Parque pelotones armados, de diferente número, unas veces al mando de militares y otras al de civiles valerosos, que iban a ubicarse en algún sitio indicado, o a elegirlo al azar, sin plan ni orden. Así se formaron en breve tiempo de 30 a 40 cantones de civiles o mixtos, diseminados unos pocos al norte y la mayor parte hacia el sur y el oeste. De éstos sólo tomaron parte en la batalla, propiamente dicha, y se batieron con denuedo, el de la Intendencia, el de Córdoba y Talcahuano, cuyo jefe era el coronel de guardias nacionales doctor Juan José Castro; el cantón mixto del palacio de Miró (Libertad y Viamonte) y el del Frontón, mandado por el doctor Enrique Pérez, en las manzanas de enfrente del anterior. Los demás sólo tuvieron intervenciones ocasionales, si bien hicieron durante el día un fuego atronador.

Las primeras descargas sonaron después de las 9 de la mañana, en la esquina de Corrientes y Paraná, por donde pasaban unos tranvías en que, además del pasaje ordinario de hombres y mujeres, iba al Retiro una compañía de

vigilantes. Fueron acribillados a balazos sin intimación previa, desde un cantón civil que acababa de formarse en la esquina NE. Casi al mismo tiempo era tiroteada desde un cantón de la calle Viamonte, que estaba montando Espina, otra partida de vigilantes que, al mando del mayor Toscano, 2.º jefe del 10.º de infantería, avanzó hasta Viamonte y Cerrito. La inacción revolucionaria había dejado a la policía acercarse hasta una cuadra de la plaza.

Estos dos pequeños tiroteos fueron aclamados en el Parque como triunfos significativos. El estampido seco y lúgubre de las primeras descargas, en aquella mañana serena y luminosa, producía, entretanto, en la población, la sensación trágica; y empezó un desbande vertiginoso. Los carruajes, tranvías y carros huían a toda la disparada de sus caballos. Las puertas se cerraban con estrépito; las calles quedaron desiertas. Los curiosos empezaron a abandonar el Parque, unos con el pretexto de ir a los cantones y otros con el fin de llevarse un fusil o un revólver.

Poco después llegaba a Santa Fe y Cerrito la columna de Levalle. Allí tuvo que hacer alto para dar paso al 11.º de caballería, que, con el coronel Suspisiche, el coronel Leyría y el comandante Morosini al frente —tres centauros—, venía galopando impetuosamente por Santa Fe y dobló al norte por Cerrito, rumbo al Retiro. En el camino lo alcanzó un ayudante, indicándole esperar órdenes en la calle Santa Fe y Callao. Al regresar el 11.º por la calle Santa Fe, varios cantones y las baterías que acababa de ubicar Day a lo largo de la calle Talcahuano, rompieron el fuego. La bocacalle quedó cubierta por un montón de 30 a 40 hombres, muertos y heridos, y más de 50 caballos destrozados. Leyría, como sus oficiales y tropa, no parecieron reparar en el estrago, y alzando en ancas a los desmontados y heridos que pudieron subir, siguieron a galope tendido hasta Santa Fe y Callao, donde echaron pie a tierra, inflamados y rugientes. Allí recibieron la orden de requisar carros y caballos, traer fardos de pasto a la plaza Libertad y «aislar la revolución por los suburbios con partidas volantes, contestando al fuego de los cantones, batiéndose en retirada». Inmediatamente «desplegó un cordón extenso de descubridores volantes y apostados en todas las bocacalles y bifurcaciones de los caminos por la parte sur; medida que fue de notoria utilidad práctica y de confusión para el enemigo».<sup>[10]</sup>

## VIII

La columna de Levalle, entretanto, había avanzado por Cerrito. Ya llegaban las primeras filas a la plaza Libertad, cuando estalló el fuego de quién sabe cuántos cantones revolucionarios —porque esa parte de la ciudad era un avispero—, pero entre los cuales fue indicado particularmente el cantón de la esquina SE de Cerrito y Lavalle, donde funcionaba accidentalmente, por estar en construcción su edificio, la Intendencia Municipal (hoy Hotel Victoria, estando el edificio como entonces).

La posición elevada y avanzada sobre el perfil de la calle que aún ahora puede verse y el comando diestro de los tenientes Anaya y Figueroa, que tenían más de 100 hombres de línea, produjeron un efecto devastador sobre el compacto blanco. La cuadra quedó sembrada, a trechos, de muertos y heridos. A Levalle y sus cinco ayudantes les mataron los caballos, y la tropa, ya porque viniera impresionada, porque no veía al enemigo, o porque creyó muerto al jefe, se dispersó en dos trozos. Una parte corrió a resguardarse en la plaza, donde muchos soldados se escondieron entre los andamios del teatro Coliseo, entonces en construcción; la otra retrocedió en confusión a la calle Santa Fe, donde una mitad del 6.º de línea hizo fuego contra los bomberos que venían detrás, matándole el caballo a Calaza. Pero mediante los esfuerzos de Parkinson, Calaza y sus oficiales, toda la tropa dio vuelta la manzana y volvió por grupos a la plaza Libertad por la calle Charcas. Fue opinión de los hombres de guerra que si en ese momento los revolucionarios hubieran avanzado las dos cuadras que los separaban o si hubieran situado hacia el norte los cantones que esparcieron hacia el sur, la batalla habría terminado.

Mas el general Levalle, desembarazado de la caída de su caballo, corre a pie detrás de la tropa que huye hacia la plaza; voltea con su revólver, más formidable que las balas enemigas a los primeros soldados que lo desobedecen por obedecer al pánico, y exhortando a unos, amenazando a otros y hasta sacando de entre los andamios del Coliseo, a cintarazos y empujones a los despavoridos y remisos, logra formar, secundado eficazmente por los jefes y oficiales, una línea despereja y vacilante, en medio de las balas con que los alcanzaban otros cantones. Entonces, con una de sus legendarias inspiraciones en el campo de batalla, lanzando por toda proclama, con voz estentórea, el «subordinación y valor», hondamente incrustado en los rudos veteranos, mandó avanzar las banderas, ordenó presentarles las armas, e hizo tocar el Himno Nacional. ¡La reacción fue inmediata y formidable!

Cuando vio que «a los chinos se les coloreaban los cachetes y apretaban los dientes», como sabía referirlo con su realismo de cuartel, dijo a sus oficiales: «Ahora la victoria es nuestra; sólo es cuestión de tiempo»; con lo que demostraba lo calculado que tenía el trance estratégico que acababa de salvar; y empezó a

tomar disposiciones. Distribuyó el 2.º y 4.º de línea en cantones a lo largo de la calle Paraguay, desde Cerrito a Talcahuano, ocupando los lugares más altos, que en ese, como en otros sitios de la ciudad, había mandado inspeccionar días antes de la revolución, en la que aparentaba no creer, acaso para darse la doble ventaja de estar prevenido sin que supieran que lo estaba. Cuando más tarde le criticaban, los que no creían en su competencia militar, acaso porque no sabía otra cosa que vencer, que en vez de entrar en orden disperso hubiera ordenado el avance por las calles en columna, y el ataque contra cañones y cantones con jinetes, sabía responder con su grueso y claro sentido de la vieja guerra y con cierta ingenuidad chocarrera a lo Martín Fierro, su lectura favorita en los fortines de la Pampa:

«En la ciudad no se sabe, como en el campo, de dónde han de venir las balas. La tropa parecía con demasiadas ganas de dispersarse sin necesidad del orden disperso. De tener más fuerzas habría respondido con cañones a los cañones y con cantones a los cantones; pero como no disponía más que de caballería, le ordené “que se hiciera sentir”. Lo que interesaba era que la caballería tuviese libre el camino del Arsenal, de donde iba a venir la munición. La victoria es una buena moza que quiere la vayan a buscar y no admite la disculpa de que está en la azotea o de que puede garuar en el camino».

## IX

Después de las diez de la mañana la ciudad ardía: se hacía fuego de todos los cantones de civiles, empeñados más que en atacar a un adversario determinado, en proclamar la rebeldía con el estrépito; cruzaban las balas en todos sentidos y no fueron pocos los cantones que se hicieron fuego entre sí, por falta de señales para reconocerse. Las paredes de las casas altas quedaban de golpe como alcanzadas por mangueras que regasen con gotas de plomo.

Pero de plaza a plaza, entre las tropas de línea ubicadas en cantones y trincheras, el combate era un duelo a muerte, más que por cualquier convicción por el trofeo del coraje. La orgullosa rivalidad de los veteranos suplía al odio de las guerras civiles. Acostumbrado ya el oído al continuo estruendo de las detonaciones, podía percibirse en la atmósfera el sorbo de aire de las balas de remington, el gorjeo de las de ametralladora y los resoplidos de las de cañón, enjambre de siseos de la muerte.

Y era de admirar el arrojo desalmado con que se batía la tropa y el alarde de serenidad y pericia de los jefes y los jóvenes oficiales, espectáculo digno de orgullo y de dolor, por cuanto los que caían de uno y otro lado eran argentinos.

Cerca de las once el presidente, descendiendo desairadamente por la barranca de los fondos del Retiro tomaba el tren para Campana, acompañado por un grupo de íntimos, varios ministros y una pequeña escolta. Poco rato después desembocaba en la plaza Libertad, por la calle Charcas, un singular jinete. Montaba un bayo criollo, aparejado con la albarda típica de los vascos lecheros de la época. Lo alto y huesudo de la figura, el bigote caído, el gesto caviloso y las piernas encogidas por lo corto de la estribada, le daban el aspecto de un Don Quijote entristecido. Penetró en la plaza hasta la estatua de Alsina, que miró fijamente, como poseído por una emoción súbita, y luego fue a apearse sobre la calle Paraguay. El general Levalle se adelantó a recibirlo y corrió por trincheras y cantones la noticia de que acababa de llegar el doctor Pellegrini. Los veteranos lo consideraban un camarada desde el 80. Como ya se había producido el desbande de vehículos por el Retiro y calculando acaso que no podría atravesar sólo las calles revolucionadas sino ocultando la audacia con la astucia, cosa dentro de su carácter, se había apoderado del primer jamelgo para trasladarse a la plaza Libertad. Después de inspeccionar el campo de Levalle, indicó se montara un hospital de sangre en la capilla de Las Victorias, citando al cuerpo de Sanidad Militar, y solicitó luego del señor José Luis Amadeo una sala de su casa sobre la calle Paraguay, donde instaló su despacho. Allí fueron llegando sucesivamente los generales Suspisiche, Bosch, Ayala, Arredondo, Donato Alvarez y los coroneles Arias, Garmendia, Cerri, Palacios, Benavidez, Godoy, prestigiosos en el ejército de entonces, veteranos de varias guerras.

El doctor Pellegrini obraba más con su autoridad personal que con su investidura, pues el presidente no había delegado el mando; no ordenaba, consultaba o sugería a los jefes militares, con llano compañerismo, y cuando más moderación ponía en su actitud más se empeñaban los militares en completar y realizar sus indicaciones. Fue en tal ocasión cuando el coronel José Ignacio Garmendia propuso el plan de la perforación, que según los técnicos decidió estratégicamente la batalla. Consistía, según el parte del mismo Garmendia, en «perforar las dos manzanas que nos separaban de la posición que ocupaba el enemigo en la plaza del Parque, donde estaba situada su artillería que nos hacía bastante daño. Este movimiento era una cuña que se introduciría en las posiciones del adversario en ese momento prepotente».<sup>[11]</sup>

Consultado el plan a Levalle y demás generales, opinaron parcamente;

Pellegrini lo aceptó, sin embargo, e indicó se pusieran a las órdenes de Garmendia un grupo de 26 hombres del 4.º y 26 bomberos que estaban a la mano, dotándolos de picos y barretas. Las dudas que expresaba la gente de guerra se referían a la posibilidad de atravesar la calle Córdoba, dominada por el enemigo, y a la resistencia que pudieran oponer los cantones revolucionarios de la segunda manzana, en condiciones de ser reforzados por todas las reservas del Parque; pero no era difícil entreverle cierta incredulidad en Garmendia, hombre de letras y gran cultura social, a quien sus rudos compañeros de armas solían considerar, según la eterna disputa, más teórico que práctico, sin desconocer, empero, ni su coraje ni sus servicios.

## X

En la tarde la situación de las fuerzas gubernistas empezó a volverse crítica: las bajas sufridas eran considerables; la artillería revolucionaria, a la que no había cómo contener, seguía haciendo estragos; las municiones se agotaban; el tiroteo atronador de los cantones diseminados al sur y el oeste hacían imaginar una sublevación en masa. Pero, en realidad, la revolución se había convertido, al dilatarse hacia atrás, en algo así como un cometa de gran cauda y pequeño núcleo: se hacía fuego en 30 o 40 manzanas, pero se libraba una batalla sólo de plaza a plaza. La situación cambió desde las tres de la tarde; a esa hora llegó a la plaza Libertad el batallón de artillería de costas, que carecía de cañones; una hora después llegaba el 8 de línea con cinco carros de municiones; en el trayecto sólo había tenido cuatro bajas, lo que demostraba la ineficacia de los cantones revolucionarios suburbanos; casi al mismo tiempo venía el primer parte del coronel Garmendia noticiando que la perforación avanzaba en la segunda manzana, y que había cruzado la calle Córdoba con una sola baja. Media hora después avisaba que con el coronel Cerri y el capitán Sosa, que lo acompañaron como amigos, habían tomado a la bayoneta todos los cantones de la segunda manzana (Córdoba, Libertad, Cerrito y Viamonte), inclusive el del teniente Irurtia, que murió valientemente; había desalojado al 9.º de línea de la casa Oromí (que era un edificio bajo en la esquina NO de Libertad y Viamonte), y después de apagar los fuegos del palacio Miró, calle de por medio, se hallaban parapetados en las azoteas y atrincherados con los colchones y muebles de las casas, en balcones y ventanas, estando en condiciones de barrer con sus fuegos la plaza del Parque hasta la misma puerta del cuartel revolucionario.

Pero estos hechos, lejos de abatir parecieron exasperar a las fuerzas del Parque. No bien tomó posiciones con los pocos cañones existentes la artillería de costas, redobló su fuego la artillería revolucionaria. Se inició entonces, a cerca de doscientos metros, un duelo de cañón, con la misma precisión y esmero que si se estuviera tirando al blanco. Hubo piezas y arzones desmontados por un disparo enemigo y bombas que estallaron dentro del ánima del cañón contrario. No había intersticio de las trincheras por donde no pasara un proyectil. Se vio volar por los aires el cuerpo descuartizado de los artilleros. El comandante Carlos Sarmiento, jefe de la artillería de costas, era por su preparación y valor un digno rival de Day y por sus entrañas un émulo de Espina. Al mismo tiempo hacía fuego la fusilería de todos los cantones y trincheras.

Fue ése el momento más intenso del combate. Los que en el campo habrían sido detalles inadvertidos, adquirirían en la guerra urbana, en que siempre hay espectadores civiles, proporciones de leyenda. Espina recorría las baterías y trincheras de la calle Libertad, sobre la plaza del Parque, esbelto y ceñudo, humeando crueldad. Un veterano del 5.º, donde Levalle era un ídolo, lo vio o creyó verlo a la distancia y dijo al compañero: «allá está el viejo». Pero «aquí estoy yo», le respondió Espina al mismo tiempo que le partía la cabeza de un hachazo.

Desde el centro de la plaza Libertad se distribuía a los cantones y trincheras las municiones traídas por el 8.º de línea. Al cruzar, desde la plaza, la calle Libertad, hacia Talcahuano, un soldado sobrecargado con un cajón de municiones, cayó herido, revolcándose en medio de la calzada; sus gritos de dolor se oyeron en medio del estrépito, hasta que otras balas, de las muchas que chirriaban en el empedrado, lo dejaron inerte. Levalle ordenó se usaran las mantas para distribuir la munición de a poco; pero como el cajón había quedado tirado en medio de la calle, avanzó, tan petisón y ancho como era, y alzándolo lo transportó, paso a paso, hasta la vereda de enfrente. El doctor Pellegrini, ante quien varios civiles erizados comentaban el caso, se limitó a contestar con el fatalismo militar: «sólo llega a general el que no muere de oficial». Y poco después él también, acompañando al general Ayala, que acababa de ser herido en una mano, cruzaba indemne «el canal del infierno», inspeccionando con un anteojo de campaña las posiciones «de donde venían tantas balas». Y como unos cuatro civiles se precipitaran a la calzada como a interponerse con sus cuerpos y a reprocharle su imprudencia, les respondió con visible complacencia por el acto de sus amigos: «Si yo he hecho una barbaridad, ustedes están haciendo cuatro».

El general Roca, con traje de paisano, se había instalado en la Casa de Gobierno; tenía una guardia de sólo dos compañías, una de las cuales distribuyó en avanzadas. Lo acompañaban los diputados y senadores que habían concurrido al Congreso para confirmar el estado de sitio, sin lograr *quorum*; un grupo de militares francos y algunos civiles. Hacia las cuatro de la tarde llegó un rumor insólito: venía el general Campos. Instantes después se oían unas descargas en la calle Veinticinco de Mayo. Se hizo un profundo silencio y muchos rostros palidieron; pero el general, con suma tranquilidad, abrió un balcón para observar, diciendo: «deben ser los nuestros».

En ese momento aparecía, en efecto, por la calle Rivadavia, el general Luis María Campos, que venía a presentarse al gobierno. Alguna gente de pueblo, confundiéndolo con el jefe de la revolución, lo había seguido, y en una de las avanzadas gubernistas se le había hecho fuego. El diminuto general —el terrible y heroico Chiquitúa del Paraguay—, que compartía con Levalle la más alta celebridad del coraje y de la disciplina, y a quien la actitud de sus hermanos creaba una situación tan compleja, conferenció largo rato con el general Roca, regresando luego a su domicilio.

## XII

Al oscurecer cesó la batalla; pero en las primeras horas de la noche estallaban tiroteos, de rato en rato. El coronel Molina partió con una fuerza pequeña de vigilantes y civiles, de la Plaza de Mayo, para cercar a la revolución por la calle Piedad (hoy Bartolomé Mitre); pero el fuerte cantón de Piedad y Talcahuano, comandado por el ciudadano Mariano de la Riestra, le cerró el paso. Las fuerzas de Garmendia, reforzadas, rompían de rato en rato el fuego «para barrer la plaza, donde el enemigo iniciaba defensas para resguardarse».

En el Parque y sus cantones circulaba al anochecer un boletín con noticias estupendas; «la revolución tenía 2500 soldados de línea y 50 batallones de ciudadanos; era dueña de la ciudad; el gobierno no podía reclutar fuerzas; su

derrota era completa»; y así de lo demás. Era el primer empleo de la falsedad como proclama, sistema ineficaz y peligroso, pues sin reconfortar en el momento a los sensatos haría desatinar más adelante a los crédulos.

No se había previsto la prolongación del movimiento y llegada la noche la tropa del Parque, aterida de frío, no tenía ni fuego ni qué comer; se dijo que grupos de tropa licenciosa cometieron desmanes por los alrededores. Los heridos carecían de cuidado, a pesar de los esfuerzos del doctor Guillermo Udaondo y varios facultativos revolucionarios, por organizar la asistencia.

En la plaza Libertad el abastecimiento se hizo mediante el 11.º de caballería. En el hospital improvisado en Las Victorias, prestaba servicios la Sanidad Militar, cuyo personal se había presentado resueltamente. Los cantones de ciudadanos mostraban diferentes aspectos, pues si hubo alguno como el del Frontón, que veló toda la noche con sólo once hombres y rodeado totalmente de enemigos, la mayor parte de los ciudadanos no resistieron, como es frecuente en la guerra de ciudad, al llamado de las comodidades y a la tribulación de sus familias, y empezaron a abandonar las azoteas tan inhospitalarias en la cruda noche de invierno. Pero se aseguró que todos volvieran al amanecer. Después de la medianoche en ambos campos reinaba un silencio fatídico. Desde el Parque se oía cierto ruido metálico, agrio y trepidante que venía del campo enemigo; se calculó la construcción de trincheras; pero provenía de la carretilla con que eran transportados los cadáveres a la plaza Libertad. Su número, que nunca se precisó, fue calculado en cerca de 150, proporción —sobre el número de 300 y pico de heridos— sólo explicable por el fuego de la artillería, casi a boca de jarro.

El cielo entoldado dejaba filtrar apenas la claridad cenicienta de la luna, y una bruma de invierno empezaba a invadir la atmósfera.

La población, como en todo lo repentino, se mantenía más avispada por los nervios que abrumada por la preocupación. En los lugares de reunión, consiguiendo trasponer las puertas, invariablemente cerradas, se encontraban grupos comentando noticias variadas e inverosímiles. Pero se podía observar que aun los más exaltados de ayer, en presencia de la matanza, que calculada por el estruendo parecía enorme, recordaban la paz.

### XIII

Los jefes militares, entregados de lleno a su oficio, habían encontrado un nuevo tema estratégico en la niebla, que a cada momento aumentaba, y al amanecer se volvió tan espesa y algodonosa que no se alcanzaban a divisar, no ya la forma y el color, pero ni siquiera los bultos, a pocos metros de distancia. Levalle había mandado avanzar los cantones por Talcahuano hasta la plaza del Parque, al mismo tiempo que lanzaba por la calzada un pelotón de cincuenta soldados protegidos por fardos de pasto que harían rodar al avanzar. Espina, a su vez, había ordenado al 10.º de línea que avanzara con cantones por la misma calle Talcahuano hasta flanquear la plaza Libertad, por Paraguay y Charcas.

No bien hubo claridad empezaron ambos ataques. Ya habían pasado los soldados de Levalle la calle Córdoba, cuando el cantón de Córdoba y Talcahuano sospechó más que descubrió el movimiento, y rompió el fuego. Inmediatamente los cañones de Day, desde Talcahuano y Viamonte, empezaron a ametrallarlos a quemarropa. De las cercanías de las piezas fueron recogidos, por los revolucionarios, más de treinta soldados gubernistas, entre heridos graves y muertos; pero se afirmó que no había regresado uno sano a su campo.

Al mismo tiempo los soldados de Espina se disputaban las azoteas con los de los comandantes Kratsestein y Daza.

Los combatientes se veían sólo cuando se encontraban; la mayor parte de los heridos lo fueron de bayoneta. Después de más de una hora de esta lucha en las tinieblas, casi a tientas, cada fuerza se replegó a sus posiciones, quedando el combate indeciso, si bien ambos bandos se atribuyeron el triunfo.

Mientras tanto el resto de la fusilería del Parque atacaba furiosamente las posiciones de Garmendia; pero éstas resultaron tan seguras que no tuvo ninguna baja. Los cañones revolucionarios no eran utilizables a ciento y pico de metros, contra los doscientos fusiles atrincherados en la esquina de Viamonte y Libertad, que no dejaban en pie un artillero. Por eso las piezas de frente al Parque habían sido, una parte introducida al edificio, y la otra avanzada a la esquina de Viamonte. La revolución, como solía decir Garmendia, jaqueada en la misma puerta de su cuartel general, se había dejado dar el mate del pastor.<sup>[12]</sup>

## XIV

Hacia las 9 de la mañana se despejó la niebla y Espina renovó su ataque de flanqueo, acumulando fuerzas sobre la calle Talcahuano. El momento se volvía difícil para el gobierno, debilitado en ese punto por la extensión de la línea que cubría. Los diezmados destacamentos del 2.º, el 6.º y el 8.º de línea se relevaban a cada instante. La trinchera y las piezas gubernistas de Talcahuano y Paraguay acababan de ser desalojadas por los fuegos de arriba hacia abajo, que volvían inútiles los reparos. Levalle había dado órdenes para reforzar la posición, cuando se oyó una clarinada sacudida que salía del Parque.<sup>[13]</sup>

Los militares reconocieron el toque de «alto el fuego». Casi al mismo tiempo se divisó desde la plaza Libertad una bandera blanca que era agitada en la trinchera gubernista de Viamonte y Libertad. Los clarines de la plaza Libertad repitieron entonces el mismo toque, y el fuego cesó de golpe. El doctor Pellegrini redactó expeditivamente una nota preguntando el objeto del parlamento, y acreditando como emisario ante el general Campos al doctor Pacífico Díaz, joven médico que andaba valientemente vendando los heridos que caían en la calle. Introducido a la plaza del Parque, después de removidos los fardos, por el subteniente José F. Uriburu que bromeaba por la *cortesía* de los proyectiles gubernistas, mostrando el quepis atravesado por una bala a ras del pelo, el general Campos le informó que el doctor Del Valle iba en camino a solicitar un armisticio por 24 horas para enterrar muertos y curar heridos; y añadió al despedirlo, bizarro y bravo: «dígale a Pellegrini que aquí estamos dispuestos a vencer o morir». Tal concepto, empero, respondía a sus deberes del momento y a su temple de soldado; pero no a su convicción. Aunque nunca se supieron las intimidades del armisticio, fue creencia común que el general Campos y el coronel Morales tomaron su iniciativa para evitar la calamidad que se acercaba. Era visible la inminencia de un asalto a fondo, del cual se podía anticipar el heroísmo, la hecatombe y el resultado. Por lo demás el general Campos no ocultó después, en una entrevista que publicó su vocero Mendía, que «desde que perdió toda esperanza de que fueran tomados Juárez, Pellegrini, Roca y Levalle, juzgó que el movimiento estaba fracasado... y que si no estaban perdidos por lo menos debían evitar en lo posible la efusión de sangre».

Terminaba la entrevista diciendo: «las revoluciones que no triunfan en el primer momento son después de un éxito muy dudoso». Pero nunca aclaró por qué no triunfó en el primer momento, con otra causa que la de «no haberse prendido a los jefes enemigos», lo que se tuvo como un pretexto para atacar al doctor Alem y no como una explicación. Era inconcebible, en efecto, que tal general

hubiera hecho depender todo el éxito de la sublevación de un plan tan socorrido y aleatorio como la prisión previa de los jefes enemigos.<sup>[14]</sup>

Al retirarse el doctor Del Valle de la conferencia con Pellegrini, se tocaron dianas en la plaza Libertad. Una espera de 24 horas era la consolidación del triunfo: iban a llegarle al gobierno, en el día, el 2.º de artillería con sus cañones y ametralladoras y más de dos mil hombres de los batallones provinciales, policías y guardias nacionales de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos. Poco después, sin embargo, resonaban también dianas en el Parque: era el comienzo del drama para desengañar, con nuevos engaños, las generosas e irritables ilusiones de los revolucionarios. Las falsedades, de provecho al lanzarse, amenazaban volverse trágicas al descubrirse. Fue en esos momentos angustiosos cuando se propaló que el armisticio era también para proveerse en plaza de las municiones que faltaban, consejo que, a pesar de lo inverosímil de buscar en las armerías de la época municiones para un ejército, fue fácilmente creído por los ciudadanos que habían derrochado tantas.

Pero los veteranos, que tenían 90 tiros en sus cartucheras y algunos 200, a más sus bayonetas; y que empezaban a medir las consecuencias de la insubordinación, no prestaron igual crédito y dieron alarmantes señales de motín que habían de agravarse en los últimos momentos.<sup>[15]</sup>

## XV

Hacia las 11 del día, en medio del alivio de la noticia del armisticio difundida por la ciudad, comenzaron a oírse unos retumbos sordos y lejanos que parecían brotar de la tierra: era la escuadra revolucionaria que bombardeaba a la abierta Buenos Aires. Esa misma mañana el ministro de Guerra revolucionario le había ordenado, por medio de un emisario, «rompiera el fuego inmediatamente sobre el Retiro y la Casa de Gobierno»,<sup>[16]</sup> donde le constaba, como a todos, que no existían fuerzas. El coronel Espina aseguraba después que Alem y Goyena estaban beodos cuando expidieron esa orden. El general Victorica calificó el acto, ante el mismo gobierno revolucionario, como «una estupenda barbarie aun respecto de un enemigo extranjero». La población, sin embargo, sea porque conoció el peligro al mismo tiempo que su ineficacia; sea porque lo atribuyera a un error momentáneo; sea por tener la certeza de que Buenos Aires era demasiado grande para tal ataque,

no mostró más aprensión que la que se siente por los rayos en un día de tormenta. ¡Se veían grupos observando las nubecillas de los disparos y contando los segundos que transcurrían entre el fogonazo y el estampido! La escuadra evolucionaba a más de media legua, debido a una bajante del río. Los obuses caían como al azar, desde el Retiro hasta las calles Soils y Venezuela, y México y Santiago del Estero. La Plaza de Mayo, la Casa de Gobierno y el Retiro, fueron alcanzados, respectivamente, por uno o dos proyectiles. De rato en rato se esparcía la noticia, no pocas veces cómica, de algún obús caído a distancia de la Plaza de Mayo; ya era el del Hotel París y Ginebra de la calle 25 de Mayo, donde sólo destruyó los mostradores, la loza y los cristales, aunque estaba lleno de parroquianos que almorzaban; ya el de una casa en la calle México, en que la granada atravesó varias paredes, pero no reventó, y fue guardada como recuerdo; ya el de las iglesias de Santo Domingo y la Concepción, llenas de fieles en el día de fiesta; y así en unos dieciocho o veinte lugares más, casi todos privados.

El bombardeo siguió, con largas intermitencias, toda la tarde y la mañana del lunes siguiente, en que la Junta ordenó suspender «el fuego de cañón sobre Buenos Aires, por haberse llenado los objetos que se tuvieron en vista al ordenar el bombardeo del cuartel del Retiro y otros sitios donde se encontraban fuerzas adversarias». No existía más sitio que la plaza Libertad en tales condiciones. La Junta ensayaba una excusa falaz, ante la indignación que se levantaba entre los mismos cívicos del Parque, cuyas familias estaban tan expuestas como los demás.

A pesar de todas las explicaciones sobre los «objetivos del bombardeo» y la falta de globos para hacer señales a la escuadra, como había sido proyectado, nadie comprendía que se hubiera intentado destruir tropas movibles, que podían resguardarse en las calles vecinas, con el tiro siempre incierto de una escuadra, en vez de atacarlas directamente con los cañones de tierra.

Felizmente no hubo más víctimas que dos de los soldados cordobeses que habían ido a sacar armas de la Aduana vieja: ¡una misma bala les arrancó la cara, de ojos a barba, horrendo espectáculo! Mediante la casualidad se salvó la nascente escuadra de añadir al baldón la sangre de muchos inocentes.

¡El bombardeo de la ciudad gloriosa que ningún enemigo extranjero alcanzó a realizar, lo habían tentado sus propios hijos; triste muestra de la ofuscación de los odios civiles!

Al entrar la noche del domingo llegó el 2.º de artillería con seis ametralladoras y 30 piezas que, a falta de caballos, fueron arrastradas desde el Retiro a la plaza Libertad por los soldados. Más tarde llegó a dicha plaza el presidente Juárez, que había regresado el día anterior de Campana a San Martín, lugar donde había pernoctado en el tren.

La plaza Libertad era un campamento; una luna clarísima se destacaba como un medallón de plata en el azul líquido del cielo; hacía intenso frío. Sólo interrumpía el impresionante silencio, el lejano ladrido de los perros. Por el suelo el bulto gris de los soldados durmiendo envueltos en sus mantas; caballos atados a los árboles, señales de reses carneadas y fogones extinguiéndose en los que ayer fueron jardines. Al pie de la estatua de Alsina, una gran pila cubierta con lonas que, al inquirir el doctor Juárez, descubrió Levalle por una punta mostrando los cadáveres estibados.

Allí cerca, abandonada, la carretilla transportadora, cargada todavía de cuerpos con rigideces trágicas. «Era un campo de dolor, de desolación, de sangre y de muerte y sobre el cual se habían oído las dianas de la victoria».<sup>[17]</sup> Se dijo que el doctor Juárez más que ufano por la victoria se mostró estremecido por la desgracia y hasta que se le oyó exclamar, abandonando su habitual antipatía por lo solemne: «¡no hay satisfacción del poder que compense tanto horror!».

Luego de permanecer dos horas en la plaza, fue a instalarse en la Casa de Gobierno, desde donde observó al día siguiente el bombardeo de la escuadra, paseándose, con el general Roca, en la explanada de la calle Rivadavia.

## XVII

El armisticio debía terminar el lunes 28 a las 10 de la mañana. Había sido roto varias veces, lo que se imputaron ambas partes, hasta que Espina aseguró, con desparpajo, que él lo había mandado romper. Pero el lunes por la mañana se presentó una comisión mediadora pidiendo la prórroga del armisticio hasta las

cinco de la tarde. El doctor Dardo Rocha, sobreponiéndose a distanciamientos notorios, había trabajado toda la noche ante Roca y Pellegrini, por una parte, y Alem y Del Valle por la otra, para encontrar bases de arreglo. Por su iniciativa e incitación, se formó también la comisión mediadora, compuesta del general Victorica y el doctor Luis Saénz Peña, varones consulares alejados de la política; y los señores Eduardo Madero y Ernesto Torquinst, de grandes prestigios en el comercio. Pero esto no impidió que a las cinco de la tarde del día lunes volviera a trabarse un combate fragoroso, al que sólo pusieron fin las sombras de la noche.

Entretanto en las fuerzas del Parque se iba filtrando la noticia de la derrota; y el mayor número de los combatientes, que es siempre el que no contempla el conjunto, no la comprendía; se creían vencedores a quienes se les escamoteaba la victoria. «Nadie creía, en realidad, que faltase munición», según el doctor Del Valle.

Espina se declaraba francamente rebelde; la más distinguida juventud, exaltada como nunca, se organizaba bajo el comando del doctor Castro, formando el batallón «Cívicos de Buenos Aires», repetición de los rifleros del año 80, e instalados en el Colegio del Salvador, empezaban a montar nuevos cantones. El cantón del palacio Miró había sido restablecido y reforzado con ametralladoras y un cañón Krupp. Por fin, la tropa de línea acentuaba las señales de insubordinación; los soldados miraban la vuelta a sus cuarteles como una perspectiva de fusilamientos; los oficiales se retiraban de la tropa y «formaban pequeños grupos, encolerizados o entristecidos». Las últimas horas del Parque, que sólo se conocieron fragmentariamente, debieron ser muy amargas.

## XVIII

Una vasta reacción se operaba en todas las clases sociales; la ciudad estaba llena de desolación; en muchas casas particulares se había improvisado asistencia para los heridos; en los hospitales se curaban cerca de trescientos, algunos de ellos simples curiosos o transeúntes; la Cruz Roja había enterrado cerca de 80 cadáveres y se contaba que varios centenares habían sido llevados directamente a la Chacarita; el entierro, tanto más impresionante cuanto menos ostentoso, en seguida del armisticio, del coronel Julio Campos, el capitán Roldán, el teniente Layera, el doctor Fernández Villanueva, el teniente Irurtia y varios otros,

difundidos socialmente, habían conmovido a la población.

No había quien no anhelara poner fin a la carnicería; la sangría aplacaba la fiebre; la ciudad se sentía asqueada por el uso brutal de la fuerza y el derramamiento de tanta sangre argentina en las calles; el árbol de la libertad ya había sido suficientemente regado, y retoñaba con brotes de juicio y de concordia.

Reaparecía con una fuerza nueva el espíritu argentino, valeroso, humano y capaz de todos los olvidos generosos, enemigo de perpetuar los odios y la exageración. De los combatientes se podía esperar todos los sacrificios menos el de su furor; los ciudadanos sentían el deber propio de suprimir la catástrofe a que todos habían contribuido; las miradas se dirigían hacia la casa del viejo pacificador de la República; pero el general Mitre estaba en Europa. Expresó el voto público el general Victorica, militar y jurisconsulto, dirigiendo una carta vehemente al Gobierno y a la revolución.

«La gravedad del momento, decía, impulsa a atropellar por sobre toda consideración y aun por sobre la más terrible de no ser escuchado, y arrojar en medio de los combatientes para pedirles en nombre de la patria y de la humanidad la suspensión de la lucha, hasta encontrar bases honorables que la hagan cesar del todo, restableciendo el imperio del orden y de las leyes... Sabéis cuánto puede el valor argentino; todo se consumirá en el fragor de la lucha fratricida; lo mejor de nuestra bizarra oficialidad, con la que contamos para la defensa del honor e integridad nacional. En el fuego de la lucha se destruirán, frenéticos, nuestra más brillante juventud y nuestro ejército, divididos por fantásticas divergencias que sublevan el patriotismo de los héroes».

En ambos campos se oyó con recogimiento este clamor. La comisión mediadora allanó brevemente todas las dificultades, bajo las siguientes bases que importaban una rendición y una amnistía:

1.º) que no se siguiera juicio ni procedimiento alguno contra los revolucionarios o militares; 2.º) que los jefes y oficiales devolvieran los batallones a sus cuarteles; 3.º) que iguales disposiciones rigieran para la armada; 4.º) desarme de los ciudadanos y devolución de las armas y 5.º) readmisión de los cadetes en sus escuelas.

Pero la agitación interna del Parque exigía lanzar estas noticias con precaución, y se buscó un pretexto que al mismo tiempo que disimulara la derrota, la impusiera. Fue así como se produjo la célebre nota del general Campos sobre

«falta de municiones», que tanto dio que hablar en aquellos días y después.

Decía el general, dirigiéndose al doctor Alem: «La fuerza de línea tiene en sus cartucheras en estos momentos noventa tiros aproximadamente; los batallones cívicos están a veinticinco tiros y tenemos un depósito de cincuenta mil. En esta situación, opino: 1.º) que llevar un ataque contra el enemigo sería un esfuerzo aventurado, porque aunque creo que lo desalojaríamos de la plaza Libertad, allí se nos acabaría la munición; 2.º) que podríamos mantenernos y rechazar un ataque, pero en pocas horas se agotaría igualmente la munición».

Esta nota hacía sonreír a los militares del gobierno y protestar a algunos de los de la revolución; pero tuvo la rara virtud de convencer a la masa revolucionaria, más accesible a la apariencia fácil que al examen ingrato, y de no suscitar réplicas de parte de los gubernistas, empeñados en poner a los revolucionarios el consabido puente de plata. Además el dato era relativamente cierto y la coartada hábil, porque no se había encontrado en el Parque la munición que se imaginaba y porque admite cualquier cálculo la munición de una batalla imaginada; pero la realidad era que, desde antes, la revolución estaba militarmente vencida.

La Junta de Guerra, que presidió el doctor Alem, y en la que no faltaron los propósitos extremos a que suelen entregarse en tales casos los que llevan la bravura hasta la desesperación y los que, fiados en la prudencia de los demás, se dedican al desatino glorioso, resolvió, naturalmente, que no era posible ni el ataque ni la defensa «por falta de municiones»; y que era necesario capitular.

El doctor Del Valle pudo anunciar entonces que las condiciones serían honrosas, ¡como que ya estaban concertadas! Y mediante una elocuente arenga del tribuno anunciando esas condiciones, se aplacó algo el motín de la tropa que ya alcanzaba límites tan pavorosos, que el mismo doctor Del Valle creyó necesario ir a la plaza Libertad a pedir al ministro de Guerra mandara un jefe a hacerse cargo de la tropa embravecida.

## XIX

Pero quedaba una resistencia: ¡Espina! Terco y agresivo sólo obedecía a su

propia temeridad. El mismo lo ha referido crudamente. «El armisticio se iba a celebrar después de una reunión de jefes. A mí me propusieron que votara por la paz. Todos ya estaban combinados para acatarla y como había mayoría, di orden de romper nuevamente el fuego [...]

»Se presentaron ante mí Miguel Goyena y Alem, a decirme que me dejara de zafarrancho, porque habían entrado en negociaciones. —Yo no reconozco esa paz, les dije—. Tienes que firmar el armisticio. —No se me da la gana. ¿Con quién consultaron la rendición?—. Todo está arreglado, confirmó Goyena. —¿Sí? pues entonces siga el fuego, grité a mi ayudante de órdenes.

—Es que si no te rindes nos veremos obligados a pegarte cuatro tiros.

—Y a ustedes por cobardes y borrachos debiera atarlos a la boca de un cañón para que una bala los despedazara, contesté. Y continué la lucha, desconociendo las negociaciones y siendo durante dos días un sublevado de mi propio bando».

Los cantones entretanto empezaban a disolverse yendo a dejar las armas en el Parque. La oficialidad de los cuerpos de línea se mostraba sombría, pero disciplinada.

El martes 29 de agosto se había difundido la creencia de que todo estaba terminado; hacia las 3 de la tarde, sin embargo, volvió a producirse una gran alarma: corrió como un relámpago la noticia de que el coronel Espina marchaba a la Plaza de Mayo. Y, en efecto, al frente del 9.º de línea se dirigía por la calle Lavalle hacia el centro, a realizar su descabado plan de llegar por acantonamientos sucesivos a la Casa de Gobierno. El coronel Godoy se puso al frente de unas escasas fuerzas que acababan de llegar a la Plaza de Mayo: los congresistas y muchos concurrentes al local del Congreso se prepararon para la resistencia, nombrando jefe al diputado coronel Dantas, heroico soldado del Paraguay. Como el tiempo transcurría, sin que llegara el ataque, Godoy marchó a batir a Espina; pero sólo se encontró con la noticia de que el 9.º de línea, con algunos oficiales, había regresado al Parque. Nunca se supieron con precisión los detalles del hecho; pero se corrió que los oficiales y hasta las clases del 9.º, más sensibles a una chabonada militar que a cualquier peligro, le habían representado airadamente a Espina que de avanzar más se encontrarían entre las fuerzas de la plaza Libertad que vendrían a atacarlos por la espalda, y las de la Plaza de Mayo que las atacarían por el frente. Sólo entonces resolvió, blasfemando, retirarse a su casa, impotente, pero indómito.

A las 5 de la tarde llegó a la Casa de Gobierno la comisión mediadora con la capitulación definitivamente firmada. Alguien mandó tocar dianas; el presidente y el general Roca hicieron callar los clarines: se pensaba ya en el país más que en la victoria. Los sacrificios y el valor de ambos combatientes eran un patrimonio común. Lo dijo, en su parte, con pluma diestra y ánimo gallardo, el coronel Garmendia. «No concluiré como es de práctica, con una felicitación porque la sangre derramada sólo representa la gloria de ambos combatientes, y quizá el regocijo de extraños; pero es bueno que se sepa que no hemos degenerado; y que somos un pueblo de soldados donde los niños se batan como hombres y los hombres como héroes».

La revolución estaba terminada; pero, como en el verso de Lucano,<sup>[18]</sup> si los dioses habían preferido la causa de los vencedores, el pueblo seguía prefiriendo la de los vencidos. Entre la clase responsable, aun de los revolucionarios, ya pensaban muchos, en cambio, más que en haber perdido la libertad, en haberse salvado de quién sabe qué dictadura.

# CAPITULO 11

## LA REVOLUCIÓN CIVIL

I. Reunión del Congreso el 30 de julio. — II. La impresión de los combates. — III. Principio de la reacción civil. — IV. El vicepresidente Pellegrini. — V. El discurso del senador Pizarro. — VI. Retrato de Pizarro. — VII. Continuación de la sesión. — VIII. Discurso del doctor Dardo Rocha. — IX. Los palaciegos y el doctor Juárez. — X. La actuación del doctor Rocha.

### I

El miércoles 30 de julio se reunieron, por primera vez, después de los combates, las dos Cámaras, en el viejo recinto de la Plaza de Mayo. Hacía pocos días de sus últimas sesiones y parecía que hubiesen transcurrido años; tan cierto es que el tiempo se mide menos por su curso uniforme que por los hechos que lo llenan.

La Cámara de Diputados sesionó media hora, limitándose a sancionar tres breves proyectos, uno de los cuales era de pensión a los huérfanos y viudas de los empleados de policía fallecidos en los días 26, 27, 28 y 29 de julio de 1890. Alguien pidió que se añadiera el día presente y fue apoyado. Todavía se oían en las calles disparos clandestinos. Especialmente eran atacados los vigilantes. Los dos últimos que quedaban en la casa del Congreso, y que habían ido a citar a los diputados no regresaron.

El corto proyecto de pensión a los policianos, aunque iniciado por el doctor Víctor Manuel Molina como «una reparación debida a ese puñado de valientes que se llaman la Policía de Buenos Aires», dio lugar a cierta discusión reticente. Era notorio que los vigilantes habían sido víctimas más de la inquina pública que de su arrojo. Pero se percibía, sobretodo, que tratando el Congreso de semejantes asuntos, esquivaba más que respondía a las palpitantes interrogaciones del momento.

Otro pequeño proyecto aprobando un «decreto de estado de sitio dictado el 26 de julio», pasó como una fórmula. La repercusión del estallido había ido tanto más allá de todo lo previsto, que en el mundo oficial nadie encontraba palabras con qué definirlo ni criterio con qué juzgarlo: los ánimos se debatían entre la inercia del pasado, el estrépito de la batalla que parecía continuar en los oídos y una indefinible aprensión sobre el futuro. A la sesión había concurrido escasa barra, más curiosa que definida; y un pequeño grupo de pueblo se agrupaba silencioso enfrente del local. Faltaban casi todos los íntimos del presidente. Los valores individuales empezaban a cambiarse: gran parte de los diputados que hasta entonces habían marcado en silencio el paso dentro de la «disciplina del partido», pretexto que solía invocarse para el reemplazo de los más aptos por los más audaces, se apercebían recién, y no sin cierta extrañeza, de que aun para defender al gobierno, lo más conducente era empezar por defenderse ellos mismos.

Un diputado que se había batido por el gobierno con fiereza en la plaza Libertad, llegó a decir al más dogmático de los privados oficiales: «aquí estamos para decir al gobierno lo que queremos y no lo que quiera el gobierno». Era el doctor Larsen del Castaño, el ñato Larsen, un romano de Syla, disertado de inteligencia y extremado en el coraje, los vicios y hasta las deudas, pues se contaba que debía 11 millones a los bancos. Tal frase, que no tuvo respuesta, habría sido una blasfemia cinco días atrás, cuando se declamó entre aplausos, que cierto estallido de la prensa de oposición no merecía más atención que «las inmundicias de los círculos infernales, que inspiraron a Dante el desdeñoso *guarda e passa*».

## II

En los alrededores de la casa de Gobierno y en la Plaza de Mayo, vivaqueaban fuerzas de línea; en uno de sus veredones había una palmera arrancada por un obús de la escuadra: otras tenían incrustados cascos de granadas. En medio de la plaza del Parque se destacaba temerosa la negra y oblicua silueta de un cañón de sitio, arrastrado hasta allí en la hora extrema, por el indomable Day, que prometió abrir una avenida al través de las manzanas. Algunos de los actores, o de los que por alarde se decían tales, y muchos curiosos, recorrían los lugares del combate descubriendo rastros, interpretando detalles, comentando acciones: por todas partes se veían fogones y vestigios miserables de lo que había sido campo de batalla y vivienda obligada de miles de hombres. Paredes totalmente acribilladas; balcones y cornisas arracados por el cañón; zanjas, montones de tierra y fardos de pasto que fueron trincheras: en alguna esquina

alambres tendidos; en otra un coche de tranvías volcado para resguardo; parapetos agujereados, ayer cantones; algunas manchas ennegrecidas en las veredas y calzadas: ¡era la sangre de los caídos! Se repetía la eterna escena del campo de batalla: en esa esquina murieron el coronel Campos, el capitán Roldán y el teniente Layera: en aquella azotea el subteniente Irurtia... Allá, a doscientos metros, fue donde Leyria atrapó cantones y trincheras con caballería... Por esa calle entró Levalle en columna a ocupar la Plaza Libertad, ¡bajo la lluvia de fuego del cantón de la Intendencia! Y las gentes ambulaban sobre el silencioso campo, revolviendo en la imaginación hechos y nombres entre comentarios de curiosidad, tristeza o asombro.

Pero el estrépito de los tiroteos y la característica novelería y buen humor de la población de Buenos Aires, que había desenvuelto su vida ordinaria entre las peripecias de la revolución, como si se tratara de un deporte más o menos peligroso, saliendo curiosa a las calles tan luego como disminuían los tiroteos (lo que ocasionó no pocas desgracias), empezó a suceder una quietud siniestra. La vasta ciudad se iba angustiando poco a poco. Las calles estaban solitarias: empezaba a oírse el silencio. Diríase un enfermo que después del delirio cae en la postración, sin más signos de vida que esas palpitaciones que sólo se oyen cuando se escuchan o cuando el silencio destaca los pequeños ruidos.

### III

El gobierno había triunfado: su fuerza militar se acrecentaba con los batallones venidos de las provincias. Las fuerzas de línea revolucionarias y sus jefes ya no eran un peligro; corría la noticia de una descarga hecha en la última y desolada hora del Parque por un grupo de soldados contra el doctor Alem, según unos, y el doctor Del Valle, según otros, al comunicarles la capitulación; el peligro para los dirigentes de fuerzas sublevadas, en la hora de la derrota, se había hecho presente. Pero, en definitiva, casi la totalidad de la tropa había regresado a sus cuarteles, sin sus oficiales. Eran soldados enganchados; no habían peleado por opiniones: habían obedecido a sus oficiales. Cambiados los jefes, cambiada la opinión.

Los últimos cantones vieron retirarse, al caer la tarde del martes, taciturnos, a Del Valle y Lucio V. López. El único a quien encontró en el Parque el nuevo jefe de Policía coronel José Inocencio Arias, el primer gubernista que lo ocupó, fue Alem: había ahogado su desesperación en alcohol, y fue transportado inerte a su

casa.

La revolución de los políticos y de los militares no sólo estaba vencida, sino desacreditada por su visible ineptitud. Un periodista a quien preguntó en esos días el doctor Alem: «¿Qué le parece la revolución que hemos hecho?», le había contestado: «¡Qué hemos deshecho, doctor Alem!». Era el juicio unánime.

Los cívicos se habían retirado no sólo avergonzados, sino murmurando la palabra «vendidos». La sospecha era absurda, pero la convicción completa: cuando se juzga con el desengaño, tienen más valor las cavilaciones que la evidencia.

El número de los ciudadanos que realmente se habían batido era, por otra parte, relativamente escaso: no pasó, posiblemente de los 300 o 400 a que se refirió el doctor Alem, de los cuales sólo resultaron cinco o seis muertos y veintitantos heridos. Como elemento de fuerza era deleznable: el gobierno le habría podido oponer un número igual o mayor, si no de la misma clase, de igual valor militar, pues es sabido que mucha gente que pierde la vergüenza no pierde el coraje.<sup>[1]</sup>

A pesar del triunfo, del poder del Gobierno y del desastre de la revolución, era fácil observar que si la guerra había terminado, la paz no se había restablecido.

#### IV

La tormenta moral, parecida a la física hasta en el fragor de los truenos y el fognazo de las armas, había purificado de golpe la atmósfera. Se miraba con más sensatez, pero con no menos horror, aquellas horas bochornosas del despilfarro y la soberbia, que a casi todos habían invadido como una peste; y se recordaba con amor los viejos tiempos de pobreza altiva y de alzamientos cívicos abnegados: ¡Caseros, Cepeda, Pavón, el 74 y el 80! Hasta había quienes acusaban a los últimos diez años de paz, como causantes de la relajación cívica, prefiriendo alabar los errores pasados, con tal de maldecir los presentes.

La pobreza cada vez más aguda daba la sensación de que era necesario atajar al país en su marcha precipitada hacia un abismo de vergüenza interna y de humillación exterior: pero nadie atinaba a indicar el medio. La Cámara de Diputados acababa de demostrarlo. En tal estado de los ánimos, entró a sesión el Senado, casi inmediatamente después de la Cámara de Diputados.

Subió a presidir el general Roca. El doctor Pellegrini, a quien le correspondía

hacerlo como vicepresidente, había llegado al local un rato antes. Todos se conmovieron con su presencia y trataron de rodearlo; recién se lo veía después de la batalla: era el hombre de la victoria. Pero desentendiéndose de los circunstantes, cruzó el largo pasillo a zancadas, evitando o apartando con el familiar desenfado que le era peculiar, a los que se le acercaban, y llegó hasta las oficinas del Senado que estaban sobre la calle Alsina. Se supo inmediatamente que había ido a romper un pliego en que el Poder Ejecutivo solicitaba acuerdo para otorgarle el grado de teniente general.

Se refirió que había dicho: «Los grados militares no se ganan con el “sport” de una batalla, sino con las continuadas penurias del cuartel y de la disciplina. No estamos en carnaval». Y acto continuo se lo vio retirarse.

## V

La banca de Del Valle estaba vacía: pero la imaginación seguía buscando allí, a la derecha, en la primera butaca, su voluminosa silueta de criollo con perfil griego. Parecía que aún se fuera a oír su voz.

La Cámara de Diputados había remitido de inmediato los proyectos que acababa de sancionar: se maliciaba un programa inocuo en el Senado, como el desenvuelto en la Cámara. Pero al ponerse en discusión el estado de sitio, medida tan útil para prevenir como superflua para reprimir, el senador Pizarro, agitando en la banca su gran cuerpo, pidió la palabra, y pronunció con mucha pausa y emoción el siguiente discurso, que ponemos como se grabó en el ánimo de quienes lo oyeron aunque no sea como se publicó, para concordarlo quizá con los sucesos:

«No creo que ese proyecto de estado de sitio, propuesto como medida constitucional de pacificación, pueda eximirnos a los senadores de la República de considerar el estado general de la Nación. Antes que eso, tal proyecto me incita a buscar el modo de llegar a la verdadera pacificación, que a mi entender no puede consistir en leyes de asedio, mediante las cuales el Poder Ejecutivo no podría hacer nada que ya no hubiera hecho, o que no pueda hacer lo mismo sin esta ley. El estado general del país reclama, en mi concepto, del Senado, consejos más amplios y sinceros. Por eso al hablar *quizás por última vez*, en este recinto, lo haré con toda la efusión del patriotismo y con toda la verdad, por desnuda y hasta cruel que sea, que debo, en momentos tan solemnes, a mis colegas del Senado y al país en general. Se notará, en todo, el estado psicológico en que me encuentro [y el rostro

lívido y lo apretado de la voz lo comprobaban]: mis palabras que van a producir impresión desagradable en muchos de los que me oyen, después del triunfo que celebran, son la expresión de un estado de mi espíritu que sólo puedo traducir con aquella conceptuosa expresión de Byron: *¡el triunfo y la victoria lloran!* En presencia de esta victoria que como miembro de las tendencias gobernantes me alcanza, siento, a pesar de todo, entristecido mi espíritu y una lágrima, lágrima de sangre que cae sobre mi corazón, lo conmueve y agita con los más encontrados sentimientos. La Providencia ha velado por los destinos del país al ahogar esta revolución que contaba con elementos tan poderosos y fuertes. ¡Pero los entusiasmos y las dianas de la victoria no acompañan al vencedor! *¡La revolución, señor presidente, está vencida, pero el gobierno está muerto!* Al expresarme así, no hablo de los hombres del gobierno, sino del gobierno como persona moral. El gobierno es autoridad moral, respeto a las leyes, prestigio en los que mandan y obediencia de todos, no en nombre de la fuerza, sino en nombre de lo que dignifica al hombre, en nombre del deber, del sentimiento moral, del respeto que, por sí mismo, se debe a la autoridad y a las leyes. ¡Y todo eso ha desaparecido.

»¿Cuál es, en efecto, el estado general de la Nación? Veámoslo: el ejército está anarquizado y perdido: la Armada Nacional perdida y anarquizada: la disciplina militar ya no existe. El ejército y la armada han desaparecido como institución regular después de batirse entre sí. Las finanzas están arruinadas; el crédito público y privado perdidos; el comercio agonizante, la libertad política suprimida. En una palabra, las instituciones son un montón de escombros como el que acaba de hacer el cañón en nuestras calles».

»Un senador gubernista lo interrumpe: “Nos está haciendo una proclama revolucionaria el señor senador”.

Pizarro yergue la cabeza y extendiendo el brazo como se hace para jurar exclama: «Oigame el señor senador, no me haga perder el poco de calma que yo mismo me estoy pidiendo y me esfuerzo por tener. Esta es la última vez que hablo: ¡tengo mi renuncia en el bolsillo!». El concepto decía poco, pero la actitud sugería todo. Subrayaba la palabra con la abnegación, conducta alta en todo tiempo y rara en aquéllos. Tal mezcla del gesto con la idea, que ha producido las horas más intensas de la elocuencia humana, hizo estallar la emoción. Y se vio entonces, en aquel sitio, donde hacía cuatro años sólo se escuchaban loas al Poder Ejecutivo y donde toda palabra de crítica o de examen era aplastada con abominaciones, estallar un aplauso como si fuera el desahogo de varios años de oprobio. Después de unos minutos de silencio, necesarios para tomar aliento el auditorio, pues el discurso había sido oído a expensas de la respiración, Pizarro continuó con gesto

aun más resuelto: alguno hay que me escucha [y señalaba insistente, con el índice tembloroso, al general Roca] que no es de ahora, que yo veo cómo se desenvuelven los sucesos: alguno hay que sabe, desde mucho tiempo atrás, que esto fue en mí un presentimiento; y que no es de ahora que creo al país lanzado fatalmente por un camino sin salida, por un camino que no tiene más salida que ésta de sangre en que lo vemos. No puedo pues hablar en el sentido que el señor senador que me ha interrumpido quisiera oírme: no puedo entonar cantos de victoria, porque si es plausible la derrota de la revolución, que yo condeno, es deplorable también la victoria sobre ella alcanzada. Los sucesos humanos no están conducidos por la casualidad: *mens agitat mollen*: el espíritu conduce los sucesos humanos. Estos sucesos son así producidos por causas inteligentes: son consecuencias de lógicas premisas ya establecidas.

“¿Por qué no se han evitado en tiempo? ¿Por qué no se han prevenido? ¿Por qué ni siquiera se han conocido? Hay deficiencias, entonces, en el servicio público por parte del gobierno. Si la revolución triunfante, señores senadores, nos hubiera presentado la renuncia del señor presidente de la República, yo jamás habría suscrito la aceptación de semejante renuncia: la habría rechazado, cuando otros, quizás, se habrían apresurado a recogerla. Pero en estos momentos, cuando es necesario, ante todo, para pacificar al país, que cese la dominación que ha originado el estallido, pues es dominación y no gobierno lo que el partido oficial está haciendo en el poder, vengo a pedir, no leyes de estado de sitio, sino la renuncia patriótica en masa de los miembros del Poder Ejecutivo: presidente, vice, ministros y del mismo presidente del Senado”.<sup>[2]</sup>

Y acto continuo se puso de pie, entregó al secretario su renuncia y se retiró del recinto. La renuncia que recién se leyó en la sesión siguiente sólo decía: «Renuncio indeclinablemente al cargo de senador».

Siguieron tras de Pizarro varios senadores y casi todos los asistentes de la barra baja, la mayor parte diputados, como atraídos por el imán de la elocuencia.

La excitación en antesalas era general: todos necesitaban comunicarse su pensamiento. Unos exaltaban el coraje, otros la destreza y oportunidad y todos el patriotismo y la elocuencia del orador. En el agrupamiento de antesalas se encontraron abrazando, sin conocerlo, a Pizarro, dos jóvenes diputados gubernistas iniciados en la oratoria antigua por Aristóbulo Del Valle, que solía complacerse, como lo\$ maestros griegos, en recitar trozos clásicos ante los jóvenes que iban a rodearlo por admiración.

Así, dijo uno de ellos, debió hablar Mirabeau en la Asamblea francesa.

—No: Cicerón, contra Verres, respondió con gesto adusto a la vez que dogmático el otro, que era Osvaldo Magnasco el diputado del «*guarda e passa*» de una semana antes, y que desde aquel día se convertiría en el más irreductible, como genial y clásico, de los parlamentarios de su tiempo. Tal fue la eficacia de aquel *sursum corda*, entre los que «oyeron al león mismo».

## VI

Don Manuel Dídimo Pizarro, el payo Pizarro, como lo llamaban sus comprovincianos, era un hombre grande de estatura y de ánimo. Sus fervientes creencias religiosas, su saber y su carácter, lo señalaban, con rasgos de fanático, de pensador y de soldado. La gran calva de su cabeza, la barba rubia y rala, el bigote escaso y la expresión del rostro, ya beatífica, ya tormentosa, sugerían uno de esos monjes batalladores de la iconografía eclesiástica. Formado en las disciplinas escolásticas de la vieja Córdoba doctoral, había ampliado su espíritu con la meditación de los pensadores modernos; pero gustaba de dar a las ideas nuevas la majestad de lo antiguo, que con la vuelta de los tiempos suele volver a tornarse nuevo. Sugería más de lo que decía; algo excesivo en la amplificación sabía también concretar un extenso discurso en una sentencia.

Su palabra, algo sibilante, ya solemne, ya precipitada, siempre pulcra, recordaba al púlpito en la unción y a la barricada en el arrebató. Sus costumbres eran sencillas; su vida modesta. Iniciado en la política de su provincia en horas de encono, reveló un carácter temerario. Hizo luego su aparición en el escenario nacional en el Congreso del 80, formando después parte del ministerio del presidente Roca; allí se destacó por su talento como por su arrogancia para desafiar a los adversarios, a la prensa y a las multitudes que solían llamarlo el *toro* Pizarro. Después se alejó, sin separarse, del partido oficial por la cuestión religiosa de la época. Al reaparecer el 90, ya la experiencia y el ostracismo —grandes maestros de los políticos— le habían enseñado a hermanar la pasión con la cautela y emplear cierta sagacidad instintiva que, por su acierto, llegó a darle entre los políticos esos prestigios del augur, que los romanos convirtieron en función pública, por superstición o por malicia.

Recio «provinciano», de los que se creían conquistadores de Buenos Aires, para la nacionalidad, seguía temiendo el 90 los peligros de una reacción contra la

Capital Federal sancionada el 80, obra que juzgaba la más grande de la Constitución.

Su elocuencia había de ascender todavía, no en eficacia, porque la hora del 90 no se repite, sino en brillo y doctrina, cuando discutieron posteriormente, con Del Valle, la política del país, en un debate suscitado en el Senado por Alem, cuya palabra pedestre no pudo seguir el vuelo de aquellas dos águilas por alturas sólo exploradas quince años antes en el debate legendario de Rawson y Sarmiento.

Después de ser gobernador de Córdoba, con la fortuna incierta de los consulares que fueron por aquellos días a gobernar provincias, se aisló en el silencio de la vida privada; las gentes lo decían apartado de conversaciones y entregado a una existencia contemplativa de lectura y oración. Y allí murió, entre sus santos y sus libros, el varón fuerte del 90.

## VII

El plan de las renuncias que acababa de proponer Pizarro salía de todo reglamento: no era un proyecto, no era una moción: ¡era la revolución en el Congreso!

Todos se fijaban en Roca que permanecía en una inmovilidad impenetrable, de la que sólo salió para imponer orden a las galerías, cuyos aplausos no terminaban. El Senado continuó largo rato en silencio y hacía más notable lo callado del recinto, el murmullo agitado de las antesalas.

Rompió el embarazo de la situación el joven senador por La Rioja, doctor Antonio del Pino, que como muchos otros de los parlamentarios del interior, se dedicaba a la elegante ufanía metropolitana, olvidado del recato provinciano. Improvisó con palabra poco cuidada una réplica a Pizarro. Dijo: «que el Gobierno había ejercido ya actos de política bien elevada, de olvido y reparación». Se refirió a las frases capitales de Pizarro: «decía que el gobierno está muerto, tal vez porque su acción no se ha hecho sentir con todo el rigor de la ley con motivo del último atentado; así como decía que la victoria obtenida llora, como si con ella se hubiese buscado otra osa que la paz y la concordia». Y después de otros esfuerzos por mostrarse gentil y leal, como lo era, con el presidente, cuya renuncia aceptaría, sin embargo, una semana después, terminó en medio del silencio y de la cavilación de todos, no por lo que decía, sino por lo que antes había dicho Pizarro, que se iba

destacando como se destaca un trazo rojo bajo un tul blanco.

## VIII

Cuando luego pidió la palabra el doctor Dardo Rocha, se produjo viva curiosidad y volvió a llenarse la barra baja; tenía fama de haber sido el político más hábil de su generación. Era el doctor Dardo Rocha hombre de pequeña talla, pero de cuerpo membrudo, de cabello poblado, barba entera y rojiza, maduro de edad, de espontaneidad efusiva y modales señoriales a la vez. Su actuación en los últimos sucesos le había devuelto su pasada nombradla: se recordaban los tiempos cercanos en que fue gobernador de Buenos Aires, fundador de La Plata y rival de Juárez para la presidencia. Desentendiéndose, con extrañeza de todos, del discurso de Pizarro, trató del estado de sitio, con más doctrina y retórica que la permitida por el momento; hasta se le sospechó un propósito de mera exhibición. «Hay dos políticas a seguir —dijo— no hay términos medios. Una, política de fuerza, con energía violenta, haciendo imperar la fuerza áspera en todo, para plegar toda resistencia; y la otra una política amplia, generosa, de amnistía absoluta y completa para todos, por un olvido patriótico y fraternal». Sólo hirió la cuestión candente, cuando replicando dijo, con calor, esta frase, acaso la única improvisada de su discurso: «No crea el señor senador que con esto va a destruir las pasiones que arden en el fondo de todos los corazones. No: el cañón ha callado, pero las pasiones gritan en todas las almas». Mas en seguida añadió «que no tenía una medida concreta y determinada que proponer»; y concluyó a toda voz: «que en vez de una ley de estado de sitio se decretara una amnistía amplia y general; y para que tal acto tenga toda solemnidad, votémosla por aclamación, que es por este camino que podemos llegar a concluir la lucha entre hermanos». Fuera del aplauso de las galerías a la sonoridad, la proclama cayó en frío. Concedido por el gobierno, dos días antes, con la intervención del mismo Rocha, «que no se seguiría juicio contra los militares y civiles», la amnistía para olvidar (lo que todos recordaban con más fuerza que nunca), como el estado de sitio (aplicable sólo a la prensa, que no podía hacer con la palabra más de lo que acababa de hacerse con las armas), parecían pretextos para disimular la situación y no intentos de resolverla. Algo insinuó en ese sentido el senador Pérez, por Jujuy, político baqueano, que luego se refugió también en los lugares comunes para hablar sin opinar. Ningún otro senador despegó los labios. Poco después de sancionado el estado de sitio se levantó la sesión, retirándose los senadores visiblemente más reconcentrados y adustos que al empezarla. Ninguno se dirigió a la Casa Rosada, como habitualmente, lo que algunos estimaron síntoma grave.

Fue de ver entonces con qué presteza los asistentes turiferarios del Ejecutivo, atentos al hábito cortesano antes que a la gravedad del momento, llevaron al presidente la noticia del escándalo, maldiciendo de los amigos como de los adversarios, calificando a los que hablaron de inservibles y de sospechosos a los que callaron; notando conversaciones, gestos y semblantes, y lamentándose de no haber estado sentados en el recinto, para pronunciar imaginarios discursos reivindicatorios. Trataban de acomodar sus palabras y actitudes no a la opinión propia sino a las ideas que querían adivinarle o sugerirle al doctor Juárez.

Especialmente se dirigían los cargos al doctor Pellegrini y al general Roca, a quienes, sin más razón que ser los reemplazantes legales del presidente, se atacaba como si hubieran creado y no salvado la situación; y se les imputaba su alejamiento actual del presidente con el mismo ardor que se había empleado antes para alejarlos. Hasta hubo quien, lleno de coraje retrospectivo, se lamentaba de que no se le hubiera dado el comando de las fuerzas en la mañana del 26, cuando se había despeñado con el presidente por la barranca del Retiro, para tomar la máquina que los llevó a Campana.

Entretanto el doctor Juárez a quien la actitud de Pizarro había producido la mayor incomodidad, no por lo que había dicho sino porque quien lo dijera fuese un cordobés, después de inquirir concretamente los hechos, se refirió que había escuchado como abstraído los demás comentarios. Y cuando los cortesanos más exaltados le requirieron su opinión, el presidente, que si se había enfrascado en el Unicato, no había perdido su espíritu ladino, les dijo con una jovialidad desconcertante: «¡Bueno: quién sabe si todo eso no sería lo mejor! Por ahora, con el energúmeno Pizarro no me atrevo a lidiar; pero podemos llamarlo a Rocha, a ver si hace algo mejor que Rufino Varela, don Francisco Uriburu, Zavalía, Juan Agustín García y Sáenz Peña». De esta ironía —pues nadie ignoraba el concepto ingrato que el presidente tenía del doctor Rocha— tomó origen el rumor del ministerio de éste; plan, si no sugerido, aceptado por el doctor Rocha, según él mismo lo refirió más tarde en el Senado.

Con tal motivo se discutía con vehemencia en todos los círculos, por los antiguos amigos y los adversarios del doctor Rocha, muchos de los cuales aparecían ya cambiados de campo, sus cualidades y antecedentes. Se elogiaba la actividad asombrosa y la habilidad con que dirigió la política del 80; su patriotismo para la federalización de Buenos Aires y la concepción y ejecución de la nueva y sorprendente capital de la Provincia: se ponderaban sus talentos, su carácter suave, tolerante, su honestidad privada y pública. Los adversarios, en cambio, decían que su ambición deslucía su patriotismo y que su elocuencia era un medio de ocultar y no de decir sus pensamientos. En cuanto a su carácter lo pintaban como astuto y maquinador contra los adversarios, cándido y débil con los suyos. Añadían que el 80 no fue con un propósito nacionalista que se unió a Roca, sino porque se proponía manejarlo y sucederlo en el gobierno; y si fundó La Plata lo hizo al lado de Buenos Aires y no en el centro o sud como convenía a la provincia, con el propósito de trasladar allí más tarde la Capital Federal y devolver Buenos Aires a los autonomistas. Por fin, y éste era el cargo más grave en tales momentos, se le acusaba de ser el iniciador del reparto de los dineros del Banco de la Provincia, y de las concesiones y negocios, para conseguir o conservar partidarios, sistema que después había invadido al país como un contagio. Ni faltaba quien abonara sus dichos con la referencia de sus propios peculados, pues, con el cambio de los tiempos, el favor inmerecido suele trocarse en vituperio.

Pero de estas opiniones, algunas de las cuales parecían malediciencias contemporáneas, tomarán cuenta los que escriban la historia de aquellos sucesos. Aquí sólo cabe decir que el doctor Rocha tuvo una actitud generosa en los días de la revolución; y en los posteriores, como acabaremos de verlo, no exhibió, ya porque no le cuadraba la época, por haberlas perdido, o por no haberlas tenido nunca, ni las capacidades extraordinarias que le atribuían sus amigos, ni las fallas que le imputaban sus enemigos; si bien pareció a la mayoría, más crédulo y complacido de lo que la experiencia y las circunstancias aconsejaban a un consular.

## CAPITULO 12

### LA REVOLUCIÓN CIVIL

#### (CONTINUACIÓN)

- I. Las impresiones de la ciudad. La prensa. — II El manifiesto del presidente.
- III. Los revolucionarios. Los comentarios del momento. — IV. El coronel Espina.
- V. El Congreso. — VI. La revolución civil. Movilización de la opinión pública.

#### I

La ciudad se paralizaba cada vez más: la atmósfera estaba llena de zozobras. La imaginación agrandaba los recuerdos. En las calles se oían el eco de los pasos y otros ruidos nuevos, o que se interpretaban como tales por la desacostumbrada soledad; la puerta que se cerraba sugería una descarga; el rumor lejano de los rodados recordaba el cañón. El cuadro era más impresionante por las noches: los zaguanes cerrados hacían imaginar una conspiración tras de cada muro; no circulaban tranvías ni carruajes; no se prendían los faroles del gas, y la luz de la luna parecía aumentar el misterio sin atenuar los peligros. Los teatros no funcionaban; la Bolsa de Comercio estaba cerrada; los bancos, que reabrieron sus puertas el día 31, permanecían vacíos. La policía había quedado deshecha: faltaban los vigilantes de las esquinas, ya porque no los pusieran, ya porque desertaban de su puesto y hasta se despojaban del uniforme por temor a la «caza de vigilantes». A intervalos se oían tiros clandestinos; un póstumo contagio bélico se difundía; los que no habían tomado parte en la batalla pero habían oído el largo tiroteo, parecía que sintiesen la necesidad de hacer fuego, aunque fuera contra un enemigo imaginario; el escaso número de heridos revelaba tratarse de ofuscados que disparaban sin premeditación; pero no faltaba tampoco la nota de los fascinerosos en quienes la impunidad destapaba el instinto de matar de la fiera primitiva. Se hablaba de grupos de soldados y ladrones armados, que asaltaban en los suburbios. La cavilosa nerviosidad colectiva, entretanto, interpretaba todos esos hechos, como actos de desesperación y rabia por la derrota.

Desde el día de la revolución no salían los periódicos. El día 31 salieron *La Nación* y *La Argentina*. *La Nación* publicaba el discurso de Pizarro, y por eso sólo fue secuestrada la edición y quemada en la calle, frente a la comisaría 1.<sup>a</sup>, al lado de la casa del presidente. El nuevo jefe de Policía, que traía ímpetus acumulados, no contenía, como solía hacerlo su antecesor, las precipitaciones del presidente, propenso siempre a discurrir recién cuando no había remedio, sobre lo que había resuelto cuando no tenía serenidad.

Las noticias, entretanto, no necesitaban de prensa: eran buscadas sin que fuesen ofrecidas: los hechos se publicaban solos. Muchos concurrían al Congreso para conocer el discurso de Pizarro, prestigiado fantásticamente por el auto de fe. Los miembros del Congreso se mostraban alarmados porque el cierre de *La Nación* importaba más una crítica al Parlamento que a la prensa. La censura, por lo demás, agrandaba, como siempre, lo que trataba de tapar. La frase de bronce de Pizarro: «la revolución está vencida pero el gobierno está muerto» corría de boca en boca. El estado de sitio en medio de tal inquietud de los espíritus no resultaba el «gobierno de los mudos» como lo llamó un pensador, sino el gobierno —si es que con noticias se gobierna— de los habladores, alarmistas y embaucadores. Las noticias más estrafalarias eran esparcidas por malicia, por lucro y hasta por pasatiempo. Circulaban hojas anónimas con hechos ciertos revueltos con invenciones de una inverosimilitud grosera, pero que resultaban más prestigiadas que rechazadas por la curiosidad pública, siempre infantil. Se podía entonces apreciar, por su ausencia, el invisible trabajo de criba que habitualmente la prensa realiza para extraer la verdad de los sucesos de entre las granzas de intereses, alucinaciones y errores con que vienen mezclados al nacer.

## II

*La Argentina* del 31 no publicaba el discurso de Pizarro, pero traía en cambio el manifiesto del presidente. Era, según se dijo, obra personal del doctor Juárez, lo que parecía confirmarse por su acento conmovido y su estilo preciso y no falto de elocuencia.

Empezaba señalando el carácter exclusivamente metropolitano del movimiento. Luego abordaba la rebelión misma. «Las revoluciones, decía, se explican por la pérdida absoluta de todas las libertades: la libertad de sufragio, la de la prensa, la de reunión; mientras una de ellas subsista, es fácil reivindicar las demás, sin apelar al recurso extremo de las armas». Examinaba luego el ejercicio de

cada una de esas libertades bajo su gobierno, para demostrar que en ningún tiempo se habían ejercitado mejor. Y continuaba: «¿Puede el más exaltado enemigo del gobierno sostener que el país se halla privado de su libertad? ¡Pongan la mano sobre su conciencia los ciudadanos que han formado el titulado gobierno provisorio y respondan!

»Hasta ayer no había partido de oposición: nadie lo deploraba más que el gobierno, en cuyas manos no estaba el crearlo: hoy se ha formado ese partido; pero sin haber ensayado el sufragio, sin esperar la primera elección para probar que se le privaba de su derecho, se ha lanzado a la revolución, pretendiendo derrocar todas las autoridades.

»No digo que no haya cometido errores en mi gobierno: el error es humano; pero desmanes y faltas que justifiquen el odio y la rebelión, ¡jamás: pongo a Dios por testigo!».

Y terminaba diciendo: «La más amplia libertad ha de ser garantida a todos en la elección de mi sucesor: lo he declarado ante el Congreso y el país: y ahora lo repito ante las víctimas del deber cumplido de un lado y del sentimiento extraviado del otro. No he vacilado en cubrir la falta de los vencidos con una amplia amnistía. Y a ellos me dirijo ahora, invocando el santo amor de la patria, que siempre encuentra eco en el corazón de los argentinos, para recordarles que somos miembros de una misma familia, que no hay motivo alguno que justifique una lucha fratricida y que debemos vivir en paz al amparo de nuestras leyes».

Este manifiesto, visiblemente sincero, pero nervioso en su conjunto, y más débil en los reproches y angustiado en las excusas de lo que reclamaba la firmeza de la autoridad, no llegó a sus adversarios ni al país, porque fuera de algunos partidarios del gobierno era común no leer los periódicos oficialistas. Ni siquiera el *Sud-América* publicó el manifiesto. En realidad no sólo el público, sino también el gobierno, carecían de prensa, por haberla suprimido a la de prestigio el estado de sitio, y a la oficialista su impopularidad. Los efectos de la censura se volvían así contra el censor.

Además el pleito no estaba ya en la hora de los alegatos, sino de la sentencia.

### III

Todas las miradas se dirigían hacia el Congreso: las figuras de Roca y

Pellegrini eran puntos de mira, en medio de la tribulación general; volvía a prestigiarlos, entre los que pensaban, el descrédito de los revolucionarios y su alejamiento del presidente; y entre la multitud, siempre admiradora del éxito, su triunfo reciente. Los jefes de la revolución, privados de las fuerzas de línea, se habían encerrado en sus casas, desgastados por el esfuerzo y amargados por la desconfianza de los mismos revolucionarios. Ciertos elementos secundarios, pero que se habían destacado en los combates, entre ellos algunos militares, empezaban a mostrarse en público, no sin altivez; y hasta iban a las antesalas del Congreso. Eran tratados cordialmente, porque desde Urquiza ya se había aprendido a no prolongar los odios más allá de las batallas. Se hablaba de la revolución con curiosidad y sin partidismo. Recién conocían y comparaban los de uno y otro lado, datos y documentos de los que no se había podido informar por haber circulado sólo en el campo opuesto o por no haber dado tiempo el combate. Eran comentadas las crónicas inverosímiles que habían corrido en el Parque, ya para animar a los combatientes, ya porque fueran el resultado de los oídos alterados con que se oían las noticias o de la parcialidad con que se las había interpretado. Se atribuían actitudes raras a personas principales, tales como la de que el ex gobernador de Buenos Aires don Máximo Paz había ido al Parque a ofrecer las fuerzas de la provincia, lo que el señor Paz, hombre de carácter y probidad reconocidos, desmintió en cuanto llegó a su noticia; o la de que Pellegrini había hecho ofrecer a la Junta revolucionaria la renuncia de Juárez, a lo que Pellegrini contestaba: «ahora veo por qué los revolucionarios no largaron los globos: se los deben haber tragado, como tragaron ese. Lo que me dijo Juárez poco antes de irse, cuando se estaban ya oyendo las descargas, fue esto: “si no fuera mi deber someter la rebelión, renunciaría al poder para evitar que corra sangre argentina”. Entonces encargué a Legarreta fuera a ver si habían nombrado en el Parque a don Vicente López, presidente de la República, como acababan de decirme, para ir a hablar con él; pero la noticia que me trajo fue que el presidente era Alem, con quien ni Juárez ni Legarreta ni yo teníamos nada que hacer». Los revolucionarios que iban al Congreso tomaban parte también en las bromas de los corrillos, cuando no se las dirigían entre sí, sobre el plan de apresar con comisiones de estudiantes a Pellegrini, Roca y Levalle, cuyo temple acababan de probar; o sobre la habilidad de la escuadra para errarle a una ciudad del tamaño de Buenos Aires; referían el chasco de la Junta de ir a recibir a los revolucionarios de La Plata cuando llegaban las fuerzas vivando al Presidente. Y así de otros detalles y candideces, propicias para escudriñar la verdad atenuando su amargura con el chiste característico del genio porteño. Mas era fácil apercibirse también de quejas y murmuraciones más serias, tales como la relativa al gobierno provisorio del Parque en el que no había figurado de presidente como estaba convenido, don Vicente Fidel López, ni se había hecho insinuación alguna de la futura candidatura del general Mitre, anhelo

de la gran mayoría de los revolucionarios, como que las columnas cívicas habían entrado al Parque al grito de ¡Viva Mitre! Sus partidarios, por el contrario, se decía, han sido excluidos, nombrándose ministros a puros autonomistas y hasta a varios exjuaristas, de los cuales puede elogiarse el talento, pero no el carácter ni los antecedentes. Se acusaba al doctor Alem de haber nombrado jefe de Policía, en vez de un militar experto, a su sobrino, persona relativamente oscura entonces, que nada hizo para tomar el Departamento de Policía, abandonado por Capdevila que había marchado al combate, y rodeado de cantones revolucionarios, que tuvieron que disolverse por falta de dirección. Estas y otras quejas, que ponían a prueba el anatema del manifiesto contra las «ambiciones de círculo», sugerían las contrariedades ocultas de la rebelión y acaso explicaban su inacción; pero, a la vez, demostraban que el oleaje del momento no venía de los conspiradores del Parque.

#### IV

También estuvo en una de las salas con varios diputados amigos, en traje de paisano, el coronel Espina, a quien las leyendas señalaban como el más valiente soldado del Parque. Todos querían verlo: su audacia y su coraje en la rebelión le hacían algo nuevo aun para los que lo conocían, que eran muchos, y algunos sus antiguos compañeros de parrandas y trasnochadas: la fama superaba la realidad. A Espina no parecía molestarlo ni contenerlo la curiosidad, y hablaba sin recato y con procacidad de la revolución, de la Junta revolucionaria y de los combates. Se atribuía la iniciación del movimiento revolucionario: «la revolución he sido yo», repetía; protestaba de la paz, cuando él ya había dominado a la plaza Libertad; y refería cómo había roto por dos veces el armisticio, y concluía: «si yo en vez de eso hubiera hecho fusilar a Alem y Goyena, como merecían, ahora estaría en la Casa de Gobierno».

La sola hipótesis hacía estremecer y recapacitar a los oyentes sobre el peligro de entregar las cuestiones políticas a las sorpresas de la fuerza. Del reciente héroe del Parque nadie había alabado jamás otra cosa que el coraje, que algunos tachaban, sin embargo, de desperejo. Se le tenía por hombre de vida airada. Bello de rostro, de ojos azules y tez rosada, su figura habría sido gallarda si no tuviera el gesto duro, la voz agria y la sonrisa sarcástica, y no imprimiera a su andar contoneos de perdonavidas. Pretendía descender del mayor Pedro Espina de los tercios de Flandes del siglo XVI, no por asignarse alcuernia sino para otorgarse parangón con aquellos semihéroes y semiforajidos. Desde su primera juventud se hizo célebre por sus riñas de taberna, sublevaciones y atropellos. En la guerra con

los salvajes demostró excederlos en coraje, en impavidez y en crueldad. Estrecho de inteligencia, siguió tomando en serio lo de «barbaridades son triunfos». A los 75 años todavía se alababa de que en cualquier época de su vida había sido candidato al fusilamiento. No le importaba el peligro ni la sangre ajena ni la propia; se empeñaba en ser y sobre todo en parecer un desalmado. Hablaba de sí con petulancia chabacana no por asignarse méritos —pues no creía en méritos— sino por negarlos a los demás. Después de haber servido por muchos años en las maniobras oficialistas, con iguales excesos en lo bueno y lo malo, se había apoderado de su ánimo una ambición inmoderada; quería sobrepasar la notoriedad de sus contemporáneos: Pellegrini, Alem, Del Valle, mediante un golpe de mano, por descabellado que fuera. Dos días antes, se había retirado de la Revolución porque no le daban el mando en jefe; el 26 fue al Retiro, donde encontró ocupado el sitio principal que buscaba, por Pellegrini, Roca y Levalle; de allí, sin importarle el riesgo, fue directamente al Parque donde se convirtió en el organizador y combatiente más activo y temible; el 27 desobedeció a la Junta; el 28 a la tarde salió, por su sola cuenta, con el batallón 9.º para ir a tomar la Casa de Gobierno.

Referían los presentes que al retirarse Espina del Congreso penetraba al local el coronel Dantas, quien le dijo afablemente: «Anteayer lo estuvimos esperando»; a lo que Espina contestó irónicamente: «¿Y si hubiera llegado con el 9.º qué me iban a hacer los infelices que estaban aquí?». A lo que Dantas replicó con marcada firmeza, a la que daba singular expresión la voz gangosa por el balazo del Boquerón: «Mostrarle cómo se cumple con el deber, coronel Espina».

Espina, sin decir nada más, paseó una mirada de felino desconfiado por todos los presentes y despidiéndose con la mano, se retiró, con su habitual paso lento y ondulante.

## V

El Congreso era un hervidero: concurría gente calificada, de todas las opiniones; servía no sólo de parlamento, sino de comité y de prensa. Los diputados celebraban cortas e insignificantes sesiones oficiales; pero estaban más que en sesión, en asamblea permanente toda la tarde y por la noche hasta la madrugada, tanto por la preocupación reinante como por el peligro de los tiros de la calle que les impedían regresar a sus hogares. El general Godoy, jefe de la plaza de Mayo, noticiaba que todas las patrullas con que hacía recorrer la ciudad venían con bajas;

varios congresales que intentaran ir a cenar a un hotel de la manzana, vieron clavarse tres balas en la puerta cerrada en que estaban llamando.

En los corrillos de congresales podían observarse protestas, conciliábulos, sisisbeos, según hablaran la exaltación, la curiosidad, el interés o la incertidumbre. Las frases «hasta dónde hemos llegado», «esto no puede seguir», «que se hunda todo menos el país», se repetían por todos lados. Nadie hablaba todavía de la renuncia del presidente, pero tampoco nadie excluía cualquier solución, por extrema que fuera, para salvar a la República. El grupo de senadores y diputados que habían ido a tomar un fusil en la plaza Libertad o habían afrontado los peligros de la calle por no fallar en su puesto, se mostraban especialmente airados: aquel presidente apresurado en alejarse del campo para andar vagando por Campana y San Martín, como un monarca rodeado de palaciegos, dejando a los sustitutos legales en frente de los peligros, no les resultaba el Comandante en jefe tallado por la Constitución en el molde imponente de Urquiza. Se sabía que el doctor Juárez y sus acompañantes eran hombres de indiscutible valor; pero, como se dijo de antiguo, «la prisa se parece al miedo y la dilación al coraje». La comparación con el arrojo de Pellegrini y la vigilante calma de Roca resultaba desconcertante. El mismo general Mansilla, aunque resuelto a ser leal a todo trance con el doctor Juárez, acaso para desmentir la versatilidad que le solían imputar, expresaba enfáticamente que «un presidente no debe jamás abandonar su puesto ante el peligro»; hasta llegó a decirlo, a la vuelta del doctor Juárez, en su presencia; y como un cortesano haciendo argumento del miedo, le observara; «¿Y si lo hubieran muerto?», el general le replicó despiadadamente: «Le hubiéramos hecho magníficos funerales». El incidente trascendió y hasta fue objeto de rectificaciones que en vez de atenuarlo lo confirmaron, aunque no tanto como lo hizo el mismo general al decir, con aprobación general, al tratarse de la renuncia del doctor Juárez: «Esa renuncia me parece un acto de culpable cobardía. Los presidentes mueren en su puesto, cuando no son llamados a la barra de los acusados».

A la Cámara de Diputados, compuesta en su mayoría de hombres nuevos, que habían desempeñado sus puestos con la absoluta puntualidad de la época y con la seguridad candorosa que suscita tan fácilmente el éxito, de que el gobierno de su partido no ha de tener fin, la revolución los había sorprendido como un terremoto. La rapidez del triunfo no impedía la hipótesis de la derrota; y se percibía bien entonces que los títulos ante el partido hubieran podido trocarse en descrédito, la complacencia en servilismo y la tolerancia, en cobardía. La responsabilidad los llamaba a la altivez; la perspectiva de un porvenir deshecho imponía un presente digno.

## VI

La rebelión vencida se transformaba en el pueblo, por horas, en revolución, si hemos de tomar esta voz en el sentido de una evolución detenida que se precipita, del dique repleto que se rompe. Lo del Parque se veía ya apenas como un episodio que los nuevos sucesos alejaban cada vez más. El consejo, voz de los vencidos, que daba el órgano más agresivo de la oposición, *El Diario*, al reaparecer el 31 de julio: «hay que soportar con paciencia las vicisitudes aun en el caso de que el triunfo embriague al adversario y pronuncie el “*vae victis* de Breno”», levantaba protestas. Nadie tenía paciencia ni estaba dispuesto a soportar más. Ya no era el motín, la revuelta, la sedición y demás medios de arrebatarse el poder para ejercerlo con distintas palabras e iguales obras. Era la movilización definitiva y ya violenta del espíritu patriótico y de la conciencia colectiva, llamada opinión pública, cuyos medios de acción son tan difíciles de explicar como de ser comprendidos en toda su intensidad, por quienes no los hayan visto operar. Es un fenómeno de contagio uniforme, pues la mezcla de ideas, pasiones, instintos y prejuicios que se llama opinión pública, es comunicativa y gregaria, al revés del partidismo y de las ideas, que se particularizan o se contradicen entre sí. Y ese elemento incoercible, y hasta inubicable, penetraba en todas partes como el aire, y como éste, amenazaba con los estragos del ciclón. No había indiferentes; no lo eran ni siquiera los comerciantes o los extranjeros; habían desaparecido los recelos de partido, ya no existían vencidos ni vencedores; todos respiraban el mismo anhelo: ¡la República se hundía, dilapidada, había que salvarla, volverla a su Constitución, a su antigua dignidad! Se comprendía el sentido del viejo dicho: «hacer patria» ante el peligro de que fuera deshecha. Los combates habían elevado la temperatura de las almas, fundiendo discordancias, pequeñeces y egoísmos; y habían devuelto sonoridad a muchas cuerdas aflojadas por el largo enervamiento. Aparecía en suma, sin jefes, sin partidos, sin prensa, y en pleno estado de sitio, el «movimiento popular e impersonal que no respondía a ambiciones de círculo ni a hombre político alguno» como había dicho en su proclama, pero no interpretado, y hasta sofocado, en los hechos, la Junta revolucionaria. El nuevo actor era el pueblo genuino, levantado contra un sistema al que se achacaban las culpas, los sufrimientos y los errores. No traía propósitos de triunfo propio o de derrota ajena, sino de salvar al país. Era una explosión en masa de la que la rebelión había sido sólo la chispa inicial. El antiguo pueblo —coro— se convertía en el pueblo, primer actor del nuevo drama político.

## CAPITULO 13

### LA REUNIÓN NOCTURNA DEL CONGRESO EN LA CASA ROSADA

I. Síntomas sugestivos. La renuncia del director de Correos doctor Cárcano. II. Rumores de renuncia presidencial. III. La reunión de congresales en la casa de Gobierno. IV. Desarrollo de la sesión. Opiniones de Zavalía, Juan Agustín García, Pellegrini, Roca y Levalle. — V. Efervescencia entre los Congresales. VI. Agitaciones de la población. — VII. Renuncia de los ministros Zavalía y Sáenz Peña. El doctor don Bernardo de Irigoyen. Renuncia del doctor Juárez Celman.

#### I

Desde el primero de agosto aparecieron síntomas sugestivos. El presidente se retraía de los congresales, así como de la aglomeración de políticos y altos empleados que, con el pretexto de felicitar, concurren en tales casos a recordar su comportamiento o ponderar su lealtad. Había frecuentes acuerdos de gabinete sin que trascendiera lo tratado: los ministros parecían mustios. Los palaciegos asomaban por el Congreso como simples curiosos, rehuyendo toda opinión que se pudiera atribuir al presidente. Al otro día de aparecer de nuevo, *La Argentina* anunciaba la renuncia del doctor Cárcano, del puesto de director de Correos; y al siguiente día publicaba el decreto de aceptación. Se decía que esa renuncia había sido acompañada con una carta, aún no publicada; pero se asignaba más significado al ejemplo que a las palabras. La intimidad entre el doctor Juárez y el doctor Cárcano, insospechable de dobleces o resentimientos, inducía a pensar en una crisis extrema. El *Sud-América* había dejado de aparecer. Corría el rumor de que se estaba tramitando un ministerio del que formarían parte grandes ciudadanos. Se tuvo la confirmación de tales rumores al decir el doctor Juárez en su renuncia «he invitado a los hombres más notables y representativos a formar parte del gobierno, buscando el concurso de su talento, de su experiencia y de su patriotismo». El plan, conocido recién varios días después de su fracaso, había sido el de iniciar una política de conciliación análoga a la de los tiempos de Avellaneda; y así decía el doctor Cárcano en su carta al doctor Juárez, posteriormente conocida: «Es necesaria la pequeña transigencia a que obliga la vida social con las personas,

cuando se quiere ser fiel a la gran intransigencia de los principios e influir eficazmente en el orden y el progreso nacional. El acuerdo, la conciliación, que aproxima a los hombres sobre un gran fin moral, sin comprometer sus propósitos ni su bandera, es hoy una necesidad y una convicción en la República [...] creyendo que sirvo a esa política, que aspiro para VE y para el país, he presentado mi renuncia del puesto de director de Correos y Telégrafos. Un pretexto para atacar a VE queda eliminado; y hasta de estos pequeños obstáculos veráse libre su acción para practicar la elevada política que Alsina llamaba la política que cubre a todos y no excluye a nadie». Esto y el secreto en que fue mantenido el negociado, hizo pensar que su inspirador hubiera sido el mismo doctor Cárcano, quien, para facilitar el éxito de su consejo, habría empezado por sacrificar su posición, con lo que demostraba que su adhesión era más a la persona que a la fortuna del doctor Juárez. Así fue como desapareció de la escena esta figura joven, apta para cualquier grandeza, que sobrepasando primero en influencia a sus iguales, llegó hasta aspirar prematuramente a la presidencia, esfuerzo en el que sus aptitudes y tino fueron más deformados que exhibidos. Cuanto pareció favor y ocasión en su provecho, sólo sirvió, en efecto, para que de sus aciertos aprovecharan otros y a él sólo se le imputaran hasta los errores que había tratado de evitar.

Recién cuando años después, luchando desde el llano, conquistó y ejerció, con singular éxito, el gobierno de Córdoba, disipando las prevenciones de su terruño, tarea ingente en la que tantas eminencias de la época fracasaron, se pudo reconocer el error de los prejuicios del 90. Hasta hubo quienes, discurriendo retrospectivamente sobre los destinos del país, hicieran comparaciones entre el candidato oficial del 90 y el anciano tan venerable como caduco, que llegó a la presidencia en 1892, también con la influencia oficial.

## II

Empezaba a hablarse de la renuncia del presidente y hasta se dijo que la tenía escrita. Ya no se podía caminar, de tanta gente en los pasillos del Congreso; y fue necesario pedir fuerzas a la policía, para limitar el acceso: se formaban grupos de centenares de personas en los veredones de la plaza y en los alrededores. No eran los habituales curiosos ni los vagos de comité; se veían hombres de todas las clases, nacionales y extranjeros, comerciantes, especialmente banqueros y bolsistas, a causa del cierre de la Bolsa, intelectuales notorios, personas conocidas por su figuración social o su fortuna y hasta sacerdotes y mujeres.

Pero revolucionarios no se veían otros que los muy pocos que iban al Congreso. En los corrillos se hablaba con más curiosidad que partidismo, aunque los rostros aparecían engestados y las actitudes nerviosas. Se difundía un espíritu comunicativo, que hacía conversar a las gentes sin conocerse. Corrían especies de toda naturaleza sobre los temas centrales: la suba del oro y la renuncia del doctor Juárez, o sea, según la palabra obsesionada del momento: ¡la caída del unicato! En eso se cifraban todas las esperanzas de mejora económica y política.

Los congresales, que en ocasiones se mezclaban con la multitud, eran asediados a preguntas; pero no sabían más que los otros, aunque entre ellos eran más frecuentes esas noticias truculentas que no se sabe de dónde salen, o a pesar de saberlo, se toman en cuenta por la necesidad de satisfacer a la inquietud, aunque sea con mengua del juicio.

El presidente era imaginado, por lo presente, en todos los estados de ánimo desde el apocamiento hasta la temeridad. Se hablaba de un acuerdo de ministros al que habían sido llamados el general Roca, el doctor Pellegrini y el general Levalle, en el que estos últimos habrían exigido la renuncia presidencial. Personajes menores aparecían encargándose, *motu proprio*, de misiones sorprendentes, ya porque en las alteraciones del momento creyeran lo que imaginaban, ya por el deseo de notoriedad al que no suelen escapar los que en los tiempos normales se resignan a no tenerla. No faltaban tampoco los que sabían todo: las conversaciones íntimas, las intenciones, los planes secretos, confirmando el refrán de que «en consejas, las paredes han orejas»; ni los que en nombre de sus buenas intenciones se creen en la obligación de aconsejar soluciones a los mismos que conocen los hechos que ellos ignoran.

En ocasiones se llegó a lo pintoresco. Un senador opaco llegó a ofrecerle un ministerio al general Roca. El general, que conocía la arrogancia quisquillosa del doctor Juárez, especialmente con respecto a él, después de escuchar la referencia de la escena, con la expresión entre pensativa y traviesa que le valió el mote de Zorro, le contestó sonriendo: «Pero no ve amigo que lo han embromado». Y resultó, en efecto, que habiendo ido dicho senador a aconsejar al presidente que ofreciera un ministerio a Roca, el doctor Juárez que, como todo el mundo, sabía de sobra la disposición ingrata del general para con él, le había dicho en son de fisga: bueno, ¡pero vaya a ofrecérselo usted!

Este y muchos hechos análogos han llegado, empero, en variadas formas a la posteridad, realizándose el juicio de Tácito de que «los sucesos grandes se vuelven ambiguos, pues mientras unos tienen por cierto lo que oyeron, otros los vierten de

distinto modo y ambas opiniones se acrecientan con el tiempo». Todo lo cual nos aconseja referir los hechos como fueron vistos en su día por los más cercanos, aunque la interpretación que les dieran fuese, como siempre, según el criterio, el interés o la inclinación de cada uno.

### III

El presidente había dejado de concurrir a su despacho. El doctor Pellegrini y el general Roca tampoco habían concurrido ni al local ni a la sesión del 31 de julio, única que celebró el Senado después del discurso de Pizarro: los pocos que lograron encontrarlos los daban como despreocupados de la renuncia de Juárez, que tenían por inevitable, y ansiosos con las dificultades del gobierno futuro. Los grupos que rodeaban al Congreso ya eran de muchos millares y escuchando sus diálogos se podía observar cómo surgían los caracteres típicos de las multitudes: la creencia fácil en intenciones, la tendencia a lo arbitrario, la irritabilidad, la obsesión de lo trágico. Raras veces reventaban gritos de tumulto: pero constantemente crepitaba la impaciencia.

El sábado 2 de agosto, empezó a circular entre los congresales, con carácter entre reservado y misterioso, una invitación para reunirse en la Casa de Gobierno, el domingo siguiente a las 10 de la noche. El origen y el objeto de la inusitada reunión eran desconocidos. El propósito de que todo pasara en secreto fue tan logrado que ninguno de los diarios habló del hecho, ni entonces, por el estado de sitio, ni después quizá por patriotismo; lo que nos incita a detallarlo ahora, con la ayuda de apuntes tomados de inmediato previendo la trascendencia de lo que estaba acaeciendo.

La reserva, el lugar y la hora del convenio avivaban las cavilaciones. Se desconfiaba de alguna maniobra de los más allegados al presidente, grupo que empezaba a diseñarse, disimulando, para no pasar como adversarios, su interés con su lealtad.

El domingo 3 de agosto, fue en Buenos Aires un día desolado: sin tranvías, ni coches, sin hipódromo, sin teatros y sin diarios, sobre todo,<sup>[1]</sup> la ciudad parecía aletargada y muda. La noche clareada débilmente por la luna menguante fue muy fría. Los congresales, después de cruzar las calles solitarias a pie, fueron llegando poco a poco a la Casa de Gobierno, no sin cierto aire de recelo, que acaso cada uno no sentía, pero era sugerido a los demás por la quietud y la zozobra del ambiente.

La reunión se efectuaba en un gran salón tapizado de brocados que daba a la plaza, y que como el coche presidencial de plata, era un recuerdo de Sarmiento quien, sencillo hasta el descuido en lo privado, gustaba de aparecer pomposo, a veces hasta la extravagancia, en el gobierno. Concurrieron casi todos los congresales; pero de los íntimos del presidente, sólo fue visto por las galerías el secretario privado, quien después de gastar, por cuenta propia, algunas impertinencias de tronera, con el respetado senador Figueroa, hermano del coronel revolucionario, y de entrar en bureo con el senador Rocha, desapareció.

Poco después de la hora fijada, penetraron al salón los cuatro ministros: Zavalía, Sáenz Peña, Juan Agustín García y Astigueta y tomaron colocación de pie delante de una estufa de mármol. Los congresales se ubicaron en los sofás y sillones, permaneciendo muchos de pie. A pesar de cierto aire de solemnidad, se notaba que los ministros estaban cohibidos al encontrarse en intimidad con los congresales, de los cuales conocían a muy pocos. Eran los ministros, como dijimos antes, hombres superiores recientemente traídos desde la diplomacia, el foro y la Universidad, pero que en política se encontraban en la situación del que tuviera que intervenir en una partida de ajedrez sin conocer ni el valor ni el movimiento de los trebejos, que en el caso eran las ambiciones, los intereses y las vinculaciones de cada parlamentario.

#### IV

El doctor Zavalía abrió el acto. Era un hombre grueso, entrado en años, de gesto neutro de juez. Con una parquedad mal avenida con la expectativa, dijo: que en un acuerdo de ministros a que habían sido llamados el doctor Pellegrini, el general Roca y el general Levalle, éstos habían manifestado al presidente que su gobierno no podía seguir. Que en consecuencia el presidente «quería saber si podía o no contar con el Congreso».

El doctor Manuel B. Gonnet, del grupo de los diputados prevenidos contra una sorpresa, contestó al ministro que era necesario saber lo que se entendía por «contar con el Congreso». El doctor Zavalía replicó secamente que había dicho cuanto juzgaba necesario decir. El doctor Gonnet a su vez insistió en la necesidad de que el Congreso supiese detallada y directamente los fundamentos de las opiniones del doctor Pellegrini, y de los generales Roca y Levalle; y propuso el nombramiento de tres comisiones que fueran a entrevistarlos de inmediato. La proposición fue aceptada unánimemente, pasando la reunión a cuarto intermedio.

Los ministros, con excepción del doctor García, cuyo carácter y habilidad le hacían fácil desviar las insistentes y no siempre discretas preguntas, se retiraron, con la visible intención de no ser abordados.

Pasada la media noche, regresaron las comisiones y volvieron también los ministros, reanudándose la sesión. El doctor Pellegrini había dicho a la comisión respectiva que cuatro días antes fue llamado, con Roca y Levalle, a un acuerdo de Gobierno, para consultarles una política de conciliación y anunciarles que en caso de no prosperar tal política, el presidente renunciaría. Que él había opinado que ese plan era conducente, pues las cosas en vez de mejorar con el sometimiento de la rebelión se habían empeorado, estando en esos momentos sublevadas hasta las piedras de la ciudad. Su frase final había sido: «no se puede gobernar sin dinero, sin fuerza y sin opinión». Habría añadido, además, que si llegaba el caso de renuncia del presidente y él notaba que no lo acompañaba el pueblo, también renunciaría.

Después había preguntado a la Comisión si ya les habían dicho «lo de la deuda externa». Y como se le contestara negativamente, había añadido con gesto de extrema preocupación: «luego les dirán: para tal fin sin duda los han convocado; y eso es lo que yo no sé cómo vamos a salvar».

El general Roca había referido sustancialmente lo mismo, añadiendo que, a su juicio, la gravedad de la situación avanzaba por horas, porque la sublevación no podía ser concretada ni dominada en un punto cierto, desde que estaba en todas partes; y el general Levalle dijo haber manifestado al presidente que él había sido y sería siempre un soldado del orden y de la ley, pero que después de lo sucedido no podía responder de la fidelidad de los demás. Que si se trataba de pelear con fuerzas organizadas, fueran pocas o muchas, podía contarse con él; pero si era contra el pueblo indefenso, mujeres y niños, ¡jamás!

Terminada la exposición de las Comisiones, tomó la palabra el ministro Sáenz Peña y con acento más solemne que elocuente dijo: «Debo hacer saber a los señores miembros del Congreso que interrogado por varias de nuestras legaciones sobre la garantía real de los millones de bonos hipotecarios que el gobierno está tratando de negociar en Europa, para salvar las actuales urgencias, he debido responder que no existe ninguna hipoteca realizada y por tanto ninguna garantía. Y he procedido así porque estimo preferible para el país aparecer como insolvente antes que como fraudulento». Acto continuo el doctor García, ministro de Hacienda, añadió, sin énfasis, y como continuando una exposición: «pues es preciso que sepan ustedes que el 15 del corriente tenemos que pagar en Europa 500

000 libras esterlinas, por el servicio de la deuda externa y la garantía de los ferrocarriles, y no disponemos, en total, de más de 35 000 pesos moneda nacional».

## V

El efecto que produjo esta revelación fue primero de asombro y luego como de espanto y rabia: se vio de golpe el fondo de un abismo: ¡la República en quiebra! Un ronquido sordo y angustiado, mezcla de sorpresa y acaso de remordimiento, por tantas condescendencias, salió de los pechos. Todos se pusieron de pie, abandonando la compostura sin preocuparse más de los ministros, que se retiraron en silencio, ya porque así lo tuvieron prevenido o por lo escabroso de la escena.

Los congresales hablaban atropelladamente. Se recordaba el mensaje de las sesiones de prórroga del año 89: «tenemos depositado en Europa el servicio de la deuda hasta el año 91; tenemos recursos a la mano por 154 millones»; ¡y la realidad era esa bancarrota! Se maldecía del favoritismo que había desparramado el dinero de los bancos a cambio de papeles incobrables; se recordaban las predicciones antes maldecidas de la prensa; se blasfemaba de la ocultación oficial y de la mentira, sobretodo de la mentira, encubridora del derroche y compañera de la soberbia. Algunos clamaban contra la rebelión desatentada que había agravado la crisis, convirtiendo las dificultades momentáneas en una posibilidad de ruina.

Los más tranquilos o los más cavilosos hacían comentarios sobre la actitud discordante de los ministros Zavalía y Sáenz Peña: el primero convirtiéndose en el salvador de Juárez —por quien había tenido poco antes un duelo con Del Valle— y el segundo tratando de hacer méritos ante el partido y el país. De tal suerte se sospechó que en la reunión ambos habían procurado tramitar sus ambiciones de candidatos presidenciales: uno defendiendo al presidente a toda costa; y el otro aun a costa del presidente. Al finalizar la reunión era común el parecer de que cuanto acababa de pasar era que el doctor Juárez, impertérritamente leal con sus partidarios, les había hecho anticipar las causas que iban a motivar su renuncia; y todos, inclusive los que hasta entonces habían pensado que esa renuncia sólo podía servir para aumentar el desorden, comprendieron que se volvía inevitable, si se trataba de aunar las mejores fuerzas del país para salvarlo. Los congresales se fueron retirando por grupos, casi a la madrugada, afiebrados y sañudos. Al recorrer las dilatadas galerías de la Casa de Gobierno, apenas palidecidas por la aurora, no faltó quien imaginara la sombra de Sarmiento vociferando sus invectivas feroces, o la de Avellaneda, ático hasta en los desastres, aconsejando

«ahorrar sobre el hambre y sobre la sed».

Esa noche terminó la presidencia del doctor Juárez. Todo lo demás fueron los trámites de la sucesión, espectáculo siempre melancólico y a veces deplorable, que también detallaremos, ya que nadie lo ha hecho, en cuanto puede mostrar los peligros a que están expuestas las Repúblicas con los cambios súbitos de gobierno.

## VI

El lunes 4 de agosto volvió a sesionar la Cámara de Diputados, tratando asuntos nimios y ajenos a los sucesos.

Los congresales ya estaban tranquilos: no se dudaba de la próxima renuncia del doctor Juárez y se confiaba en la eficacia de Pellegrini y Roca, para salvar las urgencias económicas. La visión de lo real sucedía a la pesadilla nocturna. Pero el pueblo que, sin prensa, ignoraba todo, presentaba muy distinto aspecto. Desde el recinto habían sido oídos los tumultuosos gritos de la calle. Por eso se levantó la sesión antes de las cuatro de la tarde.

El tiempo se había descompuesto: la atmósfera preparaba un escenario adecuado al drama. La ciudad era barrida por un viento huracanado del sudeste — la vulgar *sudestada*—. Las hinchadas olas del Plata chocaban con los pilotes del puerto en construcción, casi al pie de la Casa Rosada. Las hojas hirsutas de las palmeras de la Plaza se arrollaban sobre sus escuetos troncos, como bufandas sobre el cuello de un tuberculoso. Frecuentes chubascos dispersaban a los grupos, que se refugiaban en las arcadas de la Catedral, el Cabildo, la Recova y la Casa de Gobierno. El más cercano había invadido el Congreso.

A la muchedumbre de los días anteriores, se añadían millares de pequeños empleados impagos. Los precios de las subsistencias subían. La ignorancia del valor de la moneda hacía preferir el cierre de los negocios a la venta aleatoria y al pago dudoso. Las noticias —falsas o exageradas casi siempre— de asaltos en los alrededores suprimían los envíos de la campaña surtidora. El pequeño crédito desaparecido, los ahorros domésticos agotados. Esto empujaba a la superficie grupos de una clase de gente que «antes nadie había visto», y que constituye la sorpresa de las revoluciones. No disimulaban su miseria con despreocupadas hidalguías, al viejo estilo criollo: la gritaban: ¡se creían robados y tenían hambre! Y al contemplar en el anochecer frío y borroso, revolviéndose sobre el agrío

empedrado de entonces, aquella masa que al volver a su casa no tendría mesa puesta ni con qué ponerla, los informados del fenómeno europeo podían caer en cuenta de que la capa del estratificado social que soporta el peso de todas las otras, había sido traída a la superficie por el sacudimiento y reclamaba su derecho a la vida. La ciudad de medio millón que había hecho avenidas y palacios suntuosos había segregado también de su entraña nuevas indigencias y desamparos. Los partidos socialistas aún no habían aparecido en la República, para encauzar tamaño fenómeno.

Entretanto, esta clase hosca, dolorida, de lenguaje rudo y aspecto astroso, también creía en la terminación de sus sufrimientos con la caída del «Unicato». Ignoraban su significado, pero gritaban la palabra como interjección.

Y así aquel conglomerado de patriotas, honestos y desordenados, pobres, empobrecidos y hambrientos, lanzaba sus anhelos, sus rebeldías y sus dolores, en el coro de algún estribillo o en gritos exasperados. No había jefe, organización ni plan, pero sólo los ausentes o los ofuscados pudieron dejar de ver que una terrorífica tormenta estaba por desencadenarse. Los mil equilibrios por oposición de intereses, de caracteres, de partido y hasta de supersticiones y vanidades, sobre los cuales descansa el orden social, habían desgastado las aristas de sus aisladores egoísmos bajo la presión de la necesidad: la falta de dinero servía de denominador común a las pasiones más opuestas, que desembocaban y se confundían en la cuestión política, como los ríos se confunden en nuestro estuario. Hasta los que acudían como curiosos, contagiados por el ambiente, se transformaban en energúmenos.

Se había llegado al estado de uniformidad que sólo sigue a los despotismos o precede a las explosiones. En este caso era la verdadera revolución, suscitada y malograda por el motín militar, que renacía, no como obra de una parcialidad, sino de todo el pueblo. Sólo los pretendientes, de uno y otro lado, no la vieron, agotados los unos por la derrota y encandilados los otros por esperanzas delirantes.

## VII

Al terminar la sesión del lunes, se supo en el Congreso que habían renunciado los ministros Sáenz Peña y García y que el doctor Zavalía, aferrado a la idea de sostener al presidente, iniciaría gestiones ante el doctor Bernardo de

Irigoyen, para formar gabinete. El plan produjo más incredulidad que expectativa. Don Bernardo —pues gozaba de la consagración democrática del nombre propio—, si bien era notorio opositor, no pertenecía a ningún partido; pero él solo lo valla. Rosista en sus mocedades, no había abjurado su tradición federal, por lo que fue descalificado por el general Mitre como candidato a la presidencia, castigando como contumacia lo que, acaso, sólo era distinción y altivez. Durante Avellaneda y Roca había alcanzado grandes prestigios en las clases dirigentes, pero sin dejarse amar más allá de la consideración, ni hacerse temer por el pueblo. Chapado a la antigua, y desde su confortante mansión de la calle Florida, centro de intelectuales y políticos, continuaba gastando la cortesía de los «bien educados» de su tiempo, lo que contrastaba con el realismo y llaneza sin ambages —atrevidos y mal criados para nuestros antepasados— de las nuevas costumbres. Su porte era señorial, su frase escurridiza, su concepto atenuado. Aparecía siempre flexible sin sometimiento y tenaz sin desplantes. Su lema parecía el inverso del de Alem: «que se doble pero que no se rompa». Sólo en último trance sus resoluciones se volvían netas y su palabra alcanzaba la gran elocuencia. Hasta sus íntimos caricaturizaban sus frases atildadas. Pero los políticos entendían que en hombre de semejante espíritu, y que tenía digerida la política de tres generaciones, la excesiva urbanidad era coraza contra lo vulgar y constante, aunque sólo aparente transigencia, bien podía ser ironía, cuando no táctica de político amnistiado. Don Bernardo, naturalmente, no deshaució de golpe al doctor Zavalía: pidió un plazo para contestar, lo que hizo creer a algunos cándidos o interesados, en la posibilidad de una solución. Pero al otro día contestó «que ni él ni sus amigos formarían parte de un ministerio del doctor Juárez, y lo que aconsejaría a éste el patriotismo, si lo consultara, sería que se eliminase del gobierno, renunciando inmediatamente a la presidencia». Se dijo que el doctor Juárez, irónico incontenible, fue el primero en festejar el «éxito» de su ministro; y envió en el acto su renuncia al presidente de la Cámara de Diputados, general Mansilla.

## CAPITULO 14

I. Expectativa. — II. El ministerio del doctor Rocha. — III. La agitación en el Congreso. — IV. La Comisión de Diputados ante el doctor Juárez. — V. Texto de la renuncia. — VI. La Asamblea. Discursos de Mansilla y Rocha. Aceptación de la renuncia. — VII. El júbilo de la ciudad. — VIII. El doctor Pellegrini y el empréstito interno. — IX. Manifestaciones públicas. — X. La toma de posesión del mando. — XI. El doctor Alem. — XII. Banquete al doctor Alem, su discurso. — XIII. La polémica de Alem y Pellegrini.

### I

Pero pasaba la tarde del día martes y el general Mansilla no presentaba la renuncia. Respondía a las frecuentes solicitaciones, que estaba esperando mandasen también sus renunciaciones Roca y Pellegrini, porque a esa condición había renunciado el doctor Juárez. Como si tal sucediera el presidente de la Cámara de Diputados habría de quedar de presidente provisorio, surgieron variadas y no amables sospechas.

Se desconfiaba tanto de alguna combinación palaciega que sugestionara al general, como de las viarazas propias de su genio. ¿No se estaría reproduciendo en plena Plaza de Mayo el sueño de Leubucó: *Lucius Victorius Imperator?*

Varios congresales y periodistas ocurrieron a Roca y Pellegrini. Ambos se mostraron sorprendidos de que la renuncia contuviera tal condición, que creyeron auténtica. Pellegrini dio una nota a *La Prensa* en la que decía: «que el doctor Juárez cumpla con su deber como lo entienda; que yo sabré llenar el mío sin necesidad de interpelación de nadie. Debo ocupar por ministerio de la ley una presidencia que me llega sin haberla solicitado. Llenado ese deber yo sabré cumplir en seguida con el que me señalen la opinión del país y mi partido».

El general Roca expresó: «que estaba dispuesto no sólo a renunciar la vicepresidencia del Senado, sino su puesto de senador y hasta su grado de general, en cualquier momento en que se creyera que con tales actos contribuyese a librar al país de las *vacilaciones aciagas* y de las *graves agitaciones que amenazaban el orden y la estabilidad de las instituciones*». Entretanto algunos íntimos del doctor Juárez, únicos

que lo abordaban, aseguraron que no había puesto condición alguna a su renuncia. Pero al general Mansilla ya nada lo arredraba. Gallardo y pintoresco, como siempre, con el sombrero de copa terciado y el habitual monóculo, iba y venía, con la renuncia en el bolsillo; se encerraba por largos ratos en su despacho, con el doctor Rocha, y no refería a nadie de qué trataban, cosa dentro de su modalidad de ser excesivo cuando hablaba y sigiloso en lo que hacía, por tener experimentado, como él mismo solía decirlo, que cuando hablaba todos lo aplaudían, y cuando obraba nadie lo seguía.

Llegaba la noche y la expectativa se iba convirtiendo en agitación entre los congresales. No estaba menos violenta la muchedumbre de la plaza, que venciendo el obstáculo complaciente de las guardias y despreciando la inclemencia del tiempo, había arribado en masa hasta las verjas del Congreso. En tales momentos el general salió agitado a la vereda y en actitud de caudillo popular, anunció que el doctor Juárez acababa de retirar su renuncia y encargado al doctor Rocha de formar un nuevo gabinete. Lo extraordinario de la actitud y de la noticia produjo en la ruidera muchedumbre un silencio súbito; pero satisfecha la curiosidad, el pueblo empezó a dispersarse, encrespado y amenazador, batido por el viento y la lluvia.

Esa noche no había una casa de Buenos Aires en que no se conspirase. Se dijo que el ejército se había complotado para sublevarse; pero lo único averiguado fue que se habló de no hacer fuego contra el pueblo.

## II

Los congresales no quedaron menos estupefactos: ya no se trataba de un error sino de un desvarío. Pero la sorpresa llegó a la exasperación cuando se supo que el doctor Rocha acababa de declarar a *La Prensa* que «miembros de las comisiones de diputados y senadores nombrados para hablar con el doctor Juárez lo habían invitado, con conocimiento de éste, para formar un nuevo ministerio que llenase las aspiraciones de la opinión pública y se dispusiese a encarar las tareas gubernativas que impusiese la situación». Como no había existido ni tal propósito ni tal invitación, no se ahorran sarcasmos sobre el descocamiento del general y las creederas del senador; pero todos sospechaban que el doctor Juárez no tenía parte ni conocimiento de semejantes maniobras.

Aumentó el desasosiego al saberse que el diputado que ejercía interinamente

la jefatura de Policía, militar de mérito y hombre virtuoso, pero de mentalidad vulgar y atosigado desde tiempo atrás por sueños napoleónicos, había reunido en la azotea de la casa del antiguo Congreso a varios de sus colegas para consultarles si no creían llegado el caso de que asumiera la dictadura, según un plan que esbozó.

El plan era ilusorio, pero el síntoma inquietante: la demencia del poder empezaba a contagiarse. Se refirió que dirigiéndose más a su patriotismo y a su orgullo, que a su juicio, un diputado le apagó los fuegos, diciéndole: eso no puede ser coronel porque si apareciese un dictador, la gloria de derrocarlo sería para usted.

Tales cosas, en tiempos normales, habrían sido risueñas, pero en momentos en que se jugaba la suerte del país, tenían el dejo amargo de una profanación. Las frases de Roca «aciagas vacilaciones y amenaza de estabilidad de las instituciones», empezaban a mostrar su médula.

En tal situación, varios diputados propusieron enviarle una comunicación al presidente, enterándolo de la verdadera opinión del Congreso. Aunque la proposición no halló al principio aceptación, por excusarse unos con que era insuficiente y otros con que era excesiva, los iniciadores procedieron a redactar la nota y firmarla. Casi todos se mostraron entonces dispuestos para seguir lo que se habían negado a comenzar; y algunos firmaron hasta por los ausentes.

La nota decía así:

«Los que suscriben, senadores y diputados al Congreso Nacional, sobreponiéndose a sentimientos de amistad personal nunca desmentidos y animados de un propósito de conservación pública, en momentos difíciles y solemnes, cumplen con un deber de conciencia y patriotismo al declarar al señor presidente que su renuncia es el único camino constitucional para salvar al país del peligro que lo amenaza».

### III

La reunión de los congresales duró agitada, revolucionaria, hasta altas horas de la noche. La nota ya tenía cerca de setenta firmas, número superior a la mayoría absoluta, que se formaba entonces con 44 diputados y 16 senadores. Pero los más tranquilos observaron que eso parecería una desconsideración, casi una

imposición; y se resolvió, entonces, enviar, en reemplazo de la nota, a los dos primeros diputados firmantes. La misión resultaba espinosa: se preveían recriminaciones y asperezas. Pero el doctor Juárez, noticiado previamente, accedió a la entrevista con llaneza. Al volver a pasar por las dependencias abarrotadas de mármoles, cuadros y bronce, desconcertante bazar en que cada objeto recordaba un episodio de adulación o vanidad, se despertó en los enviados, a quienes aparecían como nuevas cosas tan conocidas, la extraña sensación que suscitan los oropeles en medio de un derrumbe. El doctor Luis Sáenz Peña, en pleno prestigio de austeridad, al recorrer tal sitio como mediador, pocos días antes, había dicho que bastaría esa casa para enjuiciar a un presidente. No sospechaba, por cierto, que cuatro años después tendría que comprobar, también como presidente, que en los escollos de la democracia pueden naufragar lo mismo los pecadores que los ascetas.

#### IV

Según la narración que hicieron los diputados a sus colegas, ansiosos de conocer la verdad sobre el doctor Juárez, deformado por la prensa hasta para sus amigos, los recibió en una terraza alta, que daba al Paseo de Julio. Allí se paseaba solo; no había en la casa ni guardias ni amigos. Fuera de su aspecto, rápidamente envejecido, presentaba en su gesto y su voz completa naturalidad; no se traslucían en sus maneras, ni en su tono, amargura, resignación o dolor, y ni siquiera cualquier esfuerzo para demostrar que no se esforzaba. Saludó a los diputados como si se tratara de una visita ordinaria y, con su habitual anticipación, les dijo que ya sabía lo que pasaba y acababa de enviar la renuncia al presidente del Senado con Pablo Rueda. El mensajero era una garantía. Después de lo cual los despidió, ni más preocupado ni menos afable que siempre. Los diputados quedaron desconcertados, sin saber si habían de atribuir a frivolidad o a estoicismo tal serenidad y sencillez en hora de tanto dolor y oprobio. Los diecinueve años de silencio que siguieron, sin que el doctor Juárez se defendiese en público, ni se alejase de Buenos Aires, paseándose despreocupado y jovial por sus calles, demostrarían que en aquella hora triste ya había vuelto a reemplazar al presidente fastuoso y engreído el provinciano realista, curtido y humano de cuatro años antes. El hombre que reaparecería valía más que el presidente que cesaba.

#### V

La renuncia decía así: «He desempeñado durante cuatro años el cargo de presidente de la República con lealtad y patriotismo y había consagrado todo mi espíritu y todos mis anhelos a mejorar la difícil situación financiera por que atraviesa el país, inspirándome en los más elevados sentimientos de bienestar común y escuchando el consejo de los primeros hombres de la nación, cuando un motín de cuartel ha ensangrentado las calles de la Capital y llenado de dolor al pueblo argentino, que descansaba tranquilo en la seguridad de sus altos destinos, creyendo que había proscripto para siempre de su historia estos medios criminales de realizar revoluciones políticas y contraponer opiniones de círculo o partido.

»El motín ha sido vencido y una amnistía general y absoluta ha amparado en el olvido a sus autores; y para sellar más eficazmente mis sinceros propósitos y afirmar mi política impersonal de generosa tolerancia y amplia libertad, he invitado a los hombres más respetables y representativos a formar parte del gobierno, buscando el concurso de sus talentos, de su experiencia y de su patriotismo.

»Mis nobles esfuerzos han sido inútiles.

»La República tiene grandes compromisos de honor que cumplir en el exterior; y, en el interior, una obra inteligente y laboriosa de administración y de política que no se puede retardar.

»Dejo a otros la tarea, confiando en que serán más felices que yo; y presento a VE la renuncia de presidente de la Nación, haciendo con satisfacción el sacrificio de mi persona al inspirarme en los grandes intereses del país.

»No es el momento de discutir los actos de mi gobierno, pero por mi parte descanso seguro en la justicia de los hombres, cuando se hayan apagado las pasiones encendidas y se pueda juzgarme con ánimo tranquilo y levantado».

El espíritu claro, la visión unilateral y la sinceridad sin cautela del doctor Juárez estaban bien reflejados. Lo que sugería era lo principal: que aceptaba la caída sin desquite y sin guerra civil, recetas sudamericanas que no faltaba quienes insinuaran todavía en aquellos tiempos.

## VI

La Asamblea, presidida por el general Roca, se reunió al caer de la tarde,

lluviosa y fría. La muchedumbre en la plaza y en los alrededores ya era enorme, pero reinaba el sobrecogido silencio que precede a las ejecuciones.

Las galerías del recinto eran un racimo. La sesión impresionante como todo lo decisivo, carecía de la emoción de lo desconocido, desde que nadie ignoraba el desenlace. El ambiente entre los políticos oficialistas era de abatimiento. ¡Tantos entusiasmos, vehemencias y altiveces trocados en desengaño, si no en remordimiento! Un amigo particular del presidente hizo constar más su lealtad que un voto en contra de la renuncia, «ahorrando las razones de su actitud por consideraciones de patriotismo y de prudencia política en las circunstancias solemnes por que atraviesa el país».

Y esta sentida discreción habría sido imitada por todos, votándose en silencio, si no hubieran pedido la palabra sucesivamente, ante el general disgusto, el diputado Mansilla y el senador Rocha. Mansilla, largo siempre en digresiones, mostró su elocuencia y su destreza para la paradoja y Rocha trató de cohonestar sus últimas andanzas. Los congresales estimaron que ambos estuvieron por debajo de su capacidad y del momento. Hablar en favor o en contra era discutir una muerte de la que sólo faltaba labrar el acta. El doctor Rocha terminó éste, como su anterior discurso, poniéndose de pie y diciendo en son de proclama: «en nombre de la patria, aceptemos esta renuncia por aclamación; de esta manera los amigos del presidente de la República le harán un honor y podrán decir al país que la han aceptado porque era una suprema necesidad reclamada por el bien público».

Sin tomar en cuenta tal pedido, se resolvió votar nominalmente. Resultaron 61 votos por la aceptación y 22 por el rechazo de la renuncia.

Pero fue opinión de los informados de que si se hubiera necesitado de los votos en contra, éstos también habrían votado a favor; tan general era el sentir de que así se salvaba de quién sabe qué calamidades al país, al partido y al mismo doctor Juárez.

## VII

Proclamada la votación, desapareció de golpe la gente de las galerías y pasillos. Poco después la ciudad trepidaba: los rugidos de la plaza se dilataron en un instante por todos los rumbos. Era un resonar de campanas echadas a vuelo, de gritos de júbilo, ráfagas de música y oleaje de multitudes, cuyo fragor se

aumentaba por la singular sonoridad de la noche brumosa.

Todo el mundo se echó a la calle, sin distinción de nacionalidad, de clase, de sexo ni de edades; en el centro no había un adoquín sin su hombre.

Los sitios públicos eran asambleas, se improvisaban tribunas, se coreaba el himno, se brindaba, se abrazaban los desconocidos. Se vivaba a los hombres notables de todos los partidos. Pero, sobretodo, predominaba el «viva la Patria». Era un grito estremecido, supremo, como la emoción del primer amor, o de la salvación de la madre en peligro. Las mujeres, especialmente, daban una nota conmovedora de entusiasmo.

Las frases del himno alcanzaban la temperatura de cuando fueron escritas: coreadas con voces enronquecidas y lágrimas en los ojos, parecían un clamor de gloria, sacrificio y heroísmo lanzado ante la comunidad universal. Era la Asamblea del año 13 transformada en muchedumbre. Y así lo sintieron algunos extranjeros ilustres que estaban de paso. ¡Por fin retornaban los días felices de la altivez argentina, para los patriotas; y de la vida sin pobreza para los positivistas! En muchos comercios no se quería cobrar el consumo y en algunos escaparates apareció la leyenda «el oro a la par». Ardían fogatas y se prendían cohetes en las calles. «Era una explosión y un delirio —decía *La Prensa* en su editorial—; los más grandes acontecimientos, las más grandes victorias nacionales no fueron celebradas con más espontaneidad, con más frenesí». Y *La Nación*, reaparecida el día 7 de agosto, después de su absurda clausura, escribía con pluma incisiva: «Saludemos el albor de la nueva era. El pueblo ha entonado ayer el saludo inmortal con el alma henchida de emociones y esperanzas, la ciudad, de un extremo al otro ha sido un vasto teatro de indescriptible alborozo. Todo el mundo estaba en la calle. Nadie se estacionaba en un sitio, era un ansia nunca satisfecha de andar y andar. Se formaban en columna centenares de ciudadanos que llevando a la cabeza la bandera nacional, recorrían las calles en medio de gritos frenéticos. Imponentes manifestaciones ha conocido este pueblo generoso; pero siempre han tenido un itinerario y un programa. Esta vez la ciudad entera ha sido convertida en un escenario de júbilo».

El domicilio del doctor Pellegrini, que era una modesta casa baja en la calle Florida al llegar a Viamonte, se llenó de todo lo más calificado de la sociedad, de las finanzas, de la política, del ejército y hasta de algunos sacerdotes patriotas.

En la calzada había una multitud apretada hasta la asfixia que reclamaba con rugidos de tormenta la presencia y la palabra del nuevo presidente. El presidente no aparecía, entretanto, y sólo se sabía que estaba encerrado con un grupo de banqueros y hombres de fortuna, seleccionados entre los concurrentes. Lo que allí pasó, según se supo después por alguno de los presentes, fue esto: Pellegrini tomó la palabra y dijo con una solemnidad a la que comúnmente no era aficionado: «la Constitución acaba de hacerme presidente, pero la ruina que amenaza al país me prohibiría aceptar el puesto, si no fuera capaz de evitarla, en cuyo caso el patriotismo me aconsejaría dejar el lugar a otros que pudieran salvar la situación y a cuyas órdenes yo sería el primero en ponerme. [Aludía evidentemente a Mitre y Roca]. Necesitamos de ocho a diez millones de pesos para pagar en Londres el 15 del corriente mes, es decir de aquí a nueve días, el servicio de la deuda externa y la garantía de los ferrocarriles; en el Banco Nacional no tenemos nada; si no pagamos seremos inscriptos en el libro negro de las naciones insolventes. Sólo la ayuda de todos los que están en condiciones puede salvarnos: ¡reclamo de ustedes esa ayuda en nombre de la patria! Se trata de una contribución inmediata y reservada, porque si divulgáramos lo que pasa, agravaríamos con el pánico, hasta hacerlo incurable, el mismo mal que tratamos de remediar. Si no tenemos el coraje de apelar los bienes, podemos perder lo que nos queda a más de lo que ya hemos perdido, sólo arriesgándolo todo podemos salvarlo todo. Aquí en este pliego he proyectado las bases de un empréstito interno: los invito a ustedes a suscribir y pagar de inmediato, al contado, ese empréstito, que será una deuda de honor para la Nación; el resultado de la suscripción me dirá cuál es la confianza que inspiro y determinará mi aceptación o renuncia del gobierno».

Y entregando el pliego a los más cercanos, pasó a las habitaciones contiguas. Los circunstantes leyeron por pequeños grupos el papel y fueron anotando las cantidades con que contribuían. Un rato después volvió Pellegrini y haciendo la suma, se irguió exclamando. «¡Dieciséis millones! Bueno: ¡ahora sí soy presidente! Mis ministros serán el general Roca, el doctor Eduardo Costa, el doctor Vicente Fidel López, el doctor José María Gutiérrez y Levalle». Y saliendo luego a la vereda acompañado de aquel grupo que lo aclamaba enardecido, arengó fogosamente a la muchedumbre.

Las manifestaciones desfilaron como avalanchas, durante toda la noche, al son del «ya se fue, ya se fue, el burrito cordobés». Hasta la madrugada se oía en todos los barrios acercarse o alejarse el precipitado redoble. Pero fue de notarse que nadie atacara ni intentara agredir la persona ni la casa del doctor Juárez. La guardia que el nuevo gobierno le estableció, a pesar de su viril y áspero rechazo, fue retirada por innecesaria. Esta conducta popular, rara en casos tales, demostraba la falta de agravios y el fondo noble del pueblo. ¡El único y pintoresco ensañamiento fue contra los faroles! No quedó uno sano, ya fuese del alumbrado público o de los carruajes de plaza. El farol había sido convertido por la oposición en símbolo del juarismo, desde que el presidente del comité, doctor E. Zeballos, lo usó, durante la campaña electoral, a guisa de antorcha para las manifestaciones nocturnas. En las caricaturas del *Quijote* aparecía siempre el doctor Juárez tocado con un farol. La muchedumbre, más traviesa que cruel, inventó así una agresión simbólica para completar, según es su costumbre, la alegría propia con alguna molestia ajena. Naturalmente, nadie tomó en cuenta que los vidrios rotos tuvieran que ser pagados exclusivamente por la municipalidad y los cocheros.

El día siguiente y todo el resto de la semana fueron prácticamente feriados. De cada edificio colgaban banderas y gallardetes. La profusión de los colores nacionales en portales, balcones y azoteas, daba la impresión de que el cielo hubiera bajado a las aceras. A cada rato se formaban manifestaciones que iban a saludar a *La Nación*, *La Prensa*, *El Diario*—, y a Rocha, Pizarro, Del Valle y otros prohombres. En cada ocasión se pronunciaban discursos en los que, como es corriente, el orador trataba de interpretar a la multitud y la multitud más que aplaudirse a sí misma en el orador que de escuchar los discursos.

## X

La toma del mando por el presidente el jueves 7 de agosto fue un acto desbordante. Los banqueros y bolsistas habían resuelto reunirse en los alrededores de la casa del presidente a medio día, para acompañarlo a la Casa de Gobierno; pero en breve la afluencia del público convirtió la calle Florida en una inmensa ola popular. Al pasar a pie el presidente, las damas arrojaban flores. La multitud ondulaba más que se movía. Al llegar a la Casa de Gobierno, se presentó un nuevo espectáculo: «no sólo en la Plaza de Mayo, sino en las azoteas, en los balcones, encaramados en las ventanas, sobre los coches de los tranvías detenidos para utilizarlos como palcos, en los carros de tráfico, invadidos por los grupos de curiosos, una inmensa muchedumbre, excitada, alegre, bulliciosa, esperaba la

llegada del doctor Pellegrini, prorrumpiendo de vez en cuando en explosiones de júbilo».<sup>[1]</sup>

Al penetrar el presidente a la Casa Rosada, como la guardia quisiera detener a la muchedumbre, ordenó «que se dejara entrar a todo el mundo, y que la policía se retirara del edificio».

Llamado por el público, salió repetidas veces a los balcones y pronunció un discurso en que indicó la necesidad de dedicarse de inmediato al trabajo; pero no había consejo capaz de detener el entusiasmo ciclónico del pueblo. Para el mismo presidente tal consejo era más fácil de ser pensado que cumplido. Los que lo rodeaban entonces solían recordar que nunca vieron aquella estructura física y moralmente recia, más entregada a las ingenuidades de la emoción. Su actitud contra la política de Buenos Aires el 80 y el 90, le había traído alejamientos que lo mortificaban. Al verse ahora rodeado por los camaradas de la infancia, como segundo presidente porteño, después de cuatro provincianos, cuando aún el localismo tenía sentido; y en la altura de la vida —40 años— en que se empieza a mirar hacia atrás, solía referir él mismo que los recuerdos del muchachote alsinista (*el gringo*, como le decían sus amigos de la infancia), de los viejos pugilatos callejeros, le apretaron la garganta.

Y los más cercanos contaron haber visto correr lágrimas por el rostro «bismarckiano» de aquel político cuyo prestigio nacía tanto del empuje para desafiar riesgos, como de la incapacidad para defenderse de su sinceridad.

Durante cuatro días la Casa de Gobierno fue una romería. Toda clase de gentes recorrían los salones, ocupaban los sillones ministeriales, iban de un lado al otro, sin cansarse de ver e imaginar.

No se contentaban con la muda realidad; parecían desear que las cosas hablaran. Hasta hubo quienes preguntaran dónde estuvo el tesoro robado y dónde hicieron poner Baring Brothers la bandera de remate de la Casa de Gobierno. ¡Tristes alucinaciones del poblacho, nacidas no sólo de las exageraciones de la prensa, sino del distanciamiento entre el gobierno y la masa del pueblo, caso siempre amenazante en las Repúblicas!

## XI

En medio de tan luminosa efusión, había un punto negro. El doctor Alem no

aparecía en ninguna parte. Al estallar el júbilo popular, el doctor Del Valle concurrió a la Plaza de Mayo con un grupo de jóvenes revolucionarios y pronunció desde el atrio de la Catedral un discurso demasiado breve y pobre para tal ocasión y tamaño orador. Con su séquito, que no alcanzó a singularizarse ni por su número ni por su partidismo en medio de la efusión general, desfiló luego hasta el Comité. El local de la Unión Cívica —Florida entre Cangallo y Cuyo— estaba a oscuras. Se dijo, y lo imputó a Alem, más tarde, el mismo Pellegrini, que «había mandado enlutar los balcones de la Unión Cívica».

Acosado por sus amigos consintió, por fin, en incorporarse al movimiento general yendo en manifestación, no ante los gobernantes, sino ante la Pirámide de Mayo, donde en breves palabras significó que se había obtenido un gran triunfo; pero que era necesario perseverar para completar la obra de la *regeneración*. Luego disolvió allí mismo la manifestación, que, como todas, intentaba recorrer las calles e ir a saludar a las autoridades, prohombres y periódicos.

Después volvió a su retraimiento, enigmático y hosco. Un numeroso grupo de sus admiradores, de todas las tendencias, en que predominaban los jóvenes revolucionarios, promovió entonces una manifestación de los miembros de la Unión Cívica «para solemnizar el triunfo y en honor de su presidente doctor Alem». Tenía algo de desagravio, por las alegrías de que no había participado, o de consuelo por la derrota que debía soportar.

La manifestación se realizó el martes 12 de agosto y el doctor Alem pronunció un discurso, que según lo que escribió, que siempre era inferior a lo que hablaba, contenía una justificación de la revolución y un programa para el futuro. «Es necesario no olvidar —dijo— que la parte principal de la acción corresponde al pueblo». Con esta afirmación, al parecer superflua, trataba de contestar un editorial de *La Prensa* del día 8, que tuvo en aquellos días honda repercusión, y en el que, con un acierto raro, por lo inmediato, se decía: «muchos han creído que asistimos al triunfo de la revolución y de este juicio brotan preocupaciones: si se trata de regenerar el gobierno, es cierto; pero entonces la revolución comprende lo mismo a los vencidos que los vencedores, pues unos y otros han pugnado por llegar al mismo resultado que en definitiva es la obra de los poderes públicos inspirados en la opinión. Hemos salvado a un tiempo el principio conservador del gobierno y el principio salvador de la libertad. El triunfo de la revolución no habría sido una solución sino el principio de una serie de trastornos».

Luego añadió Alem: «La revolución iba a estallar otra vez, mudándose más grandiosa de lo que acababa de ser, pero la resolución del presidente la ha

desarmado». Esa extraña revolución que *iba a estallar* a la vez que *iba a iniciarse*, demostraba que Alem, encerrado en su casa, no vio la revolución espontánea del pueblo y del Congreso, que no se dejaron desarmar por el doctor Juárez, sino que lo derribaron con su tranquila eficacia. Luego añadió: «que la obra de la Unión Cívica debía ser continuada con la misma actividad y energía del presente, porque el rayo de luz espiritual que el creador ha impreso sobre nuestras frentes como nación, nos impone sagrados y altos deberes en el concierto humano siendo ésta nuestra tradición gloriosa; y si nuestros padres han contribuido con sus esfuerzos a la conquista del derecho y de la libertad en una gran parte del continente sudamericano, nosotros tenemos el derecho y el deber de enseñar y difundir ese derecho, perfeccionándonos de día en día, constituyendo una moral propia en todas las esferas de la vida, que sirva de enseñanza y de fuerza inspiradora para todos los pueblos, porque nuestra vida política debe ser un certamen de honor y de competencia; y cuando nos hayamos organizado bajo esos severos preceptos morales y hayamos ocupado el puesto que nos está señalado en la marcha del mundo, recién entonces podremos experimentar la dulce y retempladora melancolía que produce la conciencia del deber cumplido en su más alto concepto».

## XII

Este balbuceo de corte místico, en hombre tan categórico, marcó el punto en que terminaba el político y comenzaba el apóstol. Ya apuntaba el nuevo credo: «regeneración», «una moral propia», «una política certamen de honor». Había divisado desde lo alto de la popularidad la tierra prometida, y auscultado la pasión por la libertad, y el anhelo invencible del pueblo por avanzar en el gobierno de sí mismo, compendiado en su libro sagrado: ¡la Constitución! Estaba transfigurado. ¡Saulo se había convertido en el camino de Damasco! No descendería de la montaña sin las nuevas tablas de la ley. Desde entonces cambió su aspecto: el antiguo chambergo fue sustituido —acaso porque lo monopolizaba Mitre— por la solemne galera de felpa; y la habitual levita negra, por un saco largo, a guisa de vestimenta sacerdotal. No recortó más el bigote y la pera enormes, tan emblemáticos de su hombría. Los viejos políticos, inclusive los fundadores del templo, le parecieron retrasados, desde que transaban con lo viable y lo práctico. No admitió más «la república posible en marcha hacia la verdadera» de Alberdi; exigió, con palabra convulsiva, lo extremo, lo perfecto, sin indicar los medios ni precaverse de la embriaguez de las masas con los ideales inaccesibles. Parecía pensar desprendido de la realidad, como un profeta oriental, rastro acaso de su

ascendencia asiática. Y sin más resguardo que el revólver del suicida contra las asechanzas de la pobreza, la enfermedad y el acobardamiento o la indiferencia del amigo, avanzó ante el país, indómito y profético, convertido en símbolo y evangelio de una democracia sin transigencias y una política sin conciliaciones. Iba a sumergirse del todo en el alma exagerada, temeraria e ingenua de la muchedumbre, tan parecida a la suya. Y siempre conspirando, febril, sin otro hogar, tertulia o cátedra que el comité político, halagado por los arrebatos de la calle o perseguido y preso, «daría todo lo que hombre puede dar humanamente al pueblo, luchando siempre desde abajo».<sup>[2]</sup>

La multitud estremecida por el magnetismo de su voluntad y la sinceridad de su fe, y sabiendo que era talentoso, pobre como un monje y, fuera de la batalla, bueno, dulce y triste como un poeta, lo amó con fervor, cada palabra radical en que resumió su temperamento más que una doctrina, dejaría hondo surco en la tradición argentina. Su última ofrenda al pueblo sería la de su vida, rendida en un gesto supremo de abnegación y orgullo. Y así pasó a la historia, como prócer, después de encarnar el ideal político más avanzado y un mesianismo siempre peligroso en las democracias, este varón impresionante, a quien ayudaron, el destino, librándolo de gobernar y la virtud estoica haciéndolo elegir la hora de su muerte.

### XIII

En los últimos tiempos de su tempestuosa carrera debía chocar con Pellegrini. Era un encuentro dispuesto por el destino. Casi de la misma edad, viriles y gallardos, se habían destacado, niños aún, en la guerra del Paraguay y más tarde en las bravías filas alsinistas del 74. Sus caracteres y el curso de los sucesos los llevaron a la rivalidad. Iguales en patriotismo, coraje y desinterés, Pellegrini sobresalía por su talento; Alem, por sus anhelos. Aquél, estadista a la europea, lo fiaba todo a las leyes, la previsión y el trabajo; éste, más apóstol que político, al instinto, la inspiración y el carácter. Dentro de un mismo ideal democrático, Pellegrini aspiraba a elevar a las clases desvalidas; Alem a disminuir a las clases prepotentes; uno nivelar al pueblo por lo alto, el otro por lo bajo. La eterna lucha; patricios y plebeyos.

Del choque de estas dos fuerzas, resultó un vencedor. El talento y la humanidad de Pellegrini conquistaron la admiración de los contemporáneos. Se dijo que con su carta, que quedó, incomprensiblemente, sin respuesta, le había

alcanzado a Alem el arma con que se suicidó. Pero la enorme vibración que siguió a la muerte de éste reveló que no todo había desaparecido. Su cuerpo había muerto; pero su alma se hizo multitud. Su concepción extrema, semimística, de la virtud y de la libertad, rubricada con su muerte, quedaría como la interpretación auténtica de una nueva aspiración argentina.<sup>[3]</sup>

## CAPITULO 15

I. La convalecencia. Acción del general Mitre. Origen del Partido Socialista.  
— II. La evolución operada. — III. Los políticos de los medios suceden a los políticos de los fines. Roca y Pellegrini. — IV. Mirada retrospectiva. — V. Mirada al porvenir.

### I

Unos años después la crisis había terminado, aunque el oro no había bajado. Los sucesos del 90 aparecían ya, ante la enorme capacidad de olvido de los pueblos nuevos, como la enfermedad que se padeció sin tenerla, mal frecuente en la juventud.

El país, sin embargo, había aprendido, en la inevitable escuela del escarmiento, que el saber ser rico también requiere un aprendizaje a base de juicio y previsión, ya que sólo se asegura la libertad propia cuando se cuida la ajena. Una vez desvaída la rubicundez de la fiebre, apareció la faz escuálida del convaleciente; se constató una inmovilización, destrucción o derroche por la inexperiencia y el caciquismo, de más de mil millones. Surgieron, como el vendaval tras el terremoto, el riesgo de guerra exterior, la conmoción interna y la inminencia de una bancarrota por la quiebra de todas las casas de crédito. Pero nuestro ánimo fue superior a nuestros contrastes. La República se allanó a la modestia con la misma resolución de los días en que estaba boyante en la fortuna. Se inició, sin amarguras, una era de economías de la que el nuevo presidente sabía chancearse, llamando a las recepciones de congresales que daba en la Casa Rosada «los tés sin leche» presidenciales. Los hombres se agrandaron. Mitre, al regresar, echó todo el peso de su prestigio en pro de la reconstrucción pacífica del país. El elemento pensante y tradicional de la Unión Cívica lo acompañó: las dos viejas fuerzas gobernantes — nacionalistas y autonomistas — volvían a juntarse a la luz del medio día, para vivir su último y luminoso atardecer.

Mas la mayoría de la nueva formación nacional, convirtiendo su instinto en doctrina, siguió apasionada y tumultuosamente a Alem, intérprete con su temperamento, antes que creador con sus ideas, del irresistible movimiento que surgía a borbollones de la entraña del pueblo, en pro de una más amplia y verídica

libertad política.

Otra parte de la juventud revolucionaria impresionada por el desamparo a que estaban sometidos lo económico y las nascentes clases trabajadoras dentro de los métodos de la política tradicional, dirigió su vista a las ideas constructivas que venían circulando por la Europa, en procura de una mayor justicia social. De allí nacería el Partido Socialista Argentino, hijo póstumo de las experiencias del 90.

## II

La evolución estaba operada: lo futuro empezaba a llegar y lo pasado a irse. Las naciones avanzan sin sentirlo; lo presente siempre está de paso. Los sacudimientos a producirse no significarían, sino los remolinos que se forman «al confundirse las aguas dulces con las aguas amargas en la linde de los ríos y de la mar». El arroyo republicano se transformaba en río caudaloso; perdería en profundidad lo que ganaba en extensión. El general Mitre tuvo nueva ocasión de mostrar su comprensión del futuro y su férrea confianza en el poder de las ideas y de la virtud. Pudo decirse de él, como Tucídides dijo de los últimos años de Pericles; «que no debiendo su crédito sino a medios honestos, no tenía necesidad de adular las pasiones populares, pues su consideración personal le permitía desafiarlas con autoridad». Fue voz corriente que cuando el administrador de su diario lo notició de que se estaba produciendo una «borratina» de suscriptores (ingenua arma política de la nueva época) le contestó con la fría calma de una sentencia: «si llegare el caso de no quedar más suscriptores, tire sólo dos números, uno para la colección y otro para mí». ¡Y se trataba de la obra de toda su vida!

Después de renunciar a su indiscutida candidatura presidencial prefiriendo ¡raro caso! la libre evolución de la República al poder para su persona, quedó transformado en el patriarca nacional que daba el rumbo con su experiencia y lo imponía con su prestigio.

El Congreso, a su vez, sin cambiar de hombres, reasumió su olvidada dignidad, se formó una fuerte oposición; y fue fama que cuando le llevaron —al estilo antiguo— la *delación* al presidente Pellegrini, éste contestó ante el asombro de los denunciantes: «¡qué suerte, la máquina ya tiene válvula de seguridad!». La libertad política, las viejas virtudes y la tolerancia —comprensión extrema de la solidaridad— salvaron a la República.

Aquel último decenio del siglo XIX fue la época más equilibrada de nuestra corta vida institucional. Algún día el mismo Aristóbulo del Valle, vuelto al Congreso, se enorgullecía de que los consulares de todos los partidos se sentaran en el Senado que presidió Mitre.

### III

A los políticos de los grandes fines, ya indiscutidos, sucedieron los políticos de los medios para realizarlos. Roca y Pellegrini, vencedores de la revolución, pero también ganados por la evolución, ya no serían sólo jefes de partido, sino estadistas empeñados en coordinar los derechos de todos. Ellos iniciaron con la ley del voto por circunscripciones la primera reforma sincera de los hábitos y leyes electorales.<sup>[1]</sup> Fueron indiscutiblemente las dos figuras más representativas de la época; y no se comprendería la restauración del país en los años que siguieron, si no tratáramos de reflejar sus caracteres, diferentes, cuando no opuestos, pero que encarnaron dos modalidades complementarias del nuevo tipo del gobernante argentino.

Roca era hijo de la provincia interior, que vive reflexivamente el presente, anudándolo con el pasado: Pellegrini, de origen extranjero inmediato, hijo de esta Buenos Aires de vida rápida, expresión magnífica de la pampa llana y de los grandes ríos. El primero tenía la cautela de la montaña y la pertinacia de las distancias áridas; el segundo el arrojo generoso y la soltura del que confía en sí mismo. Roca era frío, silencioso, constante; Pellegrini afectivo, abierto, intermitente. Alcanzaban su mayor intensidad mental; Roca en la meditación solitaria y Pellegrini en el debate agitado. Se alababa la eficacia del primero despistando como astuto y la del segundo dominando como audaz. El uno preveía las tormentas para evitarlas, el otro salía a su encuentro para vencerlas; aquél fue el centinela del orden, éste el dominador del desorden.

Pellegrini era un universitario moderno, que difundió su vida con empuje casi deportivo en la milicia, en la abogacía, en el periodismo, en el parlamento, en el comité, en el comercio y en el club. La figura de Roca estaba tallada sobre el bloque escueto de un militar y un estadista, que sólo dejaba traslucir entusiasmo por una obra trascendental al frente de un gran ejército o de un gobierno firme.

Los dos habían dado —y de allí provenía su ascendiente— el ejemplo más alto de nacionalismo, con actitudes que significaron la extinción histórica de las

rivalidades regionales: Roca, provinciano y militar, en la tarea civil de convertir a la colonial Buenos Aires del 80 en la segunda capital latina de la tierra; Pellegrini, porteño y civil, en la tarea militar de someter las dos revoluciones de su ciudad natal contra el poder nacional. Por fin contribuyeron en las horas de desgracia de país, Roca, curando radicalmente la crisis de la nacionalidad, del 80, con aquel gobierno de cuyo ministerio se dijo que estaba compuesto de otros cinco presidentes; y Pellegrini salvando en los dos años de su presidencia y con su acción parlamentaria posterior, los desastres del 90, a la vez que reconstruyendo con los escombros del desastre la estructura del porvenir.

#### IV

Mirando objetivamente hasta mayores lejanías, el 90 resultaba, por arriba de las tristes causas ocasionales, un episodio de la formación de una democracia, fruto espontáneo e incontenible de la sangre y de la tierra. Parecía haberse repetido —las proporciones guardadas— el movimiento del año 20. Entonces las masas incultas, pasada la primera obsesión de la independencia, se levantaron reclamando a la pseudoaristocracia dejada por la colonia, su derecho para intervenir en el gobierno. Su expresión fueron los caudillos. El sacudimiento duró 30 años y produjo la República, vencedora del monarquismo inicial; y de contragolpe, pero con los caudillos —que no por ser atrasados y brutales dejaban de amar a su patria—, la unidad nacional y la Constitución de la República. Desde ese momento volvió a triunfar el ideal de la cultura europea sobre las rudas pero vivaces tendencias nativas. Cuarenta años más tarde, criado un pueblo nuevo, vuelve a erguirse con ímpetu irresistible de libertad y democracia, reclamando al patriciado que sucedió a la aristocracia colonial su participación en el gobierno propio. Aparece ofuscado, acre de condición, inexperto. El fenómeno, observado no en la expresión artificial de sus jefes ni en la sonoridad de los rótulos, sino en su genuina expresión popular, vuelve a representar aquel retroceso cultural que un escritor más genial que analítico clasificó en su tiempo de Civilización y Barbarie.

Pero cuando el curso de la historia humana ha vuelto a mostrar cuán fácilmente la más alta civilización degenera en descreimiento, escepticismo y abuso; y la incultura, a pesar de su grosera fealdad, está más cerca de la raíz nutritiva y aporta savia nueva y robusta, se vuelve a la idea constructiva de que al progreso se llega por estratificaciones sucesivas, sirviendo la ceniza de las erupciones como asiento de las futuras cumbres.

El 90 permitía divisar, a la vez, una causa de desequilibrios que habrá de perdurar.

Renovado el país, no sólo por el crecimiento natural, sino también por la acción aluvial de la inmigración extraordinaria, que siguió a la Constitución, gran parte de los ciudadanos resultaban la primera generación de extranjeros, vale decir de hombres seleccionados entre las mejores razas humanas, por su fe en sí mismos y el tremendo coraje de abandonar el terruño y sus encantamientos y prejuicios para buscar porvenir en tierras desconocidas; pero sin más bagaje político que un indiferente egoísmo en política y una vaga añoranza de la patria abandonada. ¿Qué extraño que sus hijos, sin tradiciones de hogar, hubieran de tener para la tierra nativa ofuscaciones de primer amor, impacencias de perfección, voracidad de conquistadores e inexperiencia de improvisados? Empezando por sentirse superiores a sus padres por la nacionalidad, a veces por el idioma, pronto habrían de sentirse superiores a todo gobierno que no fuera el propio. De allí que al participar en la vida pública entendieran no ejercitar una función común aunque opuesta, sino librar un combate sin comprensión del adversario ni conformidad con el triunfo ajeno.

Esta modalidad, injertada sobre las tradiciones candentes de nuestra formación nacional, amenazaría con futuros vaivenes. Es una fatalidad de las democracias que sólo puedan aprender a gobernarse gobernando.

Recién cuando nuestra experiencia se amplíe con el hábito de pasar de la cumbre al llano sin rencor, y del llano a la cumbre sin soberbia; y nuestra vida pública se sedimente, recibiendo los hijos la tradición y la experiencia aleccionadora de los padres argentinos, presentará la República una de las evoluciones más tranquilas y duraderas de la libertad sobre la tierra, vale decir de la libertad con moderación e idealismo, sin los cuales no puede haber grandeza, aunque se conquiste poder; y sin prejuicios ni privilegios, con los cuales no hay justicia, ni humanidad.

Acaso entonces ya pueda hablarse no sólo de la actual República sino de todo el extremo atlántico de ésta nuestra América, mediante la reconstitución de las «Provincias Unidas» que continuaron el antiguo Virreinato del Río de la Plata, la concepción político-geográfica más certera de la vieja metrópoli.

Parece, en efecto, un voto de la historia que lo que dispersaron el aislamiento y el atraso sea un día espontáneamente reconstituido por las aproximaciones a que obliga el crecimiento y por el anhelo recíproco de agrandarse para mejorarse.

Entretanto, desde ya hay un síntoma de conservación, de unidad y de juicio nacional, silencioso, casi inconsciente, que indica la solidez y la extensión de nuestro porvenir. La Constitución republicana y federal concebida para amparar a todos los hombres y comprender todos los ideales y particularidades, que el año 90 hacía 37 años que venía sirviendo de cauce a las más diversas corrientes y borrascas, ha pasado en nuestros días de los 80 años, hecho único en nuestra América y en nuestra estirpe.



JUAN BALESTRA (1861-1938). Abogado oriundo de Goya, Corrientes, estudió en el Colegio Nacional Central, lo que en la actualidad es el Colegio Nacional Buenos Aires para luego cursar Derecho en la Universidad de Buenos Aires. Llegó a ocupar cargos provinciales como Diputado y Ministro de Gobierno, para más tarde durante el Gobierno de Carlos Pellegrini ser ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Entre los años 1893 y 1896 fue gobernador del Territorio Nacional de Misiones, donde enfocó su mandato en la colonización, fundando varios pueblos y duplicando la cantidad de escuelas primarias en todo ese territorio.

Autor de una crónica sobre la Revolución de 1890, titulada «El Noventa».

## Notas al Capítulo 1

<sup>[1]</sup> *Eclesiastés*, Cap. IX, v. 12. Porque el hombre tampoco conoce su tiempo. Como los peces caen en la red y las aves en el lazo, así son apresados los hijos de los hombres cuando el tiempo malo cae de repente sobre ellos. <<

<sup>[2]</sup> *La Nación* y *La Prensa* del 1 de enero de 1890. <<

<sup>[3]</sup> Ley N.º 2543. <<

<sup>[4]</sup> Ley N.º 2657. <<

<sup>[5]</sup> Ley N.º 2698. <<

<sup>[6]</sup> *La Prensa*, 1 de enero de 1890. <<

<sup>[7]</sup> Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, de 1889, tomo 11, páginas 256 a 842. <<

<sup>[8]</sup> En la época era artículo de fe que el presidente Juárez Celman había amasado, mediante peculados y obsequios, la fortuna más grande del país. Esta especie nunca fue ni concretada por sus enemigos ni rectificadas por el doctor Juárez. Durante su gobierno, es posible que la ignorara; pero después de su caída fue imposible que no la supiera. Naturalmente se tuvo su silencio por confesión. Pero, en realidad, resulta despreocupación o estoicismo, en presencia de los datos que ofrece su juicio sucesorio, seguido en 1914 (el doctor Juárez falleció el 14 de abril de 1909. Archivo General de los Tribunales, legajo 5209). Ninguno de los bienes sucesorios revela un origen que se relacione directa o indirectamente con el gobierno. Los bienes más valiosos, y que constituyen las 4/5 partes del acervo, resultan adquiridos varios años antes o después de su presidencia: tales el extenso campo en Bartolomé Mitre, tasado a su muerte en cerca de un millón y medio de pesos, campo adquirido en 1880 en La Plata, de don Manuel Villafañe, ante el escribano Miñones (fs. 196, Expediente sucesorio de don Miguel Juárez Celman) aunque inscripto recién en octubre de 1889, con el consiguiente escándalo, en el Registro de Propiedad del pueblo de San Nicolás, bajo el N.º 4758; la casa habitación, 25 de Mayo 549, 51 y 53, tasada en 502 080 pesos, comprado el terreno en 1882 y edificada antes de subir a la presidencia; y el terreno Avenida de Mayo y Solís, comprado particularmente en 1891 en 475 000 pesos y expropiado años

después de su caída, bajo la presidencia de don José Evaristo Uriburu para la Plaza del Congreso, en un millón de pesos. Las propiedades en Córdoba, de que tanto se habló, resultan insignificantes y adquiridas casi todas mientras ejerció la abogacía en dicha ciudad. Las tres propiedades de la capital y una en la provincia de Buenos Aires, que adquirió durante su presidencia, fueron compradas a particulares: es posible que usara para ello del crédito en los bancos privados, pues en los bancos oficiales no se encontró después de su caída, a pesar de la prolija y prevenida búsqueda, ningún rastro de que hubiese hecho por sí o por interpósita persona, cualquier género de operaciones. La tasación judicial, en su testamentaría, de los cuadros, mármoles y alhajas fue: de 76 cuadros, 45 750 pesos; bronce, 8720 pesos; mármoles, 4151 pesos; alhajas, 3580 pesos. <<

## Notas al Capítulo 2

<sup>[1]</sup> Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores del año 1889, p. XL, cap. «Tesoro Nacional». <<

<sup>[2]</sup> *La Nación*, 3 de julio de 1888. <<

<sup>[3]</sup> *La Nación*, 1 de julio de 1888. <<

<sup>[4]</sup> Diario de Sesiones del Seando, 1889, p. LVI. <<

<sup>[5]</sup> *La Bolsa*, por Julián Martel, Biblioteca de *La Nación*. <<

<sup>[6]</sup> *La Nación*, 1 de enero de 1890. <<

<sup>[7]</sup> Ley N.º 2542. <<

<sup>[8]</sup> Ley N.º 2543. <<

<sup>[9]</sup> La creación del Tesoro Nacional, más que una medida financiera se parece a una precaución policial contra un posible hurto de los gobernantes. En la ley constituyendo el fondo de garantía se establece que «los empleados del Tesoro tendrán *autoridad, propia para oponerse y resistir* toda orden de *cualquier autoridad* que emane, tendiente a poner en circulación certificados que no estén representados en las arcas del Tesoro por igual valor en oro o plata efectivos». <<

<sup>[10]</sup> Diario de Sesiones de la C. de D., t. II, p. 99, Ley N.º 2643. <<

<sup>[11]</sup> Ley N.º 2641. <<

<sup>[12]</sup> La crisis de precios por que está pasando el mundo actualmente es atribuida por los economistas, en último análisis, a lo que se ha llamado la «cuestión del oro», que ha suscitado un estudio del Comité Financiero de la Sociedad de las Naciones. «La continuidad de la tendencia a la baja de los precios parece impuesta fatalmente por la coincidencia de un aumento rápido de la producción en todo el mundo, y de un detenimiento progresivo de la producción de la mercancía que sir ve de patrón a los valores: el oro [...] La aguda crisis europea de 1890-1895 terminó por la gran producción de oro en el Transvaal».

Charles Rist, vice gobernador honorario del Banco de Francia. *La question de l'or*, folleto, 1931. <<

## Notas al Capítulo 3

<sup>[1]</sup> Cuando Sarmiento en 1868 fue a ofrecer al doctor Vélez Sársfield el Ministerio del Interior, le dijo: «Vengo a buscar mi latín». De allí la frase «hombre de latín», corriente en aquellos tiempos. <<

<sup>[2]</sup> Frase de don José Clemente Paz al cerrar *La Prensa*, para incorporarse a la revolución de 1874. <<

<sup>[3]</sup> El zarandeado y no pocas veces tergiversado texto de Aristóteles es el siguiente: «Puesto que la palabra *república* y *gobierno* significan la misma cosa, porque el gobierno es la autoridad suprema en los estados; y que necesariamente esa autoridad ha de estar en las manos de uno solo, o de varios, o de la multitud, se deduce que cuando uno, o varios o la multitud, usan de la autoridad para el bien común, esos gobiernos son buenos; pero cuando se usa del poder en el interés de uno solo o de varios, o de la multitud, se producen desviaciones del buen gobierno.

»Entre las *monarquías* se da comúnmente el nombre de *realeza* a la que tiene por fin el interés general; el gobierno de un pequeño número y no de uno solo se llama *aristocracia*; en fin, cuando la multitud gobierna en el sentido del interés general, se le da el nombre de *República*, que es común a todas las otras formas de gobierno.

»Los gobiernos que son desviaciones o degeneraciones de éstos son: con relación a la realeza, la *tiranía*; con respecto a la aristocracia, la *oligarquía*; y con respecto a la república, la *democracia*. En efecto, la tiranía es una monarquía gobernada en el interés del monarca; la oligarquía es dirigida en el exclusivo interés de los ricos y la democracia en el solo interés de los pobres; pero ninguno de estos gobiernos se ocupa del interés general o de las ventajas de toda la sociedad». Aristóteles, *Política*, libro III, capítulo V, párrafo V. Traducción de M. Thurot. <<

<sup>[4]</sup> Es también Aristóteles quien fundamentó hace más de dos mil años las ventajas del gobierno del número sobre el gobierno de un grupo selecto: «Acaso sea la verdadera solución decir que vale más poner el poder supremo en manos de la multitud, que entre un pequeño número de hombres, aun los más virtuosos. Porque es posible que los que componen el mayor número (aun cuando

individualmente cada uno de ellos no sea un hombre de mérito) aventajen, una vez reunidos, a los otros, no como individuos, sino como masa, lo mismo que los festines hechos a escote, son a veces más magníficos que los costeados por uno solo. Porque constituyendo un gran número, es probable que cada uno tenga su parte de prudencia y virtud; y de la reunión de esas partes, se hace, por así decirlo, un solo hombre que tiene varios pies, varias manos y varios sentidos: y es lo mismo en cuanto a las costumbres y la inteligencia. He allí por qué la multitud juzga mejor las composiciones de los músicos y de los poetas; porque uno aprecia una parte, otro otra, y todos el conjunto». Libro III, cap. V, párrafo VI. <<

<sup>[5]</sup> La carta política del general Mitre en el año 1885 es, a la par de una exposición auténtica de las ideas de aquel tiempo, una previsión sorprendente, hecha a base del sentido moral que caracterizó al general Mitre, de los resultados que iba a traerle al general Roca la candidatura de Juárez. Acaso eso explique la preeminencia que otorgó a los consejos del general Mitre el general Roca en su segunda presidencia.

La carta aludida fue publicada en *La Nación* del 8 de marzo de 1885; y en lo esencial dice así:

«Sres. Bonifacio Lastra y Juan Carballido

»He hablado de una evolución política posible y necesito explicar lo que entiendo por tal, del doble punto de vista de los principios y de los hechos, y con este motivo debo dar cuenta a mis correligionarios políticos de mis actos personales y de mis palabras en tal sentido.

»Aproximados con el general Roca por mutuas atenciones, no obstante nuestro alejamiento político, hemos tenido ocasión de hacernos recíproco honor y cambiar sobre este punto algunas ideas, que creo ser ésta la ocasión de hacer públicas, en lo sustancial, para definir netamente posiciones en la lucha electoral para presidente de la República que se inicia.

»Hago al general Roca la justicia de considerarlo animado de sentimientos patrióticos como argentino y como gobernante dentro de su programa de paz y administración, aun cuando, por efecto de una errada política que priva al país del concurso de todas sus fuerzas vivas, que aleja la confianza interior y exterior, no haya sabido en plena paz y sin resistencia que vencer, fundar el orden institucional, ni haya podido en plena prosperidad, evitar la catástrofe administrativa, complicada con una crisis política, en que él y el país se ven

envueltos. No desconozco tampoco, que salvo un hecho de injustificada violencia, que puede perdonarse pero no olvidarse, ha hecho un gobierno moderado en medio de una situación de fuerza, y que, no obstante la improvisación con que se han manejado los dineros públicos, ha realizado grandes progresos materiales. Las conferencias privadas y de carácter político que incidentalmente he tenido con él me han confirmado en estos sentimientos a su respecto y han fijado mi juicio acerca de lo que, para honor suyo y bien del país sea más conveniente en las circunstancias actuales.

»El general Roca me ha manifestado espontáneamente que por su cabeza no había pasado el delirio de perpetuarse en el mando; que no tenía candidato a la presidencia, aun cuando estaba decididamente contra la candidatura del doctor Rocha; que próximo a terminar su período constitucional deseaba que su sucesor fuese elegido en paz y libertad; pero a la vez me ha manifestado, como limitación de esas declaraciones generales, que la política se hacía con hombres, que era necesario tomar en cuenta su resistencia y contar con su cooperación para producir resultados positivos; que los ideales más sublimes que prescindan de esta condición pueden no dar sino resultados negativos, y que por lo tanto, su papel en presencia de la elección presidencial era sostener la Constitución y el orden y mantenerse imparcial en medio de los elementos de su propio partido que designaren el candidato.

»Por mi parte he manifestado al general Roca, que sin más aspiraciones que el bien de mi país y apartando todo lo que públicamente podía serme personal, por cuanto creía haber llenado mi tarea en la vida pública aunque no me consideraba dispensado de contarme en el número de los jornaleros, pues comprendía que cada época tiene sus necesidades y sus representantes lógicos, debía observarle: que si bien una elección en paz era posible, por cuanto el orden general reposaba sobre bases sólidas, la libertad sólo podía serlo hasta cierto punto, y esto mismo en condiciones muy especiales, dada la situación electoral en las provincias, desde que el voto público no podía expresarse con verdad en los comicios, y que, por lo tanto, únicamente interrogando la opinión en sus fuentes más puras, podría llegarse a propiciar con su apoyo moral (con el apoyo del general Roca sobre la base de la opinión) una combinación que conciliara el orden con la libertad, el deseo público con las exigencias de hecho; la cual, propiciada por los hombres más caracterizados de la República que se pusieran al frente del movimiento, pudiese ser recomendada a pueblos y gobiernos como una solución aceptable para el país y para todos los partidos.

»Concretándome a la actitud que el partido liberal pudiera asumir en tal

emergencia le dije que él no aspiraba ni podía aspirar en sustituir a la situación actual por el voto, ni por la violencia, ni menos a título de dádiva; y que sin hacer cuestión de candidatos, era mi opinión que estaría dispuesto a concurrir a fundar una situación que fuera la continuación de la actual en el gobierno, pero a condición de mejorarla; que en tal sentido, y sin contraer un compromiso personal ni político anticipado, estaría dispuesto por mi parte a promover un movimiento general a fin de llevar a esa evolución el concurso de la opinión y de mis amigos políticos, siempre que se salvaran los escollos, que harían imposible todo acuerdo, a saber: la imposición del poder nacional y la confabulación de los gobierno electores de provincia.

»Entrando en otro orden de consideraciones generales y en cierto modo personales manifesté igualmente al general Roca: que su gobierno era el producto de una situación de fuerza; y que al decirle eso no era mi ánimo hacerle un reproche, sino hacer constar un hecho, resultado de errores y fatalidades de que todos somos más o menos responsables, pues que, habiendo los partidos apelado a las armas para dirimir sus cuestiones, y decidido aquellas en su favor, él había subido al poder en nombre de la victoria y gobernaba con los triunfadores; pero que, prolongándose esta situación de fuerza y siendo él, en realidad, el árbitro electoral que podía encaminar bien, en lo posible, la elección presidencial, era responsable de tal situación y de lo que podía sobrevenir; que había llegado el momento supremo de la prueba —momento que según él mismo lo traía inquieto, por comprender que lo más difícil es acabar bien— y que lo único que se divisaba en el horizonte era la aparición confusa de algunas candidaturas, en medio de la descomposición de fuerzas oficiales, sin que la opinión pública concurriera a su elaboración, encontrándose él mismo encerrado en un círculo sin horizontes amplios. Llegando a los nombres propios de los candidatos, los señores Rocha, Yrigoyen y Juárez Celman, para apreciar sus candidaturas con un criterio político y patriótico, me he explicado con el general Roca en los siguientes términos: empezando por la candidatura del doctor Rocha le he manifestado: que creía como él que su triunfo —que consideraba imposible— sería una calamidad para la República, pues además de tener por medios y por origen la peor de todas las imposiciones, que era la de los gobernadores electores de provincia y de una provincia oficializada por él para su interés personal, tal triunfo, si fuera posible, importaría el desgobierno y la anarquía; agregando, que si el doctor Rocha, reaccionando como gobernador contra el oficialismo imperante y acumulándose elementos populares, hubiere hecho un mediano gobierno de libertad y de ley, restableciendo, dentro de lo posible la pureza del sufragio, habría podido presentar su administración como un programa, y entonces habría sido un candidato lógico, quedándole todavía abierto, sin embargo, el camino de renunciar a su candidatura

para facilitar una solución conveniente en la lucha presidencial.

»Por lo que respecta al doctor Yrigoyen he dicho: que reconociendo en él cualidades intelectuales y morales que lo recomiendan como ciudadano y como administrador, consideraba su candidatura como moralmente imposible y políticamente inaceptable, lo primero por su significado, por cuando representa una tradición condenada por la conciencia pública del pueblo argentino y que no habiendo roto el doctor Yrigoyen con ella por acto ni declaración suya que importen incorporarse al movimiento liberal de la época, ella simbolizaba una especie de restauración de lo que todos condenan y deben condenar moralmente; y lo segundo, por que sólo podría prevalecer por la imposición oficial; sin que por esto deba ser condenado al ostracismo, ni excluido de la participación en la vida pública. Respecto del doctor Juárez Celman dije: que prescindiendo de juzgarlo como individuo, no le reconocía títulos públicos para aspirar al mando supremo, desde que no respondía a ningún voto de la opinión ni a ninguna exigencia imperiosa y ni siquiera a un plan político que él representare; y que teniendo su candidatura un origen análogo a los anteriores y siendo además casi hermano del actual presidente de la República, el país mirarla su elección no sólo como una imposición sino como una sucesión.

»Debo agregar sobre este tópico, que consecuente con mis anteriores declaraciones, manifesté a la vez, que a pesar de todo, si alguna de estas dos últimas candidaturas prevaleciese como hechos, revistiendo formas legales, la aceptaríamos, juzgándola por sus hechos.

»Por último he manifestado al mismo general Roca, que vinculando su nombre a la constitución de una situación regular, se haría acreedor a la gratitud pública y vivirla honrado en la memoria de sus conciudadanos; permitiéndome insinuarle que creía que el hecho capital de mi administración como presidente de la República, era el ejemplo de haber entregado el mando en toda su plenitud, dejando al país en paz y en libertad: que una situación fundada con el concurso eficiente de la opinión daba a él y daba al país más garantías que una persona; que sin faltar a la consecuencia política con los amigos que lo habían acompañado en el gobierno, él podía contribuir a ese propósito, propendiendo a que su sucesor subiese al gobierno rodeado de fuerzas morales que lo hiciesen fecundo para el bien, asegurando con el tiempo los destinos de la República Argentina. Que era muy difícil que dentro de los elementos que lo elevaron a él al gobierno, descompuestos ya en parte y amenazados de mayor descomposición, pudiese fundar una situación sólida ni aun de partido: y finalmente, que mi fórmula concreta era, eliminación patriótica de las dos candidaturas y elaboración de una

tercera, dentro de la situación, con el concurso de la opinión, de manera que todos puedan aceptarla y la acepten de buena voluntad.

»Persisto en esta fórmula de solución que considero no sólo buena sino posible, si el interés público se antepone al personal, y que es tan práctica como moral, por cuanto se inspira en el más sano patriotismo, consulta todas las exigencias del presente y del futuro; concilia las exigencias más encontradas, admite todas las reciprocas concesiones decorosas, sin menoscabo de los principios ni de los hombres, pone a los partidos en su lugar regularizando su situación constitucional y siendo conveniente para el país en general lo es igualmente para todos y cada uno de sus ciudadanos». <<

## Notas al Capítulo 4

<sup>[1]</sup> *La Nación* se editaba entonces en un pliego que abierto media 90 centímetros de alto, por 1 metro veinte centímetros de ancho: una «sábana de papel» como la llamó la verba humorística de su director Bartolito Mitre. <<

<sup>[2]</sup> *La Prensa*, marzo 1 de 1890. <<

<sup>[3]</sup> *La Prensa*, marzo 4 de 1890. <<

<sup>[4]</sup> *La Prensa*, marzo 8 de 1890. <<

<sup>[5]</sup> *La Prensa*, marzo 11 de 1890. <<

<sup>[6]</sup> *La Prensa*, marzo 21 de 1890. <<

<sup>[7]</sup> *La Prensa*, marzo 28 de 1890. <<

## Notas al Capítulo 5

<sup>[1]</sup> Montesquieu, *Esprit des lois*. <<

<sup>[2]</sup> *La Prensa*, julio 14 de 1890. <<

<sup>[3]</sup> *La Nación*, abril 14 de 1890. <<

<sup>[4]</sup> El doctor Barroetaveña lo dijo con su intrépida veracidad: «Sí, es triste, pero debemos confesarlo: el pueblo se alzó contra el gobierno del doctor Juárez, menos por el amor a la libertad, que por salvar sus intereses económicos; menos para defender sus derechos que para conservar sus propiedades». *La Unión Cívica*, «Introducción».

Ninguno de los hombres eminentes de la revolución parece haberse apercebido de que el país había entrado en la *era económica*; siguen usando, por eso, el lenguaje y las ideas de la era de la libertad y de la organización. Acaso el concepto más comprensivo del momento es el del general Mitre al decir a la juventud del 90 que estaban «en el límite que separa la vida caduca de la vida nueva». <<

<sup>[5]</sup> *La Unión Cívica*, por Francisco Barroetaveña, «Introducción». <<

<sup>[6]</sup> «Hace un siglo que los representantes del pueblo francés se congregaban en una sala de juego de pelota, jurando darle a la Francia una constitución. Luego se desencadenó la tormenta revolucionaria, corrió la sangre a raudales y cayeron por tierra cabezas regias. Al evocar este recuerdo histórico, puesto que también estamos reunidos en una sala de pelota...». Discurso del doctor Barroetaveña en el mitin del 13 de abril, *Ibid.* <<

<sup>[7]</sup> *Caras y Caretas*, 17 de mayo de 1930. —Entrevista de Juan José de Soyza Reilly. *Viaje alrededor de los criollos ilustres*. <<

<sup>[8]</sup> «Entonces observé que si la verdad es dicha en formas cultas, es la que más ofende a la generalidad de los hombres que obran mal y también es la que impone más respeto a la susceptibilidad herida». *La Unión Cívica*. Introducción. El artículo «Tu quoque juventud», decía así en sus párrafos más salientes: «El doctor Joaquín Nabuco dirigió a los estudiantes de Derecho estas intencionadas palabras:

“la grandeza de las naciones depende del ideal que la juventud se forma en las aulas; y la humillación de aquéllas depende de las traiciones que los hombres hacen a sus ideales de jóvenes”.

»Pensamiento tan levantado y sincero ha coincidido en Buenos Aires con los aprestos para un banquete político de un grupo de jóvenes que manifiestan su adhesión incondicional al presidente de la República, según lo hace comprender la invitación publicada. El paso político que va a dar la juventud juarista no es nuevo en nuestro país, ni tampoco honroso para el civismo argentino. Ya cuando se agitaba la lucha presidencial última, los jóvenes impacientes por figurar en la política activa hicieron una manifestación semejante al general Roca, poniéndose incondicionalmente bajo su dirección política.

»Esto y aquello no significa otra cosa que la renuncia a la vida cívica activa de los jóvenes para desaparecer absorbidos por una voluntad superior que los convierte en meros instrumentos del jefe del Poder Ejecutivo.

»La juventud que así se inmola, para obedecer en silencio, realiza algún ideal formado en las aulas».

Después de comparar atropelladamente la conducta de nuestra juventud con la de Francia, de Nápoles, de España, de Rusia y del Brasil, continúa: «Estaba reservado a la República Argentina el espectáculo que ofrecerá una parte de la juventud, renunciando a la libertad política, adhiriéndose sin condiciones al presidente de la República [...]

»La designación del jefe único del Partido Nacional, hecha en la persona del presidente de la República, que constitucionalmente no puede ser jefe de partido; la docilidad del Congreso; el aplauso que se le dirige desde todas las provincias cuando se cometen atropellos como el cierre de la Bolsa: la supresión del sistema electoral, las adhesiones incondicionales como la de esta noche por un grupo de argentinos de la decadencia cívica, ¿no son síntomas que nos demuestran un inmenso retroceso moral del pueblo y una completa perversión de ideas? Somos enemigos de la injusticia con que se suele juzgar a los gobernantes [...] El presidente actual es hijo de su tiempo y del medio que lo rodea, como Rosas lo fue del suyo, y tal vez la historia argentina tenga que agradecerle el poco daño que hace en proporción del que podría hacer con aplauso de su partido [...]». <<

<sup>[9]</sup> *Sud América*, 20 de agosto de 1889. <<

## Notas al Capítulo 6

<sup>[1]</sup> *Caras y Caretas*. Entrevista citada. La calificación de *crimen* dada al fusilamiento de Leandro Alem, sólo es explicable en espíritu de una veracidad superior a cualquier interés, como era el del doctor Barroetaveña, por falta de datos... La afirmación que aparece haciendo en la citada entrevista de que «Existe en el Archivo del Colegio de Abogados el expediente del proceso, con la admirable defensa del doctor Ugarte», es en efecto errónea, pues no existe ni ha existido jamás tal proceso en la Biblioteca del Colegio de Abogados, según hemos podido comprobarlo. Lo único que existe es la defensa del doctor Ugarte publicada en la página 73 del volumen correspondiente al año 1854 de *El Plata Científico y Literario*, del doctor Miguel Navarro Viola.

Añade el doctor Barroetaveña en el mismo lugar: «Cuando Urquiza volteó a don Juan Manuel, la turba vencedora no pudiendo despedazar a Rosas se ensañó con los pobres. Los vencedores sometieron al padre del doctor Alem a la justicia criminal. Se le acusaba de haber intervenido en la actuación de la Mazorca... Había que vengarse de Rosas en la humilde cabeza de turco... El pueblo exigía el exterminio sangriento de los acusados: Queremos la cabeza de Alem». (*Caras y Caretas*, Entrevista citada).

Todo esto resulta inexacto. Alem y Cuitiño fueron juzgados conjuntamente y sentenciados a muerte en un proceso criminal seguido con todas las formalidades jurídicas, no a raíz de la caída de Rosas, sino en diciembre de 1853, es decir, veintidós meses después de Caseros. El defensor de ambos fue el unitario doctor Don Marcelino Ugarte. El juez de 1.<sup>a</sup> Instancia fue el doctor Claudio Martínez y apelada la sentencia que condenó según las leyes de entonces a la «pena de muerte alevé que se ejecutará en la plaza de Independencia a las 9 de la mañana con suspensión en la horca de sus cadáveres por 4 horas», la confirmó la Cámara, compuesta a la sazón por los doctores Valentín Alsina, Vallejos, Torres, Pico y Carreras, magistrados que han dejado una tradición de rectitud y ecuanimidad en el foro y en la sociedad. El año 1854 ya eran tenidos por «magistrados imparciales y sabios» (*El Plata*, página 74).

Por otra parte Alem no era personaje de significación política o antecedentes honorables (como lo era Cuitiño), pues se lee en la sentencia que «trabajaba en su esquina (vulgo boliche) y su clasificación, firmada por el mismo, era la de vigilante 1.<sup>o</sup> de a caballo, desde 1834, habiendo sido licenciado después de un año,

recibiendo sueldo y ración».

Los hechos porque se lo juzgó fueron asesinatos y robos perpetrados en los años 1840 y 1842, habiéndose acumulado un proceso que le fue seguido en 1847, durante la misma dictadura, «del cual resulta probado, dice la sentencia, entre otros delitos de tropelías, conatos de asesinar y escándalos de todo género, que lo hablan hecho un personaje cuya presencia infundía terror en el barrio de Valvaneda [sic], el atroz delito público y notorio de haber sentado en un brasero ardiendo a un anciano llamado Benítez para quemarle las genitales». La sentencia fue publicada en una hoja suelta que obra en el volumen N.º 11 853, *Varios folletos*, de la Biblioteca Nacional. El doctor Alem siempre guardó en público un estricto silencio a este respecto, ocupándose en realizar la máxima oriental de que los hijos honren a los padres y no los padres a los hijos. A lo sumo se limitó a hacer el elogio de su madre: «Mi madre —decía el Dr. Alem— merece una apoteosis como la de Sarmiento. La desdicha no la acobardó. Muerto mi padre ella fue la heroica salvadora de sus hijos». Esta «madre de epopeya», como la llama Barroetaveña (lugar citado) era de apellido Silva, hermana de un médico de Flores y parienta lejana de don Juan Manuel de Rosas, lo cual posiblemente explica la participación de Alem en la Mazorca. <<

<sup>[2]</sup> *La Unión Cívica*, p. XL. Fue esta concepción del doctor Alem la única que fracasó. Los tiempos hablan cambiado. El antiguo «elemento», cliente, peón o sirviente, que servía lo mismo de elector inconsciente que de soldado leal y desinteresado en el viejo sistema patriarcal, se había transformado con el crecimiento de la ciudad: para arriba en el obrero independiente, poco amigo de trifulcas; para abajo en el hombre del hampa. En balde la prensa opositora trataba de convertir en mártires de la arbitrariedad policial a estos últimos: ellos, más conscientes de sus bellaquerías que amantes de la gloria, preferían huir a protestar, tan luego como divisaban la sombra de la policía. Mendía refiere una escena típica: «Como a las diez de la noche [de la víspera de la revolución], el capitán Mur y el teniente Amaya reciben orden de presentarse al doctor Alem, y en cumplimiento de ella se dirigen al comité. Ha llegado el momento les dice aquel. Los grupos de civiles que deben proteger la salida de los batallones estarán reuniéndose a estas horas en los puntos que se les han designado, y es necesario que al frente de ellos, como garantía de organización, se pongan oficiales del ejército. Ustedes dos van a trasladarse a un corralón de la calle Victoria, a la altura de Misiones, donde deben congregarse cincuenta cívicos encargados de proteger la salida del batallón de ingenieros: encárguense del mando de esa tropa.

»El capitán Mur y el teniente Amaya dirigiéronse presurosos al lugar de la

cita; pero encontráronse con una casa deshabitada, en la que tirados por el suelo y medio consumidos habla algunos cabos de vela, única huella de que allí hubiera habido gente. Esperan en silencio y con la impaciencia que es de suponer, pero viendo que nadie llega, juzgan oportuno volver al comité a dar cuenta de aquella novedad.

»En el comité se les dice que se han anticipado a la hora de la cita; que vuelvan a su puesto. Marchan, por lo tanto nuevamente al corralón y después de esperar en vano sin que nadie llegue, determinan acercarse al próximo cuartel de Ingenieros e inquirir si sus compañeros tienen conocimiento de la reunión de ciudadanos en aquel punto; y allí saben que en aquella casa hubo un desorden, hacía algunas horas, en el que la policía intervino prendiendo a algunos de sus promotores». <<

<sup>[3]</sup> He aquí algunos párrafos del discurso del doctor Del Valle, único que habló de la crisis. Sus palabras revelan las singulares ideas corrientes sobre la responsabilidad de los gobiernos por las depresiones económicas. «El comercio en bancarrota, los títulos de crédito sin colocación; los propietarios territoriales con su fortuna reducida a la mitad; los agricultores obligados a vender sus granos al precio que les imponen unos cuantos explotadores y millones de familias honradas y laboriosas sin medios de atender a las necesidades de la vida, cuando hasta hace poco el dinero abundaba aun para los gastos de lujo y de placer. Y en frente nuestro a nuestros gobernantes en cómoda opulencia, sin dificultad, sin compromisos, sin zozobras para lo porvenir, como si fueran extraños que hubieran venido de tránsito con el secreto de hacerse millonarios sin trabajo y sin oficio y a quienes no los abate la tempestad que abate la cabeza de todos». <<

<sup>[4]</sup> He aquí los párrafos más salientes del discurso de don José Manuel Estrada: «La República Argentina, en su tormentosa existencia ha pasado por muchas horas duras y sombrías. Ciegos arrebatamientos de la muchedumbre la han desorientado y despotismos torvos arrastrados por insano apetito de prepotencia, la han dilacerado y hecho jirones su bandera; y hubo día en que no quedara un palmo de su suelo sin zurcos de sangre, ni una madre que no gimiera; pero ni tampoco, un brazo inerte ni un espíritu indeciso, ni un corazón afeminado. Por el bien o por el mal, convencidos o fanatizados, los hombres delirantes de entusiasmo o de furor, luchaban, desalentados a veces pero varoniles; y de esa actividad indomable y tumultuosa vivía la República, capaz de moderarse y corregirse.

»Mas no veo en la época afrentosa a que llegamos, ni en los que usurpan el

derecho una ambición de poder que los haga dignos de cotejo con Quiroga, ni en los desposeídos del derecho energía para resistir, que los haga dignos del nombre y de la gloria de sus padres. No: veo bandas rapaces, movidas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñoreadas del país, dilapidar sus fuerzas, pervertir su administración, chupar su sustancia, pavonearse insistentemente en las más cínicas ostentaciones del fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día.

»Veo más: veo un pueblo indolente y dormido que abdica sus derechos, olvida sus tradiciones, sus deberes y su porvenir, lo que debe a la honra de sus progenitores y al bien de la posteridad, a su stirpe, a su familia, a sí mismo y a Dios; y se atropella en las Bolsas, pulula en los teatros, bulle en los paseos, en los regocijos y en los juegos, pero ha olvidado la senda del fin y va a todas partes menos donde van los pueblos animosos, cuyas instituciones amenazan desmoronarse, carcomidas por la corrupción y los vicios. La concupiscencia arriba y la concupiscencia abajo. Eso es la decadencia, eso es la muerte». <<

<sup>[5]</sup> «Yo —dijo el doctor Alem, en su *Exposición* en el libro de Barroetaveña— tenía la convicción de que con el pueblo sólo sería difícil hacer triunfar un movimiento revolucionario. Tenía la convicción de que los gobernantes sofocarían por la violencia cualquier movimiento electoral, pues ése era su sistema; los abusos durante la inscripción y lo ocurrido en San Juan Evangelista lo demostraban. No había que esperar».

Esto, que fue escrito meses después de la revolución, cuando empezaban los cargos por la improcedencia del estallido, tendía a justificar su necesidad. Lo de los «abusos de la inscripción» no era exacto, pues lo cierto era que nadie, especialmente de los cívicos, concurrió a inscribirse. Del Valle lo declaró expresamente. El escándalo del 15 de diciembre de 1889 —en que un grupo de perdularios, tolerados si no incitados por la comisaría local, perturbó un mitin en la Boca— era exacto, aunque el gobierno reprobó el hecho y hasta aparentó castigarlo. Pero lo que contradecía principalmente las conjeturas acomodaticias del doctor Alem eran dos hechos, a saber: 1.<sup>o</sup>) que antes del comité de la Boca, se habían instalado sin obstáculo en la Capital, durante el año 1889, catorce comités; y en los meses subsiguientes de 1890 la oposición había gozado de la más absoluta libertad para sus frecuentes y exaltadas conferencias públicas; y 2.<sup>o</sup>) que en las elecciones de diputados nacionales de febrero de 1890 la Unión Cívica no había intentado siquiera presentarse a votar. Pero todo esto eran las causas inmediatas y pequeñas; el beneficio trascendental de la revolución: purificar el ambiente viciado y convencer a gubernistas y opositores de la necesidad de evitar con el sufragio

correcto las efusiones de sangre, recién se pudo aquilatar más tarde. <<

## Notas al Capítulo 7

<sup>[1]</sup> *La Prensa*, 14 de abril 1890. <<

<sup>[2]</sup> *La Nación*, 16 de abril 1890. <<

<sup>[3]</sup> *La Nación*, 18 de abril 1890. <<

<sup>[4]</sup> *La Nación*, 16 de abril 1890. <<

<sup>[5]</sup> Diario de Sesiones del Senado, 1890, págs. 4 y 5. <<

<sup>[6]</sup> Diario de Sesiones del Senado, 1890, Mensaje Presidencial. <<

<sup>[7]</sup> Discurso del doctor Eduardo Costa en la Plaza San Martín. Folleto «Despedida del General Mitre». Imprenta Kraft, Bs. Aires, 1890. <<

<sup>[8]</sup> Discurso del doctor Eduardo Costa en la Plaza San Martín, Folleto «Despedida del General Mitre». Imprenta Kraft, Bs. Aires, 1890. <<

## Notas al Capítulo 8

<sup>[1]</sup> Diario de Sesiones del Senado, 1890, pág. 38 y sig. <<

<sup>[2]</sup> Diario de Sesiones del Senado, 1890, pág. 42. <<

<sup>[3]</sup> Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1890, pág. 145 y sig. <<

<sup>[4]</sup> *La Prensa*, 24 de mayo de 1890. <<

<sup>[5]</sup> *La Prensa*, 20 de junio de 1890. <<

<sup>[6]</sup> *La Prensa*, 10 de julio de 1890. <<

<sup>[7]</sup> *La Prensa*, 11 de junio de 1890. —Entrevista con el doctor Pacheco. <<

<sup>[8]</sup> *La Nación*, 25 de abril de 1890. El 23 de abril, contestando a un telegrama laudatorio del gobernador de Mendoza, general Ortega —hombre de extraordinario coraje, mucha perspicacia y ningún escrúpulo— el doctor Juárez le había escrito: «No hay nada que merezca siquiera preocuparnos, como no sean las dificultades económicas, completamente ajenas a la acción de mi gobierno, pero de las que se aprovechan los contrarios y los localistas que todavía creen que se puede hacer política nacional organizando procesiones en el municipio de la capital, compuestas en su gran mayoría de extranjeros, que no tienen ni voto en nuestras cuestiones. Mientras no pasen de procesiones y proclamas contarán siempre con nuestra absoluta tolerancia, pues nos sobran elementos de opinión y de orden dentro y fuera de la capital». Esta manera de echar a rodar los remilgos de hombre respetuoso de la opinión pública que había mostrado después del mitin del 13 de abril, causó al doctor Juárez mucho daño. La mayoría de sus partidarios que anteponían el bienestar del país a la política, lo juzgaron un inútil y vanidoso alarde de prepotencia. La oposición entendió que se le lanzaba un reto. A ese y otros actos análogos, más imprudentes que perversos, hay que atribuir el origen de las renunciaciones de Uriburu y Alcorta, sobrevenidas quince días después. <<

<sup>[9]</sup> *La Nación*, 15 y 17 de junio de 1890. <<

<sup>[10]</sup> Diario de Sesiones del Senado, 1890, pág. 68. <<

[<sup>11</sup>] Diario de Sesiones del Senado, 1890, pág. 59. <<

[<sup>12</sup>] Diario de Sesiones del Senado, 1890, pág. 82. <<

[<sup>13</sup>] Diario de Sesiones del Senado, 1890, pág. 99. <<

[<sup>14</sup>] Diario de Sesiones del Senado, 1890. <<

[<sup>15</sup>] Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1890-1891, pág. 233. <<

[<sup>16</sup>] Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1890-1891, págs. 240-250.

<<

## Notas al Capítulo 9

<sup>[1]</sup> No fueron conocidos los detalles de la conspiración, sino cuando la narraron sus autores. Los triunfadores callaron: fuera de algún escueto parte militar no existe una palabra oficial sobre los sucesos, ya porque los nuevos gobernantes creyeran suficiente refutación la derrota, ya por agradecimiento a la revolución, de la que fueron políticamente los únicos beneficiarios. El primer libro que apareció a los pocos días de la revolución fue el de José María Mendía: *La revolución del 90* (Biblioteca Nacional N.º 5203). Respondía a la tendencia del general Campos.

Hacia fines de 1890 apareció el voluminoso libro del doctor Francisco Barroetaveña: *La Unión Cívica* «obra oficial. Buenos Aires, diciembre de 1890». (Biblioteca Nacional N.º 622). Respondía a la tendencia del doctor Alem. En ella constan las exposiciones de Alem y Del Valle a que haremos referencia.

Mas cuando hablaron los revolucionarios ya tenían posiciones distintas: del Parque salieron reñidos Alem, Campos y Espina. Apenas si estilizados en el papel de héroes que el pueblo les asignaba y ellos no rehuían, consiguieron concordar su conducta revolucionaria, servidos por la pluma dramática de Mendía, o el verbo sistemático de Barroetaveña, denodadamente empeñados en glorificar la derrota. De allí la necesidad de discriminar cuidadosamente sus afirmaciones si se quiere saber la verdad o por lo menos no caer en biografías de velatorio y epopeyas de comité. <<

<sup>[2]</sup> El doctor Alem dice en su exposición: «Al terminar la reunión del 1.º de septiembre un oficial de policía me notificó que un grupo de oficiales del ejército deseaba ponerse al habla con los opositores, pues ellos creían que era hora de probar que el ejército no era máquina de opresión, sino milicia de libertad. Ese fue, concluye, el primer ofrecimiento que recibí del Ejército». La respuesta de Alem habría sido: «que no estaba dispuesto a dar vida en nuestro país al militarismo, que sería la lógica consecuencia de la revolución triunfante». Esta es la versión transmitida por el teniente Rudecindo Pereyra que fue quien hizo el ofrecimiento al doctor Alem. Ver *La revolución del 90* de Vedia y Mitre, págs. 90 y 179.

Como el 11 de septiembre de 1889, no existía la Unión Cívica, que recién se creó el 14 de abril de 1890, resulta que no fue ésta quien inició la conspiración militar, si bien procuró aprovecharla. El coronel Espina hablando sin recato y con

su habitual egolatría de bravo, 35 años después (entrevista de *Crítica* del 3, 4 y 5 de noviembre de 1925) se atribuye el origen de la revolución. «El 90 fui yo —dice—: Alem fue a mi casa con motivo de un duelo. Andaba a la caza de posiciones con su título de abogado y bastante mal, por cierto. Cuando terminó el duelo nos pusimos a charlar y le dije: Che, Leandro, no te parece que las cosas andan mal en el país, que el gobierno es un desastre y no debemos tolerar que caiga en manos extranjeras. Alem me miró con aquellos ojos de turco que tenía y me dijo sorprendido: Sabés Mariano que tenés razón: ¿y con qué contaremos? Con el 9 y algo más tenemos bastante para echar abajo al gobierno. Si te animás avísame. Entonces, fue cuando lo nombré director civil de la revolución.

»Yo había pensado en ponerlo a Aristóbulo del Valle; pero él tanto se empeñó que lo dejé. Figúrense el horizonte que se le abría al pobre, poco menos que desconocido y lleno de ambición, que de la noche a la mañana se transformara en director de una revolución».

Lo de que «con el 9 y algo más bastaba para echar abajo al gobierno», era evidentemente un error, pero estaba lejos de ser una mera bravata en labios de Espinosa. Para no citar otros hechos, recordaremos que en 1893, con la pequeña cañonera Murature que había sublevado, atropelló a toda la escuadra. Lo «hicieron volar a cañonazos» según dijo él mismo, tomándolo prisionero cuando la cañonera se hundía. Fue condenado a muerte y luego indultado.

Lo que da significado al relato de Espina es que el doctor Del Valle refiere en su exposición que él y el doctor Alem solicitaron cuatro días antes de la revolución la colaboración de Espina, quien se negó a prestarla si no se le daba el mando en jefe. Habría repetido entonces el mismo plan: «Me pondré al frente del 9, dominaré al 11 y lo arrastraré conmigo; con estos dos cuerpos tomaré la artillería y de allí nos lanzaremos sobre el 10 y libertaremos al general Campos». <<

<sup>[3]</sup> Ver Presupuesto de Guerra. Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de 1880, p. 408 y sig. <<

<sup>[4]</sup> Del Valle dice en su Exposición: «La inmensa mayoría del pueblo se abstuvo de concurrir a la inscripción nacional. La cuestión quedó planteada en estos dos términos: la sumisión sin esperanzas al sistema que presidía Juárez, o la revolución».

Castellanos dijo en uno de sus discursos: «Nuestros hombres de gobierno no tienen talla para tiranos: del despotismo no conocen las grandes ambiciones, sino

los bajos instintos; son mercaderes que hacen su negocio [...] Los allegados del presidente cobran en prebendas lo que le dan en lisonjas. Pero seamos justos: si ellos son culpables por lo que han hecho, nosotros lo somos por lo que hemos consentido».

Parecería extraño inculpar al presidente de que el pueblo no se inscribiera o que nadie hubiese protestado antes, si no se tuviera como una necesidad en los pueblos en formación que el poder público no sólo gobierne sino que doctrine y dé el ejemplo. En cuanto al aparente absurdo de enseñar a votar y a no adular, con revoluciones, no es sino el sistema primitivo de la naturaleza: renovar la atmósfera con tormentas. <<

<sup>[5]</sup> Se descontaba la intervención del coronel Martín Irigoyen, sobrino del doctor Alem. Esos fueron los únicos jefes superiores que intervinieron en la elaboración del plan revolucionario. Los generales Domingo Viejobueno, jefe del Parque y el teniente general Joaquin Viejobueno, sólo intervinieron a medio cuerpo: no concurrían a las reuniones, pero suministraban datos y cumplían comisiones. (Exposiciones del doctor Alem). El general Racedo, ministro de Guerra y Marina de Juárez hasta el 13 de abril, que al renunciar le había ofrecido «su concurso fuera del gobierno en todo lo que pudiera ser útil», sólo tuvo contacto con la revolución con el fin de buscar ayuda para su pleito político de Entre Ríos. <<

<sup>[6]</sup> *La Nación*, 25 de abril de 1890. <<

<sup>[7]</sup> Exposición del doctor Alem, *loc. cit.* <<

<sup>[8]</sup> El doctor Alem dice en su exposición: «No quisimos ensanchar las organizaciones civiles por el peligro de confiar a tantos el secreto revolucionario y exponerlo a posibles indiscreciones: el movimiento *principal y eficaz* debían realizarlo los cuerpos comprometidos, que obedecían como máquinas a sus oficiales y éstos por discreción y porque les iba la vida, guardaban la mayor reserva».

En otra parte añade: «Fomentaban las agrupaciones civiles para eludir la vigilancia policial de los cuerpos de línea».

Prescindir del pueblo —ambiente de toda revolución— por asegurar un secreto que conocían centenares de personas, representa visiblemente no una explicación sino un modo ocasional de disculparse. <<

<sup>[9]</sup> Mendía (*La revolución del 90*, cap. I) da como fecha de la constitución de la Logia militar el 18 de abril de 1889. «Después de una reunión preparatoria, celebrada en casa del capitán José María Castro Sumblad, y una vez juramentados los treinta y tres oficiales comprometidos, se convino en constituir una Logia militar y, al efecto el *18 de abril* se reunían nuevamente en número de 13 en casa del subteniente José F. Urriburu.

Los presentes en esa sesión fueron:

Del 1.º de Artillería: tenientes Estanislao López, Pablo Escalada, Tomás Vallée, Eufrasio Valdez y Arturo Albarracín.

Del 1.º de Infantería: teniente Justo Solano, subtenientes José F. Urriburu y sargento distinguido Mario Baraldo.

Del 4 de Infantería: teniente Isidro Arroyo.

Del 5 de Infantería: teniente Francisco Verdier.

Del E. M. General: capitanes Diego Lamas, José María Castro Sumblad y subteniente Luis Irurtia.

De la P. Pasiva: teniente Doralio Hermosid».

Las bases de la Logia, juradas pero no escritas, por temor de delación o sorpresa, habían sido las del más absoluto desinterés, abnegación y patriotismo; y sus métodos los de las sociedades secretas de la época: juramento de honor, secreto absoluto y obediencia ciega para castigar al traidor, cualquiera fuere la pena que se le impusiera. Más adelante Mendía añade: «El capitán Castro Sumblad, por conducto de su hermano el médico del mismo apellido, se puso en relación con el valiente comandante Montaña. Este a su vez habló al doctor Aristóbulo del Valle, obteniendo de él una conferencia para los oficiales en la noche del 17 de abril y en la casa de aquél, en la avenida Alvear. A las ocho de la noche del día indicado los capitanes Castro Sumblad y Lamas, por delegación de la Logia, entraban en casa del doctor del Valle»... El doctor del Valle agregó: «Continúen ustedes sus trabajos, que a nuestra vez los iniciaremos por otro lado para agrupar elementos que garantan el éxito de la cruzada redentora. Quedó convenido que se entendieran también los oficiales con el doctor Alem y Mariano Demaría, que serían los únicos que conocerían el ofrecimiento hecho». Estas referencias fueron publicadas sin objeción, en vida de todas las personas citadas. Sin embargo el doctor Del Valle, cuya sinceridad política estaba lejos de igualar a su talento, dice

en su Exposición que la Junta revolucionaria resolvió después del 13 de abril *esperar* la acción del nuevo Ministerio (Zavalla, Sáenz Peña, Uriburu, Alcorta, Levalle). Lo exacto resulta que inmediatamente después del 13 de abril la Junta resolvió reemplazar la acción civil por la acción de los militares complotados. <<

<sup>[10]</sup> *La Prensa* del 12 de abril de 1890 decía: «Se trata de organizar un partido de oposición reuniendo las fuerzas dispersas de las agrupaciones que militan aisladamente, como guerrillas precursoras de la organización de un gran partido capaz de disputar la dirección de los intereses públicos al partido de que es jefe el presidente de la República».

Si tal hubiera sucedido, la República habría presentado el fenómeno de adelantarse un siglo en su evolución política. <<

<sup>[11]</sup> El doctor Alem dice: «Joaquín Viejobueno que era teniente general, tuvo que salir de Buenos Aires. Esta circunstancia hizo que continuara en el mando de las fuerzas el general Campos». *La Unión Cívica*, pág. XLIX. Resulta singular esta afirmación. El mismo doctor Alem dice poco antes «que convino con los oficiales en la designación de un alto jefe que mandara el movimiento». La designación recayó en el general Campos y se hizo conocer a la oficialidad en la reunión en lo de Copmartin, a la que asistieron el doctor Alem, el doctor Del Valle y el mismo general Campos. No cabe otra explicación de estas contradicciones que el estado de enemistad en que se hallaban Campos y Alem, cuando este último publicó su exposición. <<

<sup>[12]</sup> Los conspiradores, con la ofuscación característica, creían firmemente no haber sido sentidos y se jactaban de haber burlado a la policía mediante el ardid empleado por el doctor Alem de llegar el último y retirarse el primero, llevando tras sí a los pesquisas que lo seguían. A cualquiera que no estuviese bajo el hipnotismo de la conspiración, se le habría ocurrido que un jefe de policía de la sagacidad del coronel Capdevila bien podía emplear un doble juego de pesquisas. A tal punto llevaban su confianza los conspiradores, que varios militares concurren de uniforme al conciliábulo. Los hechos producidos indican en cambio que la policía tuvo pleno conocimiento de la reunión. A los pocos días, en efecto, se hizo pública la frase del jefe de Policía coronel Capdevila: «Aleje señor presidente el ejército y garanto el orden». Tampoco escapó a la prensa la noticia de las medidas precaucionales que tomó el gobierno: El día 25 de junio (diez días después de la reunión), *La Nación* decía en su editorial, titulado «Alarmas perjudiciales»: «La capital va tomando el aspecto de una ciudad sitiada. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que teme el gobierno? ¿Dónde están los enemigos? ¿Se teme

acaso una sublevación popular?». Los únicos que continuaban creyendo que nadie los vela, eran los conspiradores.

El doctor Alem, dice en su exposición, con visible eufemismo que «en ese tiempo la policía ya empezaba a seguirlos mucho»; pero reserva cuál era la causa de la vigilancia. <<

<sup>[13]</sup> Las fuerzas o mejor dicho la oficialidad comprometida que da Del Valle (*La Unión Cívica*, pág. 200) es la siguiente:

«En el primero de artillería contábamos con 3 capitanes y 7 oficiales subalternos.

En Ingenieros, con 1 capitán y 3 tenientes.

En el 1.º de infantería 2 capitanes, 2 tenientes y tres alféreces.

En el 4.º un teniente y dos alféreces.

En el 5.º un sargento mayor, un capitán, tres tenientes y un alférez.

En el 9.º 3 capitanes y dos tenientes y el coronel Figueroa, antiguo jefe del 9.º.

La tropa sumaba aproximadamente 900 hombres. No contábamos con ninguno de los jefes.

En el regimiento de artillería la dificultad consistía en el coronel Gil, su jefe. En el 1.º de infantería los dos jefes eran adversos».

Estos datos, que sin duda dio en su Exposición Del Valle para indicar la causa de la derrota, fueron tenidos entonces y aun después, como prueba de la importancia de la sublevación militar. A tal punto se desconocía al adversario. <<

<sup>[14]</sup> En su citada exposición dice el doctor Alem: «Les dije que la casa de Juárez era una fortaleza cuidada por la fuerza armada a rémington en la comisaria de al lado y que en la misma casa habla fuerzas de la prefectura armadas y municionadas: que la policía vigilaba los alrededores, no permitiendo grupos».

Estando cuidado de tal suerte el presidente en su casa, era de suponer que tanto él como las demás autoridades lo estuvieron en la Casa Rosada y el Congreso. Todos los planes de que hablaron después Del Valle y Alem, tales como

atacar por la tarde la casa del Congreso y la Casa de Gobierno o el teatro de la Opera durante la función de gala del 9 de julio, para prender a las autoridades con grupos de ciudadanos, no debieron pasar, si es que existieron, de cabildeos más o menos Íntimos, si es que no representaban solamente una disculpa del momento para responder a los cargos que ya se les hacían por haber prescindido del pueblo. Nada de esos proyectados ataques populares, se supo, en efecto, hasta fines de 1890, en que aparecieron las mencionadas exposiciones. <<

<sup>[15]</sup> Mendía, *La revolución del 90*, «Entrevista con el general Campos después del desarme». <<

<sup>[16]</sup> En la Exposición del doctor Del Valle (*loc. cit.*, pág. 212), se lee: «Al batallón 10.º mandé además un narcótico recetado por el doctor Torino, cuyos efectos debían comenzar después de media hora y durar cuatro o cinco. Iba destinado al mayor Toscano y entiendo que no se usó, porque no hubo oportunidad para ello. Al regimiento de artillería envié dos pociones destinadas a dos oficiales que nos eran hostiles».

La sorpresa que causa semejante confesión aumenta cuando a renglón seguido, el mismo Del Valle añade que: «el mayor Toscano era un jefe distinguido que figuraba con honor en el ejército argentino».

Tenía sólidas cualidades de soldado: era el primero en levantarse y el último en acostarse. Únicamente tomaba mate o café y jamás salla después de la lista de la tarde. Era contra tal soldado que iba a emplearse semejante arteria. ¡Habría sido de oír, en situación inversa, la invectiva de Del Valle contra tal hecho! <<

<sup>[17]</sup> El plan dictado por Campos fue publicado en la obra de su secretario Mendía. Era el siguiente: «*Capitán Fernández*. A las 4 de la mañana del día 21, atalayaré las piezas del Regimiento 1.º de artillería y se encontrará listo para recibir la incorporación del 9.º de infantería, los cadetes del Colegio Militar y el 11.º de caballería que llegará en columna a las órdenes del coronel Figueroa. [Ni el 11.º se sublevó ni el coronel Figueroa llegó a su cuartel]. Seguirá la columna por la avenida Alvear, para dirigirse al Parque, punto de la Concentración y donde a la hora que ella llegue se encontrará la Junta Revolucionaria». Análogas órdenes para el mayor Bravo, del 5.º de infantería; el capitán Cornell, del 1.º de infantería (que no pudo concurrir) y para el teniente Ruy Díaz del batallón de ingenieros.

A los oficiales de la escuadra se les ordenaba que se colocaran en frente del Retiro y de la Casa de Gobierno antes de amanecer el día 21, debiendo romper sus

fuegos sobre los edificios apuntados, que se preveía serían los de concentración del adversario. (No hubo concentración en la Casa de Gobierno, pero sí hubo bombardeo al día siguiente). Una vez en el Parque las tropas de tierra se debían formar: según Alem, en dos columnas y proceder al ataque inmediato; según Campos, sólo entraba en su plan que las tropas gubernistas se reconcentraran previamente a fin de conocer el punto donde debía atacarlas. Esta divergencia, que resultó fundamental, nunca se aclaró. Pero los militares gubernistas, dando la razón a Campos, opinaban que de haberse formado las dos columnas, de menos de 500 hombres cada una (pues no había fuerzas para más), una para atacar a la Policía, que tenía varios millares de veteranos mandados por un jefe como el coronel Capdevila, y la otra para batir a seis batallones diseminados en todos los rumbos de la ciudad, la batalla habría sido más sangrienta, pero la victoria más rápida. <<

<sup>[18]</sup> Exposición de Del Valle, obra citada, pág. 208. <<

<sup>[19]</sup> Del Valle, *loc. cit.*, dice: «Los otros oficiales nos avisaban con frecuencia que sus cuarteles estaban rodeados por agentes secretos de la policía». <<

<sup>[20]</sup> Para el público se lanzó la noticia de una delación de un mayor Palma del 11.º de línea a quien en esos días había invitado para rebelarse el general Campos. Se añadía que citado a su casa por Palma, Campos había recibido un aviso anónimo de que se le preparaba una celada. Se añadía que Palma era el único que había pedido dinero a la Junta. Naturalmente nunca se puso en claro si los manejos atribuidos a Palma obedecían como se dijo, a un plan de contra-conspiración elaborado en el 11.º de caballería o a la innoble actitud privada que se le imputaba.

Lo que resultaba evidente era que Palma no había asistido a la reunión del 17 y que las medidas tomadas por el gobierno abarcaban mucho mayor extensión que lo referente al 11.º de línea, único asunto de que Campos decía haber hablado con Palma. <<

<sup>[21]</sup> El general Roca era a la sazón jefe del 1er. cuerpo de ejército y el general Campos de una brigada de aquella unidad. En tal carácter, o con tal pretexto, el general Roca hizo una larga visita a Campos en su prisión. Se aseguró de que no fueron ajenos a la información y consejos al gobierno, el general Roca y el doctor Pellegrini, quienes aunque alejados del doctor Juárez habrían perdido su posición en caso de triunfar al movimiento. Lo cierto fue que estos dos políticos, tan sagaces y vinculados en el ejército y la sociedad, aparecieron al lado del presidente desde el primer momento en la madrugada de la revolución, sin que nadie supiera cómo

habían tenido noticias de ella. <<

<sup>[22]</sup> El 19 de julio *La Nación* traía una información bajo estos títulos: «Nieblas por todos lados. Un día de agitación. Revoluciones. Noticias alarmantes». El día 20 ya se refería concretamente a una conspiración militar y ofrecía el detalle exacto de los 7000 hombres (dos mil trescientos más de los mencionados por Del Valle) de la guarnición, terminando con la referida frase: «¡No tenemos oro, pero lo que es acero!»... Y por el estilo los días siguientes. <<

<sup>[23]</sup> Dice Del Valle, *loc. cit.*: «En la noche del martes (22 de julio) recibí encargo de ver a Espina». Más adelante añade: «El jueves Alem habló con Espina». <<

<sup>[24]</sup> El capitán Jacinto J. Espinosa, dice en una carta que publicó Mendiá: «Llegamos al Comité en circunstancias en que el valiente y malogrado coronel Julio Campos había sido citado para una conferencia, por lo que tuvimos que esperar algunos momentos, después de los cuales el coronel salió disgustado de la Junta, según dijo». Del texto de la carta se puede deducir que esa conferencia tuvo lugar el día 23 de julio. <<

## Notas al Capítulo 10

<sup>[1]</sup> Este número es el indicado por el doctor Alem: «tendría que nombrar a los trescientos o cuatrocientos que concurren al Parque en la noche del 26 de julio». Carta al doctor Barroetaveña en agosto de 1890. Ver la obra *Alem, su vida, su obra, etc.* Buenos Aires, Editorial Alem, 1928, página 93. <<

<sup>[2]</sup> Según el presupuesto de 1890 los batallones de infantería constaban de 200 hombres de tropa y 72 entre jefes, oficiales, clases, cometas, tambores y músicos. Pero rara vez estaban completos. Además como en toda sublevación, no faltaron descontentos, retrasados y desertores. Calcular 200 hombres por cuerpo es aproximarse a lo exacto, que naturalmente nunca se estableció. El doctor Alem dijo que sumaban 1300 hombres. El doctor Del Valle calculó, como ya dijimos, las fuerzas comprometidas en 900 hombres, y el resto de la guarnición o sea las fuerzas gubernistas, inclusive los vigilantes, que eran en gran parte veteranos cumplidos, en 4688 plazas. Exposición del doctor Del Valle, *La Unión Cívica*, pág. 201. <<

<sup>[3]</sup> Parte del jefe de día, coronel Juan G. Díaz, *La Argentina* del 4 y 5 de agosto de 1890. Biblioteca Pública, número de catálogo 30 691. <<

<sup>[4]</sup> El doctor Alem dijo, en el libro del doctor Barroetaveña «que él tuvo copia de esa orden, que transcribe, en cuanto se dictó, así como del plano mandado levantar por el Ministerio de Guerra para calcular el tiempo de una reconcentración en la Plaza de Mayo». A pesar de eso, tanto Alem como los demás revolucionarios hablaron siempre como si el gobierno hubiese estado completamente desprevenido. El jefe de Policía había contribuido a mantener el engaño. El mismo día 26 de julio aparecía en *La Argentina* una carta del coronel Capdevila, en que «desmentía la enorme impostura de que él creyera al doctor Alem un revolucionario o un conspirador. No lo creo capaz, añadía, de producir un movimiento armado ni sin armas».

Además, en la calle Corrientes, entre Talcahuano y Uruguay, existía una comisaría. El comisario Menéndez, hermano del secretario del doctor Alem, que sabía lo que iba a suceder, pero guardaba ante unos y otros la mayor corrección, mandó a la madrugada a inspeccionar los alrededores al entonces subcomisario y hoy abogado José María Bátiz. Este encontró al cuerpo de ingenieros que iba en pelotón por Callao, con los oficiales campechanamente mezclados con la tropa. De

regreso, encontró el 5.º que iba llegando al Parque, por Talcahuano, correctamente formado y con sus jefes al frente. De todo se dio aviso inmediato al Departamento de Policía, de donde ya había partido el coronel Capdevila dejando al frente de la repartición al comisario de Ordenes Alejandro Toranzo. <<

<sup>[5]</sup> El capitán Aguirre, de ingenieros, por impaciencia o falta de información, abandonó con su destacamento la Penitenciaría prematuramente. Alarmada la dirección del penal, envió al empleado Hernández cuyo hijo era el influyente comisario de la 1.ª, al lado de la casa del presidente, a pedir una guardia policial. Naturalmente no sospechaban que se tratara de una revolución. Pero el comisario Hernández, advertido como estaba, lo malició en el acto y salió a observar, llegando hasta la Casa de Gobierno, donde comprobó que también acababa de retirarse la guardia. No dudó más y fue a dar aviso al presidente antes de las cuatro de la mañana. <<

<sup>[6]</sup> El doctor Alem escribía para el libro del doctor Barroetaveña, que fue en cierto modo, una réplica al de Mendía, que «todo lo publicado sobre prisión de personas, falta de municiones y la misión inmediata de la escuadra o es completamente inexacto o está adulterado y deficiente». Añadía, «que la causa principal por que la revolución no triunfó, material e inmediateamente, fue el no haberse efectuado fielmente el plan convenido de apoderarse de la Capital en los primeros momentos, dando así tiempo a que el enemigo reaccionase y nos llevase el ataque, quedando la revolución a la defensiva». La frase «apoderarse de la Capital en los primeros momentos» hizo camino, a pesar de no representar, en último análisis, sino una forma distinta de librar el combate, desde que el enemigo estaba «desde los primeros momentos» tan prevenido como la revolución.

La posición que adoptaron en la polémica Campos y Alem fue ésta: Campos partía de que «desde el primer momento hubieran sido sentidos». Alem de que «habían sorprendido al enemigo».

El doctor Alem no tomó en cuenta en ninguna parte de su exposición a la policía, rígidamente militarizada, a la que él mismo asigna 3080 agentes.

Es poco creíble que el doctor Alem, de tan aguda perspicacia y prolija información, pudiera creer lo que decía, pues la columna de Campos, en cuya llegada al Parque sin tropiezos fundaba su opinión, había venido por la parte norte, la más despoblada de la ciudad de entonces; y todas las fuerzas fieles al gobierno, inclusive la policía y los bomberos, tenían sus cuarteles hacia la parte sur.

Mas, de todos modos, la responsabilidad —sí la hubo, en haber sido vencidos por fuerzas varias veces superiores y con los recursos y el prestigio de la autoridad constituida— debía corresponder solidariamente al jefe civil y al jefe militar de la revolución; el achacarse Campos y Alem, por separado, la culpa del desastre, ni aclaró el caso histórico ni justificó a ninguno. En la obra del doctor Vedia y Mitre, *La Revolución del 90*, Buenos Aires, 1929, páginas 155-156 y 202-203 se ha analizado con severa justicia la conducta de ambos jefes. <<

<sup>[7]</sup> Ninguno de los diarios creadores del ambiente revolucionario había sido informado del estallido. *La Nación* del 25 de julio, decía: «El pueblo está enfermo, está enervado por la influencia deletérea que han ejercido, por los funestos ejemplos que le han dado los hombres puestos al frente de la cosa pública». <<

<sup>[8]</sup> *El Diario*, 6 de agosto, artículo firmado Jackal, seudónimo de José María Mendía. <<

<sup>[9]</sup> José Marta Mendía era un joven chileno criado en el país desde su niñez. Tenía talentos periodísticos, coraje y don de gente, pero nunca pasó de ser un bohemio intelectual. <<

<sup>[10]</sup> *La Argentina*, 4 y 5 de agosto de 1890. Parte del coronel Leyria. <<

<sup>[11]</sup> *La Prensa*, 6 de agosto de 1890. Parte del coronel Garmendia. <<

<sup>[12]</sup> El general Garmendia, años después de los sucesos, daba esta original explicación, delante de un tablero de ajedrez, en que acababa de vencer: «La idea estratégica de la perforación era elemental; la indica el general Mitre en su crítica al asalto de los ingleses de 1807; pero su resultado excedió a su mérito. La guerra en un campo edificado en manzanas cuadrículadas, como Buenos Aires, se parece al ajedrez, con la diferencia de que cada bando, en ocasiones, puede hacer ocultamente su jugada. Supongan que los cantones de la plaza Libertad y la plaza Lavalle fueran los peones de uno y otro lado jugados en la 4.<sup>a</sup> casilla de su respectivo rey; que las trincheras y cañones fueron los alfiles, avanzados a la 4.<sup>a</sup> casilla de sus respectivas damas. La perforación fue la jugada de nuestra reina a la 5.<sup>a</sup> casilla de la torre del rey. El enemigo no la previno, ni la sintió, sino cuando rompimos el fuego desde Viamonte y Libertad sobre la puerta misma del cuartel del Parque: eso importaba tomarles el peón de alfil del rey: ¡el mate del Pastor! La partida militar estaba concluida, lo demás fueron trámites políticos». <<

<sup>[13]</sup> Espina dijo en su entrevista de *Crítica* del 5 de noviembre de 1925: «Yo

tenía la situación en mis manos cuando me vinieron con lo del armisticio, en momentos en que tenía tomada la plaza Libertad». Los jefes gubernistas, descontando la exageración, reconocían que en ese sitio ellos habían sufrido un contraste, que reputaban momentáneo. <<

<sup>[14]</sup> El plan de prender a Roca, Pellegrini y Levalle, al que Mendía, como vocero de Campos, asignó tanta importancia, parece que no fue sino uno de los tantos delirios jacobinos, infaltables en toda conspiración. El doctor Alem lo alentó como propaganda, pero desde que se resolvió que la revolución estallara de noche no lo tomó más en serio, lo que hicieron, en cambio, algunos extremistas y varios jóvenes. En los últimos momentos, noticiado Alem de que se pensaba llegar hasta el homicidio, desbarató todo el plan de las prisiones, con indignación caballeresca. Era fácilmente previsible, en efecto, que aparte de lo menguado, tal plan podía degenerar, por la calidad de las víctimas, en un asesinato político, práctica tradicionalmente maldecida en la República. El doctor Alem se hizo siempre un título de la caballería y el honor de la revolución.

En el discurso del 12 de agosto, dijo: «Si la revolución no tuvo éxito en el combate por circunstancias complejas, debo también confesar ingenuamente que mucho influyó su propia exagerada gentileza y me es simpático confundirme en esa responsabilidad». *Alem*, páginas 68-69. <<

<sup>[15]</sup> Lo que se pensaba en el Parque sobre la «falta de municiones» puede colegirse de lo que dice Mendía, no sospechable en contra de Campos: «En verdad no había sino 85 000 tiros en depósito, pero en cambio, para un ataque decisivo, cuerpos había como el 5.º que estaba a 200 tiros por soldado, y otros a 100 y 150; también podía haberse hecho acopio de municiones, quitándoles buena parte a los cantones que no tenían mayor necesidad de ellas por su situación». <<

<sup>[16]</sup> El primitivo plan había sido que a una señal por medio de globos la armada bombardeara el Retiro y la Plaza de Mayo, al iniciarse la revolución. La falta de globos impidió en los primeros momentos hacer las señales. Entonces, el domingo 27 a primera hora, se envió con un emisario la orden transcrita. Al pactarse el armisticio ese mismo día, a las 10 de la mañana, se dirigió otra nota, poniéndolo en conocimiento de la escuadra, pero insistiendo en que se prosiguiera el bombardeo al terminar el plazo. Esa nota parece que no llegó a su destino. En vista de la indignación pública por el cañoneo del día 27, se envió la nota del día 28, antes de la capitulación. Las tres notas figuran en las páginas 114, 127 y 141 de la edición Naón de la obra de Mendía, quien poseía los originales. <<

<sup>[17]</sup> *La Argentina*, 31 de julio de 1890. Esa crónica fue atribuida al doctor Ramón J. Cárcano que acompañaba al doctor Juárez en la plaza Libertad. <<

<sup>[18]</sup> *Victrix causa Diis placint, sed victis Catoni.* <<

## Notas al Capítulo 11

<sup>[1]</sup> De las listas publicadas por Mendía y reproducidas luego por otros, resulta una suma de alrededor de 1200. Pero hay que advertir que después de la caída de Juárez, brotaron un sinnúmero de héroes que no querían privar a la historia de sus nombres; y a pesar de eso se leen datos como estos: «Ciento veinte hombres más, cuya nómina no ha sido posible presentar». «Las fuerzas de este cantón las componían 65 hombres al mando del tirador español José López». Además se enumera un cantón en la calle Rivadavia y Santiago del Estero, mandado por un teniente del ejército francés y un alférez del ejército español; y cantones en Rivadavia y Junín y el Convento del Salvador, cuya superfluidad habría sido visible durante los combates, por lo cual, sin duda, esos cantones se instalaron recién después del armisticio. <<

<sup>[2]</sup> En el discurso de Pizarro, publicado en el Diario de Sesiones del Senado se lee: «Porque esta revolución, señor presidente, se presentaba animada de un espíritu reaccionario contra la política que defendí en 1880. Ella sé presentaba públicamente con el carácter reivindicatorio de dos naciones enemigas; y hasta poco antes de producirse anunciábase la reivindicación de Metz y de Sedan, refiriéndose a los sucesos del 80. Yo no podía, entonces, servir a esta revolución: yo que era así extranjero y enemigo: yo que era así alemán, por no haber nacido en este suelo». La alusión iba dirigida a ciertos discursos de Alem y a la actitud asumida por éste después del 80.

Pero tales ideas, hoy de museo, ya eran el 90 anacrónicas para las nuevas generaciones. Tanto Pizarro como Alem, encandilados con sus respectivas actuaciones del 80, no pulsaban bien el nuevo presente. La Capital Federal fue un hecho definitivo desde que Mitre la aprobó y «Roca se hizo porteño y Pellegrini provinciano», según la incisiva síntesis popular de aquellos días. <<

## Notas al Capítulo 13

<sup>[1]</sup> *La Nación* no salió desde el 26 de julio. Apareció el 31 del mismo y dejó de salir nuevamente el 1.º de agosto, reapareciendo recién el día 7. *La Prensa* salió el 26 de julio; y dejó de salir desde el 27 de julio hasta el 5 de agosto. *El Diario* salió el día 26 de julio y dejó de aparecer hasta el 31, día en que reapareció, sin publicar el discurso de Pizarro. El *Sud-América* no salió los días 26 y 27 de julio; pero salió del 28 al 31; luego dejó de salir desde el 31 de julio hasta el 11 de agosto; *La Argentina* salió el día 26 de julio; dejó de salir los cuatro días siguientes, reapareciendo el día 1.º de agosto con el manifiesto del presidente, pero sin el discurso de Pizarro. Continuó apareciendo hasta el 6 de agosto, en que desapareció definitivamente. <<

## Notas al Capítulo 14

<sup>[1]</sup> *La Prensa*, 8 de agosto de 1890. <<

<sup>[2]</sup> Frase del Testamento político del doctor Alem. <<

<sup>[3]</sup> He aquí las dos piezas de la polémica más célebre de los últimos cincuenta años. Son el reflejo de dos caracteres, de dos estilos y, sobretudo, de dos conceptos divergentes sobre la vida y la acción del hombre público. En lo personal no pueden ser tomadas sino como dos negativos fotográficos. Generalmente, estas piezas fueron poco conocidas en conjunto, aun en su época, porque el doctor Alem hizo su publicación en *El Argentino* de La Plata y el doctor Pellegrini en los periódicos de Buenos Aires; por eso y porque nada puede ofrecer una comprensión más cabal de las circunscriptas ideas de la época, las transcribimos íntegramente.

### CARTA DEL DOCTOR ALEM

«Ayer me hicieron notar algunos amigos un insólito ataque que he recibido en la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires. Este ataque consiste, resumiendo, en que se ha hecho decir a un diputado de la Unión Provincial que soy un hombre de antecedentes sucios y que tengo *cuentas turbias* con el banco.

»Era lo único que faltaba en esta época de verdadero desbordamiento y de cinismo insuperable, por parte de los hombres pertenecientes al régimen que ha arruinado y deshonorado a la República. Es realmente un colmo; pero me presenta la oportunidad de decir algunas palabras breves, pero bien dichas.

»Hombres todos del régimen funesto: es necesario que sepan —entiéndanlo bien—, es necesario que sepan que si hay en nuestro país ciudadanos de antecedentes intachables, pública y perfectamente conocidos, entre esos ciudadanos estoy yo.

»Y puedo afirmar con legítimo orgullo y con toda la sincera altivez de mi carácter, que no han de ser muchos los que estén en condiciones de ostentar una foja de servicios como la mía y presentar, al mismo tiempo, como ejemplo, una vida más modesta, más abnegada y más honorable. He vivido siempre en una casa de cristal, y hasta el último detalle de mi vida es conocido; he luchado como fuerte y como bueno, y desde niño me he formado por mis propios esfuerzos, en medio

de una lucha terrible, sin que nadie pueda señalar una sola sombra en una sola página; he mantenido una conducta verdaderamente ejemplar; nunca hice negocio ni especulación de ningún género; jamás usé de la influencia que mis servicios a la causa popular me daban, para obtener la más pequeña posición *en ningún sentido*, siempre condené a todos aquellos políticos que desarrollaban su existencia y su personalidad por tales medios; he sido, en fin, el eterno censor y el eterno fustigador de esos procedimientos incorrectos, y más de un político, hoy encumbrado y soberbio, ha recibido directamente, de mis labios, esa fulminación.

»Repito que he vivido y sigo viviendo en una casa de cristal; todos pueden ver, cuando quieran, lo que pasa en ella. Tuve un estudio de los más acreditados en el país; tuve una desahogada posición conquistada, a fuerza de trabajo asiduo y honrado; tuve una influencia poderosa, en más de una ocasión, nunca se me habrá visto ni en los frontones, ni en los hipódromos, ni en los centros de especulación, ni en los teatros, ni en los festines, ni mucho menos en los círculos donde se forman las carpetas. Trabajaba y ahorraba para sembrar servicios... y recoger ingratitudes. ¿Qué más quieren? Si quieren algo más, puedo decirlo, porque tengo las manos, como decía Sarmiento, llenas de verdades. ¡Cuidado, pues!

»Voy ahora al hecho concreto de mis *cuentas turbias* con el banco. Voy a hacerme cargo de esta perfidia, de esta ruindad, digna de *ellos*, es decir de los que, con su conducta vergonzosa, han arruinado y deshonorado al país.

»Yo presté mi garantía y por consiguiente mi firma, a unas personas que me la pidieron porque deseaban descontar un pagaré de *cinco mil pesos*. Mi actitud al acceder a este pedido era la misma que muchas veces había observado: prestaba un servicio personal. Se me dijo que el banco descontaría aquel documento bajo la condición de que yo no retirara un depósito, por mayor valor, que tenía en el mismo establecimiento. Acepté y el depósito no fue retirado. En esto consiste la operación. Pregunto ahora ¿dónde está el giro en descubierto? ¿Qué hay en este descuento de incorrecto o de perjudicial para el Banco? Si el pagaré se descontó, fue porque yo tenía un depósito por mayor cantidad, de manera que, en definitiva, el verdadero perjudicado soy yo mismo, como todos los depositantes, porque si hubiera retirado a tiempo mi depósito, hoy me representaría; en mis relaciones con el banco, una suma por doble valor.

»Entre tanto, el día que el banco sufría una corrida, cuando los iniciados en los secretos de Estado se apresuraban a retirar sus capitales, el único dinero que entraba a las cajas de aquel establecimiento era el que les entregaba el doctor Leandro N. Alem.

»Por lo que respecta a mi cuenta particular la mantengo con el banco desde hace veinte años, cuando todo era honesto, moral y correcto. ¿Se quiere saber lo que hay al respecto? Pues voy a decirlo.

»Debo alrededor de *veintiséis mil pesos*, que puedo pagar actualmente, con la mitad de esa suma. Cualquiera puede comprobar la exactitud de este dato. Pero ¿cuál es el origen de esta deuda? Esto es lo que no se sabe generalmente y yo no lo hubiera revelado jamás a no verme en la dolorosa necesidad de hacerlo.

»Esa deuda no es propiamente mía: reconoce por origen ciertas garantías prestadas por mí a hombres que hoy figuran en las filas de los que pretenden enlodar mi nombre. Me pidieron mi firma y se la di; descontaron el dinero que necesitaban y luego ni el servicio de las letras hicieron: tuve que hacerlo yo. Pasó algún tiempo, y, hallándome en estas condiciones, celebré una entrevista con el doctor Vicente Fidel López, entonces presidente del banco.

»Le expliqué mi situación y le pedí que refundiera las diversas letras en una sola que quedarla a mi nombre. Recuerdo que me contestó, poco más o menos: “Es usted una victima, pero no hay más remedio que aguantar; haremos lo que usted pide...”. Resultado: las deudas de que yo era garante se refundieron en una sola que quedó a mi cargo exclusivo.

»Se trata, pues, de verdaderos *clavos* que recibí de los hombres a quienes me he referido. Ahí están en las filas de mis adversarios y en primera línea; encumbrado funcionario de Provincia alguno, jefes superiores del ejército otros... ¡Seguramente no saldrán a desautorizar mi palabra, ni a rectificar mis afirmaciones!

»Esta es la historia verdadera de mis relaciones con el banco. Hombres todos del régimen funesto, que han arruinado y deshonrado a la República; acabo de exponer algunos datos relativos a mis *cuentas turbias* con el banco. Desafío a cualquiera de ustedes a que rectifique la exactitud de unos u otros.

»¡No lo harán! Yo, en cambio, puedo dirigirles algunas preguntas. ¿Con qué derecho, con qué motivo, con qué pretexto siquiera intentan salpicarme con el lodo de que el país entero los contempla cubiertos? ¡Mucho ruido, mucho escándalo, en torno de un pagaré de *cinco mil pesos*, descontado en condiciones honestas y correctas! Y ¿de quiénes parten las pérdidas calumnias?: de los grandes empresarios en todas las especulaciones que han agotado la savia de nuestro país, conduciéndolo al borde de la deshonra y de la bancarrota. Ellos, los eternos

usufructuarios de todos los negocios oficiales que han arruinado a la Nación, los que deben millones y no pagan —ni pagarán probablemente nunca—, los que la opinión pública señala, uno por uno... ¡es un colmo! ¡Pero son *ellos* los que me mandan decir que yo tengo antecedentes sucios!

»Y bien: ¡vamos a cuentas! ¿Por qué no hacen lo que yo hago? ¿Por qué no asumen la actitud que yo asumo? Publiquen sus relaciones con los bancos y refieran el origen del fausto en que han vivido envueltos. Digan a lo menos, pues deben saberlo, qué se han hecho los millones desaparecidos... Entonces sabremos quiénes son los honrados. Pero no lo harán. Yo, en cambio, he hecho para defenderme, lo que corresponde a un hombre público honrado, porque no hay nada, absolutamente nada, que pudiera impedírmelo.

»A fuerza de trabajo honesto, conquisté, lo repito, una posición desahogada. Trabajé y ahorré. Tuve reservas que hoy han desaparecido y me veo de nuevo en la necesidad de recurrir al trabajo diario. Pero ¿por qué me encuentro en esta situación? ¿Cuáles son los negocios que a ella me han conducido? Hice algunos servicios a muchos ingratos; y, en estos últimos tiempos, agoté mis ahorros, vendí mis bienes, comprometí mi porvenir y el de mi familia, por detener desde las filas del pueblo, a costa de mi salud, de mi tranquilidad y de mi bienestar, la ola de corrupción que a ustedes, hombres del régimen funesto, encumbraba y enriquecía a costa de la salud, de la tranquilidad y del bienestar del país.

»Esta es la historia, la única verdadera, la única exacta, a que sirve de defensa incontrastable la honradez pública y notoria de mi nombre.

»Hay, pues, mucha distancia entre ustedes y yo, y es inútil que se esfuercen por hacer llegar hasta mi ni un átomo siquiera del lodo que los cubre.

»Estoy muy lejos, no lograrán alcanzarme nunca.

*Leandro N. Alem*».

## CARTA DEL DOCTOR PELLEGRINI AL DOCTOR LEANDRO N. ALEM

«Ecce Homo:

»Valíale más haberme nombrado. Cuadraba mejor a la sincera altivez de su carácter. Sabe que entre mis muchos defectos no se cuenta el de esquivar responsabilidades. Pero recojo la alusión y contesto.

»No me detendré en el retrato que de sí mismo nos traza el doctor Alem. Es todo un caso, que exigirla un estudio más detenido. Habría deseado dejarlo disfrutando el fácil placer del propio elogio, pero no me es posible, y si en estas líneas tengo que retocar algunos rasgos y echar a perder el cuadro, lo hago obligado.

»Yo no vivo en casa de cristal. Tengo muchos defectos que reservar, y no soy una virgen que en su casta y candorosa inocencia puede en todo momento ofrecerse a la contemplación pública. Vivo en casa de piedra, y allí he formado un hogar, conocido, respetado y honesto. Es éste requisito indispensable para mantener una posición social que corresponda a la posición pública.

»Voy, cuando quiero reposar mi espíritu de tanta diaria miseria, a los teatros, a las fiestas, a los hipódromos y centros sociales, y allí encuentro todo lo que hay de más culto y distinguido en mi país. En cambio, he tenido siempre aversión a los *estaminets* y las confiterías. Le explicaré esto al doctor Alem porque nunca nos encontramos, a pesar de vivir en la misma ciudad.

»El doctor Alem cree que hay gran distancia entre él y yo. Es mucha mayor de la que él cree, felizmente. Somos tan desemejantes en lo moral, como en lo físico.

»He encontrado siempre placer en la actividad y el trabajo y esto me ha permitido vivir en todo tiempo con relativa holgura. Mis ocupaciones han sido siempre conocidas, y en cualquier momento se ha podido saber de qué vivía.

»He contribuido dentro de mis medios a formar los fondos de los comités políticos en que he actuado, pues nunca se me ocurrió que ser presidente de comité o jefe de partido, fuera una profesión.

»He tenido relaciones con muchos bancos, oficiales y particulares, y mi crédito jamás ha sufrido. Cuando subí a la presidencia, debía a los bancos Nacional, Provincia o Hipotecario de Buenos Aires 120 000 pesos por junto. Comprendí que dada la situación de esos bancos, iba a tener que ejercer sobre ellos mi acción oficial, y que en tal caso no era correcto que fuera deudor. Vendí la única propiedad que poseía, la estanzuela en Rodríguez, herencia de mi esposa, y cancelé

todas mis deudas.

»He favorecido, con toda la decisión de que soy capaz, a las grandes empresas en cuya obra vela un progreso para mi país, y, he ayudado a muchos hombres que merecían ser protegidos. En pago he vinculado mi nombre a esas obras, honor y placer que no comprenden los que creen que sólo de sucia política viven los pueblos, y tengo hoy la amistad y la gratitud de hombres de verdadero mérito.

»Y hasta esta tarea de hacer ante el público su autobiografía y exponer su propia justificación en la misma sociedad en que nos hemos formado, es hasta cierto punto deprimente, y se aborda con disgusto. Pero esta escuela alemista ha relajado hasta tal punto el criterio público, ha chapaleado tanto barro y tanta inmundicia, ha tenido durante cuatro años tanta injuria en los labios, que hoy tenemos que resignarnos a hacer estas abluciones en público.

»En cuanto a las explicaciones que da el doctor Alem sobre sus cuentas turbias con los bancos, es todo ello un tejido de inexactitudes, y es un colmo de audacia alterar así la verdad y tratar de desfigurar hechos que son conocidos de tantos, gracias a las investigaciones ordenadas y que constan en los libros y papeles de esos bancos.

»Toda esa historia de que prestó su firma a otras personas, etc., es una pura novela. Tiene tan mala memoria en esto de deudas, que se refiere al doctor Vicente Fidel López, que fue presidente del banco hace 15 años. Lo de servicios e ingraticudes de encumbrados funcionarios de una provincia y oficiales superiores del ejército, es pura invención.

»Los dos últimos descuentos que se le hicieron al doctor Alem fueron directamente, a su sola firma, el 16 de febrero de 1888 y 19 de diciembre de 1890. De estos descuentos proviene su deuda actual protestada y abandonada durante años. Asegura el doctor Alem que en la época en que el banco sufría una corrida, fue el único que le llevó dinero a depósito. Efectivamente, el 19 de diciembre de 1890, día en que se le descontaba una letra, con su firma sola, por 20 000 pesos, depositaba 10 000, retirando los otros diez.

»Es el único depósito que ha hecho. Creo que a cualquiera le era fácil favorecer al banco en estas condiciones.

»Algo más: cuando el Banco de la Provincia había cerrado sus operaciones,

el doctor Alem continuaba girando en descubierto, y más tarde cubría esos giros con pagarés suscriptos por sus partidarios, que aún no ha sido posible cobrar.

»Igual cosa le sucedía en el Banco Nacional y ha sido necesaria la ley de jubileo para que recordara su deuda tan largo tiempo abandonada.

»Y mientras tal conducta observaba, dirigía a sus partidarios esas furiosas arengas en que los incitaba al motín y a la revuelta, hasta dar en la cárcel con los infames que hablan arruinado los bancos, abusando de su crédito y olvidando sus deudas. Y las masas sentían hervir su prédica incendiarla al través de toda la República.

»¡Aún hoy se atreve a amenazar con decir verdades y desafiarnos a que rectifiquemos sus afirmaciones!

»¡Ecce Homo!

»He concluido con el doctor Alem y debo al público una palabra de explicación. Puede creerse que en lo dicho hay algo de excesivo y de personal. No; hay sólo un acto de justicia que ya tardaba.

»Cuando se instaló la administración de agosto de 1890, el doctor Alem la recibió mandando enlutar los balcones de la Unión Cívica. Estaba de duelo porque sus ambiciones habían naufragado, y su posible dictadura sólo fue para este pueblo una pesadilla que se disipó con los últimos tiros del Parque.

»Desde ese día inició la conspiración permanente contra las autoridades legales, las obligó a hacer una política estéril de propia defensa, y ha mantenido al país durante cuatro años en estado de perpetua alarma, haciendo difícil el gobierno regular.

»Trató de subvertirlo todo, sin respetar lo que tiene de más sagrado un país, porque es la garantía de su honor. Por él se ha visto la República diez veces al borde del caos; por él yacen argentinos sepultados en las cárceles públicas o vagan en el destierro.

»Ha corrido sangre y se han malogrado muchas esperanzas. Estos cuatro años durísimos que hemos pasado son la obra de su ambición, de ese insensato orgullo que se refleja en el ridículo retrato que nos ha ofrecido.

»Algún castigo tenía que merecer este gran delito, y el destino, al llevarlo a

la prensa a tratar de justificar hechos injustificables, ha ofrecido la ocasión de desagraviar a la República entera, víctima de la más incomprensible mistificación de que haya ejemplo en este país.

»Sírname esto de disculpa por haber descendido a esta polémica.

*C. Pellegrini*». <<

## Notas al Capítulo 15

<sup>[1]</sup> El plan de salvar las deficiencias políticas del país —y especialmente el mal de las unanimidades, que según las ideas de la época eran las que originaban las revoluciones—, con reformas electorales, resulta una idea persistente de todos nuestros gobernantes. Los proyectos de reformas se venían sucediendo desde los tiempos de Sarmiento y Vélez Sársfield, que fueron los primeros en proyectar la ley de elección por circunscripciones, al que se adhirió más tarde Avellaneda desde el Senado. Al otro día de la calda del doctor Juárez, que como hemos visto, prohibió también esa ley en el mensaje presidencial de 1890, fue sancionado en la Cámara de Diputados un proyecto de ley electoral a base del voto uninominal, proyecto que no pasó en el Senado. Diez años después, sin embargo, el general Roca desde la presidencia, siendo su ministro Joaquín V. González, y el doctor Pellegrini, desde el Senado, hicieron triunfar la ley, con la cual fue elegida en 1900 una de las Cámaras de Diputados más notables que hasta entonces hubiera tenido el país.

Esa ley fue derogada sin motivo ocasional alguno, durante la presidencia del doctor Quintana. El doctor Pellegrini parece haberse impresionado no sólo por la derogación de aquella ley sino también de que, a la par de las leyes electorales, fueran las realidades y las prácticas de la vida pública las que, en su tiempo, necesitaban enmendarse. Así lo revelan los párrafos de su último discurso, que ha sido llamado su testamento político, porque fue pronunciado pocos días antes de morir. De todas suertes es sugestiva la coincidencia póstuma de dos pensadores como Pellegrini y Del Valle, que revela dicho discurso.

Para su completa comprensión, hay que advertir que a esa pieza oratoria pronunciada en ocasión de una ley de amnistía para los revolucionarios de 1905, sólo se le puede asignar un sentido institucional y lealmente argentino, por cuanto en la época en que fue pronunciada, Pellegrini estaba en auge político y era partidario del doctor Figueroa Alcorta que a la sazón presidía la República a consecuencia de la muerte del presidente Quintana.

He aquí los párrafos pertinentes del mencionado discurso, tal como aparece en el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, año 1906, pág. 245:

«En 1893 indiqué al presidente Sáenz Peña que entregara la dirección política del país a uno de nuestros más grandes estadistas, a mi adversario decidido, el doctor Del Valle. Esperaba que él, con la autoridad que le daban sus

vinculaciones y su persona, pudiera dominar la tendencia revolucionaria y alcanzar el ideal, que todos perseguíamos, de llegar a la verdadera reacción institucional. El presidente aceptó mi consejo y Del Valle fue al ministerio de la Guerra. Tuvimos una larga discusión: yo era partidario de la evolución pacífica: él era un radical revolucionario. Creía que debíamos terminar la organización por los mismos medios empleados al comenzarla.

»Me alejé de esta capital. Desgraciadamente se produjo lo previsto. La dificultad de las revoluciones consiste en que es fácil iniciarlas y muy difícil fijarles límite. Son como el incendio de Roma del tiempo de Nerón: calculado para destruir los tugurios, las llamas no pudieron ser detenidas y ardieron hasta los palacios y los templos.

»A pesar del talento y el patriotismo de Del Valle, llegó un momento en que la anarquía amenazaba conflagrar toda la República. No necesito continuar...

»Y bien señor Presidente, han pasado trece años; hemos seguido buscando en la paz, en el convencimiento, en la prédica de las buenas doctrinas, llegar a la verdad institucional... Y si hoy día se me presentara en este recinto la sombra de Del Valle y me preguntara: ¿Y cómo nos hallamos? Tendría que confesar que han fracasado lamentablemente mis teorías evolutivas y que nos encontramos hoy peor que nunca...

»Si ésta es la situación del país, ¿cómo podemos esperar que no se reproduzcan los hechos, sólo con una ley de olvido?

»Si dejamos la semilla en suelo fértil, ¿no es seguro que a los primeros calores ha de brotar una nueva planta y hemos de ver repetidos los hechos que nos avergüenzan? No nos dice esta ley de amnistía, no nos advierte esta exigencia pública, que viene de todos los extremos de la República, esta exigencia de perdón que brotó al día siguiente del motín, que hay en el fondo de la conciencia nacional algo que dice: esos hombres no son criminales; esos hombres podrán haber equivocado el rumbo, pero obedecían a un móvil patriótico. Ha habido militares que han sido condenados, que han ido a la cárcel, que han vestido las ropas del presidiario... y cuando han vuelto nadie les ha negado la mano. ¿Por qué? Porque todos sabemos la verdad que hay en el dicho del poeta: "es el crimen, no el cadalso el que infama".

»Bien señor Presidente; sólo habrá ley de olvido, sólo habrá ley de paz, sólo habremos restablecido la unión en la familia argentina el día que todos los

argentinos tengamos iguales derechos; el día en que no se los coloque en la dolorosa alternativa de renunciar a su calidad de ciudadanos o de apelar a las armas para reivindicar sus derechos despojados.

»Pronuncio estas palabras para llamar a los gobernantes al sentimiento de su deber, para decirles que no es con frases que vamos a curar los males sino con voluntad, con energía, con actos prácticos, con algo que levante el espíritu, con algo que haga clarear el horizonte, y que permita a los ciudadanos esperar en la efectividad de sus derechos, renunciando a las medidas violentas.

»No abandono los principios que siempre he profesado. Condeno y condenaré siempre los actos de violencia; pero será doloroso que llegue un día en que tenga que convencerme de que las invocaciones sinceras al patriotismo y al deber han sido estériles y que haya que abandonar a los hechos la suerte que el porvenir les depare». <<